

Concurso de Relatos Breves de la Biblioteca Rivadavia 2024

Seguimos premiando tu creatividad.
Animate, escribí un cuento
y participá del

2º CONCURSO DE RELATOS BREVES DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA RIVADAVIA

**"LA
BIBLIOTECA
ES PURO
CUENTO"**

*¡Tenés tiempo de enviarnos
tu obra hasta el
8 de noviembre de 2024!*

Premios recargados en órdenes de compra

1º Premio: \$180.000 en	2º Premio: \$120.000 en	3º Premio: \$ 70.000 en

BASES E INFORMES EN:

<https://form.jotform.com/241984815045058>

AUSPICIAN:

Municipalidad de
Trenque Lauquen
Ciudad del Encuentro

HONORABLE CONCEJO
DELIBERANTE
TRENQUE LAUQUEN

Con tema libre, la segunda edición del Concurso recibió 562 obras.

El Jurado estuvo integrado por el profesor de Literatura Pedro Galmes, la librera, docente y expresidenta de la Biblioteca Marcela Etchezar y la escritora y editora Claudia Cortalezzi.

Obras premiadas:

Primer Premio: “El walkman” de Josefina Cornejo Stewart (Seud.: Teresa Palumbo) (Mendoza, Arg.)

Segundo Premio: “Fabricio no sube copa” de Germán Cifre (Seud.: Segundo Ximarro) (Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)

Tercer Premio: “La ratita” de Mariano Lázaro (Seud.: Gorrión Jarillero) (San Rafael, Mendoza, Arg.)

Mención especial: “Nacho” de Silvina Mariel Gatti (Seud.: Lobo) (Alta Gracia, Córdoba, Arg.)

Obras finalistas:

- “Botella al mar” (Seud.: Donato Dhios, Autor: Juan Cruz Velasco, San Rafael, Mendoza, Arg.)
- “Caliptra” (Seud.: Ramparts, Autor: Alexis Barrio, Cipoletti, Río Negro, Arg.)
- “Afilador” (Seud.: Art Vandelay, Autor: Guido Rusconi, La Plata, Buenos Aires, Arg.)
- “Clorofilia” (Seud.: La Maga, Autor: Alba Viviana Magariños, Rawson, Chubut, Arg.)
- “El bello durmiente” (Seud.: Tati Toribio, Autor: Mirta Toledo, CABA, Arg.)
- “El árbol del tiempo” (Seud.: Auryn, Autor: Niobe Rojas, Caracas, Venezuela)
- “En A. A. son bienvenidas las mascotas” (Seud.: África Perra, Autor: Marcelo Luciano Spataro Cazaux, Ituzaingó, Buenos Aires, Arg.)
- “El técnico” (Seud.: Balompié, Autor: Jorge Emilio Bossa, San Francisco, Córdoba, Arg.)
- “El vendedor más grande del mundo” (Seud.: Ray Carver, Autor: Sebastián Rogelio Ocampo, Rosario, Santa Fe, Arg.)
- “Gina” (Seud.: Kenia, Autor: Silvia Beatriz de Lourdes Acevedo, Los Polvorines, Buenos Aires, Arg.)
- “La modista” (Seud.: Adagio, Autor: Marcela Mabel Pfund, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “La muerte de un infante” (Seud.: Salvador Laurent, Autor: Juan Ignacio Villano, La Plata, Buenos Aires, Arg.)
- “La sombra de las cenizas” (Seud.: Aurora, Autor: Clara María De Mattia, El Palomar, Buenos Aires, Arg.)
- “Los jinetes” (Seud.: Mad Max, Autor: Axel Franks, CABA, Arg.)
- “Imposible no ser” (Seud.: Guillermo Sarbrebor, Autor: Rolando Kleinmann, CABA, Arg.)
- “La tarantela” (Seud.: Sr. Pontremoli, Autor: Nicolás Bertachini, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “Viejo comunista” (Seud.: Newton, Autor: José Angel Estape García, La Habana, Cuba)
- “Emanar” (Seud.: Hueso, Autor: Romina Bonetto, CABA, Arg.)
- “Gasa, cinta y pus” (Seud.: Decime Omar, Autor: Omar Alejandro Alfonzo, La Plata, Buenos Aires, Arg.)

- “Feliz día del técnico forense” (Seud.: Un Preso Más, Autor: Nahuel Brito, Los Polvorines, Buenos Aires, Arg.)
- “Expiación” (Seud.: Nicolás F., Autor: Carlos Alekhine Celis Rios, Trujillo, Perú)
- “El asador” (Seud.: Negro Suárez, Autor: Armando Raúl Fuselli, Mar del Plata, Buenos Aires, Arg.)
- “La ferretería” (Seud.: Quinota, Autor: María Emilia Cabrera, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “Duermevela” (Seud.: Sofía Leal, Autor: Santos Cejudo Sánchez-Bermejo, Kent, Reino Unido)
- “Verdades en fuga” (Seud.: Moyo, Autor: Matías Finucci Curi, Paraná, Entre Ríos, Arg.)
- “Jacobo y la cantera” (Seud.: Daimon, Autor: Miguel Ángel Flores Manzo, Madariaga, Buenos Aires, Arg.)
- “Algo así suena el amor” (Seud.: A.W., Autor: Daniela Araujo, CABA, Arg.)
- “Como todo el mundo” (Seud.: Mili, Autor: Eduardo Verdejo Ahumada, CABA, Arg.)
- “Merienda” (Seud.: Oliver Bag, Autor: Gustavo Rosa, Rosario, Santa Fe, Arg.)
- “En venta” (Seud.: Aeropuerto literario, Autor: Ramiro Álvaro, La Matanza, Buenos Aires, Arg.)
- “No dejes para mañana...” (Seud.: Sonne, Autor: Carlos Javier Fazio, Almirante Brown, Buenos Aires, Arg.)
- “Si no fuera por los cepillos” (Seud.: Anahuacalli, Autor: Bárbara Vincenti, CABA, Arg.)
- “La pesca” (Seud.: Sinsajo azul, Autor: Hugo N. Melia, La Plata, Buenos Aires, Arg.)
- “La otra voz” (Seud.: Segundo Ximarro, Germán Cifre, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “Una consigna” (Seud.: Annette M., Autor: Aldo Vicente Favero, Olivos, Vicente Lopez, Bs. As., Arg.)
- “Giramundo” (Seud.: msreyero, Autor: Matías Reyero, La Plata, Buenos Aires, Arg.)
- “Cuidadora” (Seud.: Rita Freiheit, Autor: Ruby Becerra, Bogotá, Colombia)
- “La vida en blanco y negro” (Seud.: Rebeldehuey, Autor: Luciano Ramiro Difilippo, Bahía Blanca, Buenos Aires, Arg.)
- “A las cinco” (Seud.: Cronopia, Autor: Sandra Corona, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “Stolen Sighs” (Seud.: Ally Alisson, Autor: Geraldine Diaz Funegra, Lima, Perú)
- “Hogar” (Seud.: El Duro, Autor: Juan Alberto García Ronzoni, Victoria, Buenos Aires, Arg.)
- “Ernesto” (Seud.: Cristóbal de Heredia, Autor: Marcelo Iglesias, CABA, Arg.)
- “Concierto” (Seud.: Federico Magrotti, Autor: Francisco Omar González, Junín, Buenos Aires, Arg.)
- “Todas ellas” (Seud.: Anto Gre, Autor: Borrás Marcos Daniel, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “Al aire” (Seud.: Jorobado, Autor: Marcelo Gobbo, San Martín de los Andes, Neuquén, Arg.)
- “El Santo de la Espada” (Seud.: Marian Arlés, Autor: Ana María Linares, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)

PRIMER PREMIO: El walkman

Apenas sale de la casa Emilia ve el auto amarillo de su papá, parece un insecto gigantesco y manso. Todavía no se sube pero escucha la música. Cuando abre la puerta, su papá apaga la radio. Emilia siente el olor a cigarrillo, el auto de su papá huele siempre igual. Sentada en el asiento del acompañante saluda a su mamá con la mano. Sabe que se va a quedar en el umbral de la puerta hasta que el auto arranque porque siempre la ve por el espejo retrovisor. Como su figura se vuelve cada vez más chiquita hasta hacerse una mancha en el espejo. A veces se pregunta qué hace su mamá cuando ella no está, si se aburre o se siente sola.

—Hola, Campanita, ¿vamos a salir de paseo hoy?

Antes de que Emilia conteste, su papá se acerca y le da un beso en la frente.

—¿Y esto?— le pregunta agarrando el sobre que se deslizó por el bolsillo de su pantalón y cayó en el hueco entre los dos asientos.

—Para ir a comprar el walkman. ¿Te acordás que te conté?

Su papá abre el sobre y recorre con la vista los billetes.

—Es mucha plata, Campanita, ¿de dónde sacaste todo esto?

—De lo que fui ahorrando de las meriendas, de la primera comunión y las libretas. Este año tuve todo “excelente” y los abuelos me dijeron que me merecía un premio.

—Lo voy a tener yo así no se te pierde—dice y lo guarda en un bolsillo de su campera de jean.

Arranca el auto y, en vez de seguir derecho para llegar a la avenida que los lleva a Pumper Nic, gira hacia la izquierda.

—¿No vamos a ir a Pumper Nic?

—Pará, pará. Mirá la hora que es. Ni en los geriátricos almuerzan tan temprano. Vamos a hacer unos trámites primero, Campanita.

Su papá la llama siempre así. Antes le gustaba, ahora el diminutivo la incómoda, la hace sentir chiquita. Y aunque preferiría que le diga Emi como hace su mamá, nunca se lo ha dicho. Tampoco que las zapatillas que le compró le quedan grandes y que la muñeca que le regaló no le gusta porque ahora juega con barbies. La relación con su papá es distinta. Lo ve los sábados y, algunas veces va a los actos del colegio. Tiene una foto con él de cuando se disfrazó de mazamorrera en jardín, el pelo envuelto en un pañuelo a lunares y la cara pintada que le hizo su mamá con un corcho quemado.

Por la ventanilla, Emilia ve que se alejan de la ciudad. Cada vez menos

edificios y más casas de una sola planta. Todas iguales, parecen de juguete. Quizás para disimular el silencio, su papá prende la radio y canta. Exagera los agudos, hace voces raras y Emilia se ríe. Empieza una nueva canción y su papá sube todavía más el volumen. Emilia canta “no voy en tren, voy en avión” que es la parte que se sabe. Su papá, el resto de la letra mientras hace movimientos con las manos, como si tocara una batería invisible. El sol del mediodía entra en el auto y su papá se pone unos lentes oscuros. Emilia lo mira, piensa que parece una estrella de rock, de esas que aparecen en los programas de música. Maneja por calles que ella no conoce, dobla hacia un lado o hacia otro sin titubear. Como si siguiera un mapa que tiene en su mente. Después de un rato detiene el auto en un portón de chapa y le dice: “Ya vuelvo. No bajas. Cualquier cosa, tocá bocina”. Escucha que golpea tres veces el portón, que se abre apenas y él desaparece detrás de la chapa.

Emilia siente calor, baja la ventanilla. Cuando ve acercarse un hombre caminando se apura a cerrarla de nuevo. Nota que en ese barrio no hay veredas. Solo un camino de tierra y la acequia separan las casas del pavimento. Prende la radio y busca alguna canción que le guste. Va y viene con la ruedita intentando dar con alguna que conozca hasta que engancha una de Roxette. Después de un rato, su papá vuelve. Antes de subirse al auto, palpa algo en su campera y abre la puerta.

—¡Ahora sí! —le dice—. ¡Vamos a almorzar! El Panza nos espera en su casa. ¿Te acordás del Panza?

Emilia niega con la cabeza. Todos los amigos de su papá tienen apodos raros: “Chicho, Panza, Canilla, Motoneta”. A su papá, de hecho, lo llaman “el Nene”. Su mamá dice que son “adolescentes de cuarenta”. Quiere preguntarle por Pumper Nic, pero no se anima. Aunque su cara de desilusión es tan evidente que es él quien se apura a decir:

—El Panza nos invitó, no le podía decir que no. Además, tiene una hija de tu edad. La vas a pasar bomba.

Cuando llegan a la casa del Panza, él está parado frente a la parrilla. Emilia nota que tiene la camisa desprendida y que su figura es tan redonda que parece un globo terráqueo. El Panza le pide a su papá un cigarrillo que prende con las brasas y le ofrece un vaso de cerveza. A ella le sirve uno de Mirinda, tiene poco gas pero igual lo toma. Emilia mira a la hija del Panza. No tiene su edad. Por lo menos, va a la secundaria. Tiene uno de esos jopos que usan las chicas más grandes. Intenta hablarle pero no le da mucha bolilla: se pone los auriculares del walkman y empieza a dibujar en una carpeta forrada con un poster de Garfield. Emilia piensa que en unas horas la que va a tener walkman será ella y sonríe.

En la mesa no hay mantel, ni servilletas, solo platos de plástico, un tupper con pan y algunos potes de condimentos. El Panza acerca la bandeja con la carne y su papá le prepara un sanguchito. Le saca la miga que es como a Emilia le gusta para que quede más crocante. “¿Con mayonesa?” le pregunta con la cuchara en la mano y ella asiente. Después aprieta los dos panes y se lo pasa. A Emilia le parece divertido porque cuando hay asado en lo de sus abuelos, su mamá siempre insiste en que coma menos pan y más ensaladas, pero su papá no presta atención a esas cosas. Después de almorzar, la hija del Panza levanta los platos y dice se va a lo de la vecina. Emilia espera sentada al costado de su papá, sin saber mucho qué hacer.

—¿Querés postre, Campanita?—le pregunta.

Emilia asiente con la cabeza.

—Uhh, Nene, acá postre a fin de mes, olvidate— dice el Panza.

—No importa— contesta Emilia. —Estoy bien.

—¿Cómo que no importa? No te vas a quedar sin postre— dice su papá. Se levanta de la silla y empieza a hacer como si buscara algo en los bolsillos de su campera. “Nada por aquí” dice mientras mira por uno. “Nada por allá” y mira por el otro. Después hace movimientos torpes con sus manos como un truco de magia al que le falta práctica, hasta que exclama: “abracadabra” y una cajita de colores aparece entre sus dedos. Emilia abre los ojos con sorpresa. Su papá le guiña un ojo y se la da. Es de metal y tiene el dibujo de una calesita en la tapa. Emilia la abre. Dentro hay cuatro bombones separados por compartimentos de papel. Piensa para qué podrá usar la caja después. Quizás para guardar clips o gomas. Quiere comer uno de los bombones pero a la vez le da pena. Se ven tan prolijos, le gustaría llevarla el lunes al colegio y abrirla en el primer recreo para que todas sus compañeras la vean. Al final prueba uno de los bombones, un pedazo de cielo inunda su paladar. Cierra la cajita de nuevo y la guarda en su bolsillo con cuidado. Al costado el Panza y su papá juegan a las cartas cuando tocan el timbre.

—Ese debe ser el Motoneta y Ricardo —dice el Panza.

—Campanita, ¿te animás a abrirles la puerta?

Los amigos nuevos traen más cervezas y se suman a la ronda de cartas. Juegan al poker. Emilia quiere decirles que jueguen a la casita robada o al chanco va, que son los juegos que ella conoce pero le da vergüenza. Su papá le pregunta si quiere ir a ver televisión. Ella responde que sí y él la acompaña hasta el living, justo está empezando *Laberinto*. “Esta peli te va a gustar, es con Jennifer Connelly y David Bowie” le dice. Su papá conoce el nombre de todos los actores, no sabe cómo hace pero es así. Emilia se sienta en el sillón y su papá se queda por unos

minutos a su lado, después dice “qué buena actriz” y vuelve a salir.

Desde adentro, escucha cómo todos hablan y se ríen. No entiende mucho lo que dicen. Arrastran las sílabas y tartamudean. Cuando ella arrastra los pies, su mamá la reta y le dice que camine bien.

Cuando se termina la película sale al patio. Se acerca a su papá y le tira de la manga de la remera. En la mesa hay fichas, cartas, una caja de fósforos y billetes. En el suelo, envases de cerveza vacíos.

—¿Qué pasó, Campanita?

—Pa, ¿vamos a ir al centro?

—¿Al centro? —repite él—.

—Sí, al centro, a comprar el walkman.

—Sí, sí —contesta mientras mira el reloj— dame un ratito más que todavía nos quedan unas manos.

—Emi, acá le estamos pegando una paliza a tu papá. Va a quedar seco, seco —dice uno de los amigos y todos largan una carcajada. Emilia no entiende si lo que le dicen es un chiste o qué y sonríe incómoda.

Vuelve al living y se pone a ver televisión de nuevo hasta que se queda dormida. Cuando su papá la despierta, se levanta rápido. Ahora sí, van a ir al centro, piensa.

—Campanita —le dice—. Andá a saludar que nos vamos.

Sale al patio y se despide de cada uno con un beso. En la mesa siguen las cartas, las fichas y los vasos. El Panza le dice “Emi, llevale la campera al Nene que se la dejó en la silla”. La agarra y mientras camina a la puerta mete la mano en un bolsillo y después en el otro. Palpa un encendedor y un papel arrugado. Es el sobre.

De solo tocarlo sabe que está vacío pero lo abre igual. Vuelve a mirar en los bolsillos pero nada. Al final estira el sobre con cuidado, lo guarda en su pantalón y sale.

Sube al auto y le pregunta a su papá si van a ir al centro.

—El próximo finde, Campanita. Papá ya está cansado. Ha sido un día largo.

El camino de vuelta lo hacen en silencio. Su papá no prende la radio. Emilia lo mira manejar. Observa sus ojos hinchados, la remera sucia, su actitud cansada. Parece un muñeco roto. Cuando llegan a su casa, su papá estaciona el auto y toca la bocina. Su mamá abre la puerta y saluda con la mano desde el umbral. Se comunican así, con lenguaje de señas. Emilia se despide de su papá y antes de entrar a la casa, ve cómo el auto ya es un punto amarillo que se aleja por la calle.

—¿Y? —le dice su mamá—. ¿Cómo estuvo el día? ¿Fueron a Pumper Nic?

—Al final fuimos a comer a lo del Panza, hizo asado y preparamos sanguchitos.

Su mamá arquea las cejas y larga un suspiro cansado.

—¿Y el walkman?

Emilia se mete la mano en el bolsillo, toca la cajita y el sobre.

—¡Uy! Me lo dejé en el auto de papá.

(Seud: Teresa Palumbo)

SEGUNDO PREMIO: Fabricio no sube copa

Fabricio no sube copa, así decía Fabricio, mamá no deja, decía, no sube, y la mamá tomaba el té y a veces también lloraba, no sube copa Fabricio, lloraba en silencio, la madre, no venía a ver la copa, gigante la copa ahí arriba, allá, mirá bien, así le decía yo, parece un plato volador, parece nave extraterrestre grande y quieta ahí en lo alto, y Fabricio se reía y llenaba la cara de baba, le caía por la pera y reía junto al vidrio, y yo reía también, y los dos en la ventana mirando la copa de agua, porque es agua lo que tiene, así nos dijo su mamá, el agua de la canilla, de cada canilla del pueblo, de ahí viene todo esa agua, se llena y baja por los caños, mucha agua, muchos caños, de ese plato volador, parece nave extraterrestre, eso le quise mostrar, es igual a las películas, pero la madre sacó un pañuelo, no quería venir a ver, hizo ruido con la nariz y Fabricio gritó fuerte, parece, sí, dijo luego, dijo la madre algo triste, parece plato volador, de ahí viene el agua del mate, y miró el mate en la mano y le dio uno a Fabricio, está caliente, le dijo, despacito, con cuidado, yo no quise, gracias, dije, por la baba de Fabricio, la baba me daba asco, me sigue dando asco la baba, gracias, le dije igual, porque hay que ser educado, como dicen en la escuela, así dice la seño Zulema, yo siempre hice caso a Zulema, porque hay que ser obediente, Fabricio también hacía caso y también era obediente, a mí me decía gracias cada vez que le limpiaba, y me daba asco la baba, y me sigue dando asco, la remera de Fabricio siempre húmeda en el pecho, mojada de pura baba, el cuello, el pecho, la panza, no de agua, pura baba, no era agua de la copa, era baba de Fabricio, límpiate Fabricio, decía, límpiate un poco la baba, y le secaba la pera y Fabricio decía gracias, y a mí me venía el asco, pero igual decía de nada, de nada Fabricio, decía, ya está, mirá la ventana, y a veces aparecían un montón de autos modernos, una moto, algún camión, un auto viejo también, y Fabricio se reía cuando al fin veía los nenes, allá están, decía yo, y de a poco aparecían los nenes de la otra escuela, y los autos iban lento, a las cinco de la tarde, a esa hora iban saliendo los nenes de la otra escuela, y si estábamos mirando dibujitos en la tele, la mamá nos avisaba, son las cinco, nos decía, se ven chicos, van saliendo, y miraba la ventana, como triste se quedaba, cara de triste ponía, y los dos íbamos juntos bien cerca de la ventana, pero no tan cerca, cuidado, no vayan a tocar el vidrio, no hay que tocar el vidrio que queda todo manchado, y nosotros hacíamos caso, no tocábamos el vidrio, nos quedábamos sentados, mirábamos juntos los autos, los modernos y los viejos y los nenes que

pasaban, y aparecían las bicicletas, y a veces gente caminando, las personas que pasaban y arriba la copa de agua, gigante el plato volador encima de sus cabezas, mirá Fabricio, le decía, ahí están los extraterrestres, y Fabricio se reía y dejaba salir baba, límpiame, Fabricio, cuidado, no hay que manchar los vidrios, y Fabricio decía lo mismo, Fabricio no mancha vidrio, y se agarraba luego a la silla, y entonces yo señalaba pero sin tocar el vidrio, es un plato volador, hay que subir allá arriba, y Fabricio se reía, límpiame, Fabricio, de nada, hay que subir hasta allá, fíjate, tiene escalera, y él se quedaba mirando, haciendo baba con globitos pero sin tocar el vidrio, no hay que manchar el vidrio, mirá bien, hay escalera, y Fabricio se quedaba mirando contento la copa, el plato con extraterrestres, pero no decía nada, no veía la escalera, hacía baba nada más, allá, mirá, le decía, sube hasta arriba del todo, y es muy alto, dijo ella, dijo de atrás la mamá, es alto y es peligroso, no se puede subir allá arriba, no se puede, dijo Fabricio, sí se puede, dije yo, porque hay una escalera, no se puede, dijo ella, y Fabricio pegó un grito, gritó la copa dos veces, sí se puede, volví a mostrarle, y sentí el frío del vidrio, toqué el vidrio sin querer, toqué con la punta del dedo, no se puede, me gritó, y su cara estaba triste y apretaba fuerte el pañuelo, y Fabricio dio otro grito, por eso grité yo también, me hacen mal a mí los gritos, también a la seño Zulema, la seño no quiere gritos, no hay que gritar en la escuela, no hay que gritar, nos decía, porque hay que ser obediente, pero igual grité con él, los dos gritamos la copa, primero empezó Fabricio, la madre cerró la cortina y Fabricio gritó más fuerte, y yo tuve que gritar, las manos temblaban mucho, siempre que estoy nervioso me tiemblan mucho las manos, y la madre de Fabricio lo abrazó y le dijo basta, tranquilo Fabricio, ya estuvo, pero Fabricio gritaba la copa, seguía gritando la copa, y el hombro de la mamá se iba llenando de baba, de globitos de Fabricio, y entonces grité otra vez y empecé apretar los dedos, siempre que estoy nervioso me empiezo a apretar los dedos, siempre que hay gritos yo grito y empiezo apretar los dedos, y la baba de Fabricio manchaba el hombro, la espalda, y la madre lo tenía agarrado por los brazos, y el pelo de la mamá se estaba llenando de baba, me da asco el pelo mojado, la boca llena de pelo mojado, y Fabricio se quería desprender y no podía, la boca llena de pelos, la cara roja de bronca, llena de baba la cara roja, de pelo y baba y llanto baboso, no hay que agarrar, dice la seño, así dice la seño Zulema, no hay que agarrar a Fabricio, hay que cuidarlo y protegerlo, Fabricio es bueno, nos dice, y yo miré el elefante, Fabricio seguía gritando, era pesado, de fierro, Fabricio es bueno y grita la copa, el elefante que brillaba arriba del televisor, no se puede, el elefante, y grité y todo fue rápido, y Fabricio gritó fuerte,

gritó más después del golpe, después del segundo golpe, gritó la copa dos veces, y después siguió gritando aunque ya estuviera libre, y yo dije ya pasó, no hay que gritar, ya pasó, pero él seguía gritando, la cara roja y la baba, y el cuello lleno de globitos blancos, vení, fijate, le mostré, mirá la copa allá arriba, y entonces corrí la cortina y Fabricio me hizo caso, y los dos ahí nos quedamos mirando la copa de agua, mirá el plato volador, tiene un montón de escalones, y en eso pasó un camión y Fabricio dijo sí, y yo dije tiene escalera, Fabricio no sube copa, sí sube, le dije yo, subamos, no sube copa, sí sube, así le dije, fíjate, tiene escalera, y después se qué la baba con un almohadón de colores, gracias, me dijo, de nada, y pasamos sin pisar la sangre que había en el suelo, cuidado el charco, el elefante, por acá, y así nos fuimos, los dos juntos de la mano, como dice la seño Zulema, vayan siempre de la mano, hay que cuidar a Fabricio, y salimos a la calle, los dos juntos, de la mano, y saludamos a un nene y el nene nos saludó, y a mí me dio mucha risa y pasó una bicicleta, todo a la misma vez, y Fabricio se puso contento, estás contento, le dije, y Fabricio se reía y otra vez tenía baba, pero no había globitos, era baba sin globitos, y corrimos por la calle mirando la copa de agua, más grande se hacía la copa, Fabricio gritaba la copa, ahora se hacía más alta, y al llegar a alotara calle era más grande que un ovni, mirá Fabricio, es gigante, sí, gigante, dijo él, y fuimos hasta el alambrado, el alambre estaba frío y ahí metimos nuestros dedos, llegamos, le dije yo, fijate, mirá la copa, y Fabricio abrió la boca mirando hacia el otro lado, mirá arriba, dije yo, miraba la casa verde, ya estaba lejos la casa, aunque no estamos tan lejos, le dije igual a Fabricio, son dos calles nada más, dos calles, dijo Fabricio, y yo le limpié la baba, me dan asco los trapos mojados, tu remera está mojada, le dije y miró la remera, pero igual me dijo gracias, de nada, le dije yo, y empecé a buscar el agujero, son dos calles nada más, y Fabricio miraba la casa, no se veía la casa, miraba con la boca abierta, por acá, vení Fabricio, y pude pasar sin problemas, una pierna y después otra, y entonces se oyó el ladrido, perro malo, pensé yo, y corrí gritando un perro, y pensé que me mordía, por eso grité asustado, un perro, gritaba yo, y entonces lo vi al señor que dijo fuera, salga de acá, y el perro bajó las orejas y yo me largué a llorar, quién es usted, me dijo el hombre, pero no me iba a acercar, no hay que acercarse a un desconocido, le dije mi nombre completo y el teléfono de casa, hay que llamar a mamá, le dije hablando de lejos, le dije llorando, el perro, y el señor dijo que sí, te lastimaste, se acercaba, te cortaste con el alambrado, me corté con el alambrado, no se puede estar acá, me hablaba mirando el perro, con quién viniste, andás solo, y yo me acordé de Fabricio, grité Fabricio dos veces pero no me

contestó, y el señor seguía hablando pero oímos a Fabricio, el hombre miró hacia arriba, Fabricio sube la copa, y miramos los dos a la copa y estaba alto Fabricio, y el hombre salió corriendo, yo también salí corriendo, pero el hombre era más rápido, y Fabricio estaba alto y Fabricio sube la copa, la cabeza levantada, gritaba mirando al cielo, Fabricio sube la copa, bajá, gritaba el señor, por favor, era educado, y yo le gritaba lo mismo, por favor, grité también, y después grité más fuerte, y Fabricio no hacía caso, despacito, uno a uno, iba subiendo hasta arriba, un escalón y después otro, y un escalón y otro y así, eran muchos escalones, bajá ya, gritaba el hombre, y yo gritaba lo mismo, bajá ya, decíamos juntos, y el perro vino a ladrar, no quería ser obediente, un escalón y después otro, la cabeza echada atrás, el perro, le dije al señor, y el perro ladraba cerca, y el señor no le hacía caso y yo me puse a gritar, quería que venga Fabricio, vení, por favor, le grité, pero él no me escuchaba, subía mirando al cielo, se hacía chiquito allá arriba, porque el ovni era gigante, y el hombre subió la escalera, un escalón y después otro, hacía como Fabricio, la cabeza echada atrás, el perro le grité yo, la copa inmensa encima nuestro, ya estaba llegando Fabricio, ya casi alcanzaba la copa, y el hombre gritaba enojado y subía los escalones, y apreté bien fuerte los dedos, yo también me hice chiquito, quedé arrodillado en el pasto, el perro ladraba al lado, mis manos estaban sucias, pero el hombre gritaba que no, agarrate, gritaba y subía, y todo se volvió extraño, la copa de agua gigante, el hombre gritando que no, las manos rojas que temblaban y mis dedos apretados, y entonces gritó Fabricio, el hombre gritó que no y todo pasó muy rápido, eso es lo que me acuerdo, el hombre gritando que no, el cielo y los escalones, el grito largo de Fabricio que hizo callar al perro.

(Seud.: Segundo Ximarro)

TERCER PREMIO: La ratita

Maglioni la sostenía en alto, por encima de nuestras cabezas, para que pudiéramos verla. Y nosotros, con una mezcla de asco y de curiosidad científica, admirábamos bajo la luz de la ventana los detalles de aquel cuerpo agarrotado y diminuto. La cola pálida, las patas contraídas, los ojos saltones y negros, y las decenas de venitas rojas en el interior de las orejas. Su boca había quedado abierta, como si el hecho de su propia muerte la hubiese sorprendido, y una capa de espuma amarilla le cubría el hocico. Maglioni la sujetaba entre el pulgar y el índice, haciendo girar lentamente aquel hallazgo matutino, y un brillo siniestro empezaba a chispearle en las pupilas. Un plan retorcido tomaba forma, germinando como una mala hierba, en su interior.

La descubrió Peruzzi, en la hora de gimnasia. Como no le gustaba trotar, en un descuido del profesor se escabulló al baño, y, mientras meaba, vio el cadáver hecho un ovillo junto al urinario. Le dio tanta impresión que volvió corriendo. Y su hallazgo tuvo el mismo recibimiento, y provocó el mismo entusiasmo, que el del murciélago de teatro el año anterior. Yo no estaba, pero me contaron que esa vez el director y varias maestras tuvieron que luchar para sacar de ahí a muchísimos chicos, para que dejaran de gritar, de saltar sobre las butacas, de subirse al escenario, y de pelearse por ver quién le revoleaba cosas al animalito. Ahora éramos nosotros los que teníamos la primicia. Los primeros en llegar al lugar de los hechos para reclamar el premio.

-Se la vamos a poner en la taza a Clarita - concluyó Maglioni, satisfecho, llegando por fin a la madurez espinosa de su plan. Lo miramos mudos, sin saber si hablaba o no en serio.

-¿A Clarita?

-Sí, a la nueva. Se la vamos a poner en su chocolatada durante el recreo -Un par se rieron, disfrutando por anticipado de la maldad futura. Los demás permanecimos en silencio, obligándonos de a poco a salir de nuestro mutismo.

Clara había llegado al colegio casi al mismo tiempo que yo, con diferencia de una semana. Yo sentía que nos unía una fraternidad silenciosa, dada nuestra mutua condición de extraños, aunque solo fuera este lazo invisible lo único que nos conectase. Yo venía de otro colegio, también privado, desde San Luis, ya que el banco donde trabajaba mi papá nos trasladó a Mendoza, mientras que Clara, en cambio, entró por un programa de becas de este colegio, que buscaba fomentar la igualdad de oportunidades. Por lo que Clara, al igual que otros chicos que también entraron, era muy inteligente, pero pobre. A veces la veíamos llegar con su mamá en bicicleta, en pleno invierno, mal abrigadas, y mi mamá las miraba con mucha lástima. La mamá de Clara hacía maniobras en su aurorita para arrimarse al cordón de la vereda, y ella, entumecida en la parrilla de atrás, se bajaba de un salto, frotándose inútilmente los dedos ateridos. Se daban un beso, y su mamá le acomodaba el cierre de la campera, mientras yo escuchaba que mi papá decía “*planeras de mierda*” por lo bajo, con la camioneta en doble fila a punto de apurarlas de un bocinazo. En general, esta era la opinión que se tenía sobre Clara y su familia en el colegio. Y desde el momento que ella entró a nuestro curso, se convirtió en la obsesión de Maglioni y sus discípulos: Díaz y Müller.

Desde que la vieron, el triunvirato infernal empezó a salivar como un perro de tres cabezas, a recrearse en fantasías morbosas, a dejar salir el instinto de hijo de puta que algunas personas tienen desde chicos. Y por eso no me extrañó que en el baño, con la ratita, en ese momento, Maglioni fijara en mí sus ojos brillantes de carnívoro, para decirme, con las sonrisas de Müller y Díaz secundando su liderazgo: “*Vos se la vas a dar*”. Hasta ahora, Clarita me había protegido de la mirada de los abusivos, siendo un chivo expiatorio, un amuleto de la suerte, pero sin ser del todo infalible, ya que no se habían olvidado de mí en ningún momento y sólo me habían relegado a un segundo plano. Pero la suerte se me había acabado, y ahora mataban dos pájaros de un tiro. Era mucho lo que estaba en juego. Mi lugar en el grupo, que no estaba del todo establecido, o mi lugar fuera de él, como un paria o un exiliado. Había llegado la hora de pagar el derecho de piso, y mediante una prueba cruel, digna de cualquier grupo de niños. Maglioni extendió hacia mí la ratita, sin dejar de mirarme, con los demás nerviosos, listos para saltarme al cuello. Dudé.

-¿Qué pasa Jara, tenés miedo? –dijo Müller dando un paso adelante, con toda su anchura augurando un buen futuro en el rugby - ¿Sos puto?

Yo me sentía flotar, disociado, como ocurre en esos momentos en que uno se sabe en peligro pero no termina de descubrir si correr o quedarse. Incluso chicos de rangos inferiores, con los que me llevaba bien, empezaron a chicanearme.

-Para mí que le gusta Clara. Es eso, los nuevos son novios –replicó Díaz, más astuto, y todo el grupo empezó a reírse, a alentarme a responder. Las lágrimas me empañaban los ojos. Tenía que reaccionar.

No sé qué dije, pero sobreponiéndome al nudo en mi garganta acepté el reto. Adelanté la mano, que temblaba, y dejé que Maglioni pusiera el animalito sobre mi palma. Contuve una arcada al sentir su humedad y su frío, fruto de haber pasado la noche en las baldosas del baño, y la guardé en uno de los bolsillos de mi pantalón de gimnasia, sintiendo cómo se deslizaba junto a mi muslo. Volví a mirar a Maglioni, con una mirada que ahora pretendía ser desafiante, mientras los demás celebraban. Y la tensión que asfixiaba el ambiente se disipó de golpe, mientras volvíamos al patio antes de que el profesor viniera a buscarnos. Jugué mal todo el partido, pero mis compañeros permanecieron tolerantes. Magnánimos.

El plan era simple. Como Clara tomaba el desayuno en el curso, durante el recreo anterior a la hora de clases, alguien la iba a distraer para que yo pudiera poner la ratita en su taza sin ser descubierto. Díaz se ofreció voluntario. Y, además, como ese día servían chocolate caliente, todo parecía indicar que la fortuna le iba a sonreír a nuestro plan desalmado. Pero yo no dejaba de preguntarme cómo lo haría. No me refiero a los detalles técnicos, ya que hasta Martínez podía realizar la maniobra pese al nulo control de sus extremidades, sino que me planteaba cómo es que yo, tan bueno, tan hijo de mi madre, haría algo así de terrible. ¿Por qué? ¿Para qué? Siendo que jamás en mi corta vida había hecho algo así antes. Era insólito. Era un punto de inflexión que ponía mi mundo al revés.

Pensé en negarme. Me imaginé al momento de cumplir con mi rol en el asunto. Me imaginé pensativo, serio, en mi banco, dirigiéndome, después de un rato de Incertidumbre, hasta donde estaba Clara, de pronto más alto, con los demás atentos

a cada uno de mis pasos, y con el triunvirato al fondo del aula, evaluándome. Y me imaginé poniendo una mano sobre el hombro de Clara, para que se fije en mi otra mano, para que viera cómo, sin que se me mueva un pelo, soy el que pone fin a todo y le estampa la rata a Maglioni en la cara, con una puntería increíble. Y también imagino la expresión de mis compañeros, libres del tirano, la mandíbula dislocada de sus discípulos, y la sonrisa borrada de Maglioni, mientras miro un momento hacia abajo, y Clara me devuelve la mirada con ojos llorosos de gratitud.

Pero también imagino a Maglioni y a los otros despedazándome a trompadas a la salida del colegio, con Muller o Díaz o cualquier otro manteniéndome en pie, mientras recibo piña tras piña que me desconoce la cara y que me empapa de sangre el uniforme. Decirle a una profesora también sería suicidio, y perder la ratita intencionalmente sería en vano, ya que eso sólo conduciría a muchas preguntas y a una comitiva de búsqueda implacable. Todos los caminos, entonces, y todos sus finales, me desvelaban que era imposible escapar de mi destino, y que la única salida era poner el cadáver que guardaba en mi bolsillo, ahora más tibio, más húmedo y más blando, en la taza de mi compañera.

Entramos a nuestro curso, durante el recreo, esperando a la maestra de Matemáticas. Noté que todos me miraban de reojo, aunque sin llegar a delatarme. Algunas chicas también sabían. Ana, qué me gustaba, parecía que por primera vez me estaba mirando. Que me miraba en serio, digo, y yo estaba ausente, paralizado en mi banco. Notaba las oleadas de poder provenientes de Maglioni, al fondo, imperturbable. Él conocía la verdad de mi alma. La lucha que acontecía en mi interior.

Entonces Díaz se acerca a Clara con un paquete de galletas, y le ofrece un par con una sonrisa de chanta. Clara sostiene su taza con las dos manos, todavía caliente, y desconfía; mira a Díaz y mira a los demás, cautelosa, como si intuyese algo. No son normales tales muestras de compañerismo. Díaz tira, afloja, regatea, se regodea en el juego de los garcas, hasta que finalmente se gana su confianza. Es su don de nacimiento. La herencia de sus padres. Clara cede y deja la taza a un lado. Entonces yo me levanto, con el cuerpo pesado, con la mente en blanco, y camino lentamente hasta deslizar la ratita en el chocolate tibio. Se sumerge en la

taza con un “plop” inaudible. Y simulo que sigo de largo, hasta el pizarrón, para mirar por la ventana. Pienso en mi madre. Tengo ganas de llorar.

A mi alrededor se desarrolla el mismo alboroto de siempre, hasta que llega la maestra y manda a sentarnos. No le digo una sola palabra. Lo primero que veo al voltearme es a Clara sopando una galleta en el chocolate. Atravieso la fila como un condenado. Algo vuela en el aire. Una chispa. Algo promete estallar. Y Clara grita y estampa su taza contra el piso, haciendo que el aula estalle.

La ratita está ahora en medio de un charco, bañada en grumos de chocolate, y Clara no deja de llorar a los gritos, abrazando con fuerza sus rodillas hasta que los nudillos se le ponen blancos. La profesora se asoma desde su escritorio y vomita. Yo observo a mi alrededor los frutos de mi éxito. Escucho la risa de Ana y del resto de las chicas. Me detengo en sus sonrisas, como si el tiempo no pasara. Escucho la ovación de mis compañeros. Sus gritos, sus aplausos. Veo a Muller y a Díaz reír a carcajadas, como auténticos demonios. Y veo la cara de Maglioni. Sus ojos orgullosos y brillantes. Su aprobación, tan querida y esperada sin saberlo.

Y yo también sonrío, mientras siento que el mundo se hunde a mis pies.

(Seud.: Gorrión jarillero)

Mención especial: Nacho

Se llamaba Andrés y tenía la nariz más grande que alguien hubiera visto en su vida. Mi mamá decía que había nacido así. Quien lo conocía no podía dejar de fijar la vista en ella, como si no tuviera nada más en su cara. Fuera de eso, era un chico común y corriente, poco habilidoso para los deportes, sin constancia para el estudio y con escasa sensibilidad para el arte. Sumi embro prominente lo hizo merecedor de los más variados apodos. Desde los clásicos: Tucán, Papagayo, Topo, Pez espada, Nari, Nardo, Pinocho; hasta algunos más elaborados o más dolorosos como Roba oxígeno, Nariz con cabeza, Cara con manija, Calamardo, Alf, Aspiradora, Sifón, Traficante de mocos, Extractor y otros que prefiero no mencionar para no herir la sensibilidad de los lectores.

Sin embargo, de todos ellos solo sobrevivió Nacho. Y para nosotros era Nacho. Nos acostumbramos tanto a su nariz que solo cuando llegaba algún chico nuevo al barrio se reía de él ganándose la mala cara del resto (en el mejor de los casos).

Mis sospechas se terminaron de despejar una tarde de verano en la que jugábamos al fútbol en la canchita de la 9 de Julio. El sol nos estaba dando de lleno en la cara. El cielo era de un celeste claro y ni una sola nube se animaba a darnos sombra. A las 15hs, Nacho se plantó y dijo:

—Me voy a casa antes de que me agarre la tormenta.

Nos reímos tanto que no nos dimos cuenta en qué momento efectivamente se retiró. Seguimos jugando con uno menos durante media hora, pues entonces y de repente el cielo se puso totalmente negro y sin darnos tiempo a nada se levantó un viento que no nos permitía mantenernos en pie, seguido de un aguacero que nos dejó resfriados durante una semana.

No dije nada. No quería que me tomaran por loco. Apenas dos semanas después de ese hecho, una tarde, salíamos del colegio y lo invité a Nacho a merendar en casa.

—Claro que voy, no me perdería por nada el bizcochuelo de chocolate de tu abuela.

—No creo que lo haga hoy —respondí—, no se sentía bien esta mañana.

—Ya lo hizo —contestó con certeza.

Y no se equivocaba. Luego de caminar las ocho cuadras que separaban la escuela de mi casa, allí estaba, esponjoso por dentro y crocante por fuera: el bizcochuelo de mi abuela Lola. Ahora necesitaba decírselo a alguien. No podía ser yo el único que lo había notado.

—¿Una especie de vidente querés decir? —se sorprendió mi madre.

—Más que vidente, oliente —respondí ante su asombro.

Lo repetí más tarde frente al grupo de amigos íntimos. A las primeras carcajadas sobrevino un silencio reflexivo, unos instantes en los que cada uno regresó a un momento particular en el que esto que yo decía cobraba sentido.

Entonces Raúl recordó el día en que había anticipado que la maestra llegaría en diez minutos y en efecto fue ese el tiempo que pasó hasta que la vieron entrar por el portón de ingreso. Eduardo pensó en la vez que para su cumpleaños le había regalado una caja con chocolates y Andrés lo supo antes de que le diera la caja que estaba envuelta y adentro de una bolsa. Finalmente Julián reconoció que cuando esperaban a Liliana en la plaza San Martín, él le dijo que ella no iría porque estaba en la plaza Mitre con otro chico. Es más: hasta había dicho el nombre de ese chico.

—¿Lo ven?, es oliente —exclamé excitado. No solo había compartido mi descubrimiento sino que había logrado que otros lo vieran. Si bien no estuvieron convencidos del término que yo había acuñado, no dudaron en que había allí algo que hacía especial a nuestro amigo.

—Adivina el futuro —insistía Eduardo—, es vidente.

—No lo ve, lo huele —trataba de convencerlos seguro de que el hallazgo le daría a Nacho fama y dinero.

Era el momento de hablarlo con él. Seguramente ignoraba por completo su don.

La conversación resultó totalmente natural. Nacho había notado desde hacía tiempo que podía oler con cierta anticipación la llegada de personas, algunas comidas e incluso fenómenos meteorológicos. Solo fue necesario hacer unas pruebas con testigos para medir el alcance de su don.

La primera prueba consistió en ofrecerle una serie de paquetes perfectamente cerrados y él debía decirnos qué contenían. Así descubrió sin dificultad café, arroz, fideos, frutas varias, diferentes cortes de carne y variadas salsas. Pasada esa prueba, empezamos a alejar los paquetes y así descubrimos

que su poder tenía un alcance de al menos dos kilómetros. Previo al alejamiento hicimos el inútil trabajo de envolver con muchas capas de papel y bolsas.

Toda su nariz sufría una graciosa transformación cuando debía esforzarse, ya sea porque el objeto se hallaba a mucha distancia o porque había olores que hacían interferencia entre él y su objetivo. Empezaba con un leve ensanchamiento para dar lugar a un aleteo rítmico que culminaba con el órgano totalmente inflado. Sus fosas nasales adquirían entonces dimensiones inconmensurables.

Con el correr del tiempo, gracias al arduo ejercicio y al sometimiento a desafiantes exámenes, se lograron resultados increíbles.

Era experto en cata de quesos, vinos, té y aguas.

Podía anticipar tormentas, caída de granizo o cambios de clima.

Asociaba prendas de ropa a sus dueños (aún si se habían lavado) vivos o no. Anunciaba la llegada de personas y todo tipo de entes paranormales.

Pronto descubrimos que sabía qué comida se iba a hacer antes de que empiecen a prepararla, lo cual nos dio la pauta de que su olfato no solo atravesaba largas distancias sino que también tenía injerencia en el tiempo. Con un poco de práctica y concentración podía *preoler* un derrame de combustible en la autopista, un incendio forestal, o la fuga de tres presos de la cárcel local. Eso sí: que Nacho pudiera oler lo que aún no había sucedido no significaba de ninguna manera que hubiera oportunidad de evitarlo, y sonaba lógico: si algún hecho finalmente no sucedía era porque su *olición* había fallado. Sin embargo, permitía que hubiera equipos listos para actuar en el momento en que efectivamente los hechos acaecían. De a poco fue capaz de estimar la hora exacta en qué sucederían.

"No inspires muy profundo porque desaparecemos todos", solíamos bromear. "No se rían que estornudo y provoco la tercera guerra mundial", respondía Andrés, quien desde muy chico había aprendido a reírse de él mismo. Y más ahora que su gran órgano lo llenaba de satisfacciones.

Si bien intentamos mantenerlo en secreto, no pudimos impedir que "el fenómeno" llegara a los medios locales, provinciales, nacionales y rápidamente los internacionales. Pronto, mi amigo se hizo famoso y desfiló por canales de televisión donde fue sometido a los más estúpidos desafíos. Por entonces su enorme nariz, que siempre había espantado a las mujeres como si se tratara de una espada, se convirtió en un órgano sensual que tanto él como sus amigos supimos aprovechar con creces en bares y boliches donde hombres y mujeres se acercaban a nosotros,

en principio para tocar la prominencia milagrosa, para luego intentar seducirnos a todos a cambio de permanecer cerca de ella.

Hacerse millonario fue consecuencia de la buena administración que hicimos del caso. Primero fueron las entrevistas, las notas, las visitas a programas. Luego publicidades, documentales y charlas motivacionales. Por último, ofertas laborales, algunas muy tentadoras como en el servicio meteorológico o en la unidad de crímenes de la Policía Federal y otras no tanto como cuando lo convocaron del Ministerio de Economía para pedirle que oliera el rumbo del país, trabajo que descartamos por tratarse de una misión imposible y riesgosa.

Las marcas de perfume se jactaban de tener su foto en los estuches y para él resultaba muy divertido reconocer fragancias y fallas en la producción de las mismas. Allí aprendió a diferenciar ingredientes, lo cual fue un buen plus para suya consagrada carrera.

Eso sí, cuando Nacho se resfriaba quedaba una semana fuera de servicio. Los huracanes más devastadores y los asesinatos más atroces parecían consumarse en esos días en los que le era imposible olfatear personas secuestradas o delincuentes sueltos. Por más que la abuela Goye untara su pecho con los ungüentos mágicos con que sanaba cualquier mal, esa semana Andrés quedaba inhabilitado para cualquier trabajo, aún para los que solo requerían de una fotografía suya, pues su nariz se ponía tan roja, inflamada y deforme que era perjudicial mostrarse así en público.

Otro asunto resultó nefasto para nuestro proyecto de vida: fue cuando se enamoró. Estaba tan desconcentrado que confundió las empanadas de la cena con los canelones del día siguiente y lo que fue peor, los bomberos esperaron un feroz incendio en una casa donde solo hubo un asado; la Policía halló a un perro perdido en lugar de a un niño y la nave extraterrestre que supuestamente aterrizaría en Capilla del Monte no fue más que un Fiat 600 cargado con plantas de marihuana “para uso personal”. Fuera de eso, su carrera era un éxito.

El martes 17 de enero de 2022 llegó a casa abrumado. Nunca lo había visto tan angustiado, ni siquiera cuando preolió el terrible ataque al Obelisco. Ni bien le abrió la puerta me abrazó y se largó a llorar en mi hombro. No es momento para aclarar que los mocos de mi amigo podían inundar una habitación. Lo dejé descargarse. Cuando estuvo más tranquilo me miró aún con lágrimas en sus ojos y me dijo que ya odiaba su don. Era preocupante. En parte porque de él vivíamos

varios amigos encargados de su imagen, su agenda, sus discursos, sus traslados, etc. Y además porque estábamos seguros de que el Mundo lo necesitaba.

—Huelo la muerte —dijo y se dejó caer en el sillón.

¿Qué significaba eso? Yo mismo había visto cómo indicaba el lugar exacto donde se hallaba enterrado un cadáver. Era la peor parte de su capacidad, pero había ayudado a resolver infinidad de casos y las familias estaban tan agradecidas por eso.

—Está llegando —sentenció y escondió la cabeza entre sus manos de manera que su nariz prácticamente tocaba el suelo.

Yo no podía hablar. Balbuceé unas sílabas y me quedé esperando. Como ninguno rompía el silencio, me animé a preguntar.

—¿Y a cuánto está?

—Dieciocho horas y veinticinco minutos.

—¿Seguro?

—Como cuando olí que Roxana estaba embarazada.

Lo agarré del brazo y salimos corriendo de ese lugar. Tardamos una hora en llegar al pueblo donde nos habíamos criado. Me preguntaba si así podíamos alejarnos de Ella y ganarle tiempo a los recuerdos. Dimos vuelta por la plaza donde aprendió a reconocer la cercanía de las chicas que nos gustaban y nos trepamos al balcón de la profe de Historia para confirmar que la ahora anciana conservaba aún las cartas indiscretas de su amante. Atravesamos la canchita, ahora Club Atlético San Andrés, y recordamos aquel chaparrón del que intentó advertirme. Se dejó envolver por los olores de la infancia: las medias con barro, el café con leche en la casa de Pablito, el pijama azul del abuelo Augusto, la tierra mojada, el sudor de los obreros de la fábrica de sifones, el colectivo que siempre perdíamos por especular. Me hizo correr hasta la casa donde había sido feliz de niño y me describió el perfume de las milanesas más ricas del mundo, porque las hacía su mamá y cuando eso sucedía tardábamos solo siete minutos en llegar desde la escuela a la mesa donde todavía faltaba media hora para comer. Nos reímos recordando el resfriado que lo hizo confundir a la directora con la chica más linda de 5°B y de los sopapos que se ligaba cada vez que se burlaba de una compañera diciéndole que estaba con la regla o que le

vendría esa tarde sin falta.

El olor de los recuerdos nos hizo olvidar de todo. Nuestra amistad tenía la fragancia de la buena madera. Y eso, hasta yo podía sentirlo.

Nos acostamos sobre el césped del Parque. Había muchas estrellas. Le dije que podía alcanzar la Luna con su nariz y largó una carcajada. Nos dimos la mano y nos quedamos dormidos.

No sé en qué momento despertó. Sentí cómo preparaba su cuerpo dando lugar a una larga, pausada, profunda y solemne inspiración.

Y entonces el silencio infinito.

Cuando reaccioné hallé su nariz. Solo eso había quedado de él. Una escuadra carnosa y cartilaginosa que tomé por su tabique y coloqué delicadamente en una caja. Podría decir “en una pequeña caja” si no fuera porque necesito que se tome la dimensión real del hecho.

Personalidades del mundo entero asistieron al velorio de Nacho, aunque para ser más específico debo decir “de la nariz de Nacho” la cual fue secándose con el pasar de las horas, perdiendo su tono rosado y su apariencia vital. Luego de desfilas por los lugares donde Nacho (y su miembro) había ejercido su poder, políticos y figuras influyentes discutieron acerca del sitio que deberían ocupar sus restos; o su único resto para ser más exactos.

Templos, Organizaciones sociales, escuelas, instituciones de bien público, Museos, la Nasa, coleccionistas y fetichistas tironearon de la idea y sostuvieron que la ahora reseca y rígida nariz debía exponerse en sus vitrinas, sin embargo, y aunque les cueste creer esta parte del relato, pude convencerlos con mis argumentos y es por eso que el prodigioso y prominente órgano de mi amigo Andrés, descansa hasta hoy en la canchita del barrio (ahora club Atlético San Andrés) en una hornacina que lo protege del viento y donde miles de peregrinos llegan cada día para pedirle que repita el milagro “de la olición” una y otra vez.

A mí me gusta preguntarle si va a llover, porque entonces me responde con un leve aleteo y si la probabilidad es de tormenta fuerte, tengo la sensación de que va a remontar vuelo y me río, me río mientras corro a toda velocidad hasta mi casa porque sé que la nariz de Nacho nunca falla.

(Seud.: Lobo)

Obras finalistas

Botella al mar

“Yo
no estaba cuando
parieron el grito y la
mordaza y se quebró el
espinazo de los sueños
por todos los costados
cardinales...”

Camino, Ricardo Trombino

Existe cierto miedo que emerge con más fuerza al compás de cada palabra y su inherente horizontalidad, un miedo que en algún punto encontrará en mí un sentido de final absoluto. El Polilla siempre me decía, botella vacía en mano y con la mirada fija en ella, casi analizándola: “el alcohol es como un buen cuentista, te mantiene en esa hasta que termina la cosa de un golpazo y derecho al piso”. Boxeador nato el Polilla, pero de esos que suben las cuerdas para ver de cerca el barullo, escuchar las campanas, sin sostener una constancia en el tiempo y porque sí, qué mejor que unos cuántos bifés para ahuyentar la resaca.

Justo ayer me delegaron cubrir una pelea, aburrida como tantas otras, y me acordé de él, de la muchachada, toda la banda del Segovia al quinientos siete, como nos decían por ahí en las plazas de los barrios aledaños, donde solíamos armar unos picados los fines de semana para marcar territorio.

Si me preguntan, el recuento es breve pero con anexos incluidos. Cada tanto me entero algo de Jaime, que se volvió al norte después del paredón. Ahora tiene un kiosco en pleno centro de San Salvador, dejó de lado todo ese asunto de la abogacía y la carrera política, aunque de tanto en tanto recibe durante las vacaciones a algún que otro ex compañero de militancia. Imagino que ahora duerme un poco más tranquilo.

También me escribo con la Sonia (a través de cartas, obviamente) una vez al

mes, si logro hacerme un tiempo para responder. Ella dejó de atender las llamadas, a pesar de todavía mantener la línea. Para que se escuche algo en la casa, quién sabe. Nunca faltan sus depósitos en tiempo y forma con el monto justo para las flores. Que me consiga unos alelíes, no, mejor unas pasionarias, de seguro van a combinar con el cielo, el Huguito de la tele pronosticó muchas nubes por allá.

El cementerio municipal tiene dos portones. Uno que da a los baldíos, y el otro más ancho, que es por donde suelo entrar, y que corta plena Ignacio, a cuatro cuabras de la pensión. El cuidador es un señor robusto y lleno de tierra hasta los bigotes. Por la puerta de su casilla puede leerse, con grandes letras en mayúscula, el siguiente cartel: “Negocio abierto las veinticuatro horas. Se atiende tanto feriados como domingos”. Usualmente nos saludamos, debo ser uno de pocos. Charlamos de fútbol y el diario del lunes. El Depo perdió la punta viste, ajá, y de nuevo los barras en Las Paredes, y así.

Las tumbas de los mellizos se encuentran a un costado de los nichos, justo unos metros antes de bajar y chocarse con el zumbido de las moscas, que nunca se dejan ver, pero ahí están. Les dejo la selección colorida de la Sonia y de paso limpio un poco las inscripciones. Cómo les costaba mantener a estos dos la limpieza en la habitación. Las matronas de turno ya no sabían con qué darle. Por largo tiempo Malos Vientos se jactó de tener las calles limpias de ratas, creo yo porque el verdadero festín estaba en aquella habitación de tres por tres con cucheta, o fue quizás gracias a la superpoblación de gatos siameses. Una de dos.

Al salir modifico mi recorrido de vuelta. Con el perdón y permiso de Doña Sonia, porque ojos que no ven etecé etecé, separo un par de tallitos y los envuelvo en una servilleta. Dibujo un par de cuabras y me detengo donde comienza el silencio. El paredón fue perdiendo aquel color blanco y pulcro de entonces. Las paredes que lo componen a ambos lados, altas e infinitas como las cuencas de un río, aún con los años continúan asfixiándome. Se lo comenté una vez al Polilla. Salíamos de la facultad y cortábamos camino por la zona de las fábricas hasta llegar al escondido pasaje. Los dos cursamos durante un semestre la misma cátedra de Filosofía, los jueves, con la Urraca Rodríguez, como se la conocía por los pasillos y el baño del tercer piso, debido a su nariz tan de gancho y huesuda.

- Te entiendo chino - dijo, acariciando los ladrillos repintados con la palma de su mano- a lo mejor, si tuviera un par de ventanas...

Qué tipo el Polilla, hombre fascinado por las ventanas. En algún lado leyó no sé qué cosa y de pronto las empezó a mirar con otros ojos. Sobre todo en las tardes, si alguno sedaba una vuelta por el patio interno y levantaba la cabeza, podía encontrarlo con los codos en el marco de su habitación cual Julieta, él perdido por ahí, más allá del techo de las casas y las siluetas de las montañas.

Cuando acometieron a la puerta los atendió Nené, una matrona cuarentona venida de las sierras pampeanas. La mañana estaba fresca y el churrero seguramente pitaría su silbato de pájaro en cualquier momento. En calzones, aún algo somnoliento y con los ojos que me daban vueltas cual aguja de brújula, logré observar arriba de la mesa del comedor las billeteras de los muchachos, abiertas las extremidades bajo la luz del techo, intactas, con sus documentos, algún que otro vuelto y los boletos de la proyección. La noche anterior traían al Malcom una de Charles Bronson. Nunca me gustaron los vaqueros. Acá tenemos a los gauchos y el mundo ni bola (se ve que les falta marketing, como dicen algunos hoy en día) y a pesar de mi negativa, los mellizos y Jaime, a diferencia del Polilla, continuaron insistiendo hasta casi hacerse la hora, pero el Quijote no iba a leerse solo, y bien que costaba. A mis espaldas, Nené temblaba en un rincón. No dijo una sola frase al entrar ni tampoco al salir de mi habitación, simplemente destapó las frazadas y a rastras me condujo al comedor. Comprendí entonces que teníamos visita.

A la semana, luego de que Jaime apareciese, pudimos atar un poco mejor el hilo de las cosas. Apareció una tarde a recoger sus pertenencias, sobre todo libros y un par de papeles escondidos entre los machimbres de las paredes. El resto quedó tal cual estaba en un principio: la ropa, su máquina de escribir, las fotos. Jamás volvió por ellas. Tampoco supimos dónde había estado, ni con quién, aunque por su apariencia abandonada lo probable es que nunca estuvo más de un día en un punto fijo. Nené y yo lo vigilamos desde el pasillo.

Dispusimos que no tenía sentido interrogarlo; sólo cuando cruzó el comedor y detuvo su cuerpo flaco y pequeño para observar las billeteras que aún continuaban sobre la mesa, estirando lentamente su brazo, casi inseguro de lo que estaba por hacer, tomó la suya, pegó media vuelta, y en un ademán casi imperceptible, evitando el choque de miradas, se despidió. Nené puso la pava.

La noche del paredón significó no sólo para mí un viaje gratis en auto, sino

también un par de días adentro y gracias, que te vaya bonito. Nené esperaba en la oficina de entrada cuando abrieron las rejas del calabozo. Contuvo las lágrimas al descubrir desde lejos los moretones y la ropa toda sucia y desgarrada. Su figura parecía más diminuta de lo que realmente era, o al menos, aquella fue la impresión que me daba mientras apretaba los puños a ambos lados de su cintura, tal cual aquella noche en la que me subieron al auto. Finalmente nos abrazamos y salimos.

El 242 se detuvo en la puerta de la pensión. Una vez dentro me dirigí a la habitación. Para mi sorpresa todo se encontraba exactamente como lo había dejado. Abrí el cajón de mi mesita de luz y busqué una agenda marrón donde solía anotar de todo un poco. Cómo hizo Nené para suponer que ahí la guardaba, vaya uno a saber. Podía escuchar a la pobre llorar en silencio mientras continuaba ordenando el revuelto que habían dejado por toda la casa. Agarré el teléfono y marqué a la Sonia. Le expliqué lo poco que sabía, lo poco que había escuchado, que a su vez era suficiente para conocer el desenlace de la historia. A lo mejor el Polilla tendría un consejo para sobrellevar una situación como ésta, o por lo menos intentaría buscar uno. Con voz ausente pidió que anotara la dirección de su casa junto al código postal y posteriormente colgó. Desde entonces nos escribimos y me encargo de las flores, ofreciéndonos una modesta y epistolar compañía sin realmente conocernos, sin siquiera regalarnos un rostro. Quizás nunca suceda.

No recuerdo exactamente cuántas veces escribí nuestra historia, cuántas veces recibí el golpe luego de cada punto final. Es verdad que existen historias que preferimos olvidar por los dolores que nos devuelven del pasado; las enrollamos de forma delicada con tal de que no se les escape ni una sola palabra, para luego encerrarlas sin juicio previo dentro de una botella que se esconderá con el resto. Nos atenemos así a la negativa de ocasionar un encuentro con la arena fría y húmeda de cualquier orilla para amasarla entre la juntura de los dedos y compartir con el mar lo que haya que compartir, apuntando bien alto. Porque, a fin de cuentas, he aquí el verdadero y primer dolor: este traicionero intento por olvidar aquello que nos remite no sólo a las sombras, sino también a los tesoros que improvisa la vida, esos que nadie prevé y terminan colándose por la ventana.

Mañana es día de visita. Doña Sonia me dió libertad creativa, siempre y cuando combinen con la semana soleada que se avecina. Voy a inclinarme por los

jazmines chinos, los favoritos de mamá, que se marchó hace rato, mucho rato, al igual que la familia del Polilla. Fuimos los únicos en reclamarlo, Nené y yo. Su nombre está inscrito junto con el del resto de los mil en una placa igual de blanca y marchita que el paredón donde reposa y que lo vio por última vez, un paredón igual de blanco que los jazmines chinos que mañana iré a dejarle y que, inevitablemente, también se marchitarán. Las páginas de nuestra historia no correrán la misma suerte. Arrojo ésta botella a quien corresponda.

(Seud.: Donato Dhios)

Caliptra

Abrió los ojos, trató de girar sobre sí misma para seguir durmiendo, pero ya no pudo hacerlo. Insistió y cuando finalmente logró completar el movimiento sintió un pequeño bulto. Pasó su mano sobre algo que le pareció un lunar, aunque más alargado. Se volvió a tocar por encima del hombro, en la parte de la espalda que baja hacia el omóplato y se aseguró de palpar cada milímetro. No tuvo dudas, algo sobresalía. Se levantó de la cama un tanto molesta y aún somnolienta. Entró al baño dispuesta a mirarse en el espejo para ver lo que tenía, pero en el camino y casi sin darse cuenta, sus ojos se posaron sobre el celular advirtiéndole así que ya estaba retrasada para todo lo que le esperaba en el día. Se olvidó entonces del espejo y como un rayo se lavó los dientes, se vistió y salió de la casa sin desayunar, con el pelo aún revuelto.

Transcurrió el día con su teléfono explotado de mensajes de los proveedores de la empresa. No paró un minuto y aunque sentía cierta incomodidad sobre su espalda, la urgencia laboral ocupaba toda su atención. La jornada se extendió hasta que oscureció. De regreso a su casa, no tuvo otra alternativa que la de pasar por una rotisería. Se tiró en el sofá y prendió la tele. Seguía sintiéndose rara, aunque no sabía por qué. Un aire de jazmines invadía el ambiente. Comió un poco y se quedó dormida ahí, aun vestida.

Al despertar se recordó la mañana anterior y llevó su mano nuevamente hacia el omóplato, pero ahora desde abajo y no por arriba de su hombro. Sintió algo parecido a una hoja, como papel mache entre sus dedos. Dio un salto y se

sacó su camisa y luego su remera. Corrió hacia el baño. Una rama verde y flexible caía desde ese punto que antes le había parecido un lunar. Eran casi 20 centímetros de los que brotaban pequeñas hojas verdes, suaves pero resistentes. Se asustó, ¿Cómo no hacerlo? Pensó en tomar una tijera y cortar desde la raíz la rama que emergía, pero la tocó y la sensación que le generaba era por demás agradable al tacto. Sentir las hojas y los pequeños brotes le producía un placer totalmente nuevo y desconocido hasta entonces. Sin embargo, cuando intentó tirar una hoja que sobresalía, sintió dolor. La sensación que le produjo la llevó a desistir inmediatamente de la idea de usar la tijera. Además, ¿por qué iba a cortar la rama si le causaba tanto placer al tacto suave y gentil? Estuvo mirándose al espejo un rato, hasta que un mensaje en el celular la devolvió a su religioso ritual. Otra vez retrasada para todo lo que el día tenía por delante. Se puso una remera de algodón suave, una camisa suelta y salió para la oficina, nuevamente sin desayunar. Por la tarde su espalda se veía más ancha. Incluso vista de perfil parecía que un caparazón mullido la contenía, aunque ella no sentía ningún peso alrededor. Cuando sus movimientos eran suaves y relajados, la invadía una sensación única de regocijo. Sin embargo, si por alguna razón sus músculos se tensaban o algún empleado le avisaba que los datos en las planillas del día tenían errores, comenzaba a sentirse pesada, con la boca seca y con cierta rigidez estructural.

Por la noche, nuevamente debió recurrir a la rotisería. Al llegar a su casa, sintió sus pies cansados y doloridos. Se sacó el calzado y se sorprendió al ver que de sus dedos sobresalían pequeños hilos blanquecinos, como racimos, húmedos y flexibles, largos, delgados, que terminaban en caliptras cónicas. Ya no pudo volver a ponerse las botas. Entró al baño y al abrir la ducha sintió el agua cayendo como un elixir. La espalda ya no era espalda y ahora su pecho también imitaba el lomo, liberando racimos, abriéndose paso entre la epidermis que se volvía cortex y almidón. Notaba que el líquido no se escurría, sino que era absorbido y con cada ingesta, una jungla atravesaba sus manos. Su pelo eran ahora lianas, cuerdas verdes como fideos en ebullición, que danzaban sobre su cabeza esperando la llegada de la primavera, el nacimiento de la luna o el atraco de Poseidón. Al salir del baño era todo delicioso. Invadida por un perfume selvático sus ojos se cerraron sobre el mullido sofá. Con todo, unas horas más tarde -a ella le parecieron minutos-, el sonido del celular volvió a

interferir. Cuando se incorporó entre los almohadones, sintió la magnitud de su cuerpo y tropezó con torpeza al intentar levantarse. La casa, antes tan cómoda, se había transformado ahora en un espacio minado de obstáculos. El velador del esquinero fue la primera víctima, pero no la última. Le siguieron un plato de loza y un vaso, la jarra de vidrio y un portarretratos. No pudo ponerse las botas ni los zapatos. En realidad, nada le entraba. Decidió vestirse -no tenía otra opción- con la ropa más grande que encontró y en sus pies puso unas bolsas de nylon. Tomó las llaves de su camioneta y salió hacia su trabajo.

Le resultó extremadamente arduo hacerla arrancar. Cuando logró hacerlo, pudo avanzar, aunque sus manos se enredaban en el volante y las bocinas de los demás autos la aturdían inhibiendo sus movimientos. Con dificultad vio que, si metía los pies de costado, podía acelerar un poco mejor. Así fue el viaje hasta llegar a la oficina. Sin embargo, cuando vio la puerta del lugar, no paró. Se sintió ahogada y entonces siguió de largo. Aceleró hasta perder a los transeúntes, los autos, las luces y el asfalto. Extendió su viaje hasta que se diluyeron los edificios y los semáforos. Continuó mientras la ciudad se esfumaba y el asfalto se volvía ripio. Así, hasta que por fin sintió que había recuperado el aire. Entonces se bajó del vehículo y caminó por fuera de la calle. Atravesó un alambrado y al pisar la tierra, notó la fuerza de los dedos intentando horadar el suelo, penetrarlo. Algo la llamaba. Los pasos se hacían más y más difíciles. Sus brazos que ya eran ramas se estiraban entre el mallín y la alfombra verde sobre la que pisaba. Seguía, aunque no tenía rumbo. El horizonte era ónix y rubí. Unos cuantos pasos más fueron suficientes para que los pies ya marrones por el humus circundante se enterraran, se hundieran y desaparecieran, mientras las piernas largas, como en un cuadro de Dalí, descubrían su corteza dura y áspera, fuerte y resistente. Y en el crepúsculo matutino, las flores comenzaron a abrirse paso entre las hojas que cubrían todo su cuerpo, mientras ella, con un suave movimiento alcanzó a dar vuelta su cara como un girasol, para así darle la bienvenida al nuevo día.

(Seud. Ramparts)

Afilador

Algunos recuerdos son como sueños colectivos. Cosas que pueden haber sucedido en un momento y en un lugar determinado, pero que nadie sabe a ciencia cierta cuándo y dónde, aunque en el fondo sabemos que fue así. De este tipo de recuerdos conservo muchos, pero uno en particular me atormenta hace años, molestando como una mosca en la oreja cuando busco dormir pacíficamente. Ese verídico (pero inverosímil) día, todos nos pintamos del mismo color en mi barrio de la infancia, y perseguimos un mismo pensamiento.

El barrio era sencillo, con construcciones austeras y personas aún más discretas habitándolas. Era común caminar por la calle esquivando perros con dueños que conocíamos, así como perros que no pertenecían a nadie, y a todos a la vez. En donde la esquina y el barro se juntaban, se construían debates de gran alcance filosófico entre vino y risotadas, y al unísono como en una gran familia gritábamos lobo si algún forastero se acercaba. Él llegó sin avisar, un día nos dimos vuelta y estaba allí, montado en su bicicleta y arrastrando un pequeño carrito en el que llevaba muchas herramientas oxidadas y no tanto, iluminando el camino con su sonrisa aunque fuese de día. Rechinaban los pedales y la cadena, rechinaba el suelo que se dibujaba a su paso, rechinaron nuestros dientes y en aquel entonces no encontramos una razón para que eso sucediera, pero era un síntoma de que las cosas estaban por tomar un rumbo diferente.

Afilaba cuchillos para vivir y nunca supimos su nombre. Creo que saberlo nos hubiese ayudado a ponerle un rostro al horror. De sonrisa plateada, inmaculada, y una mirada que, sostenida en el tiempo, podía ser muy poderosa, el afilador arribó en solitario y llevando auestas una confianza que nunca le vi a nadie. Era evidente que había nacido y crecido en alguna tierra lejana, totalmente ajena a la simpleza de mi barrio natal. Dos gatos otrora dóciles se erizaron apenas sintieron su presencia, y no hicimos caso al infalible instinto animal.

Era encantador y llegó pregonando palabras extravagantes con movimientos bruscos, gesticulaba como una bomba a punto de explotar. Dijo que nuestras vidas iban a cambiar drásticamente, y vaya si tenía razón.

Nos tomó por sorpresa cuando en octubre la señora De Udaeta llegó al almacén con una confusión cristalina adornando sus ojos. La bolsa de las compras le pesaba, por lo que la dejó en el piso, y se escuchó una amalgama de sonidos, metálicos y de madera. No era extraño que la señora se paseara por la calle con objetos de su casa en una bolsa, ya que hace un par de años que no era la misma, pero en este caso había traído consigo unos diez o quince cuchillos, y un poco nos preocupamos por su sanidad mental.

-Me robó... me robó – alcanzó a decir antes de irse por donde había llegado segundos antes. Parecía perdida en un universo de dudas.

Yo fui testigo de ese caso porque estaba por comprar harina para hacerle una torta a mi madre que cumplía cuarenta y cinco años al otro día, y quería sorprenderla. Pero no fue el último (tal vez sí el primero), y como en una epidemia silenciosa, de a poco nos fuimos enterando de más y más personas que de manera onírica caminaban las pocas cuadras que componían el barrio, buscando la respuesta a una pregunta que no habían hecho. De repente se sentían ultrajados sin saber por qué, balbuceaban hasta que recobraban el sentido, y una vez que esto sucedía, se preguntaban cómo era que habían llegado ahí.

¿Podía ser otro episodio como aquel en que todos los adultos del barrio, al menos los que contaban con más de dieciocho años, durmieron durante cuatro días seguidos y nos dejaron a los niños de entonces a la buena de Dios, y de un sistema de gobierno al estilo de *El señor de las moscas* que en apenas noventa y seis horas ya había establecido su propia pirámide social? No parecía ser lo mismo, en esta ocasión los adultos estaban evidentemente despiertos, sin embargo un trance los envolvía por algunos minutos, y de un momento al otro, los cuchillos. Todos aparecían con algún elemento cortopunzante en la mano, o en un bolsillo, incluso en algunas carteras si se trataba de señoras arriba de los cincuenta. No hubo que lamentar ninguna tragedia, pero las yemas de varios dedos arrugados sangraron innecesariamente, manchando billetes, monedas y relojes en el proceso.

Primero fueron los viejos. Los vería más vulnerables, asumimos, y por consiguiente también nos quedamos tranquilos en nuestro caparazón de juventud, si total era imposible que los jóvenes cayéramos bajo ese inusual

hechizo. No había tantos ciudadanos de la avanzada tercera edad en el barrio, y no miento si digo que aproximadamente un noventa por ciento de ellos fue víctima de un conjuro efímero, aunque efectivo. El arrastre de los pies de Justo Paneli todavía está grabado en mi memoria, cuando se apareció de forma espectral detrás de mí y me preguntó si había visto a su esposa – fallecida hacía al menos diez años – sosteniendo un Tramontina como un soldado entrenado para matar. Volvió en sí tras un par de cachetadas que le propinó su propia hija, y de la misma manera que otros ancianos antes que él, desconocía la causa de su desconcierto. Estas eran en su mayoría personas lúcidas, que no mostraban ninguna clase de deterioro mental, por lo que el aura de misterio cubrió con una espesa bruma nuestros hogares, y ya nadie estaba seguro de nada.

Empezamos a atar ciertos cabos (un tanto obvios si me preguntan, pero nunca lo hacían) y todos los caminos conducían a Roma. Estaba claro que algo tenía que ver esa persona que había aparecido recientemente en nuestras vidas y su trabajo se relacionaba con los cuchillos, ¿pero qué era lo que estaba haciendo, y en qué momento? Solo se podían observar las secuelas que dejaban sus actos, ya que a él raramente se lo veía. Se llegó a creer que el afilador era solo una figura de carácter legendario y que nuestro barrio estaba cayendo en un delirio generalizado, que éramos presas de una enfermedad que partía desde lo más alto de la escalera etaria y que lentamente iba bajando, hasta el punto que más de una alarma se encendió cuando vieron vagando con tijeras en las manos a dos niñas de no más de diez años. Luego de salir de su letargo, confesaron que un señor de pelo negro y nariz grande les había prometido que podía devolverle el filo a sus cuchillos y demás elementos de similar uso por un precio bajísimo. Sin dudarlo ni un minuto le llevaron todo lo que encontraron en la casa, felices de que harían algo que sería de mucha ayuda. Sin embargo, al regresar el afilador con todos estos utensilios listos para ser peligrosos otra vez, les informó que el precio que había dicho en un principio ya no era tal, y que la cifra ahora se elevaba unas cinco o seis veces respecto de la original. Las niñas no entendían que las estaban estafando, creyeron que el error era suyo y buscaron por todos lados el dinero que debían, ya que de lo contrario el afilador no les devolvería aquello en lo que había trabajado tanto. “Si lo agarro lo mato” dijo el padre indignado, pero el afilador era esquivo, casi

invisible. Solo se permitía ser visto por quien consideraba necesario en ese momento para llevar a cabo su magia.

Su *modus operandi* era siempre el mismo: tocar el timbre de la casa de algún incauto y hacer una demostración gratuita de su labor. Si el resultado lo convencía, regresaría en cinco minutos para llevarse al menos otros diez instrumentos (por menos no trabajaba) y afilar todo en menos de una hora, con el objetivo final de que las carnes y las verduras teman al ver el renovado filo de esas hojas. Y, nobleza obliga, el afilador era realmente bueno en lo que hacía, pero tan bueno que se convertía en un problema para sus clientes, porque si se negaban a pagar el aumento, él los amenazaba con quedarse los cuchillos o incluso, cuando el clima se ponía más caldeado, atacarlos con los mismos. Uno no quiere estar del otro lado de alguien que tiene diez cuchillos recién afilados y la mirada de un depredador hambriento.

Lo que muchos nos preguntábamos era por qué razón la gente del barrio seguía cayendo en este timo si era tan fácil de eludir una vez que tenían la información de que, pase lo que pase, se le tenía que decir que no al afilador. Aquellos que fueron engañados posteriormente argumentaron que intentaron negarse más de una vez, pero de alguna forma terminaban aceptando. Había algo fantástico en él, una hechicería intangible que actuaba como una suerte de flautista de Hamelin y nos guiaba como ratoncitos a la muerte con sus triquiñuelas y artimañas oscuras. A esta altura nadie podía ser tan soberbio de creer que estaba a salvo. Finalmente llegó el momento en que debíamos tomar cartas en el asunto, y se llamó a una asamblea para decidir qué haríamos como comunidad. En el fondo, era también una cuestión de orgullo lo que motorizó la organización barrial.

En la asamblea se escuchó todo tipo de quejas, además de testimonios desgarradores que no hicieron más que confirmar la gravedad de la situación. No era en sí perder plata o sentirse burlado el problema, sino lo sistemático de todo. El afilador nos había estudiado previamente y los trucos que utilizaba estaban hechos a nuestra medida. Quién sabe a cuántas otras personas en otros barrios y en otras ciudades les habría hecho lo mismo, abandonando esta empresa en el instante en que se dieron cuenta de la trampa y sus poderes hipnóticos dejaron de tener efecto. Luego de mucho deliberar, se acordó un plan

en el que todos, de una manera u otra, debíamos participar. Una gran obra de teatro con un único espectador.

El primer paso fue preparar la carnada, que consistía en una feria de platos ficticia a llevarse a cabo el sábado siguiente. Sabíamos que el afilador solía visitar el barrio entre el miércoles y el viernes, por lo que todo el mundo tenía que estar sumamente atento a su llegada. Era imposible que se resistiera a sacarle provecho a esta oportunidad, la gente necesitaba de cuchillos en buen estado para preparar la comida que se serviría en la feria. Se pusieron numerosos carteles en paredes y postes de luz, aguardando pacientemente a que se sintiera atraído, que fuera él por una vez el cazado.

El viernes a la mañana sucedió. El gallego Santos fue el primero que escuchó a lo lejos el característico chiflo del afilador, que se había convertido en sinónimo del terror, y de inmediato dio aviso a cuanta persona se encontró: niños, adultos y viejos por igual se enteraron de su venida y se colocaron en sus posiciones tal y como se había ensayado. En esos días todos estaban tan expectantes que no había manera de concentrarse en el trabajo o en el estudio, y el momento de la verdad finalmente estaba aquí.

El afilador mostró su cara en la calle Cochabamba y dio un giro a la derecha, pasando por el almacén del gallego. Se sintió extrañado cuando notó que no había gente en la vereda, ni autos, tanto así que parecía un pueblo fantasma. Continuó pedaleando unas cuadas, y a medida que avanzaba, la gente salía paulatinamente de sus casas y de los negocios, persiguiendo como zombies al afilador, quien no tenía idea de lo cruel que sería el destino con él. Cuando se dio cuenta de que algo andaba mal, frenó y miró a su alrededor. Estaba rodeado de gente que no lo miraba a los ojos y que había determinado que ese iba a ser el fin de su aventura.

Sin dejarlo reaccionar, muchos de los hombres considerados más fuertes del barrio se lanzaron sobre él y lo inmovilizaron, pudiendo apenas defenderse con algún golpe azaroso. Yo estaba cerca de la acción y lo vi todo: el barrio vitoreó y festejó que habíamos atrapado al sátiro, y atestigüé el miedo más primitivo cuando vi cómo se percataba de que todos allí comenzaron a sacar los cuchillos previamente afilados por él. Fue llevado a un patíbulo improvisado en

la plaza central, donde los niños jugaban en el subibaja y las hamacas, y frente a una multitud sedienta de venganza, fue colgado sin un juicio previo.

El plan había funcionado y la euforia exultante que sentíamos correr por nuestras venas nos cegó, queríamos más. Tristán Hoffman fue el primero en cortar con una navaja uno de los dedos del afilador (el índice de la mano derecha) y devorarlo como si se tratara de una salchicha. Le siguió Irma Morales, la mejor costurera que alguna vez conocí, quien arrancó de manera muy desprolija una de las orejas del cadáver, y mientras la mordía se reía como una desquiciada, diciendo que era mucho más chiclosa de lo que la imaginaba. Así fue como todos tuvimos nuestra tajada del afilador. La feria de platos no resultó una falsedad finalmente, ya que se llevó a cabo un festejo que tenía también algo de ritual, de sacrificio divino. Con los brazos y las piernas se hicieron asados, los niños se empacharon con los sesos y la sangre tiñó de rojo nuestras encías. Los cuchillos cortaron con facilidad los huesos, que encendidos en una gran pira fueron parte del inmenso humo que sería nuestra purga. Ese viernes al mediodía el afilador dejó de existir, para pasar a ser parte del barrio, en cuerpo y espíritu.

Después de ese día nadie volvió a hablar del tema. Cada tanto se insinúa que el episodio del afilador puede haber sucedido, pero no hay pruebas, no hay registros, nada quedó de aquel momento más que el recuerdo, y tal vez ese sea el problema. Algunas noches despierto en medio de la madrugada, preguntándome por qué mi boca aún reconoce el inconfundible sabor de la carne humana.

(Seud.: Art Vandelay)

Clorofilia

— ¡Mishi! ¡Copito! ¿Dónde estás?

Todo comenzó por buscar al gato. Leonela descubrió algo que la dejó sobresaltada, y a partir de ese momento se dedicó a resolver el misterio.

—Mica, te digo que lo que vi no es de este mundo, te lo juro —le insistió a su amiga por teléfono.

—Capaz que te confundiste, había algún animal debajo de la planta, quizás un sapo o algo así.

—Entiendo que no me creas, yo misma no puedo creerlo. Por eso te pido que me acompañes esta noche.

—Me hacés poner la piel de gallina, no sé si me animo a estar espiando en casa ajena.

— ¡Dale amiga! yo te acompañé cuando quisiste espiar a tu novio, lo seguimos en el auto hasta las tres de la mañana ¡Me lo debés!

Se escuchó un suspiro del otro lado de la línea y luego la confirmación de que iba a acompañarla en su investigación.

A Leonela siempre le había resultado extraña su vecina. Era una mujer de mediana edad, muy reservada y que apenas salía a la calle para regar sus plantas, las cuales podaba y fertilizaba con frecuencia, su jardín era la envidia de todo el barrio. En el patio trasero tenía un invernáculo, y a través de los vidrios que lo conformaban, se podía ver la cantidad de plantas que habían crecido en el interior. Leonela desde su habitación en el segundo piso, la veía trabajar dentro de ese lugar casi todo el día. No entendía semejante obsesión por el reino vegetal.

En una ocasión había escuchado hablar a su madre acerca de Begonia, la vecina. Hacía tiempo se había separado, muchos le tenían lástima al enterarse de que, tras años de intentos por tener un hijo, como consecuencia de un aborto, tuvieron que retirarle el útero y los ovarios. Decían que se había vuelto loca y que esa había sido la causa del alejamiento de su esposo.

Leonela y Micaela habían acordado encontrarse en la esquina a las dos de la mañana. Lloviznaba y ambas tenían puestos sus pilotos con capucha y llevaban linternas en las manos.

— ¡Qué día de mierda elegiste amiga! ¡Ya veo que me pesco un resfrío de aquellos! —se quejó Mica.

—Te juro que cuando veas lo que vi, no vas a renegar por el clima.

— ¿Y por dónde se supone que vamos a pasar al patio de esta mujer? Tiene todo un paredón alrededor.

—Desde el fondo de mi casa. La división está hecha por una ligustrina tupida, pero el otro día buscando el gato, encontré un hueco por donde él pasaba y corté un par de ramas y lo agrandé.

— ¿Y por qué no me citaste en tu casa?

—Porque mi mamá no se tiene que enterar. No nos hubiese dejado ir, ella dice que Begonia está loca, que es peligrosa.

— ¿Peligrosa? No me jodas.

—Dice eso porque la echaron del trabajo, vení, pasemos para atrás de mi casa por el costado.

Las calles del barrio estaban desiertas, en la esquina el único ruido era el mecanismo del semáforo que podía escucharse por el silencio reinante. La lluvia tenue continuaba de forma molesta y el alumbrado era suficiente para guiar a las curiosas muchachas hasta el patio.

—Vamos, por acá —dijo Leonela señalando el agujero en el cerco.

El maullido de Copito hizo que Micaela se sobresaltara.

—Es mi gato, no tengas miedo, después voy a cerrar este agujero porque no quiero que se cruce más.

—Me hacés reír ¡Al gato no lo dejás pasar y nosotras nos vamos a arriesgar a cruzar!

—Shh, dale, agachate y despacito te vas arrastrando, mirá, así como yo — le indicó Leonela al tiempo que rectaba entre las ramas.

Micaela era algo más robusta que su amiga, y al pasar se rasguñó con las ramas y maldijo un par de veces arrepentida de haber aceptado acompañar a su amiga.

— ¡Hice mierda mi pantalón!, estoy toda embarrada, no sé qué voy a decir cuando llegue a casa...

—Después te paso ropa mía, cállate que no nos conviene que se despierte.

Ya en el patio de la vecina, caminaron con cuidado hasta el invernadero, al abrir la puerta el chirrido hizo que se aceleraran sus corazones y se detuvieran mirando hacia la casa, pero por suerte no se encendió ninguna luz y nada alertaba de que Begonia había escuchado algo, todo continuó sin movimiento.

Entraron despacio y encendieron las linternas para guiarse en el interior de esa selva compuesta por todo tipo de plantas decorativas, enredaderas, aromáticas, hortalizas hasta incluso algunos bonsáis. Los frutales estaban plantados sobre la tierra, había almácigos, macetas colgantes, cultivos verticales y grandes mesas preparadas para el cultivo hidropónico. Eran tantas las especies con un crecimiento casi descontrolado, que a pesar de la amplitud del lugar iba a ser difícil inspeccionarlo todo.

Mientras caminaban alumbrando cada espacio, Micaela que estaba algo agitada y que apenas podía sostener la linterna por el temblor de su mano, le preguntó:

— ¿Y por qué la habrán echado del trabajo? —preguntó mientras esquivaba las enormes hojas de las plantas en su camino.

—Begonia trabajaba limpiando en el hospital, parece que quiso robar algo, o más bien lo robó, y aunque no se demostró nada la despidieron.

— ¿Y que puede haber robado del hospital?

—Dicen que una placenta— aseguró Leonela dirigiéndose hacia el fondo del invernáculo.

— ¿Qué? ¡Qué asco! ¿Y para qué querría eso?

—Hay gente que la usa para hacer cremas, pero sospecho que ella la usó para otra cosa.

— ¿Para qué? Además, todavía no me dijiste qué es lo que venimos a ver.

—Sospecho que está relacionado.

— ¡Guacala! ¡Un frasco lleno de moscas!

—No toques nada ¿ves esa planta que está al lado? —dijo Leonela señalando una especie de tubo largo, colorido en su extremo y con una especie de tapita.

— ¿Qué es?

—Es una sarracenia, es carnívora, y la que está al lado es una venus atrapamoscas.

— ¡Mierda! —dijo Micaela dando un paso atrás y volteando una maceta a sus espaldas.

Las jóvenes intentaron juntar la tierra y volver a colocar la planta, pero sabían que Begonia sospecharía que alguien estuvo husmeando y eso no era nada bueno.

—Mirá esos frascos —dijo Mica señalando una especie de repisa.

—A ver... Citrato de clomífero, Gonadotropinas, Letrozol...

— ¿Y qué es eso? ¿Fertilizante?

—Son medicamentos para embarazadas, que raro...

—Vamos, allá al fondo está lo que quiero que veas.

Sobre una mesa colocada en la esquina este, había un gran cajón de madera relleno de tierra, Leonela alumbró y alcanzaron a ver que había algo recostado, era redondo y de color claro, como un beige rosado.

De forma instintiva Micaela tomó de la mano a su amiga y se acercaron casi sin respirar. Sobre el compost había un diminuto bebé enrollado en forma fetal, tenía el cordón umbilical enterrado como si fuera un tallo, y en lugar de cabello le crecían delicadas hojas de color azulado.

— ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Quiero salir de acá! —dijo Micaela retrocediendo.

—Te lo dije, esto no es de este mundo.

— ¡Esto es una locura! ¡Llamemos a la policía!

Pero cuando dijo eso, el chirrido de la puerta de entrada les anunció que no estaban solas. Begonia encendió la luz y emitió un silbido, algunas de las plantas comenzaron a moverse y las adolescentes corrieron espantadas.

Un tallo le hizo la traba a Micaela, que, sin alcanzar a ponerse de pie, fue atacada por ramas que se enredaron en su cuello hasta asfixiarla. Leonela intentó romper el vidrio para salir por detrás, sin embargo, sintió que una enredadera sujetaba sus pies haciéndola caer, por más que gritara e intentara zafarse, fue arrastrada y luego absorbida por un grupo de plantas tropicales.

—Duerma bebé — dijo Begonia acariciando la cabeza del niño vegetal — Mamá ya te consiguió alimento, y por suerte, algo más grande y nutritivo que un gato...

(Seud.: La Maga)

El bello durmiente

Lo vi por primera vez en el barrio de Once. Viajaba en el 132, rumbo al trabajo. Cerca de mi destino guardé el libro de Saer y mis anteojos en la mochila. Cuando el colectivo frenó ante la luz roja, en la intersección de Pueyrredón y Corrientes, miré casualmente por la ventanilla: estaba boca abajo, acostado sobre el asfalto, sumido en un sueño profundo: los autos lo esquivaban... ¡Hasta el mismo chofer del colectivo en el que viajaba lo había evitado, estacionando lejos del cordón de la vereda! ¿Quién puede dormir sobre la Avenida Pueyrredón en plena hora pico sin ser atropellado?

La vereda estaba atosigada de gente mirando la mercadería de los manteros, que, apretujados unos contra otros, ofrecían desde carteras e imitaciones de perfumes importados, hasta manteles y ropa interior. Y él, acostado del otro lado del límite marcado por un cordón de granito gris oscuro. No sé cuántos minutos transcurrieron desde el pase de la luz roja a la verde, pero durante todo ese tiempo no pude sacarle los ojos de encima: a pesar del viento que fluía entre sus rizos negros, vestía ropa de verano: una camiseta sucia de mangas cortas y un jean gastado. Sus pies estaban descalzos y sin medias, pero, aun así, las inclemencias del tiempo no hacían mella en su

sueño profundo, confirmándolo la expresión tranquila en su rostro.

Apoyaba su cachete derecho sobre un adoquín cubierto de brea, que le servía de almohada, dejando totalmente al descubierto su perfil izquierdo. ¡Era deslumbrantemente bello!

Recordé el cuidado por la simetría y las proporciones armónicas promulgadas por los griegos -conceptos adquiridos supuestamente definitorios de belleza- que, al estudiarlos, me parecieron inherentes a los seres de mármol, dignos habitantes de ruinas, galerías de arte y museos. Sin embargo, allí estaba él, de carne y hueso, inmóvil como una piedra, más bello que el Doríforo de Policleto. ¡A dos milenios y medio de distancia, libre de la pátina del tiempo, con su piel amarronada por el sol y la humedad de Buenos Aires!

Belleza: cualidad de una persona o cosa capaz de provocar en quien los contempla un placer sensorial, intelectual o espiritual -define un diccionario. ¡Cómo pudo ser posible que me impactara tanto!

El colectivo arrancó cumpliendo su recorrido de siempre: derecho hasta Paraguay, giro problemático por esa calle, avance lento hasta la Facultad de Medicina y luego mi parada, en la esquina de la Avenida Callao.

Comenzaba mi semana laboral, llena de tareas y problemas por resolver; pero mi mente había quedado varada junto al muchacho dormido, observando el ir y venir apresurado de la gente, a los manteros comiendo sándwiches y bebiendo gaseosas o café. También seguía escuchando el ruido de las bocinas, las voces y los gritos de los vendedores y los transeúntes. Hasta oía el soplo del viento que venía del Sur, con su aliento lejano de hielo y nieve.

Sonó el teléfono. Apareció la gente. Archivé las historias clínicas de pacientes con apellidos que comenzaban con las letras C, R y Z. Leí las noticias en Internet. Pero, a pesar de mi gran esfuerzo por seguir una rutina de años, la realidad desaparecía de mi vista para ser reemplazada por la nítida imagen del alma del

<<Durmiente>> ante mis ojos: ¡Inamovible! ¡Intocable! ¡Invencible!

Llegó la noche y se largó una lluvia torrencial. Eran casi las diez y lo único que me importaba era llegar a Lavalle y Callao para tomar el colectivo 55. Las ráfagas de viento tironeaban de los paraguas, las baldosas flojas salpicaban agua sucia y los edificios de departamentos largaban chorros helados desde sus balcones.

Corrí por la avenida para alcanzar el de las diez y cuarto. El frío se introducía por mis dedos y seguía de largo recorriendo las venas de mis brazos. Tenía la boca seca, los labios congelados y me lloraban los ojos. Pensé que, a pesar de todo, me gustaban los días de lluvia en Buenos Aires y, más aún, las noches tormentosas. Sentí que estaba disfrutando más de ese diluvio sorpresivo, de lo que disfrutaba de un chaparrón refrescante en pleno verano.

Dentro del colectivo me imaginé una y otra vez llegando a mi destino, caminando desde la parada hasta mi casa, por esas seis cuadras de siempre, pobremente iluminadas. Mentalmente saqué las llaves de la mochila varias veces. Otras tantas abrí la puerta de calle, rogando que no hubiese corte de luz. Cerré el paraguas, presioné el botón naranja que enciende las luces del pasillo, caminé pisando los charcos, subí los escalones y continué a paso ligero hasta llegar a mi puerta. Busqué el orificio de la cerradura con los dedos de la mano izquierda, metí la llave, la giré dos veces hacia la derecha y entré.

Una noche
más.

Una noche
menos.

Ya<<él>> lo olvidé por completo ¡como si jamás lo hubiese visto!

Las semanas subsiguientes dormí poco y mal. Estaba agotada, pero ni bien apagaba la luz me obsesionaba.

Pensaba en mis padres: Que ya no estaban.

En mis hijos lejos. ¡Lejanos! Alejados. En ser y no ser parte de sus vidas... Con las primeras luces de la madrugada lograba dormir un poco, y, ni bien me

despertaba, me asaltaba un primer pensamiento que había sido la obsesión de la noche anterior.

Día tras día y noches sin fin, mi mente cuestionaba sinrazones existenciales que jamás encontrarán una respuesta absoluta, verdadera y definitiva. Mi cuerpo estaba arropado por el miedo, un miedo profundo y visceral, cavernoso, imposible de ignorar. Con esa angustia cumplía con mis obligaciones. Con esa mirada perdida en mi interior caótico viajaba por la ciudad. Con ese temblor imperceptible a los otros caminaba sobre las veredas

rotas.

Ese día era otro de esos días en los que mi cerebro funcionaba en piloto automático. De repente me había sorprendido viajando en el colectivo, y me había preguntado cómo y cuándo habría subido, sin darme cuenta. Cuando volví a tomar consciencia de lo que me rodeaba, ya habían pasado treinta y cinco minutos del viaje y había llegado a mi parada. Bajé como por reflejo. Saqué un block de notas y al leerlo supe que debía ir a la farmacia por algodón, alcohol etílico, alcohol en gel y jeringas descartables para el consultorio.

En vez de seguir caminando por Paraguay, doblé por Callao rumbo a la Avenida Córdoba. Mis pasos eran lentos e inseguros, porque tenía la sensación de que el suelo temblaba bajo mis pies. Un poco más allá de la mitad de la cuadra, pero sin llegar a la esquina, lo vi por segunda vez. Nuevamente estaba acostado sobre el asfalto, boca arriba, con la cabeza orientada hacia el norte. Vestía una remera de algodón gris de mangas largas, el mismo jean gastado y sus pies seguían descalzos.

Su brazo derecho cruzaba su pecho, con la mano descansando sobre el corazón y el izquierdo, paralelo a su cuerpo, mostraba la palma de la mano inmaculadamente limpia. Su rostro completo era tan bello como su perfil, y su cabellera desparramada sobre la calle me recordó la pintura de “Il Matto de Picasso”: el mismo desorden, los mismos reflejos azules.

Había cambiado la calle, pero esta vez se había acostado en la vereda de enfrente a la anterior. Tampoco estaba en la esquina norte; sino a mitad de cuadra, cercano a la esquina sur. No había manteros, ni gente revolviendo mercadería, ni gritos, bocinazos o aglomeración. Las personas caminaban con paso rápido, pero actitud tranquila. La mayoría de los hombres que pasaron vestían trajes y portaban maletines de cuero. Las mujeres vestían sacos y tapados de moda, chalinas, botas y carteras de marca. Numerosos estudiantes con uniformes de escuelas privadas se desplazaban en grupos, invadiendo toda la vereda, impidiendo el paso.

Me apoyé sobre la vidriera de un negocio para observarlo: a su lado, había una bolsa de *Mac Donalds* intacta, junto a ésta un alfajor, una banana fresca, una botella de *Seven Up*, una manzana y dos pastelitos envueltos en celofán. Rematando el conjunto de alimentos desperdigados a su lado, un hermoso crisantemo blanco, en todo su esplendor.

¿Eran como las ofrendas rituales a una divinidad? ¿O acaso una muestra de que todavía era visible para algunos? Tal vez testimoniaban que su humanidad no había sido tragada por la mugre aún... Esa, hedionda, que monstruosamente avanza por la ciudad.

Estaba a trece cuadras de distancia del lugar donde lo vi por primera vez.

¿Habría caminado una cuadra por día? ¿Cuál habría sido su recorrido para llegar?

El barrio de Recoleta es completamente distinto al de Once, quizás por eso la escena también lo era. Sin embargo, algo continuaba exactamente igual, porque hasta mi realidad desaparecía para ser reemplazada por la nítida imagen de su alma ante mis ojos: ¡Inamovible! ¡Intocable! ¡Invencible!

Abril se esfumó en el pasado y llegó mayo, sin noticias del <<Durmiente>>. Por ese entonces leía las desventuras de un fotógrafo en la ciudad de La Plata, pero, a pesar de que la novela de Adolfo Bioy Casares me atrapaba, no podía concentrarme más de tres renglones seguidos. Mis ojos seguían las líneas de palabras, mi dedo índice movía las páginas con precisión, hasta que escuchaba mis pensamientos superponiéndose sobre las letras de molde.

Su rostro sonriente y en paz se había convertido en mi idea fija. Me preguntaba dónde estaría, cuántas cuadras habría caminado desde la última vez que lo vi, si se dirigiría derecho por Callao rumbo al norte, o habría cortado camino en diagonal hacia el este, para llegar a la costanera.

Un mediodía decidí que, durante el trayecto de casa al trabajo, me concentraría en observar detenidamente a la gente. Pasaron tres colectivos repletos y esperé hasta que llegó uno vacío, para poder cumplir tranquilamente mi cometido. Me senté junto a la ventanilla y a las pocas cuadras comprendí que el paisaje ciudadano era prácticamente nuevo para mí. Porque aun cuando viajaba parada, me enfrascaba en la lectura, viviendo la vida de seres imaginarios, de épocas pasadas o futuras; en lugares remotos, probablemente para alejarme... Supongo que, de mí misma, del ahora, del aquí real.

Ese día, cuando se detuvo después de cruzar la calle Coronel Ramón Falcón, por Pedernera, sobre mano derecha, tapando el paredón gris de un edificio antiguo, vi un aviso gigantesco de *Coca Cola*. Contradiendo las

caritas sonrientes de la propaganda, sentada contra el cartel, una mujer de mirada extraviada mostraba su boca desdentada con un rictus de asco. Tenía un gorro azul Francia hundido hasta las cejas y estaba cubierta desde los pies hasta el mentón por una frazada color guinda. Aun así, tiritaba de frío.

A su derecha había un carrito de supermercado repleto de bolsas negras de residuos. Ella no puede dormir porque la realidad la aterra - recuerdo que pensé.

El colectivo giró a la derecha y dos paradas más allá un viejito sentado sobre las escalinatas del Banco Patagonia llamó mi atención. Su ropa se notaba gastada, quizás apolillada, pero estaba limpia. Apoyaba su mano derecha sobre una muleta y extendía la izquierda pidiendo limosna. Elegía a un transeúnte, no sé con qué criterio, y le demandaba ayuda, un billete para comprar algo caliente para comer.

Cuando el colectivo quedó varado en tráfico frente a la Iglesia de la Virgen Inmaculada de Lourdes, vi contra la reja, sentado sobre un cajón de verduras, a un hombre ciego, envuelto en una manta salteña con diseños indígenas. Sostenía su bastón extendido en diagonal hacia adelante, y en su mano izquierda tenía un jarrito de aluminio. Cuando los fieles bajaron la escalinata de la Iglesia, se dirigió a ellos, confiando en su generosidad. Recuerdo que pensé: No es lo mismo un linyera que un mendigo.

Aunque los diccionarios los defina casi como sinónimos, no tienen nada que ver el uno con el otro. El linyera es un indigente que no tiene un lugar donde volver porque quedó fuera del sistema y vive tirado en las calles como un desperdicio: es un ser humano sin identidad al que todas las puertas se le cerraron. ¡Seguramente ni siquiera tiene documentos que comprueben su existencia! Su roña y abandono lo definen ante la sociedad, que lo arrojó a vivir en ese mar de gente, polvo, basura e indiferencia de las grandes ciudades. El linyera <<flota invisible>> esperando su último suspiro. A veces la gente lo mira, pero no lo pueden ver, ya que la sociedad lo niega y ni siquiera las religiones lo amparan...

En cambio, el mendigo tiene un lugar donde esconderse. Tal vez una cueva, una guarida, o simplemente un cuchitril y por eso demanda, porque a pesar de haber llegado casi al límite, todavía <<pertenece>> , y, aunque esté disconforme, la calle es sólo un lugar temporario donde conseguir el sustento. Al final del día vuelve tranquilo a su escondite, para contar el monto de las

limosnas y aunque duerma en un colchón raído, bajo frazadas miserables, de alguna manera, sigue <<dentro>> del sistema.

No pude leer más en mis viajes en colectivo, porque sólo pensaba en la gente que vivía en la calle. Seguía mirando por la ventanilla con el afán de ver: muy a mi pesar, eran muchos los que se fundían con las veredas sucias, o parecían sombras contra las paredes cubiertas de moho y grafitis: ¡sólo sus ojos abiertos, con expresión de espanto, daban testimonio de su humanidad!

Pasó el otoño, también el invierno, y casi al final de la primavera mi vida había vuelto a la normalidad: Simplemente lo olvidé.

Una mañana, caminando por la avenida Las Heras, vi, junto a un contenedor de basura, un cúmulo de hojas amarillas del que crecía un tallo con hojas enormes, coronado por una flor de pétalos amarillos que se abría diáfana, esperando el sol del mediodía.

Crucé la calle para observarla de cerca: Siempre me gustaron los girasoles y encontrar uno en una calle de Buenos Aires era inédito. Dos mariposas monarcas lo revoloteaban tranquilas, indiferentes al vuelo nervioso de un colibrí.

Toqué las hojas y arañé el tallo, del que brotó una savia espesa: olí la yema de mis dedos y me sentí intensamente viva. Miré de cerca el montículo sobre el que crecía la planta y vi que no era tierra, sino el cuerpo del <<Durmiente>>. Sus ojos estaban cerrados para siempre, como negándose a ver la miseria, la indiferencia y la desidia reinante en estos tiempos.

Fue inmune al dengue, el zika y la chikunguya, sobreviviente de muchos inviernos húmedos y cruelmente fríos... Durmió cientos de noches en posición fetal – no para resguardarse de las inclemencias del tiempo- sino para poder abrazarse a sí

mismo, como si -con el único abrazo humano que podía recibir- intentara sujetar su alma al cuerpo: ¡No quería que se le escapara, perdiéndola inevitablemente para siempre!

Con tristeza, mire su rostro nuevamente, y me sorprendió la paz de su última sonrisa. Ese día, el <<Durmiente>> callejero robó las miradas de todos aquellos que ni siquiera sospechaban que tenía un alma: ¡Su muerte por fin lo humanizaba!

(Seud.: Tati Toribio)

El árbol del tiempo

En este pueblo donde tú vives hay un niño desobediente. En todo pueblo hay alguno.

En el pueblo donde yo crecí, el niño desobediente se llamaba Garadiel, y era tan valiente y habilidoso como ingenuo y orgulloso.

Con apenas 7 años se escapó de casa, empeñado en visitar otros pueblos y conseguir trabajo y novia, como ya lo hacían sus hermanos mayores.

A las afueras del pueblo, una viejecita le ofreció trabajo capturando 9 gallinas que se le habían escapado. La tarea le tomó 5 días y 4 noches, durante las cuales la viejita le dejó dormir en su casucha, lo alimentó, lo acarició, y conoció los motivos por los cuáles se había escapado de casa: Garadiel quería crecer, tener dinero, y ser libre para hacer todo lo que hacían los adultos.

— Aunque no tengo dinero para pagarte, puedo darte una semilla mágica, de la cual nacerá un Árbol del Tiempo que te hará crecer hasta hacerte adulto.

La semilla tenía forma de almendra y era de colores cambiantes. Garadiel debía sembrarla justo en el centro de la plaza que estaba justo en el centro del pueblo. Sólo así funcionaría.

— Pero hay una condición —advirtió la viejecita— debes esperar a que el árbol dé su único fruto, dejarlo madurar 3 días, y la noche del tercer día arrancarlo y traérmelo.

El niño aceptó sin inconvenientes, y plantó la semilla el mismo día que volvió al pueblo.

Al día siguiente Garadiel se despertó con 12 años, y en el centro de la plaza había un arbolito con hojas en forma de almendra y de colores cambiantes.

Los padres de Garadiel estaban desconcertados por su repentino crecimiento, y la gente del pueblo asombrados por la súbita aparición del árbol.

Garadiel se acercó a admirar el arbolito junto al resto de los curiosos, y se dio cuenta de que ya estaba naciendo la fruta. Consciente de que alguien más podría querer arrancarla, trajo una silla y se sentó junto al árbol a vigilarla.

Al hacerse evidente la relación entre el niño y el árbol, muchos se aproximaron a hacerle preguntas, pero él respondía a todas con evasivas.

Sus padres, sospechando la influencia de alguna magia maligna, le ordenaron al niño talar el arbolito y nunca más acercarse al lugar donde lo había conseguido. Pero Garadiel no lo haría antes de que el árbol terminara de convertirlo en adulto, y, además, le había hecho una promesa a la viejecita, y con cumplirla podía pagarle sus cuidados y cariños.

Al cabo del tercer día, Garadiel aparentaba ya unos 20 años, y el árbol había crecido más alto que todas las casas del pueblo, más alto que la iglesia y que el campanario; y el fruto, ya maduro, había acabado en la copa, casi inalcanzable.

Pero Garadiel, tan habilidoso como era, encontró sencillo trepar el grueso tronco y las enredadas ramas, y esa noche arrancó el fruto y lo llevó a la casucha de la viejecita.

Para su sorpresa, en lugar de la viejecita lo recibió una joven hermosa que afirmaba ser la nieta. Prometió hacerle llegar la fruta a su abuela y lo invitó a pasar la noche, a lo cual Garadiel aceptó gustoso.

Cuando volvió al pueblo al día siguiente, encontró un grupo de gente admirando el árbol, rezándole y bendiciéndole. Los cultivos habían comenzado a crecer más rápido, y los enfermos a mejorarse de forma milagrosa. En agradecimiento a Garadiel, algunos caballeros le ofrecieron la mano de sus hijas, y muchos campesinos le trajeron los frutos de sus cultivos, lo cual alegró a los padres de Garadiel y se olvidaron de cortar el árbol.

Una caja esperaba en la puerta de la casa de Garadiel al amanecer del día siguiente. Contenía una bebé recién nacida, y una nota que aseguraba que era su hija. Aún tan insólito acontecimiento a él le pareció razonable, y no siendo capaz de abandonar una niña a su suerte, la nombró Hittana y la acogió en su hogar.

Esa noche, todos los cultivos del pueblo comenzaron a madurar tan rápido que se marchitaban antes de ser cosechados, y todas las enfermedades a avanzar tan rápido que conducían a la muerte antes de poder suministrar la medicina.

Al descubrir esta calamidad, los habitantes del pueblo decidieron talar el árbol, pero todo aquel que intentaba dañarlo comenzaba a envejecer años en

segundos, y caía muerto al alcanzar los cien años.

Sabiéndolo responsable, obligaron a Garadiel a talar su propio árbol, y Garadiel taló y taló, arrugándose y encorvándose. Justo antes de morir se disculpó con su familia, revelándoles dónde había conseguido la semilla del árbol.

Cuando el niño viejo cayó muerto, el árbol seguía casi intacto. Los aldeanos asignaron entonces a los padres de Garadiel la tarea de talar; después a sus hermanos, y por último a su pequeña hija, que en cuestión de minutos aparentaba ya más de 20 años.

La muchacha decidió poner fin a aquella tarea inútil y convenció a los aldeanos de que ella encontraría a la vieja que le había dado la semilla a Garadiel, y la traería para que destruyera el árbol.

Así fue como Hittana llegó rampante a la casucha en las afueras del pueblo, y le pidió a la joven indicios de la vieja.

— Aunque no puedo decirte dónde encontrar a mi abuela, puedo darte un fuego mágico capaz de destruir el árbol.

El fuego crepitaba en forma de almendra y era de colores cambiantes. Hittana debía avivar la llama con los huesos de los muertos que habían caído entre las raíces del árbol. Sólo así funcionaría.

— Pero hay una condición —añadió la atractiva joven—. Debes dejarlo arder por 3 días, y la noche del tercer día, traerme las cenizas.

Hittana aceptó sin inconvenientes, y encendió el árbol en fuego esa misma tarde.

El árbol ardió sin parar por 3 días, y durante esos días Hittana fue envejeciendo y consumiéndose, hasta quedar arrugada y encorvada. La noche del tercer día la llama se apagó por sí sola, y Hittana llevó las cenizas como había prometido.

La joven las recibió agradecida y la invitó a quedarse esa noche en su casucha, lo cual Hittana aceptó sin rechistar, ya que sus huesos, ahora frágiles, y sus músculos, ahora débiles, le impedían hacer el viaje de vuelta sin descansar.

Los habitantes del pueblo vitorearon a Hittana cuando la vieron volver. Gracias

a ella, las plantas dejaron de marchitarse y las enfermedades dejaron de ser instantáneamente mortales.

Transcurrieron varias semanas antes de que los aldeanos se dieran cuenta de que el problema aún no se había solucionado. Las plantas ahora se quedaban pasmadas y sus frutos jamás maduraban, mientras que las enfermedades, que no resultaban mortales, tampoco se curaban jamás, y los enfermos se mantenían sufriendo para siempre.

Volvieron a enviar a Hittana a las afueras del pueblo, con todas sus esperanzas puestas en la consumida mujer, y la joven volvió a recibirla con los brazos abiertos.

— Aunque no puedo devolver la salud de sus enfermos y sus plantas, puedo darte unas cenizas mágicas, que se convertirán en comida apetitosa y garante de bienestar para todos.

Las cenizas eran de colores cambiantes, y venían en un cofre con forma de almendra. Cada persona del pueblo debía esparcir un puñado de cenizas en su jardín y regarlas con sus lágrimas. Sólo así funcionaría.

— Pero hay una condición —advirtió la joven, como de costumbre—. Deben ayunar por 3 días, y la noche del tercer día, ofrecer un banquete con toda la comida cosechada, e invitarme a él.

Sin ver muchas opciones, Hittana aceptó, y repartió las cenizas entre todos los aldeanos en el mismo momento en que llegó al pueblo.

De los jardines nacieron frutas, verduras y hortalizas, grandes y jugosas, y se mantuvieron creciendo durante 3 días, mientras los habitantes resistían el hambre con agua, vino y leche de cabra.

La noche del tercer día se celebró en el pueblo el mayor banquete visto jamás, y la joven de la casucha acudió radiante, en su mejor vestido. Todos devoraban la comida con frenesí, y tal como la joven había predicho, todo aquel que comió de ella se sintió de inmediato en sus mejores condiciones, sin importar su edad o su enfermedad.

Hittana se dio cuenta de que, curiosamente, la joven ni siquiera había querido probar la comida, así que se sentó a su lado para preguntarle si había alguna otra forma de agradecerle.

— ¡Oh, no! Ya han hecho ustedes demasiado por mí —contestó ella, sonriente— Tu padre me devolvió la juventud, tú me garantizaste la vida eterna, y toda esta gente en este momento me están entregando su voluntad. Mañana el pueblo entero obedecerá cada palabra que yo diga.

Hittana se removió en su asiento, alarmada.

— ¿Por qué me cuentas todo esto? – cuestionó en una voz ya ronca debido a su edad.

— Porque tú no perteneces aquí. Toma. —Le dijo, y dejó entre sus manos una semilla conforma de almendra y de colores cambiantes —Tú debes vivir a las afueras de otro pueblo, y criar 9 gallinas.

¿Qué fue de ese pueblo? ¡Quién sabe! Seguro esa pobre gente aún sigue bajo el hechizo de la joven, esperando por algún mago o bruja blanca que los libere; ¿Y de mí? Yo estoy en otro lado, cerquita de donde tú vives, estoy esperando para darle todo mi cariño a cualquier niño desobediente que quiera escapar de casa.

(Seud.: Aurnyn)

En A. A. son bienvenidas las mascotas

Atenas es la capital de Grecia. Eso lo sabía antes de conocerla. Lo que no sospechaba es que Atenas también podía ser un nombre de mujer.

Vengo de su entierro. Hicimos un velorio de toda la noche al que asistieron unos pocos, Diana, su hermana mayor, y Nico. Terminamos borrachos cantando alrededor del féretro. Diana, volcó sobre Atenas media botella de Lagavulin. Puse otra entre sus manos. En el auto, hacia el cementerio, el cielo era de una pureza perfecta, casi negro. Escuchamos música a todo volumen junto con nuestra perrita Sin Nombre (a la que llamábamos Sin como un juego). A las nueve de la mañana abrimos dos botellas más, justo como Atenas habría querido. De pasada nos detuvimos en una sede de Alcohólicos Anónimos. Cada uno de nosotros dejó una botella vacía en la puerta. Muchas veces, Atenas y yo, fantaseábamos presentarnos con bates de beisbol en una de las reuniones, para golpearlos.

En los ratos en que Atenas no pintaba, disfrutábamos divagar acerca de la manera en que podríamos ejercer cierta violencia descontrolada con algunos individuos. Invertimos horas en la elaboración de una lista meticulosa. Planeamos las penas adecuadas para cada categoría. Aparecían en primer lugar, los que maltratan a seres indefensos. En segunda instancia, los que estacionan en doble fila frente a las escuelas privadas. Terceros los que atienden mostradores con cara de “la vida me engañó, estoy para otra cosa”. Cuartos, con ganas de trepar en el ranking, los políticos, los habitantes de barrios cerrados y los que tienen una camioneta 4x4 para moverse por la ciudad. Con estos nos tomamos una tarde de lluvia para definir una máxima: no todos los que tienen 4x4 son idiotas pero todos los idiotas tienen 4x4. Si estos personajes, además de tener una camioneta, viviesen en un barrio cerrado, enviaran a sus hijos a una escuela privada y estacionaran en doble fila frente al colegio, se sumarían en el tope de ranking a los maltratadores. Quintos los que asisten a grupos de anónimos.

Al llegar al cementerio, se largó a llover despiadadamente, inhumanamente. En el instante en que bajaban el ataúd, uno de los trabajadores resbaló con un don de la oportunidad inquietante. Cayó sobre el cajón, dentro de la fosa. Estallamos.

No derramé ni una lágrima cuando la bajaban. Me quedé seco al verla morir.

—Soltame —atinó a decirme—. Si llorás así, te prometo que no voy a dejarte.

Entonces lloré con más fuerza. Pero igual se fue. Es la única promesa que me hizo, la única que no cumplió.

Después de que Diana y Nico se fueron, me senté en el barro. Abrí otro whisky. Me quedé hasta que los empleados del cementerio terminaron el trabajo y un rato más. Sin no paraba de lloriquear bajo la balacera de agua. Por eso me fui. De haber estado solo me habría quedado al lado de ella.

Encontrarla me salvó.

Si exceptuamos a la primera categoría, yo encajaba en todas las demás. Al cruzarme con Atenas, vivía con Brenda junto a nuestros hijos en un country, manejaba una 4x4, cogía con toda mujer que se me cruzaba, criaba a mis hijos para ir a vivir a los Estados Unidos y salía correr cada mañana.

Nunca me contó porqué lloraba la noche que la conocí. Tampoco hablamos de su vida o de mi vida. Ella opinaba que contar tu historia se parece a blanquear un prontuario. Nacimos aquel día, bajo aquella lluvia. Morimos aplastados bajo la 4x4 que la arrastró veinte metros. Ni más, ni menos. En el medio, solo conocí a Diana y a Nico. Los encontré un día al llegar al departamento, luego de sacar a pasear a Sin. Diana me contó que había estado muy deprimida. Que vivió encerrada en su casa durante meses y que Nico era el muchacho que le llevaba el pedido del super hasta que se hicieron grandes amigos luego de que le dejara unas rosas amarillas sobre la mesa de la cocina.

La primera vez que me crucé con Atenas venía de estar con una mujer mientras Brenda me creía en un partido de paddle.

Estaba sentada en el cordón de la vereda, en la esquina de Callao y Las Heras, una falda brillante dejaba ver sus piernas perfectas a través de dos enormes tajos a los costados. Frené. Me mantuve a distancia dentro del coche. Esperaba que apareciera un novio a consolarla. A los cinco minutos me acerqué sin demoras, pensé que sería una presa fácil. Me senté a su lado en el cordón. Descubrí una botella vacía de whisky entre sus muslos. Soltó una carcajada.

—Llévame —dijo.

Enseguida abrió un *clutch* de Gucci y me ofreció un fajo de dólares. Sorprendido, agarré los billetes. Se levantó de un salto, titubeó, cayó sobre mí. Su olor era una mezcla del mejor perfume importado y Macallan 18 años. Volvió a reír y me besó con toda la boca. Luego me clavó unos ojos verdes de gato.

—Qué triste estás —dijo la que lloraba sin consuelo.

Una oleada de lágrimas me oprimió el pecho.

—Te amo —susurró.

—Te amo —contesté.

Luego la ayudé a levantarse, la tomé de los hombros y nos dirigimos a mi camioneta.

—Qué auto de mierda —dijo— odio las 4x4.

—El lunes la vendo —. Lo dije en serio. Supe que a partir de allí haría cualquier cosa para complacerla.

— ¿Adónde querés ir?

—A donde podamos tomar algo, besarnos, bailar...

Fuimos a un bar al que había ido varias veces. Al que los hombres grandes van a levantarse pendejas y las pendejas a que los hombres grandes les paguen los tragos.

Noté de inmediato que nadie podía dejar de mirarnos. Nos besábamos sin separarnos más que para respirar o tomar el Yamazaki que Atenas pidió. Yo quería ser mejor. Sin que lo notara le devolví el dinero. Bailamos, nos besamos, nos acariciamos. En cuanto nos despegábamos un poco, nos mirábamos para volver a besarnos. Un tipo que hacía rato nos observaba, de esos que pagan los tragos, no aguantó más:

—Son los únicos que están enamorados acá. ¿Hace cuánto que están juntos?

Con Atenas nos miramos.

—Veinte años —dije. Ella me siguió.

—Cumplimos veintiuno el mes que viene.

—¿Tienen hijos? —insistió.

—Dos —dije. Atenas se superpuso:

—Tres —como el paso del tiempo si sos feliz, me clavó la vista— No contás a Juan, lo perdimos al mes de haber nacido.

Hasta yo le creí. Una patada en el pecho le habría causado menos daño. El sujeto bajó la cabeza para hablar en un tono de viernes santo:

—Perdón, no quise...

—No te preocupes, está superado —dije.

Atenas fue por más.

—Si realmente querés disculparte, invítanos un whisky.

El tipo pensó que era una joda hasta que notó que ella no se iba a mover sino era con un whisky en la mano. De haber querido, hubiese conquistado el mundo.

Después mis recuerdos son parte de un gran caleidoscopio. Nos veo besarnos y subir a un taxi en medio de una lluvia con sed de venganza. Luego recuerdo el despertar en su casa. Lo primero que hice fue agarrar el teléfono, tenía treinta mensajes de Brenda. El último hacía tan sólo cinco minutos. Contesté automáticamente, "estoy bien, no vuelvo más". "¿Sos vos, Matías?" Respondió. Le mandé un audio, luego apagué el celular. La mujer que durmió semidesnuda a mi lado, me reclamó como parte de su territorio, me atravesó con su bandera; si intentaba arrancarla, iba a desangrarme.

Atenas apareció con un whisky en la mano mientras yo admiraba un recorte de la Plaza Francia a través de la ventana de la cocina. Exploró cada rincón de mi boca con su lengua. Juro que sentí mareos.

Desayunamos con un Macallan que sacó de un bar. Había botellas de Glenfiddich de 18 años, Talisker, Yamazaki, Lagavulin y Balvenie Double Wood. Un paraíso para el bebedor de whisky.

El lunes siguiente, le di a Brenda la ubicación de la 4x4 para que fuera a buscarla. Le entregué todo: la camioneta, la casa, la mitad de nuestros ahorros y la empresa. No volví a ver a los chicos.

Ese día comencé la cuenta regresiva de los únicos diez años de vida de mi vida. Diez años en los que nunca estuve sobrio. Atenas fue el pilar de mi civilización. Fue mujer. Fue ser humano. Es mucho más de lo que puedo decir del resto de la gente.

El taxi que me trajo del cementerio me dejó frente a Alcohólicos Anónimos, desde aquí puedo ver el cartel que dice que las mascotas son bienvenidas. Sinme mira con esos ojos que parecen humanos. Creo que adivina.

(Seud.: África Perra)

El técnico

- ¿Ya vino la persona que el Servicio Técnico prometió enviar para reparar el tablero de iluminación?

- Aún no.

- ¡Lo único que falta, que no nos habiliten el estadio para el clásico del sábado!

- Hablando del clásico... ¿A qué hora presentamos al nuevo entrenador?

- A las diez.

- ¡Al fin vamos a conocerle la cara!

- Entre nosotros... ¿Te parece que ese tal Rodríguez nos va a sacar del pozo?

- Es el Ayudante de campo del Deportivo Once Corazones, pero quiere independizarse. Dicen que sabe mucho de fútbol. Además... ¡Es el único que se animó a agarrar este fierro caliente!

- ¡Si no se arrepiente!

Lo que estos dos directivos del Club Atlético El Ciclón ignoraban era que Manuel Rodríguez ya se había arrepentido. Tomar las riendas de un equipo hundido en la tabla de posiciones, con inexorable riesgo de caer de la tercera categoría del fútbol argentino al torneo regional, era demasiado riesgoso para su progresivo prestigio. Por ello envió un correo electrónico al club donde les explicaba a sus autoridades el porqué de su marcha atrás. Pero una letra mal ubicada en la dirección hizo que el mismo nunca llegara a destino.

Quien sí llegó a la institución fue el electricista encargado de la reparación lumínica. Para sondear el trabajo que debía hacer, bajó de su vehículo sin delantal ni caja de herramientas. Al verlo, el presidente le preguntó...

- ¿Usted es el Técnico?
- ¡Sí, señor...!
- Leiva es mi apellido. El suyo es Rodríguez, ¿verdad?
- Correcto.
- ¿Usted cree que podrá arreglar este quilombo?
- Para eso estudié. Hay que conectar cada cable donde corresponde.
- Sí... ¡Porque al Técnico anterior se le mezclaron las líneas y armó flor de cortocircuito! ¡Venga que les presento a los jugadores!

El profesional no captó que lo de Leiva era una metáfora. Aunque estaba algo apurado por hacer la reparación, conocer en persona a los integrantes del equipo de su ciudad era algo agradable, aunque de fútbol sabía poco y nada. Leiva lo presentó ante el grupo: “Él es Manuel Rodríguez, el nuevo Director Técnico”.

Allí fue cuando “Emanuel” Rodríguez, el técnico electrónico, se dio cuenta de la confusión y quiso advertir al dirigente del error. Pero el arquero Chanquía exclamó: “Usted es muy valiente al hacerse cargo de este desastre de equipo”. Britos, desenfadado delantero, más con la lengua que con los pies, le respondió a su compañero: “Si yo estuviera retirado también agarraría viaje. Al mes son...”

Britos completó la frase con una cifra de dinero que estaba muy por encima de lo que Emanuel Rodríguez ganaba como empleado del Servicio Técnico. Eso lo llevó a dudar sobre si aclarar la confusión o... ¡Aceptar ese puesto!

El electricista estaba casado hacía pocos años y tenía un pequeño hijo, pero la situación económica no era buena. Necesitaba dinero para saldar algunas deudas y terminar de construir su casa. Por ello prefirió hacerse el tonto y aceptar la oferta. Notó que nadie los conocía, ni al él ni al “otro Rodríguez”, y se embarcó en la riesgosa aventura. Cuando pudo, llamó al servicio Técnico y pidió que manden a otro porque él se sentía descompuesto y “no podía ir al club a

realizar la reparación del tablero lumínico”. Y evitó ser reconocido por su reemplazante.

Leiva le preguntó: “Tengo entendido que, como usted se independizó hace poquito tiempo, no formó su propio cuerpo técnico y va a seguir con el actual, reemplazando al anterior entrenador... ¿Es así?”

Emanuel trago saliva e improvisó: “Sí, es así”. Claro... ¿de dónde carajo iba a sacar colaboradores? Y siguió con esta fábula pensando “que dure lo que tenga que durar”. Mientras tanto se repartiría entre sus dos empleos, tratando de recaudar la mayor cantidad de dinero posible y agudizando su ingenio para enfrentar cada paso de ese enorme fraude en el que se había metido. Aclaró que todos lo conocen por Manuel, por ser apodado “Manu”, y justificó así su nombre real... Una, entre tantas mentiras que debió inventar.

Cuando Emanuel le comentó a su esposa Julieta sobre su plan, ésta le cuestionó: “Pero, Manu... Vos de futbol no sabés nada. Hasta perdés a la play con el nene, que todavía no empezó la primaria”. “No te preocupes -respondió Rodríguez, sereno- estoy recabando información en internet sobre las últimas alineaciones del equipo, los comentarios de los hinchas, etc. También voy a tener en cuenta todo lo que sugieran los jugadores, el cuerpo técnico y los dirigentes. Así, los aciertos serán compartidos... ¡Y los errores también!”

Y así, en una fría tarde de agosto, Emanuel Rodríguez firmó su primer contrato profesional con el Club Atlético El Ciclón. Un amigo personal, que ya había estado en cana un par de veces por sendas estafas, fue el encargado de fraguar la documentación que hizo falta. Así se oficializó su nuevo e insospechado oficio.

“Manu” era muy simpático y jocoso. Eso jugaba a su favor, ya que todos tomaban como bromas muchas de las cosas que opinaba “en serio”, como cuando su ayudante de campo le preguntó:

- Manu... ¿Qué opinás sobre jugar con “doble cinco”?
- ¿Puedo jugar con doce???
- No, ja, ja. Pero podemos defender mejor con dos volantes centrales...
- ¡Para eso prefiero poner dos arqueros! ¿Se puede?

Rodríguez maquillaba su ignorancia sobre fútbol basándose en todo lo que decían los demás, sin tomar ninguna decisión propia que lo pudiera desenmascarar. También debió rechazar una invitación de los medios de comunicación locales a realizar una conferencia de prensa. ¿Qué diablos iba a decir? Adujo que no era mediático y que llegó al club a trabajar con bajo perfil. No podía arriesgarse a ser reconocido y acusado de impostor. Por ello cambió también de imagen, dejando crecer su barba y bigote y usando siempre una gorra, algo a lo que no acostumbraba.

Así armó el equipo para enfrentar a Tornado Sport Club, en uno de los clásicos del litoral argentino. Cuando llegó el día del partido, arengó a sus jugadores con una frase que había escuchado una vez. “Ya saben lo que tienen que hacer, salgan a divertirse”, vociferó en la charla previa. ¿Qué otra cosa les podía decir?

Si bien El Ciclón jugaba de local, era la escuadra visitante la que dominaba ampliamente el partido y a los quince minutos ya ganaba dos a cero. Manu miraba la boca del túnel de reojo, por si debía huir del lugar antes de ser linchado. En realidad, el desempeño del equipo anfitrión era un calco de los últimos partidos y poco tenía que ver Rodríguez con eso, aunque transpiraba la gota gorda.

Tornado levantó el asedio después del segundo tanto, ya que la diferencia obtenida en el resultado le daba cierta tranquilidad. Rodríguez suspiró aliviado, creyendo que se trataba de una levantada de su equipo.

Así llegaron al entretiempo. En el vestuario, el ayudante de campo le preguntó: “¿Cómo pensás plantear la segunda etapa? ¿Vas a salir a jugártela, para revertir el resultado, o vas a dejar las cosas como están, no arriesgándote a una goleada en contra?” Al “Manu” se le hizo un nudo en la garganta. Se había acostumbrado a apoyarse en la opinión de los demás, no a decidir por propia voluntad. Encima, la frase “una goleada en contra”, le corrió por la espalda como un cubo de hielo. Entonces, “estiró” su decisión con una lúcida frase: “Vamos a esperar quince minutos, a ver qué pasa”. Lo que pasaba era que no tenía la mínima idea sobre qué cuernos hacer.

Cuando vio que el reloj estaba en el minuto catorce, recordó que tenía una moneda en su bolsillo. Apeló a un “cara o cruz” pero, como debía disimular su azarosa estrategia, dejó caer “accidentalmente” dicha moneda al piso. Al recogerla, vio cómo el número dos en el metal le indicaba “cruz”, o sea, que debía arriesgar con algún cambio. “Voy a poner un delantero más” dijo, resuelto. “¿Y a quién vas a sacar?” preguntó su asistente. Emanuel depositó toda su confianza en la moneda y dijo “al dos”, como indicaba la ceca de la misma, mostrando firmeza en su medida.

Pero el ayudante de campo parecía decidido a meterlo en un brete: “¿A cuál atacante vas a meter? ¿Al ‘Chiqui’ Britos, para que abra la cancha, o al ‘Roper’ Bernárdez, para que se meta entre los centrales rivales?” Rodríguez debía mostrarse firme en su postura y, como no sabía a quién poner, se la jugó: “¡A los dos!”. “¿Y a quién vas a sacar, además de Manzotti (el líbero)?”

A Emanuel ya le dolía la cabeza. No tenía la menor idea sobre qué otro futbolista debía salir. No podía repetir la jugarreta de la moneda. Alzó su vista, buscando una respuesta celestial. De pronto vio un cartel publicitario en el estadio que rezaba: “Taller Mecánico “El Cholo”- Bv. San Martín 666”. Allí no dudó: “¡Sale el seis también!”

Su asistente quedó sorprendido por semejante apuesta. El ingreso de dos delanteros por el líbero y el stopper era el cambio más arriesgado que había visto en su vida. Por algo tenía Rodríguez tanto prestigio en alza, pensó. Por

suerte para el DT, la dirección de aquel taller no era San Martín 111. Allí sí que iban a ser temerarios los cambios...

Al realizar las modificaciones, el murmullo en la platea local, detrás del banco de suplentes, comenzó a crecer. Pero el grito de un hincha lo despabiló: “¿Qué hace este imbécil? ¿Cómo va a sacar a los dos centrales? ¡Ahora nos comemos diez!”

Emanuel solo atinó a sentarse. Le temblaban las piernas y se le nubló la vista. Ese presagio de goleada histórica le hizo ver que la “cruz” de la moneda era el anuncio de una posible crucifixión de la que sería víctima al finalizar el partido. Quizás debió hacerle caso a su esposa, cuando le decía que era una locura lo que planeaba hacer.

Los jugadores de El Ciclón, desconcertados, miraban hacia el banco de suplentes, esperando las instrucciones de su entrenador. El ayudante de campo se acercó a él y le dijo: “¿Cómo parás el equipo ahora? Supongo que Ferrari (el cinco) bajará a la defensa, Martelli (el ocho) se cerrará un poco y el “Chiqui” (Britos, delantero recién ingresado) jugará más retrasado... ¿no?”

“¡Obvio!” respondió “Manu”, agradeciendo al cielo que su colaborador al fin lo sacara del pozo. “No te preocupes, yo les trasmito tu decisión”, retrucó el ayudante.

El Ciclón comenzó a ser más ofensivo, pero en cada contrataque Tornado amagaba definir el partido. Al llegar a la media hora, un tiro libre para el equipo local cayó en el área y la cabeza del “Roper” Bernárdez la puso contra un palo y descontó la diferencia. Si ese gol le dio algo de tranquilidad a Emanuel Rodríguez, ni hablar cuando Bernárdez bajó otra pelota con un frentazo y Britos la mandó a la red. Delirio total del técnico, quien saltó despedido del banco y festejó el empate como si fuera un campeonato.

Los hinchas locales pasaron de la reprobación al aliento incesante y sus jugadores se envalentonaron. Al no haber una nueva orden del DT, quien estaba conmovido y abstraído de su función, El Ciclón siguió atacando. Y dio rédito... A los cuarenta y cuatro minutos, Martelli recibió un rebote en la medialuna y clavó una bomba contra el poste derecho del guardavalla visitante. Golazo. Triunfo. Y Rodríguez en andas al finalizar el cotejo...

Durante la semana, todos los medios de prensa de la región hablaban de la hazaña de El Ciclón al ganar el clásico después de diez años. Y todos hablaban de un tal Emanuel Rodríguez, quien en su debut como entrenador logró semejante proeza. Leiva, el presidente del club, recordó la frase de "Manu" al presentarse: "Hay que conectar cada cable donde corresponde". Y vaya si lo hizo.

La noticia llegó a oídos de Manuel Rodríguez, el director técnico al que inicialmente el club le había ofrecido el cargo. Le asombró saber que quien había ocupado el puesto era casi su homónimo. Pero más se sorprendió al leer que la escueta biografía de aquél era similar a la suya. Demasiado similar.

Aquel miércoles, cuatro días después del histórico clásico, "Manu" llegó a las instalaciones de El Ciclón envuelto en su "halo triunfal". Ni se percató de la presencia de un sujeto que estaba junto a Leiva, el presidente de la institución, hasta que fue llamado por éste. Así le presentó a la visita: "Él es Manuel Rodríguez, director técnico". A Emanuel le sonó conocido el nombre de quien le increpó: "¡Usted es un impostor!"

Manu, a quien le sobraban motivos para estar "agrandado", le respondió:

- ¿Cómo se atreve, insolente, a decir semejante barbaridad y cuestionar mi prestigio?

- ¡Muéstreme su título como entrenador entonces!

- Tengo toda mi documentación en el coche. Ya la busco.

Al ver los papeles, Manuel Rodríguez acusó:

- ¡Es todo trucho esto!
- ¿Me parece a mí o usted está envidioso de mi éxito?
- ¡Si no reconoce su defraudación, lo denunciaré penalmente por hacerse pasar por mí y lo mandaré a la cárcel, Rodríguez!

Emanuel no pudo evitar quebrarse y confesó la verdad, que necesitaba dinero y aquella confusión le sirvió para ganar unos buenos pesos por fuera del empleo que ya tenía como técnico electrónico. Leiva le pidió la renuncia, a cambio de no iniciarle acciones penales. Sabía además que, de hacerlo, podían perder los puntos del clásico por un DT mal incluido. Lo mejor era arreglar ese asunto por las buenas. Además, le pagarían el sueldo mensual completo, como agradecimiento por la alegría que le dio al club al ganar el clásico litoraleño.

Manuel se ofreció a ocupar el cargo mientras Emanuel lo dejaba, aduciendo haber recibido una jugosa oferta del fútbol árabe. Una mentira más en su ya frondoso prontuario. Además, ignoraba si su corazón resistiría otro calvario como el sufrido durante su único partido como entrenador...

Luego se afeitó, recobró su habitual fisonomía y volvió a dedicarse exclusivamente a la electrónica, allí donde sí sabe conectar cada cable donde corresponde.

(Seud.: Balompié)

El vendedor más grande el mundo

Era la época en que los teléfonos celulares se vendían en la calle, pateando la ciudad, visitando clientes. Algunos vendedores se trasladaban en auto, en moto, pero un pobre diablo como yo le daba duro al mocasín y al colectivo.

Una mañana apareció Víctor, el gerente de la agencia de telefonía. El tipo se jactaba de ser gerente a los veinticuatro años de edad, apenas cuatro años más que yo. No fumaba. No tomaba. Se peinaba al lengüetazo de vaca y olía a perfume dulce y barato.

¡Yo he sacado plata de mis bolsillos para pagarle a ustedes a término!, exclamaba Víctor.

¡Un buen vendedor vende hasta ballenitas!, nos agitaba.

¡Ahora necesito que ustedes me lo retribuyan con ventas!

Instaló que daba por establecido un premio de cincuenta pesos al que más ventas realizara en la semana. Con cincuenta pesos te podías pagar diez desayunos, quince sándwiches de salame y queso, podías viajar a Buenos Aires ida y vuelta. Con cincuenta pesos podría comprarme el casco americano de la segunda guerra mundial que reposaba manso y olvidado en la casa de antigüedades de la calle Córdoba. Yo estaba empecinado en tenerlo. Todo el mundo tiene pasiones insólitas. La mía era la segunda guerra mundial. Según el vendedor de la casa de antigüedades ese casco había sido utilizado en el desembarco de Normandía. Yo estaba emocionado de saber eso. Por otro lado sabía que eso de lo de Normandía bien podía ser un selecto verso del vendedor. Pero yo prefería comprar, crearme que ese casco había sido testigo de semejante contienda. Yo mismo vendería a mis amigos aquella historia.

Víctor, se pasaba la lengua por los labios, y seguramente pensaba en el vuelto que le significaban esos cincuenta pesos a comparación del toco de guita

que ganaría. Cuando dijo eso del premio semanal yo pensé: esta es la mía, me compro el casco.

Tengo que confesar que aquel impulso ganador que me arremetió no era algo insostenido, sino que, modestia aparte, les cuento que yo era el mejor vendedor de la agencia. Sí, a pesar de ser un pobre diablo de apenas veinte años, a pesar de moverme en mocasín o en colectivo.

En mi casa siempre me habían enseñado buenos modales a fuerza de cachetadas y penitencias. Cuando venía alguna visita mi hermano y yo estábamos solícitos al extremo para atender al invitado. Para algo me sirvió. Me sirvió para aprender a caerle bien a la gente, para aprender a seducirla, me sirvió cuando tenía veinte años para vender teléfonos celulares.

Me acuerdo que había un pizarrón en la agencia. Uno de esos blancos de acrílico sobre los que se escribe con fibrón debole. Anotábamos las ventas como barquitos, y nos proclamábamos capitanes cada uno de su propia flota. Cuando salíamos a la calle, dispuestos a comernos el mundo con sonrisas, exclamábamos: ¡flota al agua!

Yo tenía un librito de cabecera: *El vendedor más grande del mundo*. Era una especie de enjuague mental que me hacía al leerlo. El libro estaba lleno de párrafos entusiastas que tenían como intención incrementar la autoestima y la actitud mental positiva. Después de leerlo te creías Superman. Superman con la bolsita llena de celulares desbordante de simpatía.

Me acuerdo que llegó el martes y yo ya había vendido dos Nokia 2635 y un Motorola Tango. El promedio de ventas de un vendedor regular era de un celular cada dos días, así que aquello era todo un record y yo estaba más que confiado que me ganaría los cincuenta pesos.

Me fui para el local de antigüedades. ¿No sabe en qué playa de Normandía fue utilizado este casco específicamente?, le pregunté al vendedor un poco tomándole el pelo. Él, devolviéndome el favor, con gesto erudito me dijo, posiblemente en playa Omaha. Por dentro me cagué de la risa, no me importó que el tipo mintiera tan descaradamente. Yo también lo hacía. El último Nokia que había vendido se lo había metido a un tapicero de un barrio periférico. Lo había convencido de que con un teléfono móvil iba a incrementar la clientela

en un treinta por ciento “comprobado estadísticamente”. “Comprobado estadísticamente”, esas eran las paparruchadas que se me ocurrían mientras vendía. Así que ahora que el tipo este me inventara algo sobre aquel casco no me importaba demasiado. Yo tenía el casco en mis manos, y pensaba en cuál habría sido el destino del soldado. ¿Lo habrían acribillado las balas alemanas? ¿Habría entrado en París? ¿Habría llegado a viejo en algún pueblo de Estados Unidos? Temblaba de excitación pensando en esas cosas. Le dije al tipo que me lo iba a comprar. Que mañana venía a buscarlo. El tipo aprovechó para hacer uso de otra treta que yo tenía más que conocida. “Si viene mañana mejor, porque hay otro tipo interesado”, me dijo el cara rota.

Que el premio me lo iba a ganar no tenía duda. Mis compañeros de ventas dejaban mucho que desear. Una de las otras vendedoras era una vieja que había sido modista y que caminaba una cuadra y tenía que parar porque le dolían las pantorrillas por las varices; otro era un cuarentón atorrante que había deambulado de oficio en oficio durante toda la vida y ahora con el boom de los teléfonos celulares se dedicaba a eso, se movía con un Renault doce todo destartado y tenía labia pero se le notaba a la distancia cuando mentía; después había otro pendejo, también de mi edad, que estudiaba música, el padre lo bancaba pero él para hacerse el independiente simulaba que vendía celulares; y la otra era una pendeja que se volteaba a cuanto hombre se le cruzaba y así vendía pero después se enredaba en cuestiones de amor y terminaba llorando por los rincones diciendo que se quería morir. Un grupo desastroso, en el que me incluía, a pesar de ser el mejor vendedor. No entiendo como la agencia sobrevivía, algo iban a tener que hacer.

Yo quería ese casco ya. Ya mismo. Así que fui y hable con mi tío. En realidad no era mi tío, era un vecino al que yo quería como tal. Le pedí que me prestara cincuenta pesos que yo a más tardar el sábado se lo devolvía. Él me dijo que cómo no, que me los prestaba, pero que no le fallara con la devolución del dinero porque se tenía que comprar las pastillas para la presión. “Si no se me explota el corazón”, me dijo.

Volví a mi casa temblando de la alegría con el casco en la mano. Al primero que le metí el cuento de la playa Omaha en Normandía fue a mi viejo cuando me pregunto qué hacía con eso. Lo puse sobre la repisa junto al libro *El*

vendedor más grande del mundo. Me acuerdo que abrí el libro a la mitad y leí la frase: *la creatividad entusiasta conquistará el universo*. Ahí nomás salí con la bolsita llena de celulares a devorarme la ciudad. Me acuerdo que me fui hasta zona sur, al último rincón del mundo, a visitar a un colectivero que tenía una doble vida. Necesitaba comunicarse con su amante sin usar el teléfono fijo de la casa. Hinchó el pecho cuando firmó el contrato por un abono de treinta pesos y buzón de mensajes de voz gratis que le permitiría sostener la estructura que significaba su destino de picaflor. Cuando al otro día, miércoles a la mañana, fui a rendir la venta a la administrativa me encontré que había un tipo de unos treinta años que fumaba como un condenado y que tenía la mirada brillante como un lobo en celo. Estaba sentado en la salita donde nos reuníamos los vendedores antes de largarnos al mar.

¿Y ese quién es?, le pregunté a la administrativa, una rubia con dos tetas como sandías que siempre se sonrojaba al hablar. Es el vendedor nuevo, me dijo. Para tantear el terreno fui y lo encaré. Ramiro se llamaba. Me dijo que había vendido seguros y planes de ahorro. A modo de broma le dije que no vendiese demasiado esa semana que el premio me lo llevaba yo. Pero ya era miércoles, yo tenía cinco ventas, y quedaban dos días, no había modo de que me ganase. Lo que si me llamó la atención fue que le vi asomando del bolsillo el ejemplar inconfundible de *El vendedor más grande del mundo*. Le pregunté si lo leía desde hace mucho. Desde toda la vida me contestó. Juro que sentí un estremecimiento. Juro que dije este tipo me caga el premio. Pero después pensé racionalmente y dije, no, es imposible, “estadísticamente imposible”, y me reí para mis adentros.

El jueves a la noche en la ciudad jugó Newell's contra Atlético de Tucumán, para recuperar un partido atrasado, y los tucumanos destrozaron a los leprosos y les metieron cuatro. Cuatro a cero. Catorce. Catorce celulares les vendió este Ramiro a los jugadores norteros el viernes a la mañana en el hotel. Los convenció de que llamaran a sus esposas, padres, familiares en el jardín de la república para contarles sobre la hazaña contra los rosarinos y les encajó catorce celulares. Dios santo. Increíble. Después de todo tenía el librito ese que movía montañas. Se me calló un lagrimón que disimulé yéndome al baño cuando el viernes Víctor le daba los cincuenta pesos de premio a Ramiro. Pensé en el casco. Pensé en mi tío que si no compraba las pastillas se le iba a explotar

el corazón. Pensé en pedirle a Víctor que me adelantase cincuenta pesos del sueldo. Me dijo que no, me despachó con una palmadita en el hombro y continuó hablando con Ramiro al que le decía toda serie de frases empalagantes. Me fui para mi casa, a paso lento de mocasín pensando en mi tío, pensando en su débil corazón reventando como una bombucha si no se compraba esas pastillas. Pude ver el músculo cardíaco destrozarse y rezumar sangre a borbotones, pude ver a mi tío boqueando como un pez al costado del río, y me estremecí y sentí una culpa infinita.

Ya tarde el viernes, estaba a punto de cerrar el local de antigüedades, y aparecí yo con el casco, a ver si me devolvían la plata. Estaba tan desesperado que le eché en cara al vendedor lo de la playa de Omaha y que posiblemente ese casco no había estado ni en un entrenamiento de combate. Pero el tipo firme como un poste me afirmaba que sí, y que el soldado había entrado en París en el mismo agosto del cuarenta y cuatro. Yo pensé: un buen vendedor vende hasta a la madre. Estaba desahuciado. Miré a mí alrededor. Pasé los ojos por sobre los veladores, las mesas, las salamandras, los cuadros, los jarrones. Las cucharitas de plata.

Esa noche salí por los bares de la ciudad a vender cucharitas de plata. Arreglé con el dueño de la casa de antigüedades después de contarle en el embrollo que estaba metido. Necesitaba la plata para salvar a mi tío de que se le despedazara el corazón. Iba a vender las cucharitas. Las iba a vender porque como decía el chanta de Víctor un buen vendedor vende hasta ballenitas, las iba a vender porque llevaba una sonrisa descomunal y en el bolsillo “El vendedor más grande del mundo”. ¡Flota al agua!

(Seud.: Ray Carver)

Gina

Gina, mi vecina, vivía sola y tenía más de ochenta años. Era guapa, rubia y alta. Siempre pensé que de haber llegado a los ochenta años, Marilyn Monroe luciría como ella. Sabía muchísimo sobre plantas. Tenía una diplomatura en jardinería. Me ayudaba a embellecer mi jardín.

_En esa esquina te iría bien una rosa china.

_Amarilla?

_Roja, doble.

Hablaba con autoridad porque verdaderamente sabía de jardines. El suyo era el más hermoso del barrio.

Cuando se fue con un amor a los setenta años, su jardín quedó abandonado. Yo pregunté por ella y me dijeron que estaba en Turquía, en Egipto, en Dinamarca, en el Caribe. La imaginaba con grandes gafas y exóticos sombreros, la imaginaba como a Marilyn.

Nadie la perdonó por esa huida de los mandatos rígidos que pesan sobre las mujeres de la tercera edad. Ni la familia, ni los vecinos.

Que si lo había conocido ya viuda. Que habían sido amantes, mientras aún vivía el marido.

-Qué vergüenza, una mujer tan grande -comentaban en los negocios del barrio.

Se fue apenas cumplió los seis meses de duelo.

Lo cierto es que Gina una vez volvió al barrio. Volvió con un temblor en la mano derecha, con cierta inestabilidad en las piernas. Volvió a ocuparse de su jardín. Volvió sola.

_Qué país te gustaría visitar?

_Egipto _le dije,

_¡Ah! Egipto es hermoso. Vieras el río caudaloso que corre por el desierto, el Nilo. Desde el crucero se siente la majestuosidad de su curso y el temor de abordar sus aguas. Es mágico y misterioso.

Gina no perdía su gracia ni su glamour, aún con los guantes de jardinero.

Había trabajado toda su vida en oficinas de Buenos Aires como secretaria. Me contó que, cuando tenía 17 años, consiguió un empleo como recepcionista en un consultorio médico. Un trabajo que le permitía leer. Así conoció varios países desde la lectura y abrigó el deseo de visitarlos. En una de las revistas, encontró

un anuncio de la Cultural Inglesa. Primero estudió mecanografía y estenografía y luego, inglés. Le entregaron el título de Secretaria Ejecutiva y trabajó en una empresa multinacional muy prestigiosa.

_ Pero me casé, dijo.

Así con la palabra “pero”.

Le hizo caso al marido, que creía que no necesitaba trabajar. Al dejar el trabajo también dejó de estudiar. Pero... su marido le dio permiso para hacer un curso de jardinería en la municipalidad.

Volvió a atender el consultorio de su hermano médico para sus gastos, o como le decía el marido: para tus “tonterías”

Gina fue a una academia de tangos y allí conoció a un hombre que quería viajar. Compartieron mapas, noticias de otros países, y un globo terráqueo. Un día armaron el primer viaje y Gina se fue. Les dijo a sus hijos que necesitaba irse un tiempo, para olvidar la muerte de su marido. Una mentira a medias. No era para olvidar, pero sí era una necesidad.

_Mirá lo que te traigo _me dijo

Miré el sobre y pensé en semillas, pero no. Era un billete de Egipto, veinte “pounds”, decía en letras indescifrables.

_Seguramente podrás viajar, sólo es pro-ponérselo.

Me reí, Para mi economía era prácticamente imposible. Agradecí porque su actitud era una caricia al alma. Una caricia de madre.

Yo había perdido a mi madre cuatro meses atrás y la extrañaba mucho.

Gina era tan distinta de mamá. Mi madre era bella y tierna, pero no tenía la elegancia y el carisma de Gina. Mi padre se ocupó de opacar todo su brillo, su amplia sonrisa, parte de su belleza. No podía maquillarse, ni usar tricotas tejidas que tuvieran algún calado. Debía reírse sin estridencias. Una sola vez escuché su carcajada sonora y contagiosa. Entonces, mi padre le dijo: ¡Pero... Juana! Un rubor avergonzado subió por su rostro y mi madre tapó su boca y su risa y bajó la cabeza.

No era agresivo, es decir, no era violento, si consideramos que semejantes reglas no consensuadas, no resultan violentas.

Gina esparcía las semillas sobre el almacigo sin guantes, como si estuviera espolvoreando un bizcochuelo. Con elegancia. Una mano sobre el delantal y en la otra el temblor no se notaba. Era el vuelo de una mariposa que preñaba la tierra.

Llegaba a mi casa con una silla de paja, bajita. Ya no me puedo agachar, me decía.

Esa tarde, antes de que la lluvia viniera, sin preámbulos ni disculpas le pregunté.

_¿Se murió el señor?

Me miró largamente y sonrió.

_Bueno, un poco.

_¿Cómo que un poco?

_Una parte de su cerebro, esa que contiene el pasado, se secó como una rosa. Allí quedaron nuestros viajes, nuestra vida de más de diez años de ajetreo, de convivencia nómada.

_¿Alzheimer?

_Así le dicen.

_¿Imposible traerlo acá, no?... Para cuidarlo.

Silencio.

_¿Compraste la rosa china?

_ No.

Más tarde escuché rumores barriales: que el hombre había llamado a sus hijas porque descubrió el temblor en el brazo derecho de Gina y que habían discutido varias veces, que había desarrollado un carácter insoportable y que la hija de Gina había ido a rescatarla cuando llamó la policía. Quizás la imposibilidad de

viajar, la imposibilidad de volver juntos al barrio, la imposibilidad de alquilar un lugar más grande. También se comentaba que él había vendido su casa para cumplir la promesa de conocer el mundo. Que Gina aceptó porque a esa edad o se acepta la vida y se recorre el mundo o se acepta la edad y se recorren los hospitales.

En su celular tenía fotos de lugares asombrosos. Las Brujas, Andalucía, Berlín, Mikonos, Egipto.

Estaban los dos, vestidos de marineros en un crucero, bailando. Sobre un camello. Tomando sol en Grecia.

Me sumergía en ese mundo de recuerdos maravillosos y ajenos. Me preguntaba por mí, qué hacía yendo y viniendo de la escuela, renegando con las autoridades, con los padres. Esperando una jubilación que con suerte llegaría en diez años.

Gina iba a un centro de día para recuperar el control de su mano derecha, que se iba perdiendo de a poco. Me contó que en el centro le enseñaban a usar el teléfono celular y la computadora. Tenía un kinesiólogo y una psicóloga que venían a su casa los viernes.

Una noche muy tarde sonó mi celular. Era Gina, me preguntaba si podía ayudarla con el decodificador porque no recordaba cómo configurar-lo. Vivía a dos casas, así que fui. Me estaba esperando con un vaso de naranja Fanta - Sus paredes estaban decoradas con sombreros de todos los países: uno chino, uno mejicano, otros más pequeños, amorosamente dispuestos sobre el blanco tiza de dos paredes.

Mientras revisaba que estuvieran conectados los cables de alimentación, con la torpeza que me acompaña siempre, tiré el sombrero chino. Gina lo recogió y me lo puso.

Te queda hermoso me dijo

Era cierto, mi cara asomaba de las anchas alas con una sonrisa franca y sincera.

_Te lo regalo.

_Gracias, pero no. Es un recuerdo tuyo. _ le dije

_ Es hora de que vuelva a ser sombrero, tengo muchos recuerdos de la China.

_¿Me imaginás en la panadería, esperando por las facturas con este sombrero?
_me reí.

_Te imagino en un baile de disfraces.

_Yo no voy a bailes

_Quizás, algún día... Y si no, será un aliado incondicional para los días de sol en el jardín.

Faltaba conectar el “modem”, así que fue sencillo el arreglo. Gina me lo agradeció.

Nuestros encuentros se hicieron cada vez más frecuentes. Ambas los disfrutábamos mucho.

_¿Cómo va tu recuperación? _le pregunté.

_Esto es progresivo, una falla neurológica. La recuperación consiste en ir aprendiendo a vivir con esta parte monstruosa de mi cuerpo sin dejar de amarme por eso.

Sus respuestas me asombraron siempre. ¿Habrás que llegar a los ochenta para adquirir esa sabiduría?

Promediando la primavera, mi jardín ya era tan bello como el de Gina. Los rosales combinaban el amarillo, el rosa y el bordó, abajo las azaleas despuntaban sus retoños fucsia. El jazmín chino se adueñaba de las rejas. Su perfume se olía desde la esquina. La rosa china prosperó roja y doble.

El jardín ahora, sólo requería riego y una liviana limpieza. Nuestros encuentros se redujeron.

Gina había aprendido cómo conectar los aparatos para ver películas, que era lo único que veía. Nunca más volvió a llamarme para que la ayude. Pero yo pasaba por su casa con un bizcochuelo y un gajo de mis plantas todas las

semanas.

Un tarde le enseñé a proyectar sus fotos en la pantalla desde el celular. Y ahí estaba ella como Marilyn en Nueva York con un vestido blanco. De rojo en un tablado de Málaga, siempre acompañada de Giovanni.

Con el sombrero chino, caminando por la Gran Muralla.

Aprendí a criar mariposas. Me regaló una asclepiadea hermosa.

_Hospedera de mariposa monarca _me dijo_ Debes cuidar las orugas de los zorzales y también de las avispas, pero no te afanes por intervenir la naturaleza, bastante mal le hemos hecho con nuestras prepotencias cotidianas. Hay quienes le colocan un tul para impedir que se las coman. No es conveniente.

Hace una semana contratamos a una señora para que nos riegue las plantas.

No es que quisiéramos abandonarlas, pero desde Egipto no podríamos hacerlo. Porque Gina me dijo que era tiempo de gastar esos 20 pound.

_Si tienes dinero para los gastos, el pasaje lo pago yo y también el alojamiento. Me deben un gran descuento en la agencia y quisiera usarlo. Además, es un viaje que quiero hacer con vos. Lejos de las imposiciones de un hombre. Todas esas fotos que viste, son grandes mentiras. Giovanni era muy celoso, miraba mis ojos, sólo cuando no se posaban sobre los suyos. Pero mi alma se llenaba con imágenes que compensaban el dolor de sus insultos en el camarote de un crucero o en la habitación del mejor hotel. Fue el precio que pagué por conocer tantos lugares. Este viaje será distinto.

Y así fue.

Estamos entusiasmadas, escribiendo nuestra bitácora. Un relato de viaje, pero ese será otro cuento.

(Seud.: Kenia)

La modista

Si me preguntan qué hice ayer, no me acuerdo. Tampoco la semana pasada. No sé cuántos años tengo, aunque les aseguro que son más de los que quisiera. Ya no puedo coser, pero veo lo suficiente como para escribir.

No tengo familia, ni bienes. Tampoco planté árboles, por eso decidí dejar escrita esta historia para que no muera conmigo. ¿Cómo llegué hasta acá? Eso sí me acuerdo, porque hace algunos años que estoy esperando que Dios me lleve.

Me llamo Dina Pierini. Nací cerca de este pueblo en el que paso mis últimos días. Fui hija única de padres inmigrantes italianos que me dieron todo cuanto pudieron, animándome a estudiar corte y confección para que tuviera un oficio. Los cuidé hasta que murieron, mientras me convertía en la modista de la alta sociedad del pueblo.

Cosí el vestido de casi todas las novias del lugar. A veces ajuares completos, también vestidos de madrinas y de fiestas. ¡Ah! Pero con cada vestido de novia guardo una historia. Los moldes los dejé en un baúl, pero los recuerdos de cada diseño, de cada hoja con talles y medidas, esos los tengo presentes. Empecé a coser a los dieciocho años; podría decir que dejé mis ojos en esos moldes, en cada vestido. Con el tiempo pasó a ser la forma de ganarme la vida. Mi madre me ayudaba con las costuras a mano: dobladillos, surfilados y botones. También me acompañaba al cine y a los bailes.

Una vez tuve novio, pero yo sabía tantas historias de novias que no pude confiar en él. Lo dejé ir. Es difícil cuando sabes del dolor ajeno, la mentira, la traición, la cobardía.

Entre diseños, medidas y pruebas, conocía a esas mujeres que, a pesar de casarse con la ilusión de una vida feliz, terminaban llorando en la prueba de algún otro vestido muchos años después; siempre por sus maridos. En un mundo de mujeres es fácil darse cuenta de la hipocresía de la sociedad; en la que el valor de tu vestido delata cuánto dinero guarda la billetera de quien lo paga. El amor y el dinero parecen socios convenientes. No tengo amor,

tampoco dinero, pero sí algo que contar, un recuerdo que no quiero llevar conmigo.

Los padres de Inés tenían un buen pasar. Yo les cosía a las mujeres de la familia. Había sido la modista de sus hermanas mayores y de su madre. Un día, Inés vino a mí con un pedido especial; había dibujado su propio vestido de novia. Novia sin novio, porque oficialmente no lo tenía; se había enamorado del galán del pueblo, un picaflor que gustaba de la buena vida, las fiestas y el derroche, pero rehuía el compromiso. Inés le había entregado su alma. Lo había esperado tres años con la esperanza de comprometerlo. Hice los moldes y corté el vestido. Conforme pasaban los meses, le probé, ajusté y ultimé detalles, pero el vestido blanco quedaba en el maniquí de prueba.

Una tarde de lluvia, recibí la visita de los dueños de la estancia que daba origen al pueblo. Habría una boda en el campo. La ropa había sido comprada en Buenos Aires, pero el vestido de novia necesitaba ajustes y la madrina un sombrero acorde al traje. Acepté el trabajo y dos días después me reuní con la novia para la prueba. Josefina era encantadora, muy bella, pero por sobre todas las cosas, muy joven. No tardé en ser su confidente; estaba extasiada y asustada a la vez. Enamorada sin conocer lo suficiente al novio, en medio de lo que parecía un matrimonio arreglado.

Debía tener el vestido de la novia y el sombrero de la madrina listos en quince días. Convinimos una última prueba y acompañé a la muchacha a la puerta. Todavía en el umbral, vi acercarse a Inés sonriente, llena de energía, y me alegré por ella pensando que esta vez su vestido dejaría el maniquí. Pero no fue así. Entre risas y lágrimas, Inés me confesó que estaba embarazada; quería volver a probarse el vestido para que yo hiciera los arreglos posibles. Traté de calmarla diciéndole que la vida en su vientre era aún más importante que aquel vestido. Pero ella, preocupada por su imagen que comenzaba a cambiar, insistió en los arreglos. Su cintura comenzaba a borrarse y sus pechos a redondearse tanto como para no caber en el corsé. Deshice pinzas, solté costuras, cavé la sisa logrando la amplitud necesaria.

Liberada ya del vestido, Inés me contó su plan y me pidió que le guardara el secreto. Emplazaría a su amante, le diría la verdad. Seguramente se casarían

pronto, así que trabajaría en simultáneo con los dos vestidos. Inés no necesitaba más pruebas.

Mientras la acompañaba a la sala, vio el vestido de Josefina en un maniquí y no pudo contener su curiosidad de pueblo.

—¿Quién se casa?—preguntó.

—La hija de los Iraola, Josefina. —respondí.

Noté que Inés se puso nerviosa, incómoda, pero iba de salida y no la detuve.

Quince días después, la señora de Iraola me contó escandalizada lo sucedido. Nunca supe, ni quise saber, cómo entró Inés a la casa de Doña Felisa, casi a medianoche. Me imagino que a escondidas, porque la vieja tomaba sus recaudos. Cuanto más avanzada la gestación, más alto el precio y la advertencia de que algo podía salir mal, ya que sus agujas no eran infalibles. Contaban los vecinos que los gritos de espanto de Inés se escuchaban desde la calle. Un auto negro se la llevó a casa de su familia esa madrugada. A la mañana siguiente, el único médico del pueblo encontró a Inés sin vida, desangrada, con los labios azulados, los ojos vacíos y sus mejillas aún húmedas por el llanto. Nada pudo hacer el médico por ella. Indignado y agobiado por los hechos, se tomó el tren de la noche a Buenos Aires para llegar a La Plata al día siguiente. Tres días después de la muerte de Inés, la policía allanó la casa de Doña Felisa y se la llevó detenida. Ese domingo no hubo misa; el cura fue llevado a la estancia, tenía que casar a Josefina, radiante en su vestido de novia comprado en Buenos Aires, con el galán del pueblo. Sí, el mismo que había sido amante de Inés, de la que no se volvería a hablar más.

Así de pacata y falsa era la sociedad del pueblo donde viví mientras dejaba transcurrir mi vida entre costuras, secretos y confesiones. Junto al vestido de novia de Inés guardé toda ilusión de amor correspondido y seguí cosiendo, cosiendo para vivir. Cosiendo para olvidar.

(Seud.: Adagio)

La muerte de un infante

Ocurrió en la ciudad de las diagonales. Benjamín salió a jugar con sus vecinos. Eran más grandes que él, por lo que inherentemente se volvían los mayores a cargo de la expedición. Conformaban un corpus de pequeños salvajes que ya no abundan en el tan cambiante presente. Niños que salen a jugar a la calle, sin celulares o dispositivos devoradores de mentes, ajenos al paso del tiempo.

Fue horas después del mediodía que Benjamín se perdió.

Primero iban a recorrer el barrio, hasta por fin llegar a la casa embrujada. Bueno, no sabían a ciencia cierta si estaba embrujada, pero tenía toda la pinta. Un hogar olvidado. De esos que cada ciudad tiene y nadie se preocupa por derrumbar. Benjamín se alegraba cada vez que la visitaba. Siempre iba con el corazón en la boca, implorando que siguiera en pie. Pese a su corta edad, se daba cuenta de cómo solía funcionar el mundo de los adultos. Personas altas y serias que tenían poco tiempo a su disposición. Propensas a deshacerse de lo viejo, de aquello que no servía más en el ahora. Papá y mamá no podían ir a buscarlo a la escuela, y los fines de semana no le prestaban atención. Siempre, siempre, siempre estaban ocupados. Por eso, cada aventura por el barrio se volvía una salvación para la tierna soledad de la infancia.

Empezaron a correr. Las piernas de los otros chicos superaban la fuerza y velocidad del pequeño Benjamín. Cada vez que avanzaban en grandes zancadas, él se quedaba atrás del reino de la niñez. En esos momentos, un miedo helado tomó poder de su cuerpo. El día se volvió más frío, y las risas de sus amigos comenzaron a desvanecerse en el aire. Gritó, implorando que lo esperaran, que no se alejaran, que no lo abandonaran. No hubo respuesta.

Pasado cinco minutos, asumió que se había quedado solo. Miró hacia sus espaldas. No recordaba el camino de vuelta. Nadie transitaba por las veredas. El silencio de la tarde gobernaba el ambiente. Continuó caminando por inercia hacia adelante. Su abuelo solía decir que todos los caminos llevan a Roma. Nunca había llegado a entender el dicho, pero en ese momento comprendió que su Roma era la casa embrujada. Dobló por las esquinas. Caminó y se devolvió

por varias calles. Nada que conociera. Sentía que había ingresado en otro mundo. Uno desconocido y, pese a su quietud, peligroso. Quería llorar, pero ninguna lágrima brotaba de sus inocentes ojos. Intentó llamar a los chicos una vez más, sin obtener respuesta alguna. Hasta que la vio. La única señal que conocía de aquel enorme laberinto urbano. El cartel de una de las calles. Debían ser dos, pero uno de ellos había sido arrancado tiempo atrás. El que seguía allí mostraba un número borroneado pero legible. 62. Una cuadra más a la derecha y allí estaría la casa de las pesadillas. Caminó con paso acelerado hasta que por fin llegó.

Se alzaba imponente, dueña de toda una manzana completa. Derruida y arruinada. Sus ventanas tapiadas parecían ojos entrecerrados, observando lo profundo del alma. Su puerta abierta invitaba a ingresar. La vegetación se había vuelto dueña y señora de sus paredes. Benjamín se quedó mirando por un largo rato. *Quizá, se decía, si sigo acá por mucho tiempo alguien vendrá a buscarme.* Pero no fue así. Pasaron diez minutos y la situación seguía igual. Un cuerpo pequeño mirando fijo al castillo del vampiro; o quizás una bruja. Le pareció ver una silueta en la puerta de entrada. Una figura humana que se fundía con la oscuridad del interior de la casa. La mano blanca del misterioso individuo emergió de la penumbra y, en gesto de siniestra amabilidad, le pidió a Benjamín que se acercara, que ingresara a su reinado de sombras. El chico no lo pensó ni un segundo. Salió disparado en dirección contraria. Alejándose de la perdición.

Se halló a sí mismo en una diagonal. *Debo estar muy lejos de casa,* pensó. Y, en efecto, lo estaba. Recordó que era domingo. La calle se encontraba vacía. No recordaba haber estado ahí antes. Se preguntó varias veces, mientras caminaba sin rumbo, si en verdad seguía en la misma ciudad que lo había visto nacer. Locales de ropa con las persianas bajas, semáforos intermitentes que no señalaban ni avances ni frenos. Silencio, completo silencio.

Llegó hasta una plaza. Varias carpas se encontraban desplegadas por el pasto seco del lugar que alguna vez supo ser verde oscuro. Se trataba de una feria. Deambulo por las galerías de la misma. Dentro de esos puestos blancos se dejaban ver hombres y mujeres. Taciturnos e indiferentes a la presencia de un niño tan pequeño sin compañía adulta. Los objetos en venta llamaban su

atención. Libretas de colores, vasos, botellas de brillantes tonalidades. Cosas que jamás necesitaría, pero realmente quería. Llegó a la última carpa. Se encontraba solitaria al fondo de todo. Una anciana desgarrada estaba tejiendo un pullover junto al pequeño puesto. Vio llegar a Benjamín y sonrió.

—¿Qué hace un chico tan lindo como vos solo en este lugar? —dijo la mujer.

—Me perdí —contestó Benjamín.

—¿Y dónde están papi y mami? ¿En su hermosa casita?

—Creo que sí

—Pobre, hijito... Ellos no van a venir a buscarte. —dijo la mujer, ahora con una sonrisa extraña. Demasiado ancha, con unos dientes amarillentos y oscuros, llena de perversidad.

Benjamín miró a sus costados. El resto de los comerciantes empezaron a salir de sus carpas. Se aproximaban a él. Contemplándolo, sintiéndolo, deseándolo. Volteó nuevamente hacia la señora. Esta había cambiado. Su pelo, anteriormente gris y tupido, ahora solo consistía en escasos mechones blancos, dejando ver su cráneo repleto de manchas negras y gruesas. Ojos ciegos y nublados por una cortina de humo dentro del iris. Pérfidos por naturaleza.

—Volvé a casa, antes de que la noche caiga. Un nene tan bonito no debe perderse en la oscuridad. Ahí se esconden los monstruos... y les encanta la carne joven.

La vieja comenzó a reír. Sus carcajadas se asemejaban a los graznidos de un cuervo. Benjamín dio media vuelta y huyó corriendo por la galería. Los fantasmales comerciantes intentaban apresarlos, a medida que él los esquivaba atropelladamente. Nunca había sentido tanto miedo en su vida. Las pesadillas nocturnas quedaban hechas trizas al lado de lo que estaba ocurriendo. Salió de la plaza y desembocó en otra calle desconocida. Ya casi anocheecía y el niño seguía perdido.

La oscuridad es blanda. Se camufla sobre el pavimento, los ladrillos, el metal, deformando cada línea y circunferencia. Benjamín lo sabía. Una vez terminado el crepúsculo podía ver aquella magnífica, e inquietante, masacre visual,

emergiendo desde la ventana de su cuarto. La negrura auguraba peligro, y si las cosas ya marchaban mal, encontrarse frente a las tinieblas en medio de la calle sería peor. Ya había muerto el sol. Algunos rostros pálidos lo miraban desde las ventanas de los edificios. Lo llamaban. Le prometían refugio en sus cuevas. Benjamín comenzó a correr, sin rumbo, tapándose los oídos. Pero, muchas veces, el silencio puede ser ensordecedor.

El olor lo guió por la ciudad de las penumbras. A medida que las sombras se acercaban, el aroma de su cama lo arrastraba hacia el cálido hogar. Vio siluetas, brazos, manos, piernas, cabezas, presencias, apariciones. Querían adueñarse de su frágil cuerpo. Corromperlo por completo. Entonces, comprendió que ya no era el mismo. El mundo de los mayores se regía por reglas distintas a las suyas, y si quería salir ileso, debía adaptarse.

Abrió la puerta de casa. Mamá y papá seguían con lo suyo. Indiferentes a él. Se recostó en el suave colchón que lo había acompañado por tantos años y soñó una última vez. Despidió a la niñez con un beso de lágrimas y cerró la puerta de la infancia para siempre.

(Seud.: Salvador Laurent)

La sombra de las cenizas

Observé durante unos minutos como la vela se consumía lentamente. La cera se derretía al contacto con el fuego y cuando llegaba a su tope ésta caía furiosa como una lágrima, pero con la diferencia de que no era tan fácil sacarla, sino que se solidificaba en la vela arruinando su perfecta piel; comenzaba a formar parte de ella como una cicatriz que revelaba tanto su antigüedad como sus dolencias.

Sentada desde mi banco oí el chirrido de las enormes puertas de madera detrás de mí. Un escalofrío me recorrió de arriba a abajo cuando la helada del exterior

se aproximó por toda aquella capilla y maldije entre dientes, después de todo no era para nada habitual que alguien precisase orar a esas altas horas de la madrugada. Por lo general yo era la única que reconciliaba mis noches de insomnio bajo la luz de las velas de aquel lugar.

No estoy loca.

Volví a centrar mi atención en la vela; era la más grande y su llama se había descontrolado danzando en todas direcciones gracias a la fría brisa que había entrado. Tenía algunos vagos recuerdos de mi niñez y en uno de ellos me encontraba allí, en el mismo asiento de siempre, en aquella capilla que se había convertido en un refugio que me aislaba de las desgracias de mi vida. Una monja de estatura pequeña y encorvada por los años que le pesaban sobre su joroba, se había acercado a aquella niña que solía ser yo, asombrada por verme allí; después de todo no era algo de todos los días que una pequeña se interesase tanto por los asuntos de Dios. Lo que esa ancianita no sabía eran mis razones; ella no tenía idea de lo que esa niña había hecho.

Sentí como cada partícula de mi cuerpo se tensaba y de repente la vela que había estado observando me había transmitido su calor, me estaba quemando, tal y como cada vez que esos pensamientos merodeaban sin pudor por mi mente.

Yo no era la culpable. La niña lo había hecho.

Procuré calmarme antes de comenzar a temblar, antes de que creyeran que estaba loca. Esa era la principal razón por la que me gustaban aquellas horas de la noche; la soledad no podría culparme o verme con ojos acusadores, la oscuridad, por su parte, se encargaba de tragarme, porque no existe lo que no se ve, y yo hace años que no era visible para nadie.

No estoy loca, no lo estoy.

Recordé que no me encontraba sola, que debía comportarme; quien había sido el causante de la repentina brisa y el chirriar de puertas podría estar observándome. Inhalé y exhalé profundamente intentando recomponer mi compostura. Seguía conmigo el ardor que había adoptado mi cuerpo en advertencia a lo que sucedería si seguía dejando aquellos pensamientos fluir; mis extremidades estaban en llamas y comencé a frotarme las manos como si ese gesto aliviara la quemadura que se propagaba por dentro de la piel.

Dejé mis rodillas aflojarse y levanté mi cabeza hacia la cruz frente a mí. Las cálidas luces de las velas le daban al Cristo un enfoque que podría interpretarse como más acogedor, algo familiar; o simplemente vacío y tétrico. Mis labios hablaban por mí, recitando las tantas oraciones que había aprendido de niña, invocando a los santos cuyas vidas había leído y releído. Mis labios hablaban, sí, pero nada de lo que ellos decían pasaba por mi mente ni un segundo, ella estaba ocupada aterrándome. A veces me preguntaba incluso si algo de lo que decían era cierto; todos en aquel maldito pueblo me miraban con admiración, incluso alguna que otra vez había escuchado preguntarse gente al pasar si es que yo me trataba de una santa. En su momento aquello me había enorgullecido, ¿cómo no?, a cualquier gusano le gustaría que lo hagan pasar por mariposa; pero con el tiempo había descubierto que yo no era mucho más que una fachada bonita.

Si Dios lo perdona todo, entonces me perdonará, ¿pero cómo podré perdonar yo a mi propia sombra que se arrastra detrás portando toda mi oscuridad? ¿Cómo podré seguir fingiendo que ésta no existe y que es solo mi cuerpo, mi fachada bonita quien me pertenece?

Una mujer se sentó en el extremo opuesto del banco en el que yo estaba sentada, habiendo decenas de lugares libres. De rodillas, mientras rezaba, giré la cabeza en su dirección.

-¿Acaso es usted ciega? ¿O simplemente la torpeza no la deja ver que este es el único banco ocupado y se atreve a venir a molestarme?

La mujer no respondió ni se movió, pero lo que más despertó mi ira fue el no poder verle la cara, llevaba una capucha que pertenecía a un saco blanco impoluto, largo hasta las rodillas. Su mirada al frente en dirección al altar y sus manos juntas le daban un aspecto angelical, incluso me recordó a la imagen que la gente tenía de mí antes de hablar conmigo; *una santidad*.

Al ser consciente de que la mujer no tenía deseos de moverse, me levanté irritada olvidando por completo las intenciones de mi súplica y me moví unos tres bancos detrás murmurando algunas palabras que, después fui consciente, no deberían de pronunciarse en lugares como aquel y menos si hace segundos había estado orando. Dios me perdonara, pero la gente me sacaba de quicio, ella ni siquiera se había percatado de que yo estaba rezando, siquiera de que existía...

¿Y si creía que realmente yo no estaba orando aunque lo estaba haciendo? ¿Había yo dicho inconscientemente algo de lo que estaba sucediendo por mi mente desde que ella había entrado? Entonces me creía una loca. Y yo no lo estaba. ¿Pero acaso no me había visto de rodillas frente a la cruz? ¿No había oído las oraciones que intencionadamente salían ruidosas por mis labios?

El calor reapareció nublando mis sentidos, entonces volví a hacer algunas respiraciones profundas concentrándome en la señora de la cual ahora tenía una vista panorámica. Vi como lentamente se movía para sacarse el saco tan pálido como la nieve, ese que le daba un aura angelical, y no comprendí tal estúpido

comportamiento porque el frío que ella había dejado pasar cuando abrió la puerta se había asentado entre nostras. Mi mente divagó en un gesto en especial; mientras su cuerpo hacía pequeños movimientos inútiles para sacarse el abrigo que escondía su cuerpo, su mirada estaba siempre reposada en la vela.

No comprendía qué es lo que ella veía en aquel objeto absurdo pero que también me atraía a mí, incluso me sentí comprendida por primera vez en mucho tiempo, aunque sin saber el porqué.

Seguí observando cada uno de sus movimientos hasta que el saco que llevaba puesto comenzó a resbalarse por su hombro, dejando en descubierto poco a poco un camisón también blanco pero mucho más percutido. Se veía manchado y sucio bajo la luz de las velas y casi reí cuando comprendí la ironía que se escondía en su piel; debajo de aquella capa blanca que la gente veía ella estaba manchada; estaba vieja y desgastada.

Ella estaba loca, seguro que lo estaba.

¿Cómo es posible que yo me creyera loca a comparación de esa mujer?

Cuando quise darme cuenta, mi atención se centraba completamente en eso y mi mente estaba llena de preguntas que cada vez se iban acumulando más y más como cartas enviadas sin respuesta.

Sentí satisfacción cuando, luego de unos minutos, su cuerpo comenzó a temblar. Recordé mi anticipación acerca de por qué diablos es que se le había cruzado por su retorcida cabeza quedarse en paños menores, después de todo no había amanecido y la oscuridad era presa del frío. Su cuerpo se movía

en milimétricos espasmos y sus dientes castañeaban pero sus ojos seguían posados en el altar, en el fuego.

La mujer comenzó a frotarse las manos, cada vez más intensamente. Respiró una y otra vez, profundo, tanto como para que yo la oyera. Por primera vez, su vista se desvió y en ese momento recordé que yo misma estaba allí; una sensación extraña entre el miedo y la anticipación me abordó y deseé ser invisible, que sus ojos no encontrarán los míos.

Su cabeza se movió de un lado a otro, como si estuviera perdida, buscando un eje de donde sostenerse y de repente volvió su vista al frente para luego caer de rodillas sobre el suelo congelado. Me sobresalté por el estruendo que hizo la madera debajo de ella cuando sus manos se juntaron y soltó lo que podrían haber sido veinte oraciones distintas mientras sus ojos miraban al crucifijo.

Cuán mal tiene que estar una persona como para buscar un refugio en asuntos que ni siquiera comprende.

Lo que mis ojos estaban viendo me aterró, y luego de comprobar reiteradas veces que aquella escena no se trataba de un sueño o cualquier tipo de invento macabro de mi mente, me levanté con intenciones de que no me oyera mientras huía de allí.

Mi pulso se aceleró al instante y cuando estuve a punto de abrir una de las gigantes puertas para alejarme, la curiosidad de mis ojos mató mi sentido racional. Me di vuelta, y cuando lo hice aquella loca ya no se encontraba sentada en el banco que me había robado, sino que en los instantes que había dejado de observarla se había acercado a la vela.

Con una mano en el picaporte miraba la escena con cautela, ella se había despojado del camión que llevaba y era tan impuro y sucio como ella. Así es como, en ropa interior, dejando al descubierto su propia piel, había prendido en llamas las asquerosas prendas que eran reflejo de su alma.

Estaba loca. Loca.

No tuve tiempo de pensar ni siquiera en el descabellado hecho de que estuviera semidesnuda en un lugar como aquel, ni en cómo es que se le había pasado por la cabeza quemar su propia ropa. Cuando quise darme cuenta estaba corriendo en dirección a ella, porque quise salvarla. Algo inconsciente y muy pequeño dentro de mí quiso hacerlo cuando comprendí sus intenciones; ella no solo buscaba quemar aquel pedazo de tela.

Mechones de su cabello comenzaron a arder, y sus manos se movían desesperadas intentando deshacerse del dolor. Se estaba quemando.

Sus oraciones no cesaban desde que la había visto arrodillada pero cada vez eran más fuertes, se transformaban en gritos, en sollozos, en cenizas.

Sin poder creer la atrocidad que sucedía delante de mí y con el corazón en la boca, me acerqué. Cada paso que daba el miedo tomaba una parte más de mi cuerpo, las lágrimas comenzaban a salarme la piel, pero sobre todo el fuego que no me tocaba me quemaba de todas formas. Tenía el cuerpo en llamas como si yo misma estuviera jugando con fuego.

Extendí una mano y la agarré por la espalda, giré su cuerpo obligándola a mirarme.

Pude ver mi reflejo en sus acciones.

Pude ver cómo me reducía a cenizas.

(Seud.: Aurora)

Los jinetes

El calor de enero es insoportable.

Y vuelve todo insoportable.

Ni hablar del centro.

Insoportable.

¿Sarmiento y Florida? Más insoportable.

Donde pegue el sol está insoportable.

El grito de “cambio, cambio”: insoportable.

La cola del McDonald's hasta los huevos. Todos ahí, apretujados, esperando para comprarse ese conito combinado. Insoportable. La lengua de la señora lamiendo la gota de helado que cae derretida por todo el cucurucho: insoportable.

El olor a pancho: insoportable. Mezclándose con el olor a culo del asiento de cuero de la moto también insoportable. Pegajoso. Resbaloso y mojado, pero más que nada: insoportable.

Los dos tienen olor a culo. Los dos que están arriba de la moto. Con el culo resbaloso y mojado. Arriba del Transalp apagado. Con el aliento caliente, con olor a chivo. Están esperando. Esperan. La idea era estar ahí. Pasar desapercibidos. Pero no pueden evitar querer hacerse los John Wayne. Los pistoleros del lejano oeste. ¿Qué pistoleros con esa .32 chota hecha mierda?

El conductor es su cuñado. El novio de su hermana. Está tranquilo. Andá a saber por qué tan tranquilo.

El viejo ya debería haber salido del banco. Lo vieron entrar hace como quince, veinte minutos. Ya debería haber salido del banco con el bolso. Con el bolso que tiene la guita. El banco es el Ciudad que está en la esquina. El que tiene el reloj en la pared de la calle. El reloj ese que siempre anda para el orto.

El plan es simple. Una vez que el viejo salga del banco, esperan a que camine esa media cuadra por Sarmiento hasta donde dejó el Clio. Y apenas se suba y deje el bolso antes de arrancar, van los dos con la moto hasta ahí. Rápido, bien rápido. El de atrás va a bajar y tres segundos después ya no solo debería haberle arrebatado el bolso, sino que también estar de nuevo en la moto y mínimo por la altura del Obelisco. Como dos vaqueros. Como dos pistoleros. Como John Wayne.

El de atrás tiene la frente toda transpirada. El pelo: empapado. Más piensa, más chiva. Parece nervioso. El sudor le baja por el casco a chorros. Se lo quiere sacar, pero no, no puede. O no debe. El casco los protege, pero no

está para protegerles el cuerpo, está para protegerles la identidad.

No deja de mirar la puerta del banco. Que salga el viejo.

Era su primera salidera. Del cuñado no. Él ya lo hizo antes. Varias veces. Por eso es el que toma las decisiones. Pero el de atrás no está convencido. ¿Y si el que pasó el dato se equivocó? ¿Y si alguien ve que tienen la patente tapada? Cuando empieza con ese tema, el cuñado ni bola. Lo saca cagando.

Que salga el viejo.

Se juntaron un par de autos sobre Sarmiento, un blindado más adelante está trabando la circulación. El de atrás le pregunta al cuñado si no es mejor ir por otra que no sea por Sarmiento hasta Cerrito. Capaz convenía Viamonte hasta Alem. Porque aunque sea enero y haya menos gente, la 9 de Julio siempre es un quilombo. Siempre. El cuñado le dice que no rompa las bolas. Que ya estaba pensado así.

Unas voces de la nada alteran al de atrás. Unos oficinistas con pinta de tarados que pasan caminando y charlando ahí donde estaba el Falabella.

Los autos. El viejo que no sale. La ruta de escape. El cuñado en Babia mirando el celular. Así por cómo viene la cosa, va a salir todo mal.

No quiere caer en cana. Es mejor morirse que caer en cana. Porque lo dice el cuñado. El cuñado ya estuvo guardado antes. Varias veces. Le dijo que es lo peor que te puede pasar. Él no. No quiere saber cómo es.

Que salga. Que salga de una vez.

¿Por qué aceptó? ¿Y esos pibes que recién miraron? ¿Y ese bocinazo? ¿Por qué se metió en ésta?

Esa musculosa negra está tan mojada. Con la mano se la despegó un poco del

cuerpo y la sacude. Para ventilarse. La transpiración del calor le caretea la transpiración de los nervios. Ahora tiene la cara más chivada y los labios secos. Secos mal.

Ahora las manos. Se las seca en el pantalón feo ese que tiene. No le paran de temblar al boludo. Y esos cascos de mierda que no te dejan ver bien. Ves todo más oscuro, perdés la visión periférica. Encima el que le tocó a él tiene la visera toda rayada.

De perseguido, gira tanto la capocha para mirar alrededor que sin darse cuenta choca su casco con el del cuñado. Es la segunda vez que pasa. Al cuñado le rompe los huevos, pero se calla la boca.

El de atrás mira a los que cree pobres giles esperando por su conito. Sometidos. Haciendo la filita. Todo como corresponde, como les ordenan. Por su conito combinado. Con ese gusto artificial. Le pregunta al cuñado si no le conviene ir prendiendo la moto. Que el viejo debe estar por salir. El cuñado le dice que es al pedo, que no tarda nada en prenderla, que se quede tranqui.

Se moja los labios con la lengua, se los muerde. Para bajarlos nervios.

Que salga de una puta vez.

Ahora le dice al cuñado que no se olvide de dejarlo del lado izquierdo del auto. Del lado del conductor. Así hace rápido la movida. Ya lo hablaron ayer, pero por las dudas.

El cuñado se saca el casco para secarse la cara. El de atrás le pregunta que qué hace. Que no debería. El cuñado le responde que está todo bien. Que ya le está rompiendo las pelotas tanto comentario.

¿Y si no sale? ¿Y si el viejo no suelta el bolso o el maletín o lo que mierda lleve? ¿Recién el guardia del banco los vio a lo lejos o le parece? Ese casco del orto no le deja ver bien.

Prueba respirar hondo. Lo escuchó de alguien que sabe de meditación o de algo por el estilo.

En el fondo quiere que el viejo no salga nunca.

Tanta duda lo desequilibra. Y sin darse cuenta hace que la moto se desequilibre también. El cuñado, ya caliente, le dice que se quede quieto. Que qué mierda le pasa.

El de atrás aprovecha esos segundos que no sabe cuántos son para convencer al cuñado. Para convencerlo de que esté atento, que deje el celular, que se ponga el casco, de que agarren otra calle que por esa no van a poder meterse. Que por Sarmiento los van a agarrar. Que lo deje por el lado izquierdo y que lo espere cerca. Que lo espere al costado del auto y no enfrente, a ver si el viejo en los nervios los pisa con el Clio. Pero que igualmente lo espere. Que lo espere sí o sí.

El cuñado accede, pero accede porque el de atrás tiene razón. Y esperar lo va a esperar le afirmó, pero porque él sin la guita no se va a ningún lado.

¿Y si el cuñado no o espera? ¿Y si se va y lo deja ahí de garpe?

Prefiere estar esperando en la fila del McDonald's para comprarse el conito combinado.

Y al final, pasa. El viejo sale. Con esa cojera, con esos lentes encintados. Y sale atento. Atento con una mochilita puesta. En esa mochilita tiene que estarla guita. Camina ligero. Mira para todos lados. Ligero y atento. Siempre salen atentos. A medida que van llegando a la oficina o a su casa sin que pase nada se van calmando. Pero el plan es que el viejo no llegue con la guita adonde sea que vaya.

La moto ruge y arranca, y para cuando el viejo se da cuenta ya es tarde. Ya lo tiene al de atrás encima. Los gritos del viejo alarman a todos. Al del local de comida por peso, al encargado del edificio de la vuelta, al que le abre las puertas de los taxis a la gente, a los que andan por ahí, a todos, pero eso no es un problema. El único que era mejor que ni se entere es el guardia del banco que no se mosquea, está adentro tirándole onda a la recepcionista. Está en cualquiera.

No tuvo que ni sacarla la .32. El viejo suelta el bolso de manera dócil. No puede haber infligido menos resistencia. El cuñado lo dejó al de atrás del lado izquierdo del auto, lo espera en el lugar perfecto de manera perfecta. El de atrás se sube a la moto como un animal, y en ese desenfreno, el salto hace volar por los aires billetes fuera del bolso. Y ahí nomás, el cuñado pone primera y agarran Florida para salir a Viamonte tal como pidió el de atrás.

Salen por Florida como unos locos. Peatonal. La gente ve pasar al monstruo a toda velocidad. Giran sus cuellos los clientes de los locales. Al mantero se le vuelan los palos santos. Una piba asoma desde la ventana del edificio de oficinas. Los que caminan por ahí se abren cuando ellos pasan. Abren paso.

El cuñado agita su pierna como si de un estribo se tratara. Acaricia el lomo del Transalp. Lo trata bien. Con cariño. El escape de la moto de repente la hace relinchar. Con fuerza. A todo volumen. Con razón él es el conductor, porque maneja como los dioses. Es todo un domador. Todo un Steve McQueen.

Esquiva el puesto de diarios. Esquiva a la señora distraída. Esquiva con total facilidad. También maneja este hombre que hasta se podría llegar a creer que por un segundo con la moto hace willy. Sí, willy. Alzando y manteniendo en el aire la trompa de la bestia. Como el logo de Ferrari.

Pasan Lavalle con todo y el sol refleja en la moto volviéndola reluciente. Jamás se la vio tan bella. Jamás. Ese negro sucio ahora es un negro perfecto. Un precioso negro azabache.

Llegan a Tucumán y siguen. Siguen su marcha. El de atrás siente el viento golpear contra el casco. Le dan ganas de sacárselo. Para ver bien. Para disfrutar el momento. Para sentir el golpe de aire. Fresco. Bien fresco. Sabe que no debe, pero no quiere perderselo y no lo duda más. Se lo saca.

Entrecierra los ojos. Ahora puede sentir el viento. Cada pelo. Cada poro. Por fin. Fresco. Ya no le tiemblan las manos. Ya no tiene los labios secos. Ya no transpira. Se siente fresco. Solo fresco.

Alcanzan Viamonte. Doblan y agarran ésa. La derrapada hace que de la curva salga polvo del suelo. Con todo. Polvo por donde mires.

La cuadra está desierta. Es un desierto. La velocidad y las ruedas generan en los adoquines un sonido específico. Un tacatá, tacatá, tacatá.

En ese instante el de atrás quiere más. Le dan ganas de sacar la.32 y pegar unos tiros al aire. ¿Por qué? Porque quiere. Porque es libre. Porque primera vez se siente libre. Pero se contiene. No es bueno para el plan. Se contiene.

Pasan San Martín. Tacatá, tacatá, tacatá. Pasan Reconquista. Tacatá, tacatá, tacatá. Pasan 25 de Mayo y el de atrás ya puede ver Alem a lo lejos. Cada vez más cerca. Si salen a Alem, ya está. Si salen a Alem, ya está. Ve Alem. Ve la esquina. Ve la esquina. Ve borroso. No ve nada.

El Forrest Gump ese que los vio venir, tuvo una corazonada. Moto de a dos en pleno centro, a las chapas y con billetes volando de un bolso: “Estos son chorros”. Y al verlos desarmados, sin armas a la vista, se animó. Se envalentonó. Quiere ser el héroe hoy. El John Wayne. Todos quieren. Y es el que tira el contenedor de basura hacia ellos. Con fuerza y precisión. El contenedor que se lleva puesta a la moto. Al corcel y a sus jinetes. El sonido seco hace que el empleado del kiosco se quede paralizado a medio entregarla gaseosa fría que acaba de vender. El billete flota en el aire, en cámara lenta, y detrás de él cientos

de billetes como ése flotan. Los cuerpos de los motoqueros se elevan, y van lentamente separándose del vehículo. Alejándose. Los billetes tocan el suelo, lenta y suavemente. Los cuerpos de los jinetes tocan el suelo, abrupta y brutalmente.

¿Por qué no desenfundó el arma cuando le pintó? ¿Por qué no pegó esos tiros al aire que tanto quería?

Ve rojo. Se ve la mano. Roja. La ve roja. Y mientras la gente desesperada a lo lejos agarra los billetes del suelo como hienas, él está ahí tirado. En el medio de la calle. Viendo al cuñado tieso, bien tieso, bien muerto. Con toda esa sangre saliéndole del casco y derramándose por el cordón mugriento. La moto hecha bien concha contra la vereda, con una rueda aún girando. Girando como la cabeza del de atrás. Ahí echado. Con un billete pegado al labio y otro al antebrazo. Todo mamboleado. Todo babé.

No entiende mucho qué está pasando. Siente el cuerpo mojado, no sabe si es sangre o transpiración. Tampoco entiende que los pasos que vienen hacia él, son los de la gente y el cana que vienen a lincharlo, ni mucho menos entiende dónde quedó su casco y que quizá el buen plan en realidad era el mal plan y que el mal plan quizá era el bueno, pero sí entiende que prefería que el viejo no salga nunca. Nunca nunca. Y por último también entiende las patadas, que el asfalto que le toca el cachete está hirviendo, y que la raspadura gigante de la rodilla tiene el calor de un volcán.

Y el empleado del kiosco termina de entregar la gaseosa. Y la gente retoma camino por la calle, pisando los charcos de agua de las veredas. Los charcos del agua de los aires acondicionados.

Y el calor vuelve a primer plano.

Qué calor.

Ese calor insoportable.

El de la City Porteña.

Las enojadas bocinas y puteadas del tránsito: insoportables.

Los turistas que andan regalados con esas cámaras caras colgando y hablando a los gritos en su idioma que vaya a saber cuál es: insoportables.

El calor de enero vuelve todo insoportable.

(Seud.: Mad Max)

Imposible no ser

¡Qué vergüenza! El escritor inició un texto. Con cautela, no lo llamó cuento. Sabía que los nombres de las personas, de los personajes y de los géneros literarios encasillan. Decidió crear un personaje principal sin nombre: él o ella. Luego lo pensó mejor, le adjudicaría un nombre propio corriente. Tal vez Carlos. Aunque podían relacionarlo con Marx, se decía; o con Carlos Menem. ¡Quedaría muy expuesto! Decidió que sería un texto en el que todo debería comprenderse sin explicaciones raras. El nombre elegido resultó ser: “El personaje”.

Sé que al crearme se sintió Carlos Gardel.

Y yo me enamoré de una vecinita, pero la chica me rechazaba. No es que ella quisiese a otro, los desaires se debían a que yo fluctuaba entre muy tímido y atrevido. Advirtiéndome que me menospreciaban por razones objetivas, inicié terapia: por amor a la sicóloga estuve a un salto de suicidarme.

El escritor me salvó. El tema era realista y relacionado con los mis pensamientos. Sin embargo: ¿a quién le importan los romances de un personaje tan vulnerable?, se decía el desalmado. Decidió que el texto virase a situaciones que tras una muerte horrible ofrecen una vida espantosa en lo infinito. ¡Sí! ¡Pobre de mí! Atraería el morbo.

De modo que me situó en Córdoba, en mi auto transitando el camino de las Altas Cumbres y con una bandada de cabezas reducidas de las que anidan en Nono pululando a mí alrededor. Aceleré, me fallaron los frenos y seguí de largo en una curva de la ruta 20. Suspendido en el aire me asusté muchísimo. El escritor vaciló. Su intención era prolongar lo más posible mi terror, pero existía el riesgo de que me estrellase. Las cabezas horribles se dispersaron. Fue así que pude contemplar con deleite el verdor del valle. Hasta vi hermosas bañistas en el río. Y toboganes acuáticos con niños a los chapuzones. Las ruedas se posaron en la misma carretera 200 metros más abajo. El escritor se dijo: ¡Un auto volador!, ¡yo genero maravillas! Volar será fácil, enamorarse y sobrevivir una jauja. El personaje devendrá popular.

Poco después, yo circulaba con prudencia por la Autopista hacia Buenos Aires a 120 kilómetros por hora, diez por debajo de la máxima. Todo bien. Atardecía cuando divisé una luz intensa, muy pequeña en el camino. Pasó un minuto, la luz ya era gigantesca y la emitía un objeto redondo que ocupaba los tres carriles. Frené. Caminé hasta la astronave, ¿qué otra cosa podría ser esa bandeja plateada y luminosa? Se trataba sin dudas de una tecnología sofisticada. Fue extraño comprobar que ningún extraterrestre emergía de una escotilla para exterminarme o quizá generar en mi conciencia un tremendo problema dado que yo, otros personajes y los congéneres del escritor no hemos evolucionado lo suficiente. Me acerqué con tímida curiosidad. Apenas rocé con un dedo la superficie pulida, la nave desapareció.

Fue entonces que intuí la baja calidad del relato que me contenía. ¡Cualquier lector podría darse cuenta!

Perceptivo y suficiente, el escritor sonrió y vibró mi celular:

—¡Hola! ¿Sí? —dije desconfiado.

—Este es un llamado del Centro de Predicción —La voz sonaba a falsete.

—¿Qué es eso? —pregunté despectivo y a punto de cortar.

—Ya se va a enterar, le informamos que pronto usted no querrá existir.

—Andá a la mierda —le grité—. Y arrojé el celular a la banquina.

El escritor reflexionó: sucesivos cambios de género habían transformado su texto indefinido en anticipación opinable. Inspirado, creyó aproximarse a lo sublime.

Junto al auto apareció un joven de cabellos largos y rubios vestido con ¿un camión blanco?, que con la pregunta más sensible, me espetó:

—¿Tú eres Carlos, Karl, Carlitos o Charly? —Retumbaba el eco en el paisaje.

—¡No sé quién soy! Soy El personaje, sólo un personaje —le respondí.

Mientras me le acercaba alcancé a observar las alas blancas en su espalda. Comprendí que era un ángel. Respetuoso agregué—: decímelo vos, angelito.

—¿Cómo diablos voy a saberlo yo? ¡Eso no lo sabe ni Dios! —Cumplida su misión, el ángel, efímero por oficio y costumbre, voló y desapareció.

Regresé al auto furioso. Era de noche y no lograba encender el motor. Gateé y me arrastré por el césped, encontré mi celular pero no había señal. Nadie se detenía a auxiliarme, comprendí entonces que el cuento era otra vez realista. Dije:

—Escritor: ¿Podrías escribir algo diferente?, ¿qué te parece si intentás un texto de cualquier género pero verosímil? —imploré—. O mejor,... —elevé el tono—. ¡Te ruego que seas otro!, aunque yo no resulte escrito... O mucho mejor, renuncio. ¡Hacete cargo vos del lector! —grité y sin vacilar me arrojé al paso de una columna de autos encabezada por un camión sojero. Ni me rozaron.

Asqueado, escuché la sentencia del escritor:

—No podés renunciar. Sos así porque los algoritmos dicen que millones van a querer conocerte, conocer a alguien como vos. De modo que voy a venderte y muy bien.

Sonreí triste: seré publicado en redes “sociales”. No puedo no estar.

(Seud.: Guillermo Sarbrebor)

La tarantela

Estaba fresco a la tardecita y decidí abrir la ducha para bañarme. Preparé la toalla azul, la que tiene el agujerito en el ángulo superior derecho si una le ve desde el lado de la etiqueta y con la tirita que se usa para ajustarla cuando uno la enrolla, hacia arriba. Chequeé que tuviera shampoo el tarro rosado que señala en su etiqueta la presencia inevitable e ignorable de “Ceramidas”. Inevitable porque sabemos desde tiempos ancestrales la presencia de dicha sustancia es condición *sine qua non* en todo líquido rosado que se jacte de hacer espuma; e ignorable porque sabemos a ciencia cierta el desconocimiento total de las características y beneficios de nuestro componente en cuestión. Ahora usted estará tan sorprendido como yo al darse cuenta que nos estamos poniendo en el cabello, o por lo menos en lo que queda del mío, un producto que no sabemos para qué mierda sirve. Entenderá el exabrupto, pero no negará que genera un poco de impotencia saber que, como muchas otras cosas que forman parte de nuestra vida cotidiana, desconocemos el porqué de casi todo lo que nos rodea.

Volviendo a lo nuestro, el agua ya estaba a temperatura ideal y había dejado la ropa arriba de la tapa del inodoro para salir vestido del baño. Mientras me bañaba recordaba nuestro último encuentro. Ya habían pasado varios años, calculé unos cinco o seis. Había sido una cena de amigos como muchas otras sin

saber que podía ser la última. Esa noche se estaba asando sobre fierros un buen pedazo de carne, no recuerdo el corte, y había varias botellas de vino para compartir ya que todos éramos de buen beber. Me acuerdo del Tano Della Schiava, siempre tan creativo, que había llevado para picar unas nueces de Pecán apolladas incomibles. Se habló un rato largo del partido de la tarde en las canchitas de Paladini, donde se jugaba la anteúltima fecha del torneo de verano. Ese día fue derrota para los nuestros “Murcielagordos” con score 1-4 contra “Pata Muslo”, descontó faltando quince minutos el Pistacho de volea después de un centro pasado del Carucha, que se fue expulsado en el último minuto junto con otros dos, por agresión al juez de línea, que inocentemente pecó al levantar la bandera en un “orsai” inexistente del Pichón cuando convertía el segundo gol del equipo. Derrota que terminó con las posibilidades matemáticas de mantenernos en la categoría y descender a la tercera división.

Igualmente, este fracaso no impidió que nos juntáramos esa noche como ya lo habíamos establecido días atrás. La carne estaba comprada y se debía cumplir con lo pactado. Se organizó en el quincho de Pautasso, quien siempre colaboró con la locación porque la familia tenía una linda casita alejada del centro y con una parrilla amplia como para asar un cristiano, según se jactaba el padre de Pauta. La noche transcurrió como siempre con algunas novedades de parejas y con anécdotas viejas que nunca estáde más volver a salpimentar para renovarles la experiencia al ser nuevamente relatadas. Como aquella vez que el Mosca “fundó” con su padre una Pyme dedicada al turismo extranjero. Ellos habían alquilado durante el invierno una quinta en las afueras de Capilla del Señor, que se componía de una casa antigua símil campero con gallinero, algunas vacas que cortaban el pasto del lugar y una pileta con el agua podrida. La idea era con una Camioneta tipo Combi buscar extranjeros en Capital, idealmente asiáticos para los cuales el español le es muy ajeno, y llevarlos a recorrer una típica casa de campo en las afueras de Buenos Aires. Los huevos de las gallinas eran comprados en la verdulería “Yoli” de la vuelta, y vendidos como tal con su sobreprecio acorde a las expectativas que se tiene sobre un huevo recién hecho; el dulce de leche que ellos aseguraban cocinar allí era adquirido suelto en la despensa de los Ferreyra y

mezclado con bastante Maicena, junto con la manteca que dejaban al sol para que tome esa consistencia tipo pomada y también comercializarla como casera. Algún paseo a caballo, animal prestado por los vecinos de al lado que tenía un Alazán, manso y viejito ya, de nombre Baltazar que era cabalgado por Emilio, un amigo de la infancia del Mosca que, vestido de gaucho con zapatillas, le venían bien unos mangos para el verano, donde la familia generalmente iba a San Clemente a pasar las fiestas. Se cobraba en verdes y la ganancia era abismal. Finalizado el negocio se devolvían los animales y se entregaba la quinta. Siempre con el agua de la pileta sucia, y con algún aditamento que el Mosca le agregaba a la faena que posteriormente despertaba las risas de quienes escuchábamos una vez más la historia.

Lo inusual ocurrió madrugada del domingo tipo 1:00 AM. Sobremesa larga, se descorchaba otra botella de un Malbec mendocino de la zona de Agrelo, lo recuerdo claramente porque fui yo quien llevo esa botella al asado, y no me olvido más la acidez de la mañana siguiente no sé si producto del vino o de lo que voy a relatar. Se estaban levantando los platos y sorteando quienes iban a lavarlos, cuando de repente el Tano se para de su silla, levanta su mano y pide la palabra. En seguida todos nos empezamos a relamer, pues probablemente se venía alguna nueva historia, alguna novia joven e inalcanzable para el resto o un negocio que de primeras prometía cuanto mucho salvarse para toda la cosecha. Pero no.

–Me voy a operar – dijo enérgicamente el Tano. La cara de Pauta esgrimía asombro, a tal punto que Pistacho se tuvo que sentar en una banqueta. Pistacho tenía ese apodo por su cualidad de inocente, de iluso. Muy verde para todo, siempre le faltó un poco más de calle como se dice en el barrio.

–¿De qué te vas a operar, Tano? – preguntó Pautasso.

– Del amigo, me voy hacer el cambio de sexo – dijo firme el Tano. ¡Los ojos del Mosca!

– Déjate de joder, Tano. ¿Qué te operas los huevos, te atas los cordones?
– le consultó Pauta.

– No, no. Me voy a sacar todo. Nunca les conté, pero esta vez estoy decidido– afirmó el Tano. – Me gustan los hombres– sentenció. La cara de todos los allí reunidos denotaba algo más que sorpresa. El Tano siempre fue aquel amigo del grupo que inició al resto en las cuestiones que hacen a un adolescente nacido allá por los 80'. El primer asador, el primero en ponerse de novio y el primero en separarse. Todo había pasado por las manos del Tano antes que por las nuestras. Era el más viejo del grupo y nuestro guía espiritual.

– ¿Me estás hablando en serio? – le preguntó Pistacho. Estaba descolocado.

– Muy – aseguró.

En la esquina de la mesa el Rengo Desotti estalló en un alarido, y los demás recién ahí nos dimos cuenta de lo que pasaba. En un minuto estábamos todos alrededor del Tano. El Pichón lagrimeaba, algo así como contemplar la juventud para nunca más volver a verla. En cambio, el Tano esgrimía un rostro que saltaba de la ansiedad al alivio. –¿Puede ser que nadie de nosotros se haya dado cuenta?– pensaba mientras ponía en acción mi dermatofagia compulsiva sobre mi dedo pulgar derecho.

–Acomódense que les cuento – dijo el Tano. Pistacho prosiguió llenando hasta el tope la copa de vino. Nos relató que hacía unos años había conocido un muchacho, un poco antes de separarse, y que se enamoró de esta persona. Con el tiempo la relación prosperó y finalmente llegó el día de cortar con Georgina, su esposa durante siete largos años. Dicho sea, que en ese momento nosotros estábamos felices ya que grupalmente había un descontento general casi personal con ella. Era nuestra némesis, nuestra enemiga más acérrima. Y festejábamos la separación como quien festeja un gol en contra faltando dos minutos para que finalice el partido. Pero nunca nos aclaró de esta situación. La relación con Miguel

Ángel, así se llamaba su pareja, llegó a la convivencia. Es verdad que el Tano en los últimos años estaba más alejado del grupo, de algunos eventos, ya no participaba de los partidos de los sábados; pero creíamos que era por su laburo, por algunos quilombos que sabíamos que tenía, pero nunca imaginamos nada parecido.

La cuestión es que el tiempo pasó para Miguel Ángel y Diego, así se llamaba el Tano; y se mudaron juntos a un barrio cerrado de zona norte cerca de Tigre. Miguel Ángel, según nos contó el Tano, tenía un buen pasar económico. Su familia era adinerada, oriunda de Recoleta y pasaba sus días como empleado del museo de Bellas Artes. En sus ratos libres se dedicaba a la pintura, y ya había iniciado su etapa profesional vendiendo algunos cuadros a gente del ambiente sin mucha repercusión. El Tano siempre tuvo una inmobiliaria que heredó de su padre ya fallecido y con eso tiraba. No era su felicidad en este mundo, pero le servía para subsistir. Tenía una rara habilidad para el negocio, pero que muchas veces le jugaba en contra y terminaba envuelto en problemas con los inquilinos. La relación prosperó y el Tano se vio inmerso en el mundo del arte y particularmente en la actuación. Cosa que nosotros no imaginábamos más allá de que tenía una labia desarrollada que le facilitó mucho la vida, y que durante un tiempo nos intentó inculcar. – A las minas primero se les miente boludo, y después se les niega todo– decía cada tanto como eslogan de vida amorosa.

Pasaron unos meses de aquella cena, hasta que un buen día nos llegó una invitación al grupo de amigos. Debíamos concurrir obligatoriamente al estreno de una obra teatral en un antro, una suerte de teatro, de la zona de Palermo. Allí se produciría el estreno triunfal del Tano como protagonista de dicho espectáculo. Se las hago corta. Los muchachos nos pusimos de acuerdo, fuimos todos juntos en un par de autos, como quien no quiere quedarse solo en un lugar desconocido, fuera de lo habitual. Llegamos al lugar en cuestión y encaramos para la puerta. Nos recibió un hombre vestido de mozo bastante maquillado y nos acompañó hasta las sillas que se encontraban muy cerca del escenario. Estábamos todos, solo faltaba el Tano. El Mosca se pidió un Fernet, ya que había servicio de barra,–

Fuerte preparalo, setenta treinta– le suplicó al mozo. Los demás teníamos el estómago algo cerrado, a tal punto que nos juntamos antes a cenar y las pizzas quedaron impolutas a excepción de alguna aceituna negra.

El lugar era pequeño, no habría más de 30 personas alrededor nuestro. Tenía un olor particular que asemejaba a baño de estación de servicio. No era desagradable, pero impresionaba bastante perfumado. En un momento se apagan las luces, quedando todo el lugar a oscuras y de pronto se enciende un reflector que apunta al centro del escenario. De atrás de unas cortinas violetas algo deterioradas se asoma la silueta de lo que impresionaba una mujer, quien se acerca al borde del escenario vestida con apenas un bata, unas castañuelas en sus manos y vocifera al micrófono – Buenas noches a todas, bienvenidas a mi show –.

Salimos del lugar pasada una hora y media, nos mirábamos atónitos. Malena nos había regalado todo su carisma y destreza en el baile y en la actuación. No caímos hasta el momento en que, parados en la vereda, reunidos como unos niños esperando que sus padres vengán a buscarlos, Malena se nos acercó. Era el Tano, o lo que quedaba de él. Nadie había preparado nada, pero fue Pauta quien rompió el hielo y lo abrazó. Su cachete izquierdo quedó invadido de brillos, tipo brillantina. Pichón largo un llanto de emoción. El Mosca intento aclarar su voz con una tos algo nerviosa y dijo – Excelente show, muy rico todo Tano –. La cara de Pistachito decía más de lo que podía. – Malena Mosca, mi nuevo nombre es Malena – le explicó– Bueno, la Tana – volvió a retrucar Mosca como quien no quiere perder una apuesta. Malena sonrió. Nos quedamos allí como media hora hablando de bueyes perdidos como cualquier otra ocasión. Algunos nos descontracturamos. En un momento se nos acercó un tipo delgado, alto, cabello rizado, de ojos claros; era Miguel Ángel. Estaba vestido con un esmoquin de color rojo. Muy elegante, dicho sea de paso, le quedaba muy bien ya que tenía buen porte. Se nos presentó al grupo y nos preguntó si nos había gustado el espectáculo. Intentamos armar alguna frase para no quedarnos callados, el Rengo agradeció la invitación y rápidamente mencionó que mañana

había que madrugar ya que teníamos un partido que disputar. Nos despedimos y nos dirigimos hacia la esquina de Serrano, ellos salieron para Thames donde habían estacionado.

Volviendo caminando por el medio de una calle angosta del barrio de Palermo, los seis nos mirábamos sin emitir palabra. Hasta que el Rengo aseveró – Cautivante el muchacho. Yo no digo que no, porque desconozco los caminos de la vida, pero lo entiendo al Tano –Si él es feliz –afirmó.

Nuestra relación había cambiado, el Tano que conocíamos ya no era más el Tano. Se había realizado, si vieras la sonrisa dibujada en su rostro en el escenario. La alegría, el entusiasmo, la esperanza que emanaba de sus ojos. Nos habíamos vuelto unos sensibles, el Tano nos había pegado un sopapo en el pecho y en nuestra razón. Quiérase o no habíamos cambiado, madurado como grupo. Ahora teníamos el orgullo de tener una amiga que compartiera nuestros gustos, aunque quizás nunca más la disfrutásemos ver prender el fuego y ensuciarse las manos con carbón. Nunca más nos putearía desde la línea de cal a quien perdiera la pelota en mitad de cancha y no volviera corriendo a ayudar al resto en la recuperación. Nunca más elegiría el vacío más tierno o nos prestaría la herramienta necesaria, ya entrada la noche, para resolver algún problemita con el auto. O quizás sí.

Escucho la bocina del Pichón, agarro la bolsa y salgo. Subo al auto por el lado del acompañante y le digo – ¡Pichoncito, no sabes el tinto que llevo para descorchar! –, desde la butaca de atrás Mosca me agarra los hombros clavándome sus dedos por debajo de la clavícula y me dice al oído –¿A que no sabes quienes vienen a cenar?–.

(Seud.: Sr. Pontrémoli)

Viejo comunista

“Salve Cesar, los que van a morir te saludan”.

13 de mayo del 2004

Fidel Castro Ruz

- Ya lo oíste mi hijo, Mañana tienes que “pasear” frente a la Oficina de Intereses de los Estados Unidos.
- Si, ya me lo comunicaron en el trabajo.
- Y dime tú, madre. ¿Quieres mandarle a decir algo a Bush conmigo mañana?
- Sí, dile “SALVE CESAR, LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN”.
- Pues no me parece mala idea. Ese presidente se cree de verdad el amo del mundo.
- Abuelo, ¿Por qué no haces un cartel con eso que te dice abuela y lo llevas a la marcha?
- Bueno....este....la idea no es mala pero... debería entonces buscar una cartulina, Detrás del escaparate tienes guardado el mural del CDR el cual nunca has puesto y pudiera servir.- la dijo la esposa.
- Y pintura te sobró de los sillones del portal.- le remachó la madre
- Pero la frase es poco clara, ambigua.
- ¡Abuelo! Pero si está clara. Explícale Bisa.
- ¿Bush no se parece a un emperador romano pretendiendo dominar al mundo? ¿Y no puede desaparecernos del mapa si nos tira sus cohetes?, ¿Y no nos acaba de amenazar con invadirnos?
- No se hable más. Por mayoría absoluta, el cartel va.
- Dejen eso para después, ahora vamos a comer. Cuando pinten pongan periódicos en el piso para que no me lo ensucien y se cambian de ropa pues la que lava soy yo.

- Buenos días a todos.
- Vaya, éste si vino preparado a la marcha.
- Si, y con cartelito y todo.
- Deja ver qué dice tu cartel. "SALVE CESAR, LOS QUE VAN A MORIR TE SALUDAN".

Hasta ahí todo fue jodedera pero al llegar al centro de trabajo ya empiezan a cuestionarle, "en serio", la conveniencia de no presentar ese cartel por las implicaciones y diversas lecturas que pudieran interpretarse de lo escrito. Se "decidió" que ese letrero no era una idea feliz y debía retirarlo porque no se podía desfilar con él pues eran otras las consignas "orientadas".

- Mira Pepe, - le dijo la del sindicato.- debes recapacitar, creemos que ese letrero no es una idea feliz y debes retirarlo.
- Mira Estelvina, yo tengo el derecho de "libremente" escoger cómo quiero participar en la manifestación.
- Pero comprende, Pepe, no es político.
- Que política ni que niño muerto. No me jodas, comadre. Ese cartel expresa mi apoyo a Fidel y a la determinación de ser independientes y que los cubanos debemos resolver nuestros propios problemas. Ellos, los gringos, no se deben meter en lo que no les importa pues bastantes problemas y malos ejemplos dan ellos para convertirse en jueces y policías del mundo.
- Pero eso no lo dice ese cartel.
- Pues está clarito. Todo eso está escrito ahí.

Se retiran cada uno a sus esquinas y en esa aparente calma (antes de la tempestad) se le acercan personas bien intencionadas y "amigas" a darle consejos. - ¿Por qué coges esa lucha mi hermano?, no vale la pena. Eso no está mal pero no es político decirlo ahora. Figúrate, los periodistas extranjeros pudieran utilizarlo para sus fines de tergiversación y mentiras

- ¿Y si dicen que estamos reconociendo a Bush como emperador nuestro? Seríamos unos flojos, planteando ideas derrotistas de morir irremediabilmente. O

peor, si interpretan que tu escrito dice que Fidel es como César y que vamos a morir por su culpa.

Nuestro hombre va cogiendo vapor, se le acaba la paciencia pero aun no los argumentos y rebate, discute, lucha, ya no con tan buenos modos, y los tonos de las voces van subiendo. Al final les dice a sus críticos y ya auto titulados “jueces” que va a ir a la marcha con el cartel porque le da la gana.

Se acerca la hora de empezar la marcha, ya mandan a organizarse para encaminarse hacia el punto de concentración, y todavía no han podido resolver la situación y pasan a medidas más drásticas.

- Lo escrito en ese cartel es tu opinión personal, no es el criterio de los compañeros que van a desfilas junto contigo, por lo tanto....
- Pues eso se resuelve muy fácilmente. (y a continuación nuestro hombre coge un plumón, pone su nombre en letras grandes y claras y lo firma). ¿ven? Ya no es el criterio de ustedes. Es el mío.
- Fíjate, Pepe, tú desfilas con tu centro de trabajo y nosotros no te permitiremos la marcha con ese cartel junto a nosotros, ¿ESTÁ CLARO?
- Está clarísimo. Entonces me despido, nos veremos el lunes, chao.
- Pero, ¿Qué haces?, ¿a dónde te crees que vas?
- Me voy a desfilas por mi cuenta. Así no se preocuparán por mí ni por lo que dice el cartel.
- Aguanta ahí. Eso es una falta de respeto. Hoy es un día laboral, si te vas tendrás una ausencia injustificada a tu puesto de trabajo.

Nuestro hombre coge su cartel y se aleja del grupo con rumbo hacia el lugar de la marcha y les grita:

- ¡Sáquenme el día por vacaciones!

Y se va a su compromiso con su frente bien alta pero con su cabeza hecha un torbellino de ideas recordando las conversaciones anteriores y lo que debía haber

dicho y argumentado en aquel momento, o en aquel otro, por qué no había respondido tal cosa, y por qué no había mandado pal carajo a mengano. Y así una y otra vez, dándole vueltas a esas conversaciones y discusiones, imaginando las respuestas brillantes que se calló o los argumentos contundentes que no había sabido expresar, pero que si los hubiera dicho seguramente habría convencido, porque él tenía la razón. Y en el camina que te camina, unas veces pidiendo permiso y otras empujando un poquito, cuando vino a darse cuenta había llegado casi hasta donde empezaba el desfile.

Después de un rato, esperando al resistero del sol, aterrillado pero estoico, y por suerte con su gorra para taparse la calva, empieza el acto con unas “breves palabras” de nuestro Comandante en Jefe. Cuál no sería su sorpresa cuando al terminar su discurso el comandante dice, dirigiéndose a Bush, las mismas palabras que él tenía escritas en su pancarta.

- ¡Coñó!!!! – fue lo único que pudo decir sin salir de su asombro. Y mientras los demás aplaudían, nuestro hombre levantaba y agitaba contentísimo su cartel, brincando de puro gozo y alegría.

Y ¡Coñó!!! Dijeron también algunos de los que estaban a su lado al percatarse de que Fidel había dicho las mismas palabras “raras” que el viejo calvo llevaba en su pancarta.

- Te la comiste mi hermano
- ¿Cómo tú sabías que Fidel iba a decir esas palabras? Tú estás “untao” o tienes una bola mágica en tu casa
- Levanta bien alto esas palabras COMPAÑERO, que las vean en todo el mundo.

Y ese “compañero” dicho por un desconocido a su lado, otro cubano igual que él, le supo a gloria. Si hace unos minutos estaba en un estado de ánimo francamente deplorable, preocupado, ahora se sentía tan bien, que una gota más de felicidad se derramaría.

Comienza la marcha y “él” desfila. Lógicamente las cámaras de televisión lo captan y lo siguen. Sus vecinos de marcha le hacen espacio para que el cartel se vea bien. Por fin, al pasar frente a la Oficina de Intereses del gobierno de los EEUU, las cámaras de la televisión y los periodistas, tanto nacionales como los de las agencias noticiosas y órganos de prensa extranjeros lo rodearon, lo acosaron a preguntas, lo sacaron de la marcha y lo ubicaron “convenientemente” para entrevistarlos teniendo como fondo la embajada y el río humano desfilando tras de él.

- Vamos a ver, ¿cómo se le ocurrió esa idea para el cartel?
- ¿Usted tuvo acceso al discurso pronunciado por Fidel?
- ¿Usted no será familia de Castro por casualidad?
- ¿Qué interpretación le da usted a esas palabras?
- ¿Quién le dictó lo escrito en esa pancarta?

Pero hubo también aquellos representantes de los órganos de prensa más reaccionarios y enemigos del régimen de Castro los cuales sabían cómo debían enfocar la noticia y cómo les debían presentar la situación a los dueños de los órganos mediáticos y rápidamente pensaron la forma de darle la vuelta a la situación para que sirviera a sus intereses. Empezaron a hacerle preguntas capciosas y malintencionadas pues, según ellos, (y no se podía negar lo brillante de la idea), todo eso del cartelito, supuestamente espontáneo y casual, era en realidad un andamiaje y un teatro muy bien montado y actuado para darle rasgos sensacionalistas y trascendencia a las palabras de Fidel. Debían demostrar que ese viejo calvo en realidad era un agente de los órganos represivos de Castro y esa forma ingenua de querer representar a un simple ciudadano, “indignado” por los planteamientos del Presidente Bush, al cual se le ocurrió, “espontáneamente”, la peregrina idea de hacer el cartelito de marras, era un soberano engaño y una farsa montada para tergiversar y hacer creer que todas esas manifestaciones populares eran “voluntarias” y que esos eran los sentimientos y los puntos de vista de la mayoría de la población cubana cuando en verdad todos los cubanos lo hacían obligados por miedo a ser botados del trabajo o los llevaran detenidos con terribles represalias para ellos y sus familias.

Y “demostraron “lo cierto de sus ideas.

- Ese viejo estaba pasado de peso y se veía fuerte, con buenos colores, sano. ¿No era eso suficiente prueba de que era un oficial de las fuerzas represivas del tirano? Porque en Cuba se estaba pasando tremenda hambre, el país estaba al borde del colapso económico y financiero y el pueblo no tenía que comer. Entonces, ¿Cómo se explicaba la salud y gordura de ese hombre?
- El viejo usaba gorra. Era una gorra de pelotero pero era un camuflaje. Estaba demostrado, “fuera de toda duda”, por la inteligencia del Pentágono y de la CIA que los militares, después de muchos años de usar la gorra reglamentaria del uniforme, se acostumbraban a ella y no podían salir sin algo cubriéndoles la cabeza pues el reflejo condicionado, producto del hábito formado durante tanto tiempo, se lo impedía.
- La prueba principal. El error del espía. Usaba botas. ¡Se le había olvidado cambiárselas por unos zapatos civiles! ¡Claro!, vestían de civil a todos los soldados y a los miembros del Servicio Militar Obligatorio y los obligaban a marchar una y otra vez para aparentar una avalancha interminable de pueblo.

Nuestro héroe estaba abrumado y nervioso por ver la trascendencia que había tomado el “supuesto” simple hecho de desfilar con un cartel y preocupado por tratar de contestar de forma coherente y clara. Imaginaba a su familia, a su madre y quizás también a su nieto frente al televisor en ese momento y hasta a lo mejor estaban gritándole al barrio y llamando por teléfono al resto de la familia para que lo vieran. Con tremendo miedo a hacer el ridículo o a no saber comportarse a la altura de las circunstancias. Ahora tenía la oportunidad de decir lo que pensaba y lo iban a escuchar y mirar en casi toda Cuba y en gran parte del mundo. Y tenía un miedo que se estaba cagando. Miedo a no decir lo importante. Miedo a equivocarse y repetir los mismos errores que había cometido hacía unas horas cuando trató de explicar y decir sus motivaciones y razones para desfilar con su cartel y como no fue lo suficientemente convincente

Y dijo que sí. Que él era revolucionario. Fidelista y comunista. Y que Bush y los imperialistas eran lo más malo que le podía pasar al mundo en estos momentos. Y habló de la invasión a Irak, y de los muertos, heridos y mutilados, de los niños, mujeres y ancianos fallecidos (aunque él dijo asesinados), de las torturas a los presos en la ilegal Base Naval de Guantánamo, y habló del ALCA y del Fondo Monetario Internacional, de la deuda externa y del intercambio desigual, y lo que pensaba realmente del bloqueo y de la ley Helms Burton y la Torricelli. Y de los logros de la Revolución, de la salud y educación gratuita para todo el pueblo, del internacionalismo y ayuda a otros pueblos necesitados, de los éxitos en el deporte, en las artes y las ciencias, de los polos científicos y las vacunas, de lo humano y de lo divino. Pero algunos siguieron sin creerle, claro, no les convenía creerle. Para ellos todo lo dicho era un panfleto comunista, palabras huecas, ambiguas, inciertas y mentirosas. El consabido “teque” político aprendido de memoria por todos los comunistas cubanos para poder repetirlo sin equivocarse. Para ellos era otra la noticia. Sus objetivos eran distintos, el gran éxito de su publicación sería desenmascarar a ese mal comediante de pacotilla y demostrarle al mundo lo ruin y mentirosos que eran los comunistas cubanos pues el axioma exhaustivamente demostrado decía: “Piensa mal y acertarás”. No se acordaban de este otro tan conocido y no menos real de: “El ladrón cree que todos son de su condición”. Y siguieron con sus insistentes preguntas, ya no tan diplomáticas, no tan generales. Más incisivas y mordaces. Más agresivas, rayando en la ofensa y la falta de respeto.

- ¿Por qué no nos enseña su carné de identidad para ver realmente donde trabaja?
- Si, está muy raro que no haya nadie de su trabajo desfilando. ¿Cómo explica usted eso?
- Entonces, ¿usted es el único que desfiló de su centro laboral?
- Eso si es noticia. El centro de trabajo en la Ciudad de la Habana donde solamente desfiló uno de sus trabajadores.
- ¿O es que su centro de trabajo tiene solamente un solo trabajador, usted?

Y aunque los ateos comunistas no creen en Dios, éste hace milagros. En medio de ese acose de preguntas nuestro héroe observó a los compañeros de su centro laboral desfilando en el bloque que se aproximaba.

- Miren para allá señores. Allí vienen sus respuestas. Esos que se acercan son mis colegas de trabajo. Miren qué casualidad. Aprovechenla. Ellos pueden contestarles todas sus preguntas.

Los susodichos, al ver como nuestro héroe los señalaba con el dedo (que a ellos les pareció acusador) y observar cómo inexorablemente se les acercaban los periodistas con sus cámaras, micrófonos, cables y accesorios, hubieran querido que la tierra se abriese y se los tragase. A muchos de ellos no le faltaron ganas de dar media vuelta y alejarse corriendo de ese lugar pues se imaginaron el mal rato que iban a pasar. Mientras tanto el viejo levantaba otra vez su cartel, orgulloso y satisfecho, y con una sonrisa de oreja a oreja los saludaba con la mano.

En ese momento se le acercó un oficial y le dijo:

- Buenos días, compañero. Por favor, acompáñenos pues el Comandante desea conocerlo y saludarlo. Por favor, no deje de traer el cartel pues Fidel quiere firmarlo también.

(Seud.: Newton)

Emanar

Te vas a despertar de madrugada, como cada mañana, vas a sentarte en el borde de la cama el tiempo justo para tomar valor y enderezarte. Mientras caminás en medio de la oscuridad tanteando las paredes para sostenerte hasta llegar al baño.

Vas a poner la pava de metal en el fuego y preparar el mate, te vas a sentar en el banco de la cocina para que tu espalda tome un descanso. Vas a tomar las llaves de la chata que guardás sobre la heladera y antes de subirte, vas a encender un cigarro sin importarte lo que te dijo el médico hace unos meses atrás. Mientras lo fumas vas a mirar el amanecer desde la entrada de tu casa. Desde allí la vista te parece un infinito de cielo casi perfecto, salvo por la ruta que lo corta. Una lágrima va a rodar por tu mejilla, recordando el pasado y el dolor de tu columna se te va a olvidar por un momento.

Vas a conducir hacia el taller tomando la ruta del centro, la que tiene más semáforos, todo para darle a tu vida una milésima de adrenalina que rompa la rutina, lo estático, lo seriado.

Vas a poner la pava sobre la garrafa y te vas a sentar a tomar otros mates antes de empezar la jornada, vas a mirar a tu alrededor los dos autos que aguardan tener color, textura. Vas a sentarte sobre un tacho de pintura cerca de la trompa del Fiat y lo vas a lijar con suavidad, lento, vas a parar a descansar cada tres lijadas, porque tu espalda te lo va a recordar, te va a punzar hasta que digas basta.

Vas a fumar un cigarro en cada descanso y vas a notar que te fumaste veinte en una mañana. El estómago te va a gruñir y le vas a dar de nuevo otra tanda de mate, mientras miras el techo del galpón que se sostiene con las ganas de una viga añosa y desgastada. No te va a importar porque a tus hijos no van a continuar con el negocio, vas a imaginar que se van a repartir las monedas que puedan llegar a obtener de la venta de las herramientas y esa viga va a terminar por ceder y el galpón va a ser un recuerdo que se va a ligar a tu imagen, a tu sombra.

Vas a pensar en tu padre y en lo difícil que te resultó vivir con él, en el recuerdo de una madre que nunca estuvo y en lo distinta que hubiera sido tu vida si ella no se hubiera ido. No los vas a extrañar, pero si te va a doler, un dolor fino, que se entierra entre tus vértebras, casi más doloroso que tu artrosis.

Te vas a ir al patio que linda con tu galpón y vas a poner la manguera en la canilla, vas a regar las plantas y a mojar la tierra, porque el viento es fuerte,

siempre es fuerte ahí, en el galpón. Vas a humedecer la tierra hasta que quede bien mojada, hasta que se forme charco.

Vas a abrir un atado nuevo de puchos, y vas a fumar mirando el charco. Te vas a sentar porque la espalda no te va a aguantar lo que dura un cigarro estando parado. Vas a cerrar el taller y mientras terminas de llavear el candado, vas a mirar la pintura descascarada de la puerta de madera, vas a notar que deja entrever una mano pequeña dibujada en color azul, una lagrima va a rellenar tu lagrimal, pero la vas a contener, guardándola para que no se escape, queriendo abrazarla como a esa manito azul.

De regreso a casa, vas a tomar el camino sin semáforos porque la vuelta te gusta más corta, como la vida, breve, sencilla.

Te vas a bañar y el agua caliente va a caer sobre tu rostro, te va a picar la piel, la vas a notar tensa, casi a punto de resquebrajarse, no sabés por qué, pero esa es una de las pocas cosas que te da placer. Como el aroma a la pintura cuando sale de la máquina de pintar y se reposa sobre la chapa, es un aroma rico, no de hambre sino de emociones.

Y en ese instante, en ese recuerdo, vas a sentir que sos feliz.

Vas a sentarte en la mesa de la cocina y se te va a hacer grande, inmensa. Vas a cortar un salame y lo vas a comer con pan y ajo crudo, porque cocinar requiere dedicación, entusiasmo, deseo de saborear algo único, pero vos no vas a querer saborear, ni entusiasmate.

Vas a mirar el reloj varias veces y ella no va a llegar, los niños tampoco. Vas a fumar hasta que el cenicero desborde de colillas, te vas a asomar a la ventana buscando algo, una sombra, un sonido, algo que te pueda hacer dudar de tu soledad.

Vas a caminar hacia el cuarto de los niños y vas a observar sus juguetes envueltos en polvo, sus calzados pequeños, exhibidos como tesoros y vas a pensar que allí, en ese cuarto no parece que hubiera pasado el tiempo. Vas a imaginar el ruido de los niños jugando, sus risas y sus berrinches, y el dolor va a regresar, te vas a doblar a la mitad y vas a apoyar tu mano sobre la pared del cuarto para sostenerte.

Así doblado como una ele de revés, vas a quedar de frente a la llama del gas que emana del calorama y vas a ver que el color no es naranja como aquella vez, sino celeste.

(Seud.: Hueso)

Gasa, cinta y pus

A veces escucho amigos decir: todo menos limpiar la mierda de alguien más.

Me pregunto entonces mamá, ¿desde cuándo decidiste ser enfermera?

Quizás un día te levantaste y dijiste quiero ayudar al otro. Pero vos bien sabés que no es simplemente ayudar a una persona de la cual apenas conocés el nombre, el apellido, el tipo de sangre y qué familiar se hace presente cuando las papas queman.

Es más que eso: vos querés ayudar a las personas en su peor momento. En aquel instante donde la fragilidad invade por completo la voluntad de la gente. Donde sólo saben decir gracias y gritar por favor.

Me dirás que sí, que querés ayudar, que son pocos años de estudio, que tenés conocidas que lo hacen. Amigas no, claro, porque acá no tenés amigas. Entonces, tomarás el toro por las astas y con 40 años te anotarás a una carrera. Estudiarás por las noches y aprenderás a usar la computadora de día. Papá te ayudará: te imprimirá trabajos prácticos, te hará café cuando creas que lo que hacés no sirve para nada, te empujará a tomarte el 273 para ir a rendir.

Así, conocerás la adrenalina que nunca creíste merecer: se te hará agua la boca y se te llenará de saliva anhelando cumplir un deseo por primera vez en tu vida; se pondrá agrio de vez en cuando para recibir el azucarado final de haber logrado el objetivo.

Con mi papá te mirábamos con admiración: trabaja, limpia, estudia, es madre, es esposa a veces, y ahora, universitaria.

¿Qué pasaba por la cabeza de mi padre allá por el 2010? Envidia, admiración, enojo, odio, desidia, lástima, pena y finalmente amor. ¿Habría hecho ese recorrido? Lo único que sé es que años después te lo agradeció.

Ahí, cuando sus propias papas se prendieron fuego dentro del horno de cáncer, vos, con un matafuego de conocimientos y pervinox, apareciste para sanar las quemaduras.

“Primero, lo ayudas a ponerse boca arriba. Le sacás la cinta con cuidado, por los pelos. Tirás un poco de agua oxigenada en la gacita y limpias. Después, en una mano ponés el papel así y con la otra le tirás más agua oxigenada. Lo pegás y listo”.

Dijiste todo eso mientras hacías unas milanesas, te cambiabas y gritabas Omar va a estar todo bien, salgo de trabajar y vengo corriendo. Desde la pieza se escuchó un intento de sí pero apenas fue un susurro. No era un buen día.

Tampoco lo fue aquella vez cuando el tipo, empecinado y mal entonado por una semana sin dolor, se intentó bañar sólo, sin tu ayuda. Nos llamaron a los dos: “Tu marido, tu papá, se cayó en el baño y no se puede levantar. Llamé una ambulancia”. Poco a poco, comenzó a mezclarse todo: tu universo lleno de enfermos oncológicos, respiratorios, algunos en coma, otros intubados, terapias intensivas por doquier y muertes -o cómo vos decís, óbitos-; con el verdadero dolor: el propio.

Entonces empezaste a llevar la casa al trabajo y el trabajo comenzó a oler a pus. De golpe, estabas con el ambo en tu pieza y visitabas el hospital de noche, vestida de civil.

Como el cuerpo de papá, los lugares sanos comenzaron a infectarse.

Hay días en los que pienso que la cabeza es un mueble con muchos cajones donde uno intenta mantener el orden en cada cubículo: el trabajo acá, la casa acá, el amante por allá, los amigos en este otro y las frustraciones y miedos bien en el fondo.

Otros, que la mente es el cajón de la ropa interior: medias, calzoncillos y otras prendas que no sabés para que sirven: todo mezclado.

Creo que tus días comenzaron a ser más como estos últimos: dejaste de discernir y entre tanto desorden un poco te perdiste. Te despertabas en la mitad de la noche, te vestías y cuando estabas a punto de cerrar la puerta con llave mirabas la hora y te dabas cuenta que faltaban 5 horas para ir a trabajar. Te tomabas micros, te quedabas dormida y te despertabas en el mismo lugar donde lo habías tomado. O peor aún, te bajabas en cualquier lado pensando que era la esquina de casa, esa que conoces desde hace tanto tiempo.

Recuerdo todavía el llamado: Alejandro me perdí, no sé bien donde estoy, ¿me venís a buscar? ¿Cómo hago para que me encuentres?

Lo había curado bien. O eso creí hasta que volviste y nos dimos cuenta de que estaba toda la cama llena de pus, de sangre, de líquidos. Me retaste y te pusiste a llorar. Sin dejar de gritarme me diste un abrazo. “Vamos a cambiar las sábanas, ayudame a moverlo”, dijiste.

Entre los dos era mucho más fácil aunque vos te encargabas de limpiar la herida, de poner agua oxigenada, de cambiar la cinta. Y mientras, charlaban: él estaba lúcido. Y avergonzado. Se daba cuenta que chorreaba cosas pero el bicho en la panza lo inmovilizaba. Era como un centro de gravedad que se hundía cada vez más. Lo único que quedaban eran las palabras.

El tipo que quisiste, al que nunca te escuché decirle que lo amabas pero sí que lo respetabas porque era serio y te había ayudado con tu hija, te pedía perdón al mismo tiempo que te exigía atención.

¿Qué queda de la vida anterior? ¿Sólo los recuerdos?

Y ese centro de gravedad que tenía nombre, apellido, dirección y al que yo le decía papá, comenzó a hundirnos con él. Nuestra vida comenzó a ser un gran no: no puedo hacer esto, no puedo ir a tal lado, no puedo, no quiero, no debo.

Especialmente vos: pediste licencia en el trabajo porque sentías que ya quedaba poco. Voy a ser la enfermera de mi propia enfermedad les dijiste a todos y antes de que te respondan ya estabas en el colectivo pensando cómo serían los próximos meses, si es que los había.

Todo se aceleró. El tiempo parece no incidir cuando el qué es más importante que el cómo, que el cuándo.

¿Minutos, horas, días? Un domingo me llamaste y me dijiste vení ya que se quiere despedir y cortaste.

Con ayuda de vecinos lo levantamos con una manta debajo de él y lo metimos en la parte de atrás de una camioneta. Lo más razonable hubiese sido llamar una ambulancia pero no había lugar para la razón.

Llegamos al hospital donde trabajabas, elegiste ese para poner fin a la confusión. Te metiste en un consultorio con un doctor y otras enfermeras, y no dejaste la puerta abierta: ya había una decisión.

Antes de que haga efecto la bomba de no sé qué, sacaste algunas fotos. A él, a su pulcritud debajo de la sábana blanca. A su cara cansada pero sin gestualidad. A su mano, con la alianza todavía.

Cuando ya no hubo nada que hacer, cuando te limpiaste las lágrimas en mí, cuando agradeciste uno por uno a tus compañeras de trabajo, dijiste: "Ahora hay que vivir nene".

(Seud.: Decime Omar)

Feliz día del técnico forense

Temprano por la mañana del día 16 de noviembre, la técnica forense de la morgue judicial, Lorena, tomaba su café matutino en una vieja y craquelada taza de porcelana.

Mientras aún asumía que tenía una extensa jornada laboral por delante, uno de sus colegas llegó arrastrando una camilla –Te traigo uno fresquito, Lore –dijo en un tono irónico ya que la pestilencia que emanaba evidenciaba que el cadáver había ya muerto por lo menos hace una semana atrás.

Lorena hizo fondo blanco con lo poco que le quedaba de café y le respondió – ¿Qué hacés Jorge? ¿Qué me trajiste de nuevo?

–Tenemos un NN, están intentando identificarlo, pero todavía no sabemos nada de él. Aparentemente fue encontrado muerto en su casa, los vecinos llamaron a la policía por el olor que estaba largando. Se descartó robo u homicidio porque no había signos de lucha y la casa estaba intacta.

Lorena dijo –Bueno tenemos que averiguar la causa de muerte entonces, gracias Jorge. Ya te podés ir, ahora me encargo yo.

–Dale, Lore, nos vemos el lunes, entonces. ¡Bueno, buen finde! –.Se despidió Jorge y antes de irse se dirigió al cadáver y le dijo sarcásticamente –Te dejo en buenas manos flaco. –y se fue sin más. Lorena se quedó mirando la camilla un instante, sobre ella estaba el cadáver de un desconocido por todos, aún cubierto por la bolsa para cadáveres.

Se puso de pie y preparó todo para dar comienzo a la necropsia. Después arrimó la camilla a su zona de trabajo y abrió el cierre de la bolsa. Al hacer esto emanó del cadáver un fuerte olor a carne en descomposición que inundó toda la morgue. Lorena pudo sentirlo a pesar de llevar la máscara correspondiente para este tipo de trabajos, a pesar de esto, ella ya estaba acostumbrada a todo tipo de olores repulsivos, ni se inmutó.

Comenzó a hacer un examen visual –Hombre de edad media, aproximadamente unos treinta y cinco años. –No se observan marcas, golpes o heridas de ningún

tipo. –Se repetía así misma en voz alta mientras anotaba todo en su cuaderno. Miró el rostro del hombre, a pesar de estar descompuesto le pareció un rostro familiar; y hasta algo apuesto, quizás «¿Quién es esta persona? ¿Por qué me parece que lo tengo de algún lado?» Pensaba Lorena mientras miraba al muerto. Siguió con su inspección y notó que su abdomen estaba notablemente hinchado y los músculos abdominales se encontraban muy rígidos. –Esto no es producto de la acumulación de gases por la descomposición del cadáver. Aquí tenemos una posible patología. –Dedujo Lorena.

Se acercó al vientre hinchado y lo observó más detenidamente, después tomó un bisturí y procedió con la disección. Cortó el abdomen y lo abrió como si fuera un libro.

Ya con las tripas al aire el hedor incrementó, pero lo que más le llamó la atención fue la inexplicable acumulación de sangre en la zona, que ya para entonces la misma tenía una consistencia gelatinosa y era de un color marrón negruzco. También se sintió extrañada por los diversos cortes que había por todo el tracto digestivo y los exagerados abultamientos que tenían los intestinos.

Dejó todo a un lado y empezó a anotar estas nuevas observaciones en el informe, pero se vio interrumpida cuando por el rabillo del ojo notó un pequeño brillo que salía de las tripas del cadáver, se volvió a acercar y vio un pequeño objeto puntiagudo que reflejaba la luz de los potentes tubos fluorescente, saliendo de una de las laceraciones del estómago. Tomó unas pinzas y lo agarró.

Lo observó de cerca, era pequeño, afilado y blanco «¿Un huesito de pollo tal vez?» pensó; y lo dejó en un platito de chapa.

–¿Esté hombre murió de una peritonitis? ¿De ser así, por qué no fue a un hospital? Este hombre sufrió terribles dolores y pasó una agonía tremenda y no hizo nada. Además es imposible que tan solo un huesito de pollo haya hecho tantos estragos. –A Lorena se le estaba despertando la curiosidad ante las interrogantes que este cadáver le estaba presentando.

Anotó “posible causa de muerte: peritonitis” y volvió hacía el cuerpo. Abrió el estómago y se sorprendió al encontrar más trocitos blancos. Estos eran de varios

tamaños y formas, pero lo que más le llamó la atención fue que no se trataban de restos de comida.

Ella fue poniendo uno por uno en el platito de chapa y después los observó en detalle. Eran pedazos de porcelana. Lorena no lo podía creer, ¿Qué clase de loco tragaría porcelana rota, con el riesgo que implica que esos bordes afilados pasen por el tracto digestivo? ¿Acaso Lorena se encontraba ante el método de suicidio más extraño del mundo? Ella no lo sabía, pero no podía dejar de sentirse extrañamente emocionada ante el misterio que este trabajo le estaba presentando. Siguió con la necropsia y continuó por las tripas, las abrió y encontró aún más pedazos de porcelana. No era necesario seguir con tal labor ya que la causa de muerte era más que evidente, pero Lorena estaba desconcertada ante tal caso tan peculiar. Incluso hasta se podría decir que lo estaba disfrutando, se entretenía hurgando entre los órganos buscando los pedazos de porcelana y lo hizo hasta asegurarse que no quedó ni uno.

Todos los trocitos blancos estaban en la bandeja de chapa y Lorena los empezó a inspeccionar. Por sus formas curvadas dedujo que eran pedazos de una taza y encontrar el asa casi, intacto, despejó cualquier duda.

Tomó el plato y lo puso bajo la camilla para limpiar la sangre y otros restos de inmundicia; y una vez bien limpios los miró más detenidamente. En algunos trozos se podían ver distintas letras en color negro.

Esto avivó aún más la curiosidad de Lorena. Fue corriendo a su escritorio y buscó en uno de sus cajones un viejo frasquito de pegamento que tenía olvidado por ahí. Con el pegamento a un lado y el plato de chapa con los trocitos de porcelana al otro, comenzó lentamente a armar la taza. Esto le llevó varias horas, la taza estaba rota en cientos de pedazos, sin embargo Lorena estaba decidida a descifrar el enigma y estaba convencida de que la frase grabada en la taza podría significar algo.

Fue armandola hasta que al fin pudo terminarla, la dio vuelta para leer lo que estaba escrito, quería mantener el misterio hasta el final, cuando lo hizo se encontró con la siguiente frase:

“Feliz día del técnico forense”

...Te desea, tu admirador secreto.

(Seud.: Un Preso Más)

Expiación

Otra vez, pensó Nico, otra vez en este lugar.

A través del desierto de rocas y arena, atravesado por volutas de humo como si fuera un sueño, la volvió a ver: estaba de espaldas, de pie, sola al borde del acantilado, su silueta delgada recortada nítidamente contra el cielo de la tarde. Había pasado tanto tiempo desde el último encuentro que al principio se alegró de verla, pero después recordó la carta y todo lo que él había escrito y dudó que ella fuera a sentir lo mismo al encontrarlo. El lugar olía a peces y a algas, y a animales en descomposición que han pasado demasiado tiempo fuera del agua. A pesar de la presencia del mar, flotaba en el aire una sensación de estancamiento que oprimía los pulmones.

Caminando con cuidado, lentamente a causa de lo incierto del terreno, comenzó a acercarse.

El cabello rubio, abundante, estaba más largo y un poco desprolijo. Tenía una blusa blanca y un pantalón corto muy ajustado que le marcaba las caderas y la cola, y sobre uno de los muslos se advertía una delgada cicatriz, como de un golpe, que le llegaba casi hasta la rodilla. Estaba descalza, los brazos a los costados, y una vaga sensación de angustia o ansiedad se adivinaba en los ojos que contemplaban el horizonte. Las nubes, como la tormenta, parecían suspendidas sobre un mar inmóvil e infinito.

Nico llegó hasta muy cerca y se detuvo, sin animarse a seguir caminando. Como si hubiera sentido su presencia, ella giró la cabeza y lo miró. Dos ojos verdes, aquel hermoso par de ojos verdes que le había costado tanto olvidar sonrieron y lo saludaron.

- Sandra - dijo Nico, aún sin acercarse.

Sandra levantó una mano y movió los dedos, sonriendo.

Igual que aquella vez, pensó Nico. Igual que la última vez que te vi, cuando subiste a un taxi y te fuiste.

- Hola - dijo Sandra -, nunca pensé que te iba a encontrar en este lugar - Nico creyó percibir cierto brillo en los ojos. A Sandra, por alguna razón, le costaba encontrar las palabras - Hace tiempo, ¿no...? – vaciló -. Digo, un montón de tiempo que no nos veíamos...

Un relámpago partió el cielo en dos y un rumor grave y subterráneo, como si brotara del centro de la tierra, hizo temblar las rocas.

- Muchos años... - dijo Nico, con vaguedad, le era totalmente imposible precisarlos.

- ¿Cuántos? - insistió Sandra -. Hace tanto tiempo que estoy aquí que ya ni sé...

Nico se encogió de hombros, como si el dato de los años no importara. Volvió a contemplar sus ojos y se dio cuenta que si bien el cuerpo aún conservaba aquel aire juvenil de cuando la conoció, el rostro en cambio denotaba el impiadoso paso del tiempo, o de la intemperie. Las líneas alrededor de la boca y de los ojos se habían acentuado, y la piel había adquirido una tonalidad reseca que le daba al conjunto de sus facciones una angustiante expresión de hondura y soledad.

Ojos verdes, pensó Nico con tristeza, si supieras cuanto te quise.

- Pensé... - estaba diciendo Sandra, que seguía con dificultad para expresarse - , creí que ya nunca más querías verme.

Con una mueca agregó:

-Esa carta que escribiste...

- Esa última carta - se apresuró a explicar Nico - no expresaba lo que realmente sentía.

Metió las manos en los bolsillos y se recostó contra las rocas. Un aire muy frío había empezado a levantarse y no había lugar donde cobijarse.

- Tratá de entender. En un momento de bronca uno puede llegar a decir cualquier cosa.

- ¿De bronca nada más...?

- De rabia.

Sandra se dejó caer en la arena. Sentada, empezó a escarbar con los pies.

- Sin embargo, nunca regresaste para decirme que no era cierto. Que era mentira, que era por... "rabia" lo que habías dicho.

Juntó un poco de arena con las manos y volvió a cubrirse los pies.

- Nunca volviste a buscarme.

Nico hizo un gesto de resignación.

- ¿Para qué iba a volver? Vos fuiste la que no quiso verme...

- Eso que escribiste me dolió mucho. Jamás imaginé que pudieras decir algo así. Las cosas que ponías, que yo nunca había hecho más que mentirte...

Nico bajó los ojos. Los vientos de allá afuera se llevan las palabras, pensó, las promesas, las intenciones, las buenas y las malas. Nada dura lo que debe durar, ni siquiera los sentimientos. Pero aquí, en este lugar..., no sé qué es peor, ni siquiera hay un viento que sople los recuerdos. Uno podría pasarse la vida en la costa esperando un barco que nunca va a llegar.

- ... de mi hijo, que mejor para él, pobrecito, haber vivido solo una semana, porque si no se habría arrepentido siempre de su madre - Sandra seguía enumerando las iniquidades escritas por Nico, pero Nico ya no tenía nada de qué avergonzarse. Lo había hecho hace mucho y la vergüenza mayor había sido tardar tanto en perdonarla - ...y que nunca iba a poder sacarme de encima el olor

de todos los hombres que habían pasado por mí -concluyó Sandra, y se quedó mirando, sentada en la arena, a Nico, que aún permanecía de pie, con ojos afligidos -. Fuiste muy cruel, porque vos sabés lo que yo hubiera dado por ese hijo.

Nico se puso en cuclillas y se sentó junto a ella. Dejó pasar un momento antes de contestar.

- Escribí esa carta porque nunca te pude encontrar – dijo -. Si hubieras ido aquel día, estoy seguro de que habiéramos hablado de otro modo...

- Aquella vez, ¿en Once...?

- Aquella última vez, en el bar de Once. Me pasé dos meses buscándote para que al final llegaras a la conclusión de que ni siquiera valía la pena encontrarse conmigo. Eso terminó de convencerme de que yo no te interesaba. O por lo menos, que eso era lo que vos querías que yo pensara. Entonces, esa misma noche escribí la carta.

- ¡Es que eso no era verdad! - exclamó Sandra, y en la penumbra del atardecer sus ojos volvieron a brillar -. No es cierto que vos no me interesaras.

Hizo una pausa. Pareció buscar con los ojos algo en la arena y volvió a mirarlo.

- Vos sabías muy bien por qué no fui. Y por qué no fui a ninguno de los encuentros anteriores.

Nico no contestó. Sabía muy bien por qué.

- No podía verte, Nico. No podía sentarme delante tuyo otra vez, tomarte la mano, darte un beso. No podía volver a mirar tu cara. ¿Cómo iba a hacer para acostarme con otro por dinero si volvía a abrazarte? Vos sabías que necesitaba la plata y que ningún otro trabajo me la daría...

- Aunque sea haber ido aquel día - insistió Nico, con terquedad -, haberte sentado en la mesa, haberme dicho..., qué se yo, eso, que no me querías, o en

todo caso me querías menos que el dinero que podrias ganar. Al fin de cuentas yo era el único hombre en todo Buenos Aires que no se podía acostar con vos...

Sandra bajó los ojos y Nico se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

El frío que se había levantado desde el mar era ahora más intenso y un inexplicable olor a humo o a incienso llegaba mezclado con el aroma ácido de las algas.

- Nico... -dijo Sandra en voz muy baja, casi inaudible.

Nico le pasó una mano por el cabello, le acarició la cabeza. Ya era casi de noche. Lejos, sobre el horizonte, se distinguía apenas la silueta de un carguero o un crucero contra un cielo donde la luna seguía sin aparecer.

Sandra se apretó contra él.

- Nunca podría haberte dicho que no te quería - dijo con lágrimas en los ojos-, porque eso no hubiera sido cierto - hizo otra pausa, en la cual Nico observó que Sandra volvía a poner un cuidado especial en las palabras -. Nunca en mi vida quise a nadie como a vos. Te quise de una manera distinta, que nunca vas a entender.

Nico hizo un gesto, que Sandra interpretó de incredulidad, porque agregó:

- No me importa que me creas o no. Pero fuiste lo único hermoso que conocí en mi vida.

- Sin embargo, eso nunca fuiste capaz de decírmelo, en la cara.

- ¿Y qué ibas a ganar si yo te lo decía... en la cara? - y se separó de él para contemplarlo mejor-. ¿Qué íbamos a ganar los dos? ¿Mantener una relación que no podía ser? Vos querías que yo dejara y yo necesitaba seguir. Además - agregó, con un suspiro, bajando los ojos -, estaba mi marido.

- Ah, tu marido - dijo Nico, que no se extrañó en absoluto que el tema del marido hubiera tardado tanto en aparecer. Después de todo, recordó, parecía ser

el método de Sandra, ya lo había hecho cuando se conocieron, cerca de un mes estuvieron viéndose hasta que ella mencionó que estaba casada, como quien a último momento recuerda un electrodoméstico o un elemento importante que no debe quedar afuera de la decoración -. Sí, tu marido. Y la heladera y el gato y un televisor.

- Mi marido no era un televisor - protestó Sandra, que no pudo evitar una sonrisa -. Estábamos separados, es cierto, pero eso no quiere decir que no nos siguiéramos viendo.

- ¿Pero era realmente tu marido? - preguntó Nico, que con el tiempo había aprendido que en el mundo aquel esa palabra tenía múltiples significados-. Quiero decir, era un marido con libreta de casamiento y...

- Sí, por supuesto que era mi marido. ¿Pero qué...?

- Digo, si hacías lo que hacías, quiere decir que a él mucho no le importaba...

- No estaba enterado - dijo Sandra con firmeza.

Nico la miró incrédulo.

Sandra volvió a bajar los ojos y movió los pies, incómoda. Dijo, casi con enojo:

- Bueno, y si lo hubiera estado, ¿qué?, ¿pero qué importancia puede tener eso ahora?

Nico la seguía observando.

-Necesitaba juntar plata, Nico. ¿Te cuesta tanto entender eso? ¿Te cuesta tanto entender que alguien quiera juntar un capital? ¿Salir de la pobreza, poner un negocio, una peluquería, cualquier cosa para ser independiente y poder escapar un día de toda esa mierda, ser alguien, comprarse las cosas que salen en las revistas?

- Yo hubiera podido ayudarte.

- ¿Cómo? ¿Tenías tanta plata para darme? Si ni sé cómo hacías para pagar las copas en esos tugurios. ¿Ibas a bancarme el resto de tu vida? Para seguir viviendo en hoteluchos miserables seguía con mi marido.

Sandra lo miró. Nico creyó percibir, o imaginó, aún algo de ternura en sus ojos.

- Sí -dijo Nico -. Supongo que ésa fue la razón. Y es cierto, yo no podría haberte dado una vida como la que querías.

Entonces, por primera vez, creyó comprender: aquel pueblito en Uruguay, su infancia descalza, el amontonamiento en una pieza con sus padres y hermanos, el viaje a Montevideo, el deslumbramiento con Buenos Aires, el descubrimiento temprano de que el sexo podía convertirse en dinero. Solo que esa promesa de bienestar y lujos se le escurriría de las manos, no alcanzaría nunca a durar lo suficiente para convertirse en el primer peldaño de la escalera que la alejaría definitivamente de la pobreza, de la humillación y la vergüenza. Porque todo a lo que ella había aspirado era alcanzar un estado de bienestar y revancha. Todo lo demás, cualquier otra cosa, su marido o el hombre de quien decidiera enamorarse, debían esperar, porque ella, Sandra, recién existiría, recién sería Sandra al alcanzar ese punto. Hasta entonces, si es que algo, sería tan solo un proyecto. Solo que ese punto, reflexionaba ahora Nico en una penumbra donde de a poco iban desapareciendo los colores, esa promesa de un futuro brillante en algún momento, por alguna razón, empezó a quedar cada vez más lejos, y los esfuerzos por alcanzarlo empezaron a semejarse dramáticamente a los de un auto en el barro que a medida que acelera va hundiéndose cada vez más en el lodo.

De repente se sintió cansado, distante, como si toda esa historia se desarrollara en un escenario que ya no le pertenecía, o donde ya no tuviera más nada que decir, o como si lo que aún pudiera agregar fuera como esas matas de pasto seco que el viento arrastra por el desierto a las que nadie presta ninguna atención. Se preguntó otra vez qué estaba haciendo en este lugar. Si habría servido de algo venir hasta aquí.

En la oscuridad del crepúsculo apenas pudo distinguir sus ojos.

Ojos verdes, pensó, qué poco pude hacer por vos.

- ¿Pero por qué - se animó todavía a preguntar-, por qué hacerlo así? ¿Por qué denigrarte de esa manera...? Muchas mujeres también lo hacen, pero sin necesidad de acostarse con cinco tipos por día. Y en lugares un poco menos desagradables.

Miró el horizonte. Ya prácticamente era de noche. Le extrañó que no se vieran pájaros, que ni siquiera las aves que se alimentan de los desechos del mar sobrevolaran el lugar.

- Es como si hubiera algo más, una necesidad de castigarte, o de ...

Sandra lo estaba mirando en silencio. Tal vez estuvo por decir algo, pero a último momento prefirió dar vuelta la cabeza y ponerse a mirar otra vez esa línea ya casi indiscernible entre el cielo y la tierra, como si aún siguiera en la espera de un barco que ya nunca iba a llegar.

- ... o de expiación -murmuró Nico, para sí, pero en voz tan baja que era imposible que Sandra lo oyera. Puso las manos en sus hombros, la hizo volverse lentamente, tomó su rostro y la besó en la boca. Un beso largo, profundo, como el que se le da a alguien a quien se sabe nunca se va a volver a ver.

Después se puso de pie, dio media vuelta y empezó a descender, con cuidado, por las rocas que bajaban hasta la playa.

Detrás de las nubes comenzaba a asomar la luna.

Fue entonces cuando vio, hundida entre cartones y objetos abandonados, la forma desarticulada de una cuna de madera que aún sobresalía en la arena.

(Seud.: Nicolás F.)

El asador

La destreza de don Mario para el asado era notable. Adquiría todo un ceremonial que comenzaba con la elección de la leña, con preferencia quebracho o piquillín, de acuerdo a la carne que le tocara pasar por su parrilla. Evitaba en lo posible usar carbón.

Su manera de preparar el fuego era por demás meticulosa. En una bola de papel bien estrujada con retazos de madera y ramas. Cuando la llama cobraba vivacidad apilaba los troncos grandes. Tras largos minutos de paciente espera distribuía las primeras brasas bajo el corte que hubiera sobre los fierros. Eso sí, que nadie por ningún motivo le fuera a tocar ni siquiera el borde de la parrilla, porque el planazo podría ser inolvidable. Era rápido y certero con la tajadera.

A menos que sea ladilla, todo bicho que camina va a parar a la parrilla. Repetía groseramente a quién aceptara su convite de sentarse a la mesa.

Su deleite era compartir, pero también lo hacía para que lo gratifiquen al terminar de comer con un sonoro aplauso. Dorita, su agraciada compañera, hacía algunos años que soportaba sus gustos y caprichos bajo el entramado del sólido rancho de paredes blancas protegido por un añoso caldén, que daba sombra reparadora en verano.

Era uno de los puesteros más avezados de la inmensa estancia. Don Mario estaba cerca de los cincuenta y ella tenía poco más de la mitad. En su variado repertorio, sobre esos fierros que nunca se enfriaban, desfilaban, liebres, conejos, cerdos, corderos, algún ciervo distraído y cualquier costado vacuno.

El mayor gusto del riguroso asador era disfrutar de la compañía del joven Artemio, domador y guitarrero, quién solía dispensar con algún disimulo alguna que otra gentil mirada a la moza.

La escena se repetía invariablemente dos veces por semana y el domingo era sagrado y denso. Con guitarreada, naípe y algunas copas de más.

Don Mario siempre atento a las brasas, Artemio a sus espaldas tocando la viola y Dorita cebando mate con torta frita. Cuando era el turno del invitado, sus dedos dejaban el encordado para rozarlos de la cebadora, que acompañaba la caricia con una mirada gentil.

Eso inspiraba al guitarrero que arremetía con temas románticos, mientras que don Mario le daba poca bola a lo que transcurría en torno suyo. Así fueron pasando varias juntadas de buena comida y espeso vino, canciones al aire y miradas urgentes.

En los aprestos de un nuevo encuentro, Artemio, dispuesto a consumir su calentura por Dorita, le encargó a Luisito, el peoncito de los mandados, que mañana al mediodía, le avisara al viejo que a la Laura, la puestera más próxima, se le había escapado un ternero, a ver si la podía ayudar. Un billete de mil pesos selló la patraña.

Al día siguiente la escena era habitual en el patio recién regado del rancho. Apenas los leños habían comenzado a crepitar, cuando Artemio se apeó con la guitarra en la espalda. El asador apenas sonrió y avisó a Dorita que apurara el mate y vaya salando la carne.

Poco después del mediodía apareció Luisito a todo galope y sin desensillar se dirigió al viejo con voz agitada:

—¡Don Mario, a la Laura se le escapó un ternero y no sabe cómo encontrarlo. Los Ponce no están en el puesto y usted es el más cercano! ¿No le puede echar una mano?

—¡Dorita, deja la sal! Voy a ver qué le pasa a la Laura, y vos Artemio quédate cerquita de la parrilla pero no me toques el fuego. ¿Entendiste? Y salió a galope tendido rumbo al puesto vecino a poco más de una legua.

Ni bien la figura del jinete se fue achicando, Artemio dejó la guitarra a un costado, abandonó la parrilla y enfiló hacia el rancho.

Al aproximarse al puesto, don Mario divisó la figura de Laura recostada contra la puerta. En los años mozos habían estado entreverados un tiempo hasta que ella eligió a otro puestero, pero quedó viuda pronto.

—¿Qué pasó con el ternero Laura? —Preguntó mientras se apeaba con llamativa agilidad.

—¿Ternero? —Hace rato que me estoy quedando sin animales. Ya no los cuento más, total me queda poco en este puesto. El patrón me está dando para que le atienda solo vacas viejas que ni sueñan con un ternero. El toro hace rato que no pasa por acá. Y agregó con una sonrisa —¡Ni el toro, ni nadie!

La respuesta dejó a Mario sin palabras y apenas pudo articular: —Me dijeron que se te escapó un ternero, por eso vine..

—¿Y vos de donde sacaste eso? —preguntó molesta la puestera.

—Me aviso Luisito, el chico de los mandados, llegó a todo galope al rancho y lo vi afligido.

Luego de decir esto el rostro de don Mario se llenó de dudas mientras se acercaba a Laura. Hacía tiempo que no la veía. Todavía conservaba su piel fresca. Se paró delante de ella y entrecerrando los ojos, le objetó:

—¿Fuiste vos la que mandó al chico con el cuento del ternero?

—No vengas con zonceras. ¿No te habrán hecho venir al cuete por otra cuestión? —contestó largando una carcajada burlona que molesto al inesperado visitante.

—No te hagas la zorra Laura. Sos demasiado despierta como para que se te escape algo.

—Tal vez no me haya dado cuenta, y el ternero este escondido bajo el catre, pobrecito ¿No querés pasar a fijarte? —insinuó con picardía mientras se iba metiendo en la cocina del rancho.

La comprobación llevó poco más de una hora. Después don Mario regreso al trotecito, y con media sonrisa dibujada en su boca.

Al llegar al rancho su rostro volvió a cobrar dureza. Artemio se estaba lavando la cara junto al pozo y Dorita haciéndose la trenza. Algún que otro mal pensamiento pasó por su cabeza mientras desensillaba, aunque lo primero que hizo fue ver el estado de las brasas.

Le había puesto cuatro buenos leños de quebracho y dos estaban a medio consumir. Se puso a arreglar el fuego ensimismado en sus pensamientos. De pronto se dio vuelta y con voz muy queda se dirigió a Dorita:

—Ahora sí, metele con la sal y trae la carne. —Ella sumisa obedeció.

Artemio se sentó cerca de la parrilla y comenzó a rasguear suavemente su guitarra

En tanto se dirigió al asador.

—¿Y... encontró el ternero?

Don Mario prefirió no contestar. Jugueteó con las brasas, apartándolas con cuidado. Eligió las más chicas y las desparramó, al tiempo que ordenó en voz alta:

—¿Y Dorita, para cuándo?

La joven apareció presurosa con la carne acomodada en una tabla de madera.

El asador colocó con cuidado cada trozo sobre los fierros y le dio el fuego indicado de acuerdo al grosor al tiempo que repetía:

—A lo grueso poco calor y más tiempo. Lo finito, más brasa y diez minutos cada lado. Después de poner la carne, se sirvió un vaso de vino y se puso a armar un cigarro. Luego de un corto silencio miró al guitarrero le dijo con un dejo de malicia:

—Al ternero no lo pude acertar. ¿Y vos, encontraste algo?

Artemio, dejó la guitarra a un costado y miró al viejo sorprendido.

—¿Por qué me lo pregunta, don Mario?

—Porque cuando llegué vos no estabas junto al fogón como te encargué y la Dorita casi nunca se desarma el trenzado durante el día. Sólo lo hace a la noche, antes de meterse en el catre, es raro —dijo extrañado, al tiempo que prendía el pucho.

Artemio volvió a la guitarra. Al rato, don Mario movió un poco el fuego, dio vuelta los chorizos junto con un par de tiras finitas que ya estaban a punto y acomodó un pedazo de vacío para que se hiciera muy despacio y jugoso, como a él le gustaba.

Luego blandiendo la afilada cuchilla en su mano derecha, se dirigió al Artemio:

—¿Te gusta la carne tiernita? —dijo apenas mirándolo.

—Si, como siempre don Mario.

—¡Vení Dorita que ya está, al Artemio le gusta la carne tierna! —gritó el viejo mirando la puerta del rancho y de reojo al domador.

Con los tres sentados delante de la parrilla, don Mario los miró fijo largamente. Artemio se veía tenso esperando para comer y Dorita no pudo con la mirada y bajó la vista.

Luego, don Mario, moderando el tono de voz se acercó lentamente a ella y le dijo

—Me suena raro eso del pelo, nunca te habías tocado la trenza de día.

—Lo que pasa es que sentí como que se había posado un bicho y la desarme.

—¿Así que un bicho? ¿Y lo espantaste?

—Creo que sí —contestó inquieta.

Don Mario hizo un largo silencio, retrocedió a la parrilla y se dirigió al domador con un tono más conciliador:

—Acércate con un pan abierto que los chorizos están a punto. ¡Metele uña nomás!

Como nunca había ocurrido, el viejo le daba permiso de tocar la parrilla. Para Artemio ese gesto era una señal alentadora. La moza pensó lo mismo y fue corriendo a buscar los

platos de aluminio.

Artemio, confiado, apoyó su mano izquierda al borde de la parrilla y con la derecha acomodó el chorizo dentro del pan, al tiempo que don Mario mirándolo fijo le preguntaba:

—¿Sabes lo que hago yo con esos bichos que se meten en los lugares equivocados?

Sin esperar respuesta y con hábil artificio sacudió la afilada cuchilla y le cercenó al guitarrero los cuatro dedos que sostenían el pan con el humeante chorizo, al tiempo que con sus ojos fuera de órbita y una mueca perversa en su rostro, bramaba:

—Listo guacho. Anda tirando la guitarra al fuego que nunca más la vas a tocar. ¡Y menos a la Dorita!

Artemio desapareció aullando de dolor con la mano chorreando sangre metida dentro del poncho, Dorita se derrumbó sobre el catre llorando estremecida, mientras que don Mario montó parsimoniosamente el zaino, lió otro cigarro, y rumbeó a galope corto para el puesto de Laura en busca de otro ternero perdido.

(Seud.: Negro Suárez)

La ferretería

Al bajar del 29 en la parada de San Luis y Gallo los ve. El Oveja hace jueguitos con el yo-yo. Saturno tiene un diario doblado bajo el brazo, las manos en los bolsillos de la campera. De civil, como siempre. Están en la vereda de la ferretería, cruzando en diagonal desde la parada del colectivo. El Torino negro estacionado enfrente. Su primer impulso es alejarse por Gallo hacia el Abasto, pero al divisar que él está dentro del negocio decide ir.

Desde que los liberaron hace seis meses, a principios de 1980, ella y Marcelo son visitados por sus captores –los tres- periódicamente. En el departamento de Olivos, donde viven. En el trabajo. En casa de familiares. No hay picana, golpes, ni manoseos lascivos y lo demás como en la ESMA, pero lo inasible que le infringen esas visitas hacen parecer leve lo del cautiverio. “¿Marcelo sentirá lo mismo?”, piensa cada vez que la voz de Cerbero, pausada y grave, los interpela en plena cotidianidad. Pregunta a qué salita va Laurita; si vieron la última de Olmedo y Porcel... ese tipo de cosas. Cuestiones domésticas simples o intrascendentes constituyen la substancia de aquellos diálogos, como los que mantiene a solas con Marcelo desde que los soltaron. Jamás aluden, unos y otros, al paso por la ESMA. Una vez se aparecieron con dos botellas de tinto y tres cajas de raviolos para que Clara les cocine, “para pasar un rato en familia”, dijeron.

Los dos marinos la observan con sorna llegar a la ferretería. Saluda monosilábica y entra.

-¡Clara!, justo hablábamos de vos con tu abuelo –dice él mientras hace malabares con el bastón del hombre, que con espanto mira a su nieta. Sobre el mostrador: una pinza cortacables, una tenaza, un rollo de sogá, un repuesto de hoja de sierra pequeña, un trozo largo de cable.

-Mejor vamos a charlar a otro lado, Cerbero, que el abuelo tiene que abrir. Hay un bar acá nomás, a dos cuadras, en la esquina de Córdoba y Sánchez de Bustamante, Los Cocos, que...

-Pará, pará...- la interrumpe. -A ver, sacate esos anteojos. ¿Desde cuándo lentes oscuros?

-Una conjuntivitis que no cura desde...

Y mientras Clara intenta una respuesta creíble, se encuentra manoteando por reflejo la mano de él cuando intenta sacarle los anteojos. La parálisis que le infunde su propia osadía, no evita el resalto cuando Cerbero para su acción defensiva tomándola por la muñeca. Él lo nota y disminuye la presión. Es la primera vez que toca a Clara, piensa. En el “pozo” se limitaba a las preguntas, dirigir el interrogatorio; la faena quedaba en manos de los otros dos. La suelta y observa unos instantes mientras reordena las ideas.

-Arremangate el pullover. Las dos mangas - ordena.

Los antebrazos cubiertos de moretones. Levanta la vista. Ella siente que su mirada traspasa la oscuridad de los cristales. Hace apenas un cabeceo mínimo. Clara obedece y se saca los anteojos. El párpado superior inflamado; el inferior violáceo con vetas amarillentas que se extienden, disimuladas por el maquillaje, hasta el pómulos izquierdo; el ojo una hendidura en la piel.

-Okey, okey... Voy a tener que hablar dos o tres cositas con Marcelo - dice el marino.

-Por favor, Cerbero, no...

-Calladita la boca, eh. Ya le voy a enseñar al troskito cómo se trata a una mujer. ¿Okey?... Okey, nos estamos viendo, bonita. -Se despide mientras deja el bastón a su dueño, y le dice que guarde todo, que mejor lleva una cinta de embalar ancha y un metro de alambre de fardo.

Cuando ve arrancar el Torino, Clara intenta comunicarse con Marcelo para advertirle, pero el vecino del PH del pasillo al fondo, el único con teléfono en el edificio, no contesta. El abuelo entiende. Le da las llaves de la Citroneta que usa para el reparto de materiales. Le dice que no vuelva al negocio, que hoy se arregla bien. “Cuidate, pichona”, le pide. “Ese desgraciado de Marcelo no lo vale, y estos hijos de puta nunca la van a dejar en paz”, piensa cuando la ve partir.

Casi en el cruce a provincia, a dos cuadras de Cabildo y General Paz, Clara estaciona y abandona el auto, al darse cuenta que la lentitud del tráfico se debe a un operativo del ejército en la salida de Capital, paran y revisan cada auto y colectivo, con piquetes policiales secundarios en las calles colectoras. “Es una encerrona, alguien importante va a caer. Tendría que haber agarrado por Libertador a pesar de la ESMA”, piensa. Se aleja por Cabildo hacia el centro caminando como autómatas, diez o veinte cuadras hasta llegar a Juramento, dobla a la izquierda hasta la esquina siguiente donde está la iglesia Redonda, y como Martín en *Sobre héroes y tumbas* aquella noche del 16 de junio del 55, se sienta en un banco de la plaza que está frente a la iglesia. Atávica, se acurruca en posición fetal.

Así como los protagonistas de la novela de Sábato se habían conocido en el Parque Lezama, Marcelo y ella lo habían hecho acá, frente a la iglesia circular, recorriendo los lugares leídos, evocando aquella historia hasta que sus miradas coincidieron entre sí. Al contrario de Alejandra y Martín en la novela, ellos se comentaban todo, o casi. Ya no. Cuando los marinos los cazaron, tras seguir a Marcelo hasta la pieza que alquilaban luego de una cita “envenenada”, se prometieron sobrevivir. Lograron el cometido, pero no habían salido indemnes de la tortura y la humillación. Así como en la placita de Belgrano lo hicieron a partir de

la mirada, allá habían coincidido a través de los gritos, el llanto y la humillación... sobre todo de la humillación.

Cuando despierta, aterida, no sabe cuánto tiempo ha permanecido en ese trance primordial. Pero al recordar a Cerbero camino a su casa, se levanta del banco y por Juramento baja, corriendo en tramos, hacia las Barrancas para tomar el 29.

Cuando llega al departamento esperando el peor panorama -todo revuelto como en el secuestro; Marcelo lastimado y con más ganas de desquitarse que de costumbre; además de lo habitual: la niña sucia, organizar la cena, el tacho de basura que rebalsa... todo por hacer-, encuentra que los únicos rastros de Cerbero y los suyos son tres vasos usados y la botella de cerveza casi vacía sobre la mesa del comedor. Laura duerme en el sofá; “¡bañada y cambiada!”, piensa. El delantal del jardín planchado y colgado en la silla. El piso sin migas. “Demasiado orden.... ¿dónde está Marcelo?”, se desespera.

-Al fin, amor. Hace más de cuatro horas que tu abuelo le pidió por teléfono al Chueco que avise que venías en camino -dice Marcelo asomándose desde la cocina con una fuente de fideos y salsa. La cara íntegra, ni un rasguño. -La nena se durmió en el sillón esperándote. Mirá la que me mandé hoy, tallarines con salsa de tomates y cebollita de verdeo, tu preferida.

-Había un piquete de milicos, el ejército creo, a la salida de Capital y me desvié por las dudas. Dejé el auto del abuelo por ahí -responde Clara, absorta ante el inédito cuadro doméstico y la dimensión de lo revelado. “Sí. Siente lo mismo”, se dice. -¿Todo bien?- agrega sin pensar.

-Sí, todo okey, okey -dice, mientras deja la comida en la mesa y retira raudo la botella y los vasos con restos de cerveza. -¿Mucho trabajo en la ferretería?

(Seud.: Quinota)

Duermevela

—Papá.

—¿Qué?

—¿Te vienes un poquito a mi cama?

Como tantas otras noches, me incorporo, la cojo en brazos y la llevo a su habitación. Me meto en la cama con ella. Yo no me arropo para no quedarme dormido, aunque ella sí, y se duerme enseguida. Me encantan esos momentos con mi hija. Sin embargo, lo cierto es que también me fastidian un poco. Estoy deseando que se duerma para volverme a mi cama calentita, al lado de mi mujer. Ese calorcito natural en mi propio nido hace que coja el sueño en un santiamén.

Parece que esto de despertarse en mitad de la noche se está convirtiendo en rutina. Últimamente, a eso de las dos o las tres de la madrugada, Marta aparece en nuestra habitación, pasa por delante del armario, viene a mi lado de la cama y se mete unos minutillos conmigo.

Al rato me dice «Papi, pis». La tomo en brazos y, sorteando la ropa tirada por los suelos, la llevo al baño. Ya que estoy, aprovecho yo también. La cojo de nuevo — hay que ver cuánto pesa— y la llevo a su cuarto otra vez, con cuidado para no despertar a sus hermanos que duermen en la litera de enfrente. La dejo acostada con el sigilo con el que caza una pantera. Me giro para regresar a mi habitación, con la misma presteza con que una gacela la esquivo, y entonces la oigo decir:

—Papi.

—¿Qué? —me paro antes de salir por la puerta.

—¿Te esperas un poquito conmigo?

Así que me meto en su cama de nuevo sin arroparme, claro, para no quedarme dormido, con el deseo de poder volver pronto a mi guarida.

Hoy ha sido una de esas noches. Ahora no hay forma de conciliar el sueño. No puedo evitarlo, mi cabeza empieza a dar vueltas a todo y no consigo parar de pensar. ¿En qué? En nada o en todo o en qué sé yo; no tiene importancia o a veces mucha. Esto es lo que en realidad me jode: que no siempre me vuelvo a dormir a la primera; algunas noches se me van un par de horas dándole vueltas a cosas que, a la mañana siguiente, ya ni están.

El otro día fue igual. Iba a tener un día duro en el trabajo. Así que después de nuestra liturgia nocturna en el baño con mi pequeñita Marta, me puse a pensar en todas las tareas que el día siguiente me brindaría.

Lo mismo pasó el día anterior. Terminó su rutinaria micción. Ya que estaba yo en el baño, también aproveché. Bebimos agua los dos, con el vasito ese de cristal duro de los yogures Yoplait —aún tenía la etiqueta a medio quitar—. Levanté a Marta, apoyándola contra mi pecho. Estaba ya prácticamente dormida. Parecía que pesaba un poco menos que otros días. «Quizás el dinero que estoy echando en el gimnasio está dando su fruto». Se abrazó a mi cuello. Al ir a salir del baño, le di una patada al cerco de la puerta con el dedo pequeño del pie derecho: «for God sake!!». Todavía sigo blasfemando en inglés, si grito para mis adentros —debe ser fruto de la década de sufridor en Londres, cuando lo de la crisis—. Y con el dolor, el silencio nocturno, los ronquidos de esos dos oseznos adolescentes que tengo por hijos y observando la carita tan linda de mi pequeña, me puse a darle vueltas a las cosas de siempre en mi cabeza. Así estuve hasta que entre las cortinas se filtró el primer rayo de luz del día. Entonces me levanté y me fui a trabajar.

Otros días me da más igual. Como uno de esos sábados del pasado verano. Estábamos de vacaciones en la sierra. En aquella época mi mujer aún me hablaba. Cuando vino Marta a que la llevara al baño, así lo hice. Evacuamos los dos, como de costumbre, y bebimos agua de un vasito supersofisticado que teníamos en aquel bungaló alquilado. La levanté como pude, «¡madre mía lo que

pesaba entonces!», la llevé a su cuarto y me puse a recordar todas las aventuras en el parque del día anterior —en aquella época aún jugábamos como familia—. Revivir las risas de Marta en el tobogán, y sus carcajadas cuando Nico y Sebas le hacían perrerías no me dejaban dormir. Después de aquella rutina nocturna, mi mujer me estaba esperando, ya que la había despertado. Me llamó, mostrándose coqueta o quizás celosa, «¿qué pasa, que se te ha olvidado tu cama?». Así que volví a mi guarida. El calorcito nos enlazó a los dos: su ardor me atrapó al punto y mi frío la encendió. Acabamos haciendo el amor. En silencio. Eran las tres y ella se durmió enseguida. Yo me quedé dándole vueltas a la cabeza, como de costumbre: ¡Qué felices éramos entonces!

El fin de semana toca ir a casa de mis suegros: aún seguimos dividiéndonos un finde con mis padres, y otro, con los de ella. Los abuelos tienen derecho a jugar con los nietos mientras los tengan.

En casa de mi suegra hay que andar con cuidado. Su marido se despierta con el vuelo de una mosca, por lo que no le hace gracia cuando Marta viene a mi cuarto y se mete conmigo en la cama. La oye decirme «papi, pis», y se enfada si lo despertamos haciendo ruido para ir al baño. ¡Por eso creo que ha quitado el vaso del servicio! Tenemos que hacerlo a morro del grifo. Cojo de nuevo a mi pequeña, «¡qué poquísimo pesa últimamente!, ¿estará adelgazando?», y la llevo a su habitación de nuevo. Hoy no me pide que me espere con ella, quizás está más dormida que nunca. Me vuelvo a mi cama y me estoy en mi lado, de espaldas a mi mujer. Ya ni nos rozamos y ese frío hace que me quede, incluso, más despierto: ¿por qué la tristeza?, ¿por qué estos días grises y el alma sombría? La semana parece que va pasando rápida.

En estos últimos días, mi niña no me ha despertado para llevarla al baño. Quizás una vez, el miércoles o el jueves, creo. Además, todo fue como muy ligero. Quiero recordar que ni me pidió que me quedase con ella en su cama. Yo, sin embargo, todos los días he estado despertándome a la misma hora de siempre. Aunque sin ella, he seguido cumpliendo con el ritual. Ya lo he asumido como mío.

La pasada madrugada, por ejemplo, eran las tres y media en punto. Miré la hora en el reloj digital de la mesita de noche. Bebí de ese vaso viejo y duro. «Parece que está más desconchado que nunca. ¿Quién lo habrá estado tirando últimamente contra el suelo sin llegarlo a romper? Quizás yo mismo, ¿quién sabe? La noche y su duermevela confunde todo». Hoy ha sido un día muy duro en el trabajo. Además, llevo ya muchas noches seguidas sin dormir bien. Creo que me voy a la cama temprano, antes incluso de que se acuesten mis hijos y mi mujer. Ellos se quedan un rato más viendo la tele; mi mujer seguirá tirada en el sofá revisando ese álbum de fotos viejas que no ha parado de hojear una y otra vez.

Yo me voy a dormir.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, papá —responden.

Con el cansancio de las últimas noches sin dormir, y quizás la pesadumbre que la vida acumula, me quedo dormido enseguida. Aun así, de nuevo me vuelvo a despertar en mitad de la noche: las dos y veintitrés marca el reloj. Me giro para levantarme y me topo de frente con mi pequeña Marta. ¡Qué susto! Me ha pillado por sorpresa, pues me había acostumbrado a que ya no se despertara. Las últimas noches había pasado por delante de la habitación y la había encontrado cerrada y sin aparente vida dentro, ni los gemelos roncaban.

Hoy no me la esperaba, así que su delicado «papi, pis» me ha sabido a gloria. Después de tanto tiempo sin pedírmelo, echo de menos que mi pequeña me necesite.

«¡Qué volátil parece hoy!».

Me muevo con agilidad por la habitación y el pasillo, es como si no llevara a nadie. Ahí estaba ella con su cabeza recostada en mi hombro izquierdo. Y yo feliz de poder portarla en mis brazos.

Llegamos al servicio. Ni siquiera enciendo la luz. La voy a bajar para ponerla sobre la taza, pero veo mis manos vacías. Parece como si se hubiera esfumado. La vi desvanecerse en mis propios brazos: «¡Vuelve!», grito.

No puedo parar de llorar. El vacío interno me está devorando. Chillo y voceo, solo para mis adentros, pues no quiero despertar a esos dos adolescentes que no tienen culpa alguna. Y cojo el vaso. Y lo tiro. Y el tintineo que crea contra el suelo suena a vacío, como mi alma consumiéndose en rabia. ¡Y otra vez que ese vaso no se rompa! Ahí queda, testigo de una furia nocturna y señero de una esperanza apagada.

Me vuelvo a mi cama, como de costumbre. Me meto bajo las sábanas, regresando a los témpanos helados de nuestra inanimada existencia. Esta vez, mientras todavía me da la espalda, la mano furtiva de mi mujer se escapa, e intenta buscar a oscuras la mía. La oigo gemir en agonía. Tampoco ella puede dormir. Se vuelve y me abraza y me dice entre lágrimas:

—No quiero llegar tarde hoy.

Es su aniversario. Nunca tuve nada contra los tranvías, pero aquel de las 8:45 de la mañana, hoy hace un año, se llevó mi vida con él. Tenía nombre de niña de cuatro años, Marta, y montaba una bicicleta arcoíris, simulando un unicornio, como a ella le gustaba.

(Seud.: Sofía Leal)

Verdades en fuga

De los sanatorios siempre me llevo la impresión de que se esfuerzan por agradar, como si estuvieran enroscados permanentemente en un vínculo amoroso no correspondido. Deberían resignarse y aceptar que la gente va a su encuentro a

pesar de la repulsa que generan. Como el niño que asiste al cumpleaños del compañero indeseable sólo porque su madre lo manda. Cuanto más se empeñan en aparentar ser acogedores, con más fuerza arremete su yo interior para atravesar ese revoque de imitación de belleza con la que se los intenta disfrazar. Prefiero los hospitales públicos con sus largos pasillos fríos y a media luz, sus indigentes durmiendo en las salas de espera, las baldosas ochentosas, los marcos de las ventanas color cremita a medio oxidar y sus patios internos con plantas descuidadas y canteros decorados con caca de palomas. Percibo una suerte de sincericidio en ese paisaje derruido que me inspira respeto. Quizás sea estéticamente reprochable, pero al menos se huele cierta coherencia con lo que allí ocurre. Mi hermano me lo suele discutir, dice que si la vas a pasar mal, al menos que sea en un lugar limpio y lindo. Allá él con su optimismo bienpensante. Siempre me sonó a embuste que los sanatorios le pongan tanto empeño a la hotelería –así le dicen al servicio de depositarte en una de las peores camas en la que vas dormir jamás, tapado en una frazada a cuadrillé cuya producción quedó discontinuada con la vuelta de la democracia-. Exijo que el entorno sea acorde al sentimiento de destrucción interna que acosa a la gente internada y a sus parientes. En estos lugares, al momento del final, no queda más que pensar de qué sirvió tanto color pastel y pisos relucientes. Se sienten algo desubicado entre tanta tragedia.

La única vez que había estado en un sanatorio fue cuando me sacaron las amígdalas a mis seis o siete años. De esa experiencia, lo único que recuerdo es que me prescribieron tomar helado para ayudar a cerrar la herida. Sólo así vale la pena internarse, con malestares cuyos tratamientos incluyan algún tipo de placer durante el proceso, como la secuencia de orgasmos que se requiere para evaluar la eficacia de una vasectomía. Algunos años más tarde volví a entrar en un sanatorio –debe haber sido bien entrada mi juventud porque recuerdo haber acabado de perder la virginidad en ese entonces- porque mi abuelo se pescó una de esas enfermedades de rutina de gente vieja. Luego de cierta edad, el cuerpo simplemente se enferma sin necesidad de que se lo haya expuesto a algo, es como un aparato viejo que de golpe falla porque sí nomás. Lo internaron sin

mediar demasiado consenso. Ese es otro detalle tenebroso de la vejez: por cualquier cosa podés terminar hospitalizado. Al parecer, la automedicación queda proscripta luego de cierta cantidad de años, supongo que debido a la dificultad de acertarle al botón correcto en ese panel supercomplejo de alarmas encendidas.

Al parecer, esa iba a ser una época de pérdidas de virginidades porque también debuté como cuidador. La mayoría de los varones siente que la primera experiencia sexual es como un ticket para cruzar el cordel manejado por un patovica enorme detrás del cual está la sala vip de la vida. De un lado están los vírgenes y del otro los que ya lo hicieron. Luego no importa si la experiencia se repitió o no, lo que cuenta es haber tenido sexo al menos una vez. Con el tiempo, uno se da cuenta que haber tenido relaciones sexuales no le suma demasiado a la vida, no te hace menos o más infeliz ni te consigue mejores trabajos, pero eso lo descubres sólo si concretaste el acto sexual. Como si el pene tuviera una fuerza mágica de arreglar todo. Creo que por eso, luego de mi debut sexual, me sentí adulto, o al menos en la necesidad de dejar de verme como un joven cuasi adolescente. Así que, tras subirme los pantalones, tomé el manual de cosas de gente grande que todo adolescente tiene en la cabeza y me puse a actuar como tal. Asumí que una de esas era visitar parientes enfermos, así que sin que me lo pidieran fui a ver a mi abuelo.

Llegué sin avisar, golpeé suave un par de veces la puerta y me asomé simulando obviedad en mi presencia. En el fondo quería algún agradecimiento porque entendía que las cosas a las que los jóvenes renunciábamos por una visita al hospital eran bastantes más interesantes que la de un adulto. Pero se ve que la ecuación era distinta, y cuando uno se comporta como tal, recibe respuestas de adulto. Al verme, mi mamá se levantó de la cama del acompañante con un “qué bueno que viniste”. La gente acostumbrada a pasar noches en sanatorios cuidando a pacientes desarrolla la capacidad de moverse con rapidez sin hacer ruidos y a susurrar en un perfecto español altamente comprensible. Mientras agarraba su bolso, mochila y matera me pedía que la relevara un rato, que no se demoraría, que tenía que ir a hacer un par de cosas, cambiarse y buscarle ropa al abuelo. Me aseguró que en una hora cuando mucho estaría de vuelta. Desde la

puerta me dijo que ante cualquier cosa tocara el botoncito de la pared para llamar a la enfermera. Cerró la puerta con el mismo sigilo con el que se levantó y se fue. Me sentí como si me hubieran encerrado en una habitación de un hospicio mental.

Mi altruismo se desinflaba si no había testigos. El único –mi abuelo- estaba dormido hace casi un día y probablemente no se enteraría de mi presencia. No hubo transición en el pasaje del orgullo al pavor. Allí mismo, parado entre la marca que las nalgas de mi madre habían dejado en la colcha y la cama de su padre, me di cuenta de que nadie te explica cómo cuidar a un bebé o a un viejo, sino hasta que te topas con la urgencia. La única recomendación que me dejaron fue que tocara el botón, así que lo hice no por necesidad sino por miedo. Mejor chequear. Además, de paso comprobaría si lo que contaban en las películas pornográficas era cierto. Según mis kilómetros de cine condicionado, debería entrar por la puerta una enfermera con un ambo escotado, una pollera extremadamente corta, de tacos y exigiendo saciar sus deseos entre sueros, palanganas con olor a orina y ronquidos de un viejo moribundo. Abrió la puerta un enfermero ostensiblemente excedido de peso y con insuficiencia respiratoria que a los gritos preguntó si necesitaba algo. Temeroso de que despertara al viejo o de que viniera en son pornográfico, le expliqué que había tocado el botón sin querer. Sonrió levemente y se fue.

Me senté en la cama contigua con la delicadeza de quien tiene lumbalgia. Tomé el control remoto y prendí la televisión orando que el volumen no despertara al Kraken. En ese momento comprendí la utilidad que para estas situaciones tienen las películas subtituladas. Sin embargo, por alguna morbosa razón, en los sanatorios y en las terminales de ómnibus los canales de películas suelen emitir la programación con doblajes. Sospecho que debe ser un servicio prepago de segunda mano para darle un cariz más deprimente al ambiente. No me interesaba demasiado ver las películas del horario matutino, pero necesitaba algo que me hiciera sentir que el tiempo pasaba más rápido. Lamenté ser tan común, no tener alguna cualidad o hobbies que destacaran. Tenía amigas apasionadas por la lectura que devoraban trilogías enormes mientras yo no era capaz de leer un titular, o compañeros que componían canciones para sus bandas. Cualquiera de

esas cosas me habría servido para pasar el tiempo en el sanatorio. Allí no había mucho para ver, cada lugar que miraba me deprimía porque en todos los objetos parecía estar tatuada la marca “para personas incapacitadas”, desde la mesa alta con rueditas hasta la tv puesta en altura. Ni hablar del baño.

- Fijate que se rompió el aire acondicionado.

La voz llamativamente clara de mi abuelo interrumpió mi patrullaje visual por los pequeños alrededores. Había visto en las películas que la gente suele pararse a la altura del hombro del paciente para hablarles inclinándose levemente cerca del oído, así que imité esa postura lo mejor posible.

- ¿Qué necesitás, abuelo?
- Llamá al negro ese que venga de una vez a arreglar el aparato que me estoy cagando de calor.

No sólo los nervios del debut le restaron importancia al comentario racista, sino también el desconcierto que me generó su reclamo. Era invierno y la habitación estaba helada por culpa del vidrio de papel de la ventana metálica, además de que en el techo solamente había un ventilador apagado hace tanto tiempo que en los bordes de sus astas ya había juntado tierra.

- ¿Te referís al ventilador, abuelo? –No me pareció respetuoso entrar en debates que lo pudieran hacer sentir mal o desorientado.

No contestó. Siguió durmiendo sin siquiera haber abierto los ojos en algún momento. Di dos pasos hacia atrás y me volví a sentar sin apartar la mirada de los detalles de su rostro como si chequeara un motor que acababa de fallar. Los ruidos del pasillo volvían a escucharse. Durante la conversación con el abuelo, hubo silencio absoluto alrededor, como si mi cuerpo hubiera activado un sistema de atención de corto alcance para concentrar las energías en aquel diálogo. El tintineo de las ruedas de las camillas acompañados de los gritos de los enfermeros que divagaban con libertinaje de tono y temática me resultaban tan típicos del lugar. Me impresionaba que ciertos sonidos u olores fueran exclusivos

de determinados lugares. El olor a dentista, por ejemplo. O el ruido de la rueda alocada de las camillas que no se asemeja en nada al de la rueda alocada del carrito de supermercado.

Había pasado más de media hora y no sentía que mi madre estuviera ni cerca de volver. De niño, a uno lo habitúan a esas mentiras de emergencia y son fáciles de detectar. El hambre era otro de los factores que no había considerado, y al pensar en la mía, pensé de inmediato en la de mi abuelo. Se me revolvía el estómago de pensar en tener que darle papilla en la boca y ver en primerísimo plano ese masticar tembloroso y la lengua violando las fronteras bucales arrastrando migas hasta la barba. El hambre se me fue en tres, dos uno.

- Cabo, arréstelo inmediatamente.

Hasta para mí era claro que estaba divagando. El hecho de haber reconocido que la nueva escena no ameritaba el esfuerzo por levantarme me hacía sentir un experto en cuidados gerontológicos. Lástima no haber tenido algún hermano menor frente al cual sentirme un experimentado. En vez de preocuparme, me pareció una buena oportunidad para divertirme siguiéndole el juego.

- Como no, ya mismo –era difícil saber qué entonación adoptar porque no me había dado pistas del papel que debía interpretar-.

Me impresionaba la perfecta dicción y la elocuencia con la que expulsaba frase tras frase como si ni los signos de puntuación ni la respiración entre palabras existieran. Describía en detalle las características de un cuartel y se detenía extensamente en detalles que en una conversación real serían molestos. De inmediato comprendí que mi participación era tan innecesaria como imperceptible. Era un sencillo espectador del cual también se podría haber prescindido. Estuvo un largo rato describiendo el escritorio sobre el que desempeñaba –según él- su trabajo con responsabilidad patriótica. Aparentemente lo habían obtenido en un allanamiento. Me habría interesado escuchar detalles al respecto pero se entretuvo imitando entre carcajadas los gritos de una señora de unos setenta años

que habría pedido llorando que no se llevaran la mesa de su esposo. Me pareció bizarro ver a un viejo burlarse de la voz de una vieja. El disfrute de mi abuelo contrastaba con mi pavor. Sin darme cuenta, estaba frunciendo el ceño. Temeroso de que el cuento derivara a aspectos más morbosos, me apuré a atajar a la enfermera que se ofrecía a cambiar la vajilla del té. Están limpias, le dije, y casi la empujé hacia afuera. Sobre mi nuca llegaban palabras entrecortadas, pero alcancé a identificar claramente algunas expresiones como *buzón* y *conchita*. Apurado, cerré un poco más la puerta hasta que sólo le veía media cara a la enfermera. Noté su molestia y me excusé diciendo mi abuelo se acaba de dormir, perdón.

Cuando volví al lado de la cama, exhalaba dormido. Suspiré y lo miré con las manos en la cintura.

- ¡Zurdo de mierda!

El grito me asustó por lo inesperado. Fue como una tos que le salió por reflejo. Además, me molestó porque me sentí aludido. Lo único que faltaba era que el viejo se estuviera haciendo el agonizante y aprovechara su cuadro para putearme. Me acordé que mi madre me había dicho que la deshidratación podía generar delirios, así que apurado por acomodarle los tantos le aflojé el suero y las gotas se aceleraron. El monólogo se estaba poniendo algo denso. Hubiera aceptado el papel de cómplice de abusos sólo en pantalla grande o en un teatro de calle Corrientes, pero de ninguna manera sentado sobre una frazada símil arpillera en un sanatorio decadente y teniendo como pareja de actuación a un viejo en un momento de delirio. Tuve como reflejo acomodarle la frazada y subírsela hasta el cuello, como si intentara poner un velo de intimidad sobre un inconsciente que se desnudaba en público. Por primera vez le toqué la frente, creo que en un intento de apaciguar esas ideas que me habían parecido demasiado precisas. Más que calmarlo a él, creo que estaba intentando cuidarme a mí mismo.

La puerta se abrió, primero entró el sonido de frascos de ampollas siendo azotadas sobre bandejas de acero y luego, mi madre. Ingresó con el mismo sigilo

con el que se había ido casi dos horas antes. Saludó haciendo una leve mueca de sonrisa y levantó las cejas en dirección a su padre como preguntando qué tal.

- Ma, ¿te acordás que me dijiste que cuando yo fuera un poco más grande me ibas a contar del trabajo que tuvo tu papá cuando vos eras chica? Creo que ya tengo una idea de lo que hacía.

(Seud.: Moyo)

Jacobo y la cantera

Golpear la piedra, una y otra vez; quebrar sus mañas, dotar de vida a su aspereza. Los estruendos del hierro reverberan en la cantera y recogen, del pasado, a los picapedreros muertos. Ecos fantasmales regresan sedientos de sol, de nudillos que crujen, de músculos tensos y lomos ajados. Vuelven, como resuellos del misterio, al yugo de la roca que alguna vez le dio sentido a sus vidas. La evocación, en cada mazazo, los arranca del bosque y los desperdiga por el campo a pastar silencios.

Estoy acompañado por mis pensamientos, en esta cantera olvidada y lejos del pueblo. Aquí he hallado lo que anhelaba: un bloque de granito que algún cabuquero habrá arrancado de la veta en un tiempo pretérito. Un buen trozo de roca de colorado feldespató y vítreo cuarzo, cubierto por tupidos brezos y un yuyal pajoso, que debí despejar con paciencia. Mientras lo trabajo, con aires de tallista, e intento una pieza sólida que mitigue mi dolor, bajo las nubes plumizas observo tímidos resplandores que toman forma y me rodean. Ya no temo, esto se ha manifestado desde los primeros momentos en el lugar. Son espectros; quizás los esclavos del algún imperio que llegaron en barco remontando el ancho río, más allá del valle. Cautivos, engrillados y provistos de cuñas, barretas y primitivas escodas, para separar la piedra que fuera destinada a diversos monumentos. Pobres cristos que han retornado, gracias al golpeteo que produzco, y se detienen

a contemplar las herramientas llenas de polvo: la escuadra, la bujarda, mis agudos cinceles y anchos escoplos. De cuando en cuando, alguna de esas manos transparentes pasa de largo intentando aferrar un mango.

Con el pasar de los días, los espíritus que rifaron sus vidas carnales por un eterno picar, se han atrevido a murmurar, en mis oídos, largas melodías quejumbrosas de sus terrenales penas. Supongo, se alivian de los purgatorios que los condenan a vagar, por siempre cerca, de la indolente piedra. Igual que ellos, he llegado hasta aquí a expiar mis males. Las ánimas se han materializado desde la bruma y la penumbra; mientras que yo he atravesado el cerrado bosque, con sus cipreses que rascan el cielo, sus interminables abetos, las hayas y los viejos cedros y los lobos, que moran y cazan en el agreste terreno, de la misma organizada manera que lo hacían cien años atrás, mil años atrás.

He venido por una comunión de roca, una hostia misericordiosa de granito, clamando alguna clase de perdón a los ángeles del firmamento pero, hasta ahora, solo he hallado el azote del detrito que voy dejando en esta amarga desolación de picapedrero. De todas maneras, concluiré mi obra, igual que el esmerado artesano que esculpió a “Las Tres Gracias”, con ese afán y ese temple. Necesito salvar mi atormentada alma.

Yo soy Jacobo Herrera, un asesino de los míos, un chacal que ha sabido disimular entre los corderos pero, con el cerco cada día más estrecho, siento que el final está cerca. Soy un torturado cantero, hijo y nieto de picapedreros de oficio y, aquí estoy, trabajando la roca, con tantos callos por fuera como por dentro. A golpe de puntas y con los ecos, atraigo a los muertos que comienzan a mostrar ansiedad por liberar sus historias. Por las noches, junto a una fogata, me ovillo agotado y duermo. En esta lejanía encuentro cárcel y consuelo y sueño... Sueño con mineros que hacen nido en el carbón y empollan fútiles esperanzas en las entrañas de la tierra y, en ocasiones, aparecen los que despaché, ensangrentados y riendo, más unidos aún, mientras me ahogo en el duelo de un hombre que fue bueno pero trastocó su futuro en una bestial marejada de celos.

Pasan los días y caen pesadas las tardes, el bosque se anega de sombras, aúllan los lobos mientras persisto en la piedra. Busco la forma de las cosas bellas, aunque es sencilla mi obra. He tallado treinta y dos escalones, de los treinta y tres que llevará mi escalera. Con ella, pienso alcanzar el cielo y un indulto, a tiempo. Hace días que se terminó el pan y solo hay agua en un viejo pozo pero, en la última recogida, el brocal se ha desmoronado y dicha agua ya no es bebible. Mis costillas se asoman por la carne y mis fuerzas merman, usaré hasta el último aliento para terminar el escalón treinta y tres.

Es notable, mi debilidad atrae la curiosidad de las ánimas y sus murmullos mantienen el ritmo de los golpes y de la talla. Una de ellas, con el rostro estirado como un cuajo, señaló a una piedra rectangular, algo cubierta por los brezos. La grisácea roca aparece surcada por líneas yuxtapuestas, propias de un trabajo con picola. En una de sus caras había una inicial tallada, más dos líneas y tres puntos. Deduje que ese espíritu se remontaba a la edad media, y que esa firma, en la forma geométrica, era suya. De esa manera, los antiguos canteros dejaban su marca en la piedra y era reconocida al llegar a las catedrales o a las edificaciones donde se utilizarían.

— ¡Hola, Don Juan! ¿Cómo está usted? Claro, hombre... volverá a contarme lo de su mujer y los cuernos. Lo comprendo... nos parecemos, ¿verdad? Aunque, usted fue un caballero de noble cuna y yo... solo soy un hijo de humildes trabajadores de la cantera. En eso otro, nos parecemos. Ambos nos enjuagamos la cara con sangre, Don Juan —dije al espectro arrugado y azul, con respeto pero, sin dejar mis herramientas.

—Eusebio, siempre curioseando. Vaya... ha venido con su muchacho y sus pequeños cinceles. Le enseñara el oficio. Lamento, amigo, que este retoño suyo haya muerto cebado de tuberculosis... Y que usted se haya arrojado por el despeñadero. —Mientras hablaba, los ojos del ánima pequeña destilaban la tristeza en el alambique del infinito.

Supongo que este es el epílogo de mi historia. Aquí estoy, rodeado de rocas y de bruta naturaleza, con los caídos espíritus como testigos de mi obra. Ya no tengo fuerzas y a las estrellas que comienzan a despuntar en el piélago negro se suman las de mi mente vencida y mi cuerpo en muscular agonía. Descansaré un poco y subiré esos treinta y tres escalones para redimir la conciencia y mi manchada alma, cerca del cielo.

Soy Jacobo Herrera, picapedrero. Un infeliz que ha hecho de esta olvidada cantera un claustro para el autoflagelo. Un convento de piedra con su comparsa de muertos anclados al desvarío de revivir sus condenas. Como Omar, el moro, que aun tira de esa cadena irrompible que lo sujetaba a un sitio entre las rocas, donde murió como un pobre cabuquero. Entonces, lentamente, recojo mis rodillas y, como un bebé rendido, apoyo mi cabeza en una roca pulida. Duermo, pesado... duermo.

De repente y no sé si en sueños, veo a mi escalera resplandecer como una estrella fugaz y son las ánimas, en dramático regocijo, que la trepan. Van saltando en una pata, como en una rayuela que sube, y desde el último escalón se arrojan al vacío para estallar en esquirlas algodonadas. Luego, se rehacen y repiten su juego, embobadas y enloquecidas; por fin, dichosas.

No comprendo cómo puedo verme famélico y durmiendo sobre la pulida roca y, de alguna manera, ya no parece tan pesada la culpa. Siento un frío eléctrico cuando Julián, el mal formado, pasa raudo y me atraviesa. Sube rápido y, como una paloma herida que se reivindica, se arroja al pedregullo y estalla. En definitiva, yo soy Jacobo, el picapedrero y, allá, mi cuerpo. Yace aniñado, bajo el manto de estrellas, ligero como un cirro. Ahora, he de subir mi escalera y, como uno más, echaré un clavado a la dura nada en esta cantera del olvido.

(Seud.: Daimon)

Algo así suena el amor

Una nueva madrugada y la humedad de la ciudad seguía inamovible. Los adoquines de la calle presumían un resplandor fingido y el reflejo de las luces sobre ellos acrecentaba el aspecto empapado posterior a una lluvia inexistente. Así de inescrupulosa era la humedad, molesta y determinante, capaz de erizar el cabello más suave, de magnificar viejas dolencias, de transformar una escala Celsius en una sensación. Delfina llegó a la puerta de la radio en la que trabajaba desde hacía dos años y saludó a Ernesto, el hombre de seguridad, con una sonrisa. Solía hacerlo, sonreír.

Tenía una vida que apreciaba, había podido estudiar, tenía un buen trabajo, buenas amigas y una familia tipo. Ningún sobresalto, ni hacia arriba ni hacia abajo. Por eso se sentía en la mitad, como si fuera su elección hacia qué lado saltar, y había elegido el positivo.

Entró al control del estudio 1, como todos los días cuando el reloj marcó las 04:50 y como si estuviera orgullosa de saber que eso ocurriría una ligera sonrisa asomó a sus labios finos y rosados.

-Hola, Delfi ¿Remera nueva? -le preguntó el operador del turno noche, mientras comenzaba a acomodar sus cosas para dejarle el lugar al joven que entraba detrás de ella.

Delfina asintió con su cabeza mientras volvía sonreír, era extraño que alguien notara algo en ella. Siempre había sido de las que pasaban desapercibidas. Su cabello llovido, sus ojos pequeños y su baja estatura contribuían a aquello. Nunca se maquillaba demasiado, ni elegía ropa llamativa, pero tampoco se quejaba. A veces, ser invisible, le ofrecía la oportunidad de disfrutar de las personas, de escuchar sus penas y sus alegrías, de traducir sus gestos, descubrir miradas y hasta aventurar ese enigma tan adictivo que se imprime cuando la atracción por otra persona se vuelve bailarina en la mente.

Sabía de eso.

Lo sabía por culpa de cierto conductor, joven y carismático, que llevaba adelante el programa que le seguía al noticiero en el que ella trabajaba. Sólo lo cruzaba durante diez minutos, pero eran los diez minutos más interesantes de todos sus días. Desde su esquina favorita del control fingía acomodar la rutina del día siguiente mientras lo oía saludar y conversar con gesto desprejuiciado a los miembros del equipo.

Le había gustado desde ese primer día en el que se lo habían presentado, aún recordaba que le había dado un beso en la mejilla y había bromeado acerca de su remera, una que insistía en usar aunque luego de ese día no hubiera tenido el mismo efecto. Ahora se limitaba a levantar su mano en señal de saludo, de vez en cuando regalaba algún chiste de moda y ocupaba su silla para comenzar a trabajar.

Sin embargo, ella aún ansiaba esos diez minutos. Unos que se rememoraban por la noche en sus pensamientos formadores de sueños en los que ella era valiente. En los que se levantaba de su oscuridad y lo saludaba con espontaneidad, en los que liberaba su cabello de aquel rodete desordenado y apelaba a la ilusión óptica que ofrecían las máscaras de pestañas, sobre todo en ojos que amanecían de madrugada. En los que lo hacía reír y luego disfrutaba de sus ojos estudiando sus labios. En los que jugaban el sutil juego de la seducción, ese en el que los gestos oficiaban de misivas, las palabras eran estratégicamente analizadas y los roces, en apariencia involuntarios, actuaban de acelerantes para la anticipación de lo que podría ser.

Sin embargo, cuando la mañana regresaba para instalarse determinante, la oscuridad de su rincón ofrecía una seguridad difícil de abandonar, las miradas eran unilaterales y los roces no existían. La realidad golpeaba con crudeza y la vida volvía a su monótona línea sin sobresaltos.

-Delfina, ¿Podrías cubrirme mañana, por favor? -le pidió Martín, uno de los productores del programa de la noche que se estaba yendo y como ella no sabía decir que no a un pedido, aceptó con la sonrisa que siempre llevaban sus labios.

La mañana fue ajetreada como todas las mañanas, el agotamiento de la semana acumulado y los gritos del columnista de deportes habían comenzado a generarle jaqueca, por eso, ni bien la luz roja se apagó, dejó sus papeles y se deslizó con su habitual paso invisible hasta la terraza que tenía la radio, una con un estudio vidriado y una vista hermosa de la ciudad amaneciendo, que siempre le devolvía energía.

Inspiró con esmero y abrió sus brazos como si pudiera abrazar aquel paisaje.

- ¿Semana difícil? -oyó por detrás en una voz que ella y millones de oyentes de la radio conocían.

La sorpresa la llevó a girar de manera repentina y su traicionera mente, a mirar su reloj. Aún no habían llegado sus diez minutos y sin embargo allí estaba, sentado en una de las reposeras con su campera abrochada y sus piernas cruzadas, como si estuviera descansando en la playa luego de una noche de excesos.

-Perdón, pensé que estaba sola -le respondió tragando saliva para comenzar a caminar hacia la salida con prisa.

Zuca esbozó una sonrisa que llamó la atención de Delfina.

- ¿Por qué se supone que pedís perdón? - le preguntó aún en su papel de superación, uno que podía vender publicidades, pero en el fondo no le sentaba del todo bien.

Ella se detuvo y lo miró sin terminar de comprender. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué le hablaba? ¿Que se suponía que le debía responder? pensaba mientras se recordaba a sí misma que debía hablar.

-Sólo vine a tomar aire -dijo finalmente alzando sus hombros como si no encontrara motivo para continuar la conversación.

Él no respondió, inspiró con fuerza como ella misma había hecho antes y estiró sus brazos imitándola también mientras cerraba sus ojos.

-Parece que funciona -le dijo luego frente a su incrédula mirada, que acompañaba a su cuerpo estático.

Entonces se puso de pie y caminó hacia ella.

-Nos vemos el lunes, Delfina -le dijo al pasar por su lado y como si el universo quisiera quebrar su voluntad, sintió su mano sobre su brazo demorando un poco el contacto, en uno de esos gestos que se plantan como una duda imposible en la mente. ¿Fue al pasar o quiso hacerlo?

Sin poder creerlo Delfina permaneció unos minutos allí, lo vio alejarse por las escaleras sin saber si aquello había sido real y aunque se insistía a sí misma en no darle importancia, ese día no pudo pensar en nada más.

Fue entonces cuando algo tan inesperado como ansiado comenzó a suceder. Todas las mañanas, mientras el noticiero radial llegaba a su fin y el programa de actualidad se preparaba para comenzar, ambos coincidían en la terraza de la ciudad próxima a amanecer. Y lo que en sueños sonaba como un juego, comenzó a cobrar vida.

La seducción tiene la habilidad de camuflarse entre las tareas cotidianas para transformar los encuentros casuales en oportunidades con la intención de que nada quede librado al azar. Desde ese día, Delfina comenzó a escoger su ropa con especial interés, ni mucho, ni poco, pero siempre cuidado. Se aventuró a mirarlo a los ojos, a formular preguntas banales, aseveraciones inteligentes y algún chiste inocente. Lo oyó reírse y aunque lo había hecho varias veces a través de la radio, creyó que era la primera vez que sonaba real.

Descubrió que el roce de su brazo había sido reemplazado por un beso en la mejilla, que luego fueron dos, uno al llegar y otro al irse. Estudió su perfil con disimulo, contó los lunares de sus brazos, percibió el corte de su cabello. Le regaló

sus piernas debajo de una falda corta, sus sonrisas nerviosas y las arrugas que sufría su nariz cuando encontraba algo especialmente gracioso.

Y los diez minutos comenzaron a quedar cortos, los intentos por no despedirse hacían de aquel beso final una ilusión y de la mañana por llegar una eternidad.

Es ridículo cómo unos minutos se pueden volver el centro de todo un día, pero cuando logran acelerar latidos y crear fantasías consiguen abarcarlo todo.

-Deberíamos ir a tomar algo vos y yo -le arrojó Zuca una mañana en la que el sol comenzaba a mostrar que en adelante los acompañaría desde más temprano.

Y Delfina creyó que el piso se movía debajo de sus pies.

-¿Deberíamos? -le preguntó incrédula de aquella proposición.

Entonces él la miró a los ojos y tomó su mano para confirmarle que aquello podría ser real.

-Creo que la pasaríamos muy bien -le respondió y cuando sus ojos brillaron, él sonrió satisfecho.

La había invitado a tomar algo, le había dicho que la pasarían bien, la había tomado de su mano; ya no tenía dudas de que no lo había imaginado, estaba ocurriendo.

La sonrisa clavada en sus labios, las ganas de bailar a toda hora y el buen humor repentino estaban justificados. A lo mejor había dejado de ser invisible, a lo mejor alguien había descubierto que debajo de su aparente inocencia existía una mujer dispuesta a amar.

Sin embargo, el sueño no pudo durar. Apenas una mañana más tarde los titulares de los portales la despertaron para no querer volver a dormir jamás. El anuncio del noviazgo del famoso conductor Zuca con una modelo presumía su estética con imágenes de revista.

Era un hecho que se había engañado a sí misma, era estúpido recordar los gestos, las palabras, las miradas. Era inútil intentar explicar.

Esa mañana no subió a la terraza, ni siquiera lo quiso saludar. La humillación de haber imaginado lo que no era, le dolía y solo podía pensar que, para él, era solo una distracción de diez minutos.

Por primera vez en los dos años que llevaba en aquel trabajo pidió ser reemplazada, aunque quedarse en casa con aquella historia replicándose en redes y portales le recordaba su torpeza. ¿Cómo había dejado que el agrado de encontrarlo atractivo se convirtiera en amor? ¿Cómo podía haberse enamorado de diez minutos de conversación? ¿Cómo había imaginado que habían sido los dos?

Regresó tres días después a la comodidad de su oscuro sillón, apenas alzó la vista cuando el conductor saludó y escapó con prisa al notar el desvío de la atención. Entonces aquellas manos que bien conocía la tomaron sin piedad.

-Es mentira -oyó en su reconocida voz para girar sobre sus pies y volver a enfrentarlo.

Pero las heridas dejan cicatrices que nos enseñan a sobrevivir y por eso mismo no se atrevió a confesar la alegría que aquellas palabras le daban. En su lugar alzó los hombros como si fuera una niña pequeña y liberando su brazo continuó su camino.

Caminaba con prisa sin querer volver atrás y sin embargo el anhelo de que aquello fuera verdad la llevó a colocarse los auriculares para volver a oír su voz.

-Buenos días, queridos oyentes de cada día. Hoy voy a cambiar un poco lo que teníamos armado, con perdón de la producción, porque necesito que hablemos de amor -dijo sin temor.

-Necesito escucharlos, que me digan lo que para ustedes es el amor, porque de repente estoy perdido, estoy atrapado en una duda incansable que no me permite concentrarme en nada más.

Díganme ustedes si no les pasó. En un momento estaba encerrado, agobiado, sin poder ver nada más que oscuridad, y entonces un aire matutino, un abrazo a la ciudad y un roce descuidado me despertaron sin avisar. Me abofetearon en la cara sin piedad para mostrarme lo que es importante en realidad. No estoy seguro todavía, pero creo que algo así suena el amor: es una fuerza repentina que te lleva a sonreír, a querer cantar, a rogar contacto, a mendigar un beso, a escuchar con brillo en los ojos, a desear que el adiós no llegue jamás. El amor me devolvió la esperanza, el anhelo, la ilusión, el amor llegó inesperado pero perspicaz. El amor aterrizó en mi terraza y aunque se me quiera escapar, solo siento que lo quiero recuperar -dijo mientras su voz alcanzaba el corazón de una oyente invisible que no podía dejar de llorar.

-Cuéntenme ustedes si algo así les pasó, cuéntenme ustedes como suena el amor
-agregó mientras alzaba la vista al control y una joven de sonrisa contagiosa y ojos pequeños alzaba su mano para hacerle saber que lo había oído y que para ella también, algo así sonaba el amor.

(Seud.: A. W.)

Como todo el mundo

Me propongo recordarlo todo: palabras, gestos, cualquier detalle que pueda quedar en mi memoria. Hace meses que no sueño con ella. Mi madre camina por la playa como si supiese con anterioridad el lugar exacto en el que me encuentro. Lleva puesto un traje de baño azul y una pollera pareo que le cubre gran parte de sus piernas. Esas piernas largas y huesudas de las que siempre estuvo acomplejada. Me abraza fuerte.

A medida que recorremos la playa, me extraña el nivel de realidad: el calor de la arena lastimándome los pies, el griterío de la gente, la brisa del mar, el olor a la colonia que usa mamá. *Me voy a separar*, le digo. *Lo sé*, me responde, con un dejo de pena en la voz. Le pregunto si donde ella está tiene la potestad de verlo

todo. Sí. *¿Todo, todo?*, insisto. Y mamá me clava su mirada, la misma que ponía al descubrir alguna de mis travesuras de niño. *Entonces, ¿qué sentido tiene que te cuente nada?*, protesto. *A lo que no tengo acceso es a lo que escondés, a tus sentimientos*, dice. *Si seguimos juntos va a ser peor para Manuel*, continúo, *últimamente discutimos por cualquier cosa. Mi bebote... Me hace acordar tanto a vos de chico. Es una de las cosas que más extraño. No estar para consentirlo y comérmelo a besos.*

Una mujer pasa a nuestro lado buscando a su hijo a los gritos. Algunas personas se acercan e intentan ayudarla: le preguntan la estatura, qué lleva puesto, el color del pelo.

Le voy a dejar el auto y la casa de Buenos Aires. El departamento de la playa me lo quedo yo. Me voy a venir a vivir acá. Mamá me escucha con la atención de siempre. De pronto me hace una pregunta tan simple que me descoloca: *Decime una cosa, Pablo: ¿Has sido feliz alguna vez? Supongo que en parte sí, como todo el mundo*, respondo. *¿Y vos?*, pregunto yo, ahora. *Supongo que en parte sí, como todo el mundo.* Reímos.

Unos metros adelante, un hombre intenta que su hijo se meta en el mar. El niño no quiere saber nada.

¿Te acordás del miedo que le tenías al agua?, me pregunta mamá. Cómo olvidarme. Doce años y aún no había aprendido a nadar. Habían probado de todas las maneras: con incentivos, con engaños, con... No había forma. A lo máximo que llegaba era a meterme hasta la cintura, en la pileta del club. Hasta aquel enero del noventa y dos en esta misma playa. Salvo los abuelos, que cuidaban las cosas en la arena al resguardo de la sombrilla, papá y mis hermanos se la pasaban en el agua. Para todos yo era un caso perdido. Para todos, menos para mamá, que se quedaba conmigo en la orilla. Yo le decía: *Andá, metete.* Y ella me regalaba la mentira más linda del mundo: *No, sola no. Me da miedo. Ahora, si vos me acompañás...* Y así cada verano. Hasta que ese año, a la semana de obligarla a respetar los límites que le imponían mis miedos, no pude resistir la culpa y me animé: "Bueno, pero prométeme que no me llevás a lo hondó. *¿Estás seguro? Sí.* Entramos muy despacio, con mis brazos aferrados a su cuello como tenazas.

Mamá intentaba distraerme, hacerme reír. Cuando llegamos a una profundidad en la que el agua me llegó a los hombros, grité: *¡Hasta acá!* Ella me miró y dijo: *Pero mirá hasta dónde llegamos. No, me da... Vamos, amor. Un poquito más.* Y quizá fue la dulzura de sus modos, la paz de su mirada, la sonrisa cómplice. Lo cierto es que, poco a poco, mis brazos se fueron soltando de su cuello, mis manos se encontraron con las suyas y comencé un pataleo desordenado.

Otra vez la mujer en busca de su hijo. *Pobre*, dice mamá. Y un gusto amargo me viene desde la garganta. *Te extraño*, le confieso. *Aunque sea un grandulón de cuarenta y pico, te extraño.* *Lo sé*, me dice. *La muerte es una porquería*, protesto. Pero mamá no contesta porque, en ese instante, la mujer que busca al niño corre hacia la orilla, en donde se reúne un grupo de gente.

Vamos a ver, le digo. *No.* *Vamos*, insisto.

En la orilla, un guardavidas se esfuerza por revivir a un hombre. Me recorre una sensación de alivio al ver que no es el chico, pero inmediatamente después me estremezco al reconocer las piernas chuecas, la cicatriz de apendicitis y el tatuaje en el brazo izquierdo que me hice en unas vacaciones, en Brasil.

Siento rabia, pena, miedo. Pienso en Manuel. En sus diez años y en todas esas cosas que voy a perderme. Lloro como un niño.

Vení, me susurra mamá. Y me toma de la mano.

Adelante, el mar.

(Seud.: Mili)

Merienda

La chica aspira con fuerza el vapor que sale del jarro de acero que está sobre la hornalla. “Según mamá, las hojas de eucaliptus alivian el pecho”, explica a las dos muñecas que están sentadas ante la mesa de la cocina. “No le digan que me puse el vestido de salir”, les recuerda. “Y ni una palabra de la invitación que le voy a hacer a Manuel cuando traiga el pedido”, les advierte. Ella sonríe ante el silencio inerte de los juguetes. Una vez más aspira el vapor de eucalipto. El timbre la pone

en movimiento. “El vestido me aprieta un poco”, susurra a las muñecas, mientras acaricia la tela blanca con pequeñas flores rojas. “Tengo casi trece y todo me queda chico”, dice a las muñecas que ni la miran.

Cuando pasa de la cocina al recibidor, la silueta de Manuel en el vidrio esmerilado enrojece sus mejillas. Abre la puerta y ahí está, con los rulos brillantes por el sol. Sin disimular, la chica espía los fragmentos de piel entre los tajos del vaquero.

-Hola, Nati –suspira el muchacho que, luego de apurados pestañeos, detiene la mirada en los cabellos oscuros y las dos hebillas que despejan la frente. Sin descuidar el equilibrio de la caja de cartón con el pedido, le besa la mejilla. Nati aprovecha la cercanía para rozar el brazo derecho.

- ¿Está todo? –pregunta la chica- Siempre te olvidás algo.

-Revisé la lista como veinte veces.

-Si compré pocas cosas.

- ¿Problemas de plata?

-No. Mamá cada vez come menos –hace una pausa- y Leo está con mi tía.

- ¿Tu mamá está mejor?

-No, se mueve poco. Le duele todo, a pesar de las gotas que le recetó el doctor.

-Pobre –dice Manuel, mientras detiene el deslizamiento de la caja con el muslo izquierdo.

Nati lo invita a pasar y lo sigue hasta la cocina. Manuel sonrío al ver las muñecas en las sillas, como si esperasen la merienda.

- ¿No estás grande para esto?

-Sos malo –le da una suave palmada en el brazo- me aburro sin mi hermano y con mamá todo el día acostada –y señala hacia la planta alta.

-Claro –Manuel deja la caja sobre la mesada- Mi papá te manda esto –y le muestra un estuche decorado con la imagen de un lago rodeado de montañas – galletitas importadas, de las más finas.

- ¿Tu papá me regala esto?

-Más o menos.

Nati agradece con un beso en la comisura de los labios. Los ojos plásticos de las muñecas no perciben el rubor que invade el rostro de ambos. Él se apoya en el mueble y ella retrocede un paso.

- ¿Querés venir a tomar la leche cuando terminés los repartos? -Manuel acepta y ella da unos saltos infantiles.

Nati acomoda dos tazones floreados, servilletas, cucharitas y la azucarera en la mesa de la cocina. “Sólo dos, porque ustedes van al living a ver televisión”, explica a las mudas muñecas. “Por charlar tanto me olvidé del té de mamá”, reprocha. Sobre una bandeja dorada extiende una carpeta con rayas y coloca la taza con té tibio, el plato con dos rodajas de pan y una servilleta. Sin descuidar la superficie oscilante de la infusión, empieza a subir por la escalera.

Después del último escalón, se detiene unos segundos. Para llegar al dormitorio de la madre, toma el pasillo de la derecha. En cuanto abre la puerta, frunce la nariz. “Hola, mamá. Te traje la merienda”, anuncia a la sombra inmóvil que está sobre la cama. Como el gran ventanal tiene las persianas bajas, Nati enciende la luz. “Mañana voy a limpiar este cuarto”, le dice. La mujer mira más allá de su hija. Los brazos flacos y secos están fuera de la manta. Nati apoya la bandeja en la mesa de luz y vierte unas gotas en la infusión. “El té con el remedio” y acerca la taza a la boca apenas abierta de la madre. Parte del líquido se derrama y mancha el camión. “Te lo cambio después”, promete. Con ternura, besa la frente de su madre. “Tenés la piel muy seca. Necesitás crema”, comenta. Antes de salir le dice “te dejo la puerta abierta así entra el perfume de eucalipto” y apaga la luz.

En el rellano, vuelve la mirada hacia una de las puertas del pasillo de la izquierda y empieza a bajar. “La habitación de Leo”, dice a las muñecas desde la mitad de la escalera. “Le voy a decir a la tía que se vaya, así me encargo de mi hermano”, agrega con energía. “Ustedes, al living”, dice a las muñecas mientras las traslada hasta el sillón. Nati enciende el televisor. Por fin, suena el timbre. En el camino hacia la puerta, descubre unas salpicaduras de té en el vestido. Por unos segundos, permanece inmóvil. El timbre vuelve a sonar y ella sacude la cabeza como si despertara de una pesadilla. La sonrisa de Manuel distiende el rostro de Nati.

El saludo es más torpe que el anterior. Ella le comenta lo del vestido y él se ríe. Manuel acaricia la mejilla con dos dedos y ella cierra los ojos. Nati mira hacia el living, pero las muñecas no se inmutan. Manuel la observa con seriedad.

- ¿Qué pasa? –pregunta Nati.

-Hay olor raro.

-El eucalipto –explica, señalando el jarro sobre la hornalla.

-Es otra cosa.

-Todavía no saqué la basura.

-Debe ser eso.

Manuel se sienta. Nati lleva a la mesa una jarra de porcelana y un plato con vainillas. Después, vierte chocolatada en los tazones. Manuel echa tres cucharadas de azúcar y revuelve. Nati está atenta a sus movimientos.

- ¿Cómo está tu mamá? –y señala hacia arriba con la cabeza.

-Igual –responde ella con un suspiro.

- ¿La puedo saludar?

-Debe estar dormida. No quiso merendar.

Manuel prueba unos sorbos del chocolate. Olfatea y pone mala cara.

- ¿No te gusta? –pregunta Nati.

-Está muy caliente. Y la mezcla de olores... -Una arcada le impide seguir y un poco de líquido marrón vuelve a la taza. La frente brilla de sudor. Ella se pone seria.

- ¡Cómo lo vas a escupir! –reprocha con enojo infantil.

-Es el olor de la basura –balbucea con la mano en la nariz-. Si querés, la saco.

-No, dejá. Me hacés enojar –dice.

-Perdoná, pero me acordé de algo. Un encargo de mi mamá.

Nati está en silencio. Él se levanta y ella mira el jarro sobre la hornalla.

-No te enojés. Vengo otro día –promete Manuel.

Nati no contesta. Lo ve salir de la cocina y escucha otra arcada. Después, el ruido de la puerta que se abre y se cierra. Se queda un rato sentada. Despacio, camina hacia el living y se sienta con las muñecas. Las abraza y besa las mejillas de plástico. Por un rato, se queda así. “Cuando vuelva Manuel, le doy el remedio de mamá así se queda siempre conmigo, como Leo”, dice mientras las lágrimas mojan el pelo áspero de las muñecas. “A la tía le digo que se vaya y yo me encargo de los dos”, hace una pausa y agrega “de los tres, cuando vuelva Manuel”. Sube el volumen del televisor. Lo pone tan alto que no escucha que algunos vecinos empiezan a llegar, alarmados, hasta la puerta de su casa.

(Seud.: Oliver Bag)

En venta

Caminaba por uno de los tantos pueblos que tiene el interior de la provincia más hermosa del país y pensaba en lo afortunado que me sentía por estar en ese lugar, siendo que poco tiempo atrás me encontraba encerrado entre las cuatro paredes de una oficina sin ventanas, con una pila de papeles por sellar y un montón de sueños que quedaban tan aplastados como aquellas hojas. Recorría las callejuelas de tierra dando pasos muy suaves y con la mirada contenta, como quienes saben que han ganado en su vida o, por lo menos, están ganando en ese momento. Había muchos puestos, diversos y coloridos, en los que se vendía de todo a los paseantes: ropa, adornos, artesanías y hasta perfumes caseros. No me atraía demasiado aquella feria, lo reconozco, ya que nunca fui propenso a las compras ocasionales, pero la paz que me colmaba el cuerpo me permitió observar cada uno de los productos que se ofrecían y valorarlos con amabilidad. El sol estaba en su esplendor pero bajo la sombra de los toldos se estaba muy bien, con una temperatura agradable y una suave brisa que un poco refrescaba las pieles. En cierto momento, mientras pensaba en María, como siempre, vi un puesto alejado en el que había una señora muy pequeña sentada, avejentada entre sus cientos de arrugas, con un pañuelo en la cabeza y nada en el mostrador. Me acerqué un tanto extrañado para saber qué hacía la mujer allí si no tenía nada visible en venta y tampoco estaba conversando con alguna otra persona, que también me llamó la atención, ya que toda la gente estaba vendiendo algo o hablando con alguien más. Cuando estuve cerca de ella, noté que con sus manos sostenía un cartel y ese cartel fue una cachetada a mi credulidad: “Vendo tiempo”, decía. Lo primero que imaginé al leerlo fue que aquella pobre mujer estaría loca de remate, totalmente desquiciada y que su única ocupación durante el día sería estar allí sentada y creer que formaba parte de aquel grupo feriante.

—Buen día, joven. Recuerde beber agua porque hoy hace calor.

Le respondí con cortesía mientras me di cuenta de que, al pronunciar aquella frase, la señora estaba demostrando que tenía percepción de tiempo, que me había reconocido como alguien joven (o más joven que ella, por lo menos) y que tenía consciencia de que ese día hacía calor, con los consecuentes cuidados que hay que tener presentes. Por lo tanto, tan loca no estaba. No pude aguantar la curiosidad de preguntarle cómo era eso de vender tiempo, disculpándome si le faltaba el respeto con mi duda.

—Así como lo lee, joven. Vendo tiempo.

Sí, eso estaba claro, así que volví a consultar acerca de los detalles, es decir, cómo se vende el tiempo, cómo me lo entregaría, cuánto podría ser el valor de aquello incalculablemente alto.

—¿Le interesa el tiempo, joven?

Le respondí que sí.

—¿Cuánto?

Esa fue una pregunta que no me gustó, pero quise seguir indagando. Le confesé que mucho, demasiado, que el tiempo era una obsesión para mí y que realmente estaba interesado en saber sobre la transacción. Asintió con la cabeza sin decir una palabra. Me exasperaba su tranquilidad y su hermetismo, ya que casi no había respondido ninguna de mis preguntas. Fortaleciendo mi tono, volví a consultarle sobre las condiciones de venta.

—Eso lo sabrá cuando me lo compre. Le aseguro que se dará cuenta cuando lo reciba.

La odiaba, pero me había ofrecido el mejor producto que alguien como yo pudiera comprar y estaba al alcance de mi mano. Quizás era un guiño del destino, que después de escucharme pedir tiempo y de verme analizando de qué maneras hacer rendir más mi tiempo, mis días, mi vida, me estaba acercando aquello que regía mi existir. O quizás era una estafa, muy probablemente, pero ¿cómo podría

resistirme a probar? Traté de disimular mi ira por la falta de respuestas de aquella mujer que en apariencia era adorable pero que encarnaba al mismísimo demonio y podía hacer enojar hasta al más pacifista de los que caminábamos por ahí, que era yo, sin lugar a dudas. Le pregunté, entonces, cuánto costaba el tiempo.

—Usted podrá pagarlo.

Era una provocadora y presupuse que quería hacerme fastidiar, quería dominarme, pero no lo conseguiría. Saqué mi billetera del bolsillo, la abrí e hice un gesto de ofrecérsela para que entienda que quería pagarle, pero esta vez sin hacerle la pregunta.

—Cincuenta dólares.

Fue la única precisión que me dio y me hizo un ruido estremecedor: si realmente me iba a vender tiempo, era muy barato; si era una estafa, era muy caro. Me dolía arriesgarme a perder cincuenta dólares y por un momento maldije mi suerte, protesté por estar haciendo ese viaje y haber tenido que encontrar a aquella anciana que ahora me había puesto entre la espada y la pared. ¿Iría tras mi sueño por cincuenta dólares? ¿Me atrevería a quedar como un estúpido si todo aquello fuera mentira? Medité lo más rápido que pude y, finalmente, le entregué el dinero que me había pedido. Ella lo tomó con una mano e hizo un ademán con la cabeza como agradeciendo mi confianza. Nos quedamos callados ambos durante unos minutos, mirándonos mutuamente: yo esperando que ella me entregara algo o me diera alguna clave, alguna señal, y ella esperando que yo me fuera para dejarle el lugar a otros potenciales clientes, que hasta el momento no había. Harto, totalmente impacientado y con cincuenta dólares menos en mi billetera, le exigí que me dijera qué hacer, cómo recibir el producto o dónde lo encontraría.

—Ya se lo di.

Respiré profundo para no insultarla. Le pedí que me repitiera lo que había dicho.

—Ya le vendí mi tiempo, señor. Hace quince minutos que está aquí hablando conmigo. Yo vendo tiempo, *mi* tiempo.

Abrí muy grandes los ojos hasta casi desorbitarlos y le exigí que me explicara de inmediato lo que estaba sucediendo.

—Cada quien le da a su tiempo el valor que considera. Estoy segura de que, a partir de hoy, usted valorará más su tiempo. Eso va de regalo.

Fue la única vez que no me estafaron al realizar una compra callejera. Y, a decir verdad, cincuenta dólares por una lección de vida es un precio muy barato.

(Seud.: Aeropuerto literario)

No dejes para mañana...

El Mario de hoy entró en las oficinas del Microcentro bonaerense con la puntualidad que lo caracterizaba. Al otro lado de la recepción Sara lo miró haciendo uso de esas facciones poco expresivas que parecían estar talladas a su rostro. Como cada día el saludo de Mario pareció caer en oídos sordos pues la chica, luego de contemplarlo con ojos aburridos por unos segundos, bajó la cabeza y siguió con lo que estaba haciendo (probablemente matando el tiempo con su celular, pensó Mario al tiempo que esperaba la llegada del ascensor) Mientras el ruido del aparato en descenso comenzaba a llenar el ambiente, el estómago del Mario de hoy profirió algunos sonidos extraños acompañados de unos leves retorcijones. A partir de ese momento supo que esto era solo la previa a una jornada laboral interrumpida por numerosas visitas al baño. Cuestión que siempre lograba incomodarlo, pues al contar con solo un inodoro y casi nula ventilación era prácticamente imposible borrar las huellas de las visitas prolongadas que tendían a dejar al ambiente cargado con su presencia por no cortos períodos de tiempo. Una nueva ola de sonidos y movimientos abdominales

hizo acto de presencia al tiempo que el Mario de hoy giraba la cabeza disimuladamente para observar si Sara había oído algo. La chica seguía mirando su celular exactamente en la misma posición que antes, por lo cual Mario se sintió cómodo en la suposición de que sus manifestaciones estomacales no habían sido escuchadas más allá de los confines inmediatos de sus oídos. A pesar de ello la sensación le resultaba molesta y no pudo evitar maldecir un poco al Mario de ayer, el culpable de su malestar. Al Mario de hoy le resultaba inconcebible y hasta se atrevería a decir que estúpida la idea de comerse una pizza entera él solo, sin embargo el Mario de ayer encaró esa proeza alimenticia con felicidad. En honor a la verdad sus decisiones no estuvieron completamente exentas de ciertas reticencias, pero aquellas fueron rápida y contundentemente vencidas mediante algunas gimnasias retóricas que incluyeron referencias a previas y espaciadas sesiones de entrenamiento ayudadas por borrosos recuerdos de algunas ensaladas que fueron consumidas con pocas ganas y aún menos satisfacción. Una leve sensación de hinchazón estomacal y un letargo perfectamente justificable fueron las más graves consecuencias a las que se tuvo que enfrentar el Mario de ayer, experiencias que no arruinaron su noche bajo ningún punto de vista y que ciertamente no se perfilaban en su mente como posibles obstáculos con los que el Mario de hoy tuviera que vérselas. La llegada del ascensor le permitió al Mario de hoy sacar su atención de las vicisitudes alimenticias. A pesar de ser un hombre razonablemente delgado, Mario siempre se asombraba de lo estrecho que era aquél receptáculo de metal que lo transportaba de arriba a abajo entre trabajosos traqueteos y los ocasionales y misteriosos rechinidos a los que era difícil acostumbrarse, sobre todo si uno era un poco temeroso de los espacios cerrados. El Mario de hoy ciertamente sentía ciertas reservas claustrofóbicas, pero no tantas como las que el Mario del año pasado sufría. Ese otro Mario prefería llegar media hora más temprano para tomarse el tiempo de subir los catorce pisos por escalera antes que poner un pie en el pequeño ascensor. Sin embargo aquellos reparos comenzaron a debilitarse cuando llegó el verano y las maratónicas subidas terminaban por hacerlo llegar a la oficina envuelto en una capa de transpiración de características nada cómodas. En momentos como esos

el Mario del año pasado se veía en la obligación de ingresar al baño y rezar porque el receptáculo del inodoro estuviera desocupado para proceder (toalla de mano previamente preparada mediante) a quitarse la camisa y secarse todo el sudor que envolvía insistentemente su cuello, brazos y espalda. Este proceso podía durar hasta quince minutos, por lo cual ese tiempo extra debía sumarlo a través del simple pero doloroso proceso de restarlo de sus momentos de sueño. Ahora bien, si había una cuestión que el Mario del año pasado y el Mario de hoy tenían en común era su gusto por dormir, preferencia que lo instó más pronto que tarde a reeducar su mente hasta poder soportar con mediana soltura los viajes en ascensor en favor de un dulce paquete de minutos extra que podía pasar envuelto entre sus sábanas. El Mario de hoy presionó el botón que indicaba el piso catorce y apoyó su cabeza contra el frío espejo que cubría gran parte de la pared opuesta a la puerta. Acto seguido cerró los ojos y se dispuso a realizar aquellas respiraciones profundas que solían tranquilizar sus nervios mientras el ya aquejado estómago protestaba por el súbito tirón de la ascensión. Como en cada uno de estos estresantes viajes, la mente del Mario de hoy luchó por concentrarse únicamente en las inspiraciones y exhalaciones, entrando en una especie de estado meditativo a la espera de aquella inconfundible sensación de detención acompañada del dulce sonido de las puertas al abrirse para por fin dejarlo libre. El aire acondicionado de la oficina, elemento ordinariamente alabado por Mario, se volvió un problema desde el momento en que traspasó las gruesas puertas de vidrio. Su estómago dio un grave y sonoro quejido con el cual comunicaba enfáticamente a su dueño que no se encontraba en condiciones para soportar el aire frío que inundaba el ambiente. Maldiciendo una vez más al Mario de ayer cruzó la oficina hacia su despacho mientras concentraba los músculos faciales para poder ofrecer una sonrisa que enmascarara un poco todas las cosas que estaban pasando en ese momento en su vientre. Sin embargo en el instante en que ingresó en su despacho particular sus pensamientos volvieron de inmediato hacia el Mario de ayer. Allí, apilados sobre la lustrosa madera de su pequeño pero elegante escritorio, había una considerable pila de papeleo que esperaba impasiblemente su atención. Casi podía ver al Mario de ayer sopesando la

cantidad de trabajo acumulado mientras el reloj de la pared izquierda le indicaba que en media hora estaría absolutamente justificado a irse de la oficina para viajar tranquilo y llegar con tiempo de sobra a ordenar una pizza y ver el partido. El Mario de ayer sabía que podría haber liquidado algunas de las tareas en ese tiempo, sin embargo su mente estaba más concentrada en los aspectos culinarios y futbolísticos que en los problemas que pudiera tener el Mario de hoy, el cual ahora contemplaba con creciente malestar la perspectiva de encarar aburridos expedientes que probablemente debían ser entregados en un par de horas. Para el mediodía y luego de una ardua sesión de trabajo, el Mario de hoy había logrado liquidar los papeleos retrasados y con ello había conseguido quitar casi por completo al Mario de ayer de sus pensamientos. Lamentablemente este volvía a su mente con cada visita al baño que el traicionero y debilitado estómago le obligaba a hacer, visitas que ciertamente no fueron pocas y probablemente hayan sido silenciosamente notadas por todos sus compañeros. Entre una cosa y otra el tiempo pasó volando y, para cuando se estiró en la silla luego de haber terminado de enviar unos correos electrónicos, sus ojos se abrieron por la sorpresa al notar que solo faltaba media hora para poder salir. Una sonrisa se dibujó rápidamente en su rostro ante la perspectiva de la libertad cercana. Entonces notó algo más que ensanchó su mueca de felicidad en forma instantánea: el dolor de estómago había desaparecido. No solo había desaparecido, sino que además ahora tenía mucha hambre, sensación que creía condenada al ostracismo más irremediable. Mientras comenzaba a guardar las cosas su mente, libre por fin de las presiones intestinales, divagaba entre las diversas opciones de comidas que ahora se le antojaban tan apetitosas. Por un momento la idea de una pizza se instaló nuevamente en sus deseos, especialmente al recordar que hoy a la noche se jugaba otro partido importante y una de muzzarella siempre resultaba una compañía agradable. Sin embargo la visión del Mario de ayer logró que la idea sea descartada para ser prontamente reemplazada por la tan fiel docena de empanadas que parecía por alguna razón mucho más amable e inofensiva. Cuando ya estaba casi listo para irse, levantó el maletín y lo que vio debajo puso un freno a sus felices y esperanzadores planes. Agazapada debajo lo esperaba

una pila de papeles ansiosos de ser procesados, clasificados y respondidos según corresponda. Por un momento el Mario de hoy se vio atacado por un gran desánimo, pero entonces una solución perfecta acudió a su mente: ¿este podía ser un problema del Mario de mañana! No era necesario que el Mario de hoy lidiara con todo este trabajo, especialmente cuando la perspectiva de disfrutar del partido en compañía de una docena de empanadas y algunas latas de cerveza yacía tan cercana. Con la decisión finalmente tomada y la sonrisa instalada nuevamente en su rostro el Mario de hoy se despidió de sus compañeros y subió al ascensor. Para cuando atravesó las puertas del edificio el Mario de mañana ya había sido desterrado completamente de sus pensamientos.

(Seud. : Sonne)

Si no fuera por los cepillos

Cierro los ojos para tratar de dormir, me da miedo la oscuridad. Vuelvo a abrirlos. El tipo sigue ahí, inmóvil, al lado mío. Ni un ruido hace, a alguna gente le pasa, eso de controlar los modales hasta dormido. Quiero pararme y mirar por el ventanal, pero me da frío acercarme a tanto vidrio que recorre el largo del monoambiente, medio neoyorquino. Además, no quiero despertarlo, si es que duerme. Hace como media hora que me acostumbré a la penumbra y casi puedo adivinar los cuadros de las paredes, son dos nomás y parecen abstractos. Es lindo el departamento, bien de soltero, este tipo claramente no busca novia. Si no fuera por los cepillos creo que lo seguiría viendo. Bueno y lo del sótano. Tal vez lo de los cepillos empeora lo del sótano. Capaz sin los cepillos al sótano ya me lo hubiera olvidado. ¿Cómo puede ser que haya dejado la bici ahí? ¿Por qué no me la llevé al bar?

Las primeras cuerdas él hablaba del lugar al que íbamos, los tragos y esas cosas mientras yo pensaba, qué boluda, dejé la bici en la casa de un desconocido, no aprendo más. No es que lo del sótano fuera tanto, parecía una de esas escaleras de película yankee. Ni siquiera tuve que bajarla, nomás la apoyé en una especie de baranda sostenida del manubrio, al costado de las escaleras. Le pregunté qué había abajo, dijo que algunas bauleras, ninguna era suya. En ese momento no me pareció tan raro, había una pareja en el hall de entrada esperando el ascensor y lo saludaron amablemente, casi con cariño. A ellos no les llamó la atención lo de la bici en la escalera del sótano.

No tenés límite, diría Joana antes de pitar su porrito de paraguayo, achinando un poco más los ojos, puedo escuchar su voz, argumentando en contra de mis impulsos. Un poco añoro la queja tanguera de mi amiga, más ahora que no sé si voy a volver a escucharla. Lo obvio sería mandarle un mensaje con mi posición en 1 tiempo real o pedirle que me llame para que al menos el tipo sepa que alguien sabe que yo estoy ahí, pero estamos peleadas y no quiere hablar conmigo, ni para retarme, está tan enojada que seguro me dice que me joda por confiada. Ya va a sentir culpa si salgo en las noticias y mi foto se vuelve tendencia.

Tendría que haber ido primero al baño, antes de que me arrinconara entre la barra de la cocina y la columna, por higiene ni hablar, pero más por lo de los cepillos. Porque si los hubiera visto antes, ahí sí que le pedía bajar al sótano a buscar mi bici y me rajaba a casa, me hacía la lady y listo. Que la primera cita no y bla bla. Pienso que estoy a quince cuerdas nomás y estiro las mangas de la camisa que me prestó hasta taparme las manos. Tendría que haber dicho no gracias cuando me la ofreció. Mejor me voy y busco mi bici. Pero hacía frío para volver andando. Ya es tan tarde, si querés quedate me dijo, tendría que haber contestado que no. Si hubiera visto los cepillos antes seguro decía que no, pero me quedé, fui a hacer pis, sacar el maquillaje corrido y ponerme una bombacha limpia. Joana me enseñó que no se sale sin una en la cartera. Es más importante que el cepillo de dientes, dice. Justamente recuerdo sus palabras en el baño de este tipo, donde hay un vaso lleno de cepillos de dientes blancos. Los vi y dije ¿qué hago acá? Lo dije

bajito, sentada en el borde de la bañera. Dieciocho cepillos, los conté dos veces. Ninguno parece demasiado usado. Salí en bombacha y me prestó la camisa. Sonrió y dijo buenas noches. Ahora ni ronca ni se mueve. Para mí está despierto. Son recién las cuatro y veinte. No amanece hasta como las siete. Si fuera verano, al menos en una hora saldría el sol. Pero es noche cerrada y sólo veo la vía de tren semi iluminada. Rara elección para un violonchelista, una casa donde pasa el tren. Aunque bueno seguramente usa auriculares para tocar. Es lindo además, hasta dormido, no tan lindo como en la foto de Tinder. Ahí no se le nota la pelada de la nuca y posando con su chelo no parece tan petiso. Yo le hablé primero porque no me aguanté y él tardó en responderme. Me dijo horas más tarde en el bar que mi foto de perfil no hacía honor a mi belleza. Usó esas palabras tal cual, Joana ya me había dicho que los músicos son medio anticuados, los de verdad no los rockeros. No es que yo sea tan linda tampoco, pero tiene algo de razón el chelista, soy anti fotogénica. A veces pienso en la injusticia.

Si resulta que no es un asesino serial que colecciona cepillos de sus víctimas y nos seguimos viendo y tal vez nos 2 casamos, en las fotos de la fiesta va a parecer que él es mucho más lindo que yo. Voy a tener que esmerarme en el maquillaje.

Un pie suyo asoma de la sábana. Tiene los dedos peludos y es muy prolijo para cortarse las uñas. Qué bueno que dejé prendida la luz del baño cuando fui a estudiar los cepillos por segunda vez. Me quedé un rato ahí sentada en el inodoro, él ni se inmutó.

Entre tanta vuelta se hicieron las cinco. ¿Si lo despierto y le pido que me abra? Invento una reunión importante que se me pasó avisarle. ¿Reunión importante? Va a re preguntar y con eso estará diciéndome que las camareras no tienen reuniones importantes a las siete de la mañana. Es una manía que tiene la de repreguntar, como cuando le dije mi edad. ¿Veintisiete? Parecés de menos. O cuando me serví la tercera copa de vino. ¿Otra? ¿Para qué le dije mi horario de trabajo? ¿Por qué una camarera no tendrá reuniones tan temprano? Bah, no tiene reuniones punto, pero sí muchas veces abre el negocio cuando todavía está

oscuro. Puedo decirle que me escribió una compañera para cambiar turno, eso. Pensar en esa posibilidad me calma y cabeceo, así que me paro para no ceder. Me vienen imágenes de la noche anterior. Él tocando el chelo y yo amagando unos pasos de tango. ¿No les molesta a los vecinos? Pregunté y dijo que las paredes están acostizadas, que no se escucha nada. Si sumamos eso al sótano y a los cepillos. Mejor ni pienso. Descarto lo de despertarlo. Si realmente es un asesino serial, no me va a bajar a abrir como si nada, es obvio ¿Qué opciones tengo de irme? Dejó la llave puesta, la del sótano tiene que estar en el mismo llavero, no recuerdo que usara otro para abrirlo. Tendría que salir con la llave, después el sótano y al final la puerta de salida. A las ocho más o menos le mando la llave con una moto y una nota que diga: “Lo sé todo, la próxima escondé los cepillos”. Es un gran plan, pero ¿si me equivoco? Me encontré a un músico del Colón que lee a Sartre en su idioma original, encima está bastante lindo. Por ahí colecciona cepillos de viaje. Eso es seguro, viaja mucho, me contó que se va de gira a Italia con su chelo. Claro, son cepillos de avión, blanquitos que no dicen nada. Pero, ¿por qué están abiertos en un frasco? ¿Por qué dedica un frasco, un espacio en el baño para eso? ¿Por qué a la vista? Ahora se mueve y en una vuelta su mano izquierda cae pesada sobre mi muslo, por ahí de verdad duerme. La otra es despertarlo y preguntarle por los 3 cepillos, pero en el caso de que no sea el monstruo que imagino no va a querer verme más y con razón. Cinco y veinte, en una hora o cuando sea que sale el sol, lo despierto. Está decidido. Escucho un ruido, parece el primer tren de la mañana. Algo se reactiva en la ciudad. Ya me imagino libre desayunando en el café de la esquina de casa después de pasar a dejar la bici y un buen baño. Desayuno y sigo para el otro café, el que trabajo. La sensación de hogar me invade. Cabeceo, me acuerdo que no me tengo que dormir. Decido repasar la noche, buscar señales de algo más. Empiezo por la mesa en el patio del bar, quiero ir en orden cronológico. Patio con calefacción, ridículo, un poco me recordó a la Navidad que pasamos en lo de mi hermana con tanto calor que hubo que subir los ventiladores a la terraza. Me besó antes de que llegaran las papas y el vino. Él quería un trago, yo cerveza y promediamos en un malbec.

Abro los ojos, se ve que me dormí recordando, porque ahora la luz de la mañana llena el ambiente. Sin moverme demasiado escucho el chelo sonar tenue. Está con auriculares, practicando. Por un momento quiero ser él. Me ve y sonrío. Buenos días, dice. Me siento en el paraíso, le sonrío. Deja el chelo de lado para venir hasta la cama y besarme. ¿Desayuno? Señala una bandeja sobre la barra de la cocina. Calienta café, lo admiro en sus movimientos precisos. ¿Manteca? Unta mis dos tostadas. Deja la bandeja sobre la cama y vuelve a besarme. Estoy muerta de hambre, trato de disimularlo y mastico lo más despacio que puedo.

Cuando levanto la taza de café con leche con su aroma perfecto, veo un sobre de plástico detrás, es un paquete cerrado con un cepillo de dientes blanco, sin estrenar. Lo guardo en mi cartera, tengo que estirarme para agarrarla. Busco el celular pero no lo encuentro. Se da cuenta, me dice que estaba en el piso y lo enchufó. Me siento invadida, ya es hora de irme. Se lo digo y en seguida se abriga para bajar a abrirme. Mientras me visto, prendo el celular. Tengo cinco mensajes de Joana, los dejo para más tarde.

En planta baja, él abre la puerta del sótano, pero ahora, delante de la mía hay otra bici. Pará que yo la agarro, dice. La arrastra con una mano hacia arriba mientras con su pierna sostiene la puerta para que no se cierre. Bajo los escalones, los cuento de a uno, mi bici está en el número once. La agarro del manubrio primero y después del cuadro. Mientras avanzo lo veo haciendo malabares, ahora con el pie, por sostener la bici que no le pertenece. Me pregunto por qué no la apoya 4 directamente en el pasillo, no se lo digo. Pienso en lo fácil que sería para él cerrar la puerta, dejarme ahí encerrada. Pienso en lo que diría Joana y subo el último escalón.

(Seud.: Anahuacalli)

La pesca

Los talares se entregaban a un baile seductor: la hojarasca, vuelta bandada por segundos, abandonaba lentamente las ramas, y bajaba remolineando hasta el suelo, donde se iba acumulando, húmeda y fragante. Era la mejor música para sus oídos. Arrellanado en su reposera, fue recorriendo el río con su mirada, estudió luego el canal que desembocaba en él. Cuidadosamente. Minuciosamente. Como un vigía. Por dónde había estaqueado su red de pesca, a la que el agua aún no tocaba, observó un ave atrapada: intentaba liberarse con movimientos cada vez más desesperados.

Sacó su pava de las brasas, se calzó las alpargatas, un poco desflecadas, pero amoldadas a la perfección a sus pies y su andar, se paró con alguna dificultad, y a pasos largos, aunque pausados, se dirigió a su red. Orillando el canal, escapaban de su vista rápidamente sobre el lodazal decenas de cangrejos negros, así como cuises escurridizos huían a los lados del sendero. Llegado al puente que cruza el cauce, a unos cuantos metros de la costa, con la palma de la mano como visera, pudo observar que se trataba de una garza rosada. El ave, de “seguro”, en vuelo rasante sobre la playa, habría estado buscando alimentos, sin percibir la red tensada por sus extremos a la espera de la creciente. Llegado a la orilla del río, observó que empezaba a crecer. Se arremangó los pantalones y se adentró en el limo arcilloso del cangrejal, con algo de esfuerzo por el efecto ventosa que producían sus pies al caminar. Se detuvo a mitad de camino, algo fatigado. Descansó unos segundos. Sin una pronta recuperación, percibió de inmediato que los años habían comenzado a rendirle cuenta. Advirtió que poco faltaba para que el agua llegara hasta la red, por lo que continuó con más esfuerzo aún, sin detenerse. Para cuando había llegado al desafortunado animal, el oleaje también lo había hecho. Intentó apresurar sus movimientos para desenredar a la garza, no ignoraba el poco tiempo del que disponía; el río, debido a que la red se encontraba enclavada en la boca del canal, alcanzaría un buen nivel en menos que cantase un gallo.

La brisa se estaba convirtiendo en viento, lo que hacía que el oleaje, progresivamente, fuese más fuerte. El agua ahora empezaba a ganar altura con facilidad. Supo de una buena vez que debía retirarse pronto, pero estando tan cerca de la hazaña decidió tomarse unos minutos más, contando con salir a nado de ser necesario. Con la última ola que le había dado de lleno en el pecho, el ave, libre, remontó vuelo tras un primer intento fallido. Gozando de haber logrado su cometido, el viejo pescador se dispuso a regresar. Aún podía ver a la distancia, que el lodazal conservaba algunas de sus huellas. Recorrió unos metros tomado de la cuerda de la red que contenía las boyas de flotación, no había considerado que bajo sus pies, la marea la había tendido hacia su lado, y terminó corriendo la misma suerte que la garza. Recordó fugazmente que alguna vez le había sucedido algo así, pero afortunadamente en aquella oportunidad, en bajante. Comenzó a preocuparse en serio cuando se dio cuenta al echar mano a su cintura de que había olvidado su cuchillo. Sin él, ¿cómo podría cortar las mallas del fuerte encordado de la red? Trastabilló y su otro pie también quedó prisionero.

Trasmallado. Supo que estaba peligrosamente trasmallado. Sintió temor dentro del río como nunca en una larga vida consagrada a la pesca. Era un descuido imperdonable para alguien con su experiencia. Agitado y con pocas fuerzas, decidió jalar de la sogla superior de la red hacia él con ambos brazos, con la esperanza de desprender algunos de los fierros que en sus extremos la sujetaban. En vano fue su intento, hacía aproximadamente una hora que los había enclavado firmemente en el barro a buena profundidad. Respiró lentamente varias veces para encontrar la calma y recuperar el aliento. Trató de pensar en otras opciones, pero ninguna se le presentaba. Ya las olas habían ganado volumen hasta romper a la altura de su cuello. Saltaba acompasadamente con ellas. Sabía que solo podría utilizar aquel recurso, hasta que el trasmallo alcanzara su altura límite de elevación. Comenzó a temblar. Desaparecida de su vista la red, solo algunas boyas amarillas se percibían intermitentes en la parte más elevada del trasmallo. Aun sabiendo que estaba solo, comenzó a gritar desesperadamente: ¡Soy Héctor, soy Héctor! ¡Estoy atrapado! ¡Soy Héctor! ¡Socorro! ¡Socorro!

El oleaje lo cubría ahora de modo intermitente, por lo que debía contener la respiración hasta su paso. Agotando todas sus fuerzas en sus últimos pataleos pudo desprender al fin el pie que más abajo se encontraba, dándole así unos centímetros o minutos más para ganarle a la crecida, la que, de todas formas, volvería a recuperarlos pronto. Cada ola lo elevaba a tal punto que sentía el tirón que el cordaje daba en su pie atrapado, pudiendo estimar así los "centímetros de vida" que le quedaban. Comenzó prontamente a acalambrarse. Cesaron de a poco sus pataleos. Escuchaba el murmullo del río y los coletazos de algún pez que había corrido su misma suerte. Ya no hubo costa. Ni tampoco cielo. Solo agua agitada por un sudeste que crecía.

(Seud.: Sinsajo Azul)

La otra voz

“Ella elige a quien se le cante para ser su intérprete.

La voz extraña habita en cualquiera.”

F.C.

Toqué fondo antes que pronto, por eso fui a la consulta:

—Usted tiene que ayudarme —imploré a mi terapeuta—, siento que voy a explotar.

—Serénese —dijo el tipo—. Tome asiento y cuénteme.

—¿Me siento acá?

—Donde prefiera.

No optaría por el diván, eso es propio de los locos. Trepé las estanterías y enseguida busqué sitio en lo más alto de la biblioteca. El techo estaba demasiado cerca.

—Largue, nomás —se me dijo.

Le hablé de mi horrible problema, de la voz en mi cabeza que volvía a cada rato. El psicólogo escuchó, bostezó, estiró los brazos.

—Qué plumazo —llegué a oír.

—¿Cómo dice?

—Nada, siga.

Le hablé entonces de otras cosas, le hablé de los conocidos a quienes frecuento a diario. Enumeré cientos de nombres, incluso inventé alguno que otro. El psicólogo intervino, se interesó especialmente por uno.

—Menciona mucho a Salaverri —señaló rascando el sobaco.

—Es que lo veo a menudo. Lo vi antes de venir acá.

—Lo menciona demasiado.

No era cierto en realidad.

—¿A Salaverri? No me parece, tan solo fue una mención al paso.

—Y no logra dejar de hacerlo; Salaverri esto, Salaverri lo otro...

—Salaverri no es el tema, no estoy hablando de Salaverri.

—¿Ah, no? Escúchese un poco.

La terapia no avanzaba, nos estábamos empantanando.

—La voz no me da respiro —le dije volviendo al punto—, creo que estoy enloqueciendo.

—Y entonces...

—¿Entonces qué?

—¿Qué opina de esto el señor Salaverri?

Mi psicólogo era un imbécil, no tuve que decírselo; cayeron algunos tomos cuando salté en busca del saco.

¡Qué desdicha mi trastorno! Y es que la ciencia hallaba sus límites, eso creí en el instante en que partí sin rumbo fijo, “no tengo arreglo”, me dije, “no hay solución a mi caso”. La voz me perseguiría hasta llegado el último aliento.

Pero el día no acababa, no para este trascordado. A poco de hacer unas cuadras oí el auto tras de mí. Oí también un bocinazo.

—Súbase —ordenó el psicólogo—, no tenemos mucho tiempo.

Dudé ante la puerta abierta de aquel coche envuelto en humo. No quería subirme a esa cosa, no había vidrios, solo bolsas; bolsas, ruido y chapa vieja. Desde adentro, ya impaciente, la silueta tras el nailon sonaba muy razonable:

—Ya súbase de una vez, no soy de esos que abandonan a un chiflado en plena crisis.

La lealtad profesional, ahí tenía ante mis ojos a un soldado de la causa. O eso deseaba creer.

—Gracias —terminé diciendo, y así fui a ocupar asiento.

—No tiene que agradecerme —replicó metiendo primera—, ya hablaremos de su deuda.

—¿De mi deuda?

—Ya hablaremos.

Desafiando toda ley concerniente a la mecánica, el auto reanudó su marcha tosiendo tuercas y aceite quemado. La terapia proseguía sin diván ni consultorio.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—¿Dónde más? Por Salaverri.

—¿Salaverri?

—Por supuesto. Dígame dónde se encuentra.

—Pero...

—Dígame y cierre la boca —resolvió la autoridad—. Yo mismo le ayudo a matarlo.

Llegamos a mi vecindario tras corcovear por largos minutos. Estacionamos cerca de casa, justo frente a mi vecino. Allí estaba Salaverri rastrillando la vereda.

—¿Es él? —inquirió mi analista.

—No sé qué hacemos acá. Mire, yo...

Su mirada volvió a mí con asomo de reproche. Yo entonces bajé la cabeza.

—¿Es él o no es él? ¡Conteste, mierda!

—Es él.

—Muy bien —asintió conforme—, lo primero es la aceptación. Ahora quiero que revise la guanterera que tiene delante. Vamos, no se me quede mirando, ábrala y terminemos con esto.

—Pero...

—¡Putita que me parió!

La mano ansiosa del analista desenroscó el alambre oxidado.

—¡La gran flauta! —exclamé yo.

Un revólver, eso era. Brillaba en su obscenidad del hierro de grueso calibre, contrastaba aquel espejo con el óxido y la mugre y las bolsas arrugadas que suplantaban los vidrios del auto. El auto de mi psicólogo, el revólver, la guanterera, todo aquello era un enigma movido quién sabe cómo. ¿Hice bien yendo a terapia? Ya me estaba arrepintiendo. Debiera haber consultado antes a otra clase de profesional, un vidente, un curandero, quizás algún buen exorcista...

—¡Qué hace con la boca abierta!

—Disculpe —volvía a mí—, es la voz en mi cabeza, me hace pensar idioteces, me ocurre así todo el tiempo.

—Ya veo —dijo el psicólogo, e hizo un bollo con el parabrisas como queriendo ahuyentar mis fantasmas—, pues es momento de ponerle fin a esa voz hija de puta. ¡Salaverri, venga acá!

Mi vecino alzó la vista. Yo intenté ocultar mi cara simulando peinarme el flequillo, pero entonces mi calvicie, me di cuenta de inmediato, no supe qué responder a su mano levantada.

—¡Vecino! —dejó el rastrillo—, pero mire nomás en qué anda. De estos ya no se fabrican. ¿Es a nafta o gasolero? ¿Es de su amigo el catango?

—Ya es momento —dijo el otro.

—Así parece —fingí.

Pero yo no estaba listo, quizá nunca lo estuviera. Liquidar a un conocido no es soplar y hacer botella.

—En verdad no puedo hacerlo —confesé sudando a chorros.

–Claro que puede.

–Que no.

–Mire, no hay otro modo–dijo mirando el arma–: lo mata usted o lo hago yo.

–¿Lo dice en serio?

–¿Usted qué piensa?

En eso vimos acercarse la causa de mi trastorno, el estúpido de Salaverri marchando hacia el sacrificio. ¿Realmente quería morir?

De un golpe cerré la guantera.

–Acelere, vamos, rápido...

–No sea cobarde, es ahora. Si no mata a Salaverri...

–¡Acelere, se lo ruego!

Resoplando decepción, el psicólogo insertó la llave. El motor harto fundido me hizo cubrir las orejas.

–Nos vamos –creo que dijo, aunque puede que fuera un insulto.

Pasamos lento frente a Salaverri ocultos tras la humareda.

Encaramos la bajada sin decir una palabra. Nos costó encontrar arriba, los frenos no responderían ni aun después de varias calles.

–¿Llegamos? –debí consultar.

Mi psicólogo apagó el motor y emitió un chasquido quejoso. Mi caso le fastidiaba.

–Lo suyo no tiene remedio –dijo encendiendo su pipa.

–Pero...

–Ya está cagado, Fernández, no hay caso, no hay con qué darle.

Me dejaba consternado su extrañísimo diagnóstico. Es que yo no soy Fernández. Pero no era un asesino.

–Usted exige demasiado –protesté.

–¿Demasiado? No me diga.

–No puedo hacerlo, ya sabe.

–Pues claro –acordó con sarcasmo, e imitó mi negativa con voz de niño gangoso–. Ay, Fernández, Fernández –continuó diciendo–, ha resultado un paciente difícil, un hombre flojo y lleno de miedos.

En eso estaba en lo cierto.

–Lo sé –asumí con franqueza–, no sirvo para una mierda.

–Es un bueno para nada.

–Soy un bueno para nada. Mi padre solía decirlo.

–¿Su padre? ¡Fernández!...

–¿Qué pasa?

–¡Su padre!

Mi psicólogo pegó un respingo en medio de un raro ahogo. De repente la expresión de asombro estiraba su cara arrugada, se atragantaba con el humo verde que salía de su nariz.

–¿Se encuentra bien? Respire hondo.

Algo quería decirme, se aferraba de mi hombro empujando sus ojos afuera.

–¡Cómo no se me ocurrió! –dijo golpeando el volante.

–¿Qué cosa? Me está asustando.

Tras exhalar su bocanada, tosió otro poco y agregó:

–Fernández, ya está resuelto, ya sabemos cómo actuar, no hay que buscarle más vueltas.

–¿En serio?

–Como lo oye. –Me tomó fuerte del brazo, informó detrás del humo:–. Debe dar muerte a su padre.

–¿A mi padre?

–Eso es todo, ¿se da cuenta? Vea qué fácil la cosa.

Sonreí sin esperanzas, volvíamos a foja cero.

–Ya es tarde –me lamenté–, mi padre murió hace diez años.

–No sea estúpido, Fernández, ¿con quién se piensa que trata? Me refiero a una muerte simbólica.

–No entiendo.

—No, ya lo creo. Por algo se ha vuelto un demente. Pero descuide, hágame caso, usted déjelo en mis manos: detrás de un significado siempre se esconde un significante.

Me quedé pensando en esto.

—No estoy seguro... ¿no era al revés?

Pero antes que diga más nada, el auto bramó su agonía. “Puede que tenga sentido”, pensé aferrado a mi asiento, “en una de esas doy con la cura”.

Me asomé a la ventanilla invocando una fe ciega. Es que nada estaba claro, de hecho todo estaba por verse. Superábamos el paso de hombre y faltaba un caño de escape, y el humo se adelantaba impidiéndonos ver adelante.

—¿Es esta?

—Es la de allá.

La tumba de mi papá se veía abandonada, ya no había quien visite los huesos que allí se extinguían. Nuestra sombra se detuvo sobre aquel manto de tierra.

—Su padre fue un tipo jodido —concluyó mi terapeuta—, persiste invadiendo sus días con la voz que no se calla. Ni siquiera el cementerio consiguió darle silencio. Mírelo, ahí lo tiene. Vamos, dígame algo.

—¿Qué cosa?

—¡Vamos!

Pensé en teros, en la Antártida, en la caspa y en Frondizi. La voz nunca descansaba.

—Hola, papá —balbuceé.

—¡Pero qué hace!

—¡No sé!

El psicólogo pegó un tiro, luego otro, ambos al aire. Quizás fuera un ataque de ira, yo no sabría decirlo. Cuando empezó a dar pisotones, me hice a un lado sin dudarlo.

–¡Su padre fue un hijo de puta! –acusó entre salto y salto. Luego empezó a las patadas.

Mi analista trabajaba con violenta obstinación, pero mi padre estaría satisfecho. Su refugio era infranqueable. “Las patadas de un psicólogo son patadas de bibliotecario”, eso escuché en mi cabeza.

–Déjelo así –dije al rato–, no se haga mala sangre.

Mi psicólogo sudaba, sus pelos estaban revueltos. Se arrodilló, se apoyó a la piedra jadeando como un animal.

–Atiéndame –alzó los ojos–, lo voy a sacar adelante, ¿me oyó?

–Por mí está bien, no hay cuidado.

–¡Cállese! –amonestó, y arrastrándose en el piso llegó hasta mi botamanga–. Lo voy a sacar adelante, se lo juro por mi vida. Ahora ayúdeme a incorporarme, eso es, todavía podemos lograrlo.

–¿Lograr qué?

–¡La solución! Debemos buscar una pala y un bidón de querosene.

Sin pensarlo demasiado, solté esa mano huesuda. Así vino el golpe seco de aquél hombre en caída libre, su cráneo contra la piedra.

–¡Pero qué hace, loco infame! ¡Mire cómo me ha estropeado!

–¡Lo siento, no fue mi culpa!

Gemía mi terapeuta, buscaba sangre en la nuca, la exhibía en su palma libre como muestra de traición. En su otra mano se templaba la culata del revólver.

–Perdón –le rogué angustiado–, soy un bueno para nada.

Desde el suelo, pipa en mano, revisaba los bolsillos. No encontraba encendedor mi psicólogo humillado. Escupió un gargajo al frente, dijo:

–Me tiene hartó. Por siempre seguirá siendo un pobre débil mental.

Tenía razón, otra vez.

–Lo sé –volví a confirmarle–, mi padre solía repetirlo.

De pronto, por vez segunda, se abrieron bien grande los ojos, se iluminaba su cara de anciano, su cara de psicoanalista que ha dado al fin con la clave. Los padres generan eso, por lo menos en terapia.

–Fernández, déjeme solo.

–Pero...

–Déjeme acá, no sea terco.

De ningún modo lo haría. No podía irme así.

–No puedo. Usted sabe que ando a pata, el auto...

–¡Lléveselo!

El llavero cayó al suelo con la gracia de un pez muerto. Yo me agaché a recogerlo, y entonces sentí compasión. Frente a mí quedaba un niño llorando su pena infantil, un niño en el cuerpo de un viejo lleno de sangre y de tierra negra.

–Caso resuelto –me dijo–, ahí la madre del borrego: hemos dado con la causa de su estúpido trastorno.

–¿Mi padre?

–¡Claro que no! Lo declaro hombre curado, siga nomás con su vida. Yo soy la causa primera. *Soy la voz en su cabeza.*

–¿Usted? No puedo creerlo. ¿Y qué hay de Salaverri?

–¿Salaverri?

–Mi vecino.

–Váyase, déjeme solo.

No pensaba discutir ante un revolver cargado. Finalmente estaba hecho, qué importaba lo demás, obtenía el alta clínica tras tanto esfuerzo, tiempo y dinero.

Mi mente ya estaba sana, a los hechos me remito. Eché a andar entre las tumbas como un preso liberado. Pero la voz seguía presente, acá este raro detalle, todavía podía oírla susurrando estupideces. Lo mismo daba, desde luego, yo ya era un hombre curado.

–¡Estoy cuerdo! –celebré, y atrás dejé el cementerio con sus cruces y sus huesos, con mi padre y mi psicólogo llorando ante un arma cargada.

Fue apenas subido al coche cuando se oyó la explosión lejana, el disparo de la tarde que ahuyentó a un par de palomas. ¿Por qué llevaría un arma un psicólogo matriculado? La voz continuaba allí dictando preguntas absurdas. ¿Sigmund Freud usaba armas? ¿Y qué comen los bichos bolita?

Lo dicho: nada importaba, la suerte ya estaba conmigo.

El auto rugió por clemencia en cuanto pude probar el arranque.

De regreso hasta mi casa medité mi situación; las preguntas sin sentido y las tantas ocurrencias dormían bajo el arrullo del chillido y los pistones.

Me sentía reconfortado, eso es lo que intento decir. Aun sin velocidad vibraban sueltos los fierros produciendo un hormigueo que excitaba mi optimismo. Disponía de motivos: ya no más preocupaciones, ya no había necesidad de atender a ideas bobas. O lo haría por conveniencia, eso bien podría ser. Quizá pudiera escribirlas, ¿cómo no lo había pensado?, usar su fuerza a mi favor y hacer de la voz una esclava.

“Eso es”, seguí diciendo. Estaba pensando en serio: las palabras eran mías.

—¡Eso es! —le grité al viento, pero la puerta se desprendió y ya no encontré necesario andar estirando el cuello tras el nailon de la ventanilla.

Estaba sano, ya puede verse. Aullé hasta llegar a mi puerta, grité tocando bocina, hice humo y explosiones, y entonces detuve el coche.

La paz y los pajaritos.

—Salaverri, estoy curado. ¡Estoy curado, hijos de puta!

Los vecinos más curiosos se metieron a sus casas. Salaverri seguía ahí. Buen montículo de hojas.

—Lindo catango —observó—, de estos ya no se fabrican. Ahora vienen puro plástico. Puro plástico y cuerina.

—¿Me escuchó lo que le dije? —Salaverri era abombado—. El auto ya no es de nadie, no se preocupe por eso.

—¿Tiene guantera?

—La tiene. Y también tiene bocina.

Mi vecino sonreía, seguía mirando el coche disparando comentarios, que las bielas, los cilindros... Pero no me quedaría escuchando estupideces, me urgía la necesidad, deseaba una vida normal ahora que estaba sano, la vida insulsa de un simple cretino que dispone de tiempo libre: quería sentarme a escribir.

—Hable nomás —reconvine—, yo me voy a hacer mis cosas.

–¿Tiene radio?

–No moleste, necesito concentrarme.

De un portazo puse fin a este diálogo de locos. Pero al tiempo seguía ahí, Salaverri y su rastrillo.

Aun sentado ante la máquina, tecleando como un poseso, puedo oír su voz sin pausa susurrando adentro mío: *¿Es a nafta o gasolero? ¿Es suyo, tiene guantera? Toqué fondo antes que pronto, por eso fui a la consulta.*

(Seud.: Segundo Ximarro)

Una consigna

Estoy aquí, sentado sin saber que escribir. Hace un buen rato que intento dar forma en mi mente a un par de ideas que vine pergeñando desde que salí del Taller de Literatura. Además, me da vueltas en el bocho esa idea que nos dio la profe que, para que la ficción parezca real, debemos meternos en la piel de los personajes. Nos tenemos que introducir en la escena, hablar con ellos, advertir lo que sienten, interpretarlos, seguir su historia.

Se me ocurren varias cosas, la consigna de hoy “un buzón” da para varios temas. Por ejemplo: la pinta de un malevo apoyado en él, fumando, iluminado por la luz amarillenta de un farol y un fuelle sonando a lo lejos. Otra: cambio al malevo por una piba de trenzas y pollerita corta, esperando al muchacho bueno que vuelve del yugo. Otra: la viejita que viene a meter una carta soñando que vuelva aquella niña que un día se fuera, bla, bla.

Pensándolo bien, todas suenan a letra de tango. También, la consigna “un buzón” no da para mucho. Primero, porque ya no sé si quedan buzones; después, porque hace rato que no hay malevos. Hoy la piba lo espera sentada en un Starbrooks y la viejita se comunica por WhatsApp.

La solución sería llevar las historias a un siglo atrás. En Balvanera o en el Abasto, allí sí. El malevo podría terminar en un duelo, una noche oscura, una vieja deuda, algún problema de polleras, obsesión en defender su ochava. La piba espera inútilmente a su hombre, hubo una revuelta en Mataderos, la cana mató a varios obreros de un frigorífico que se sumaron a la huelga. La viejita, enferma de alcohol y tristeza mete la carta y se tira bajo las ruedas del carretón de la basura. Me parece que esto suena a más tango, y del fiero.

¿Qué hago? ¿Me mando una historia borgeana o busco otra consigna más agiornada? O tal vez, se me ocurre, buzón le llaman donde recibís mensajes en tu celular o computadora. Donde podés almacenar los correos electrónicos y usarlo como contestador automático.

Está bien, es más moderno, más cheto. Pero, ¿qué historia se puede armar con eso? Además, no entiendo demasiado del tema como para inventar algo. Mejor vuelvo al buzón, al clásico. A ese cilindro metálico de color rojo con una ranurita para meter las cartas, que estaban instalados casi siempre en una esquina, donde el guapo del barrio.... Bueno, ya me estoy metiendo en una historia. Abro el Word, busco una letra cómoda, interlineado doble, y empiezo:

“Es una noche oscura y espesa. La luna lucha con los negros nubarrones que presagian nuevamente chaparrones. Florindo Pardales recuesta su pinta canyengue en el viejo farol, que con luz mortecina ilumina la esquina. De porte recia, saco brillante y pantalón ajustado. Un fungi gris cubre su frente. El pucho consumiéndose en espera de aquel que intente profanar su ochava, su feudo. Exhala una densa bocanada de humo y la mira desaparecer entre la fina telaraña que teje la niebla”.

Esta bueno, pero se me fue de la consigna. Me tengo que meter. Cruzo cauteloso la calle inundada y me acerco a él. Temeroso me atrevo a pedirle: “Florindo, ¿podría usted cambiar de esquina y recostarse en el buzón, por favor?”. El taura se vuelve. Una horrible cicatriz cruza su rostro achinado. Nariz aguileña, unos finos bigotitos enmarcan su boca. Se saca el pucho. Me mira de arriba abajo,

escupe de costado y me dice: “Vos quien sos, pendejo”. Un frio temblor estremece mi cuerpo. Sus ojos son dos brasas encendidas que me escrutan amenazantes. Veo que su mano tantea la sisa, donde duerme celoso el fierro que ha cobrado tantas vidas. Retrocedo asustado. Metiendo los pies en la zanja, corro hacia el buzón y me aferro a él.

Todavía estoy agitado. Me quedan dos opciones: O me olvido del buzón y sigo la historia típica del malevo con su farol o me olvido del guapo Florindo y sigo con la historia del buzón con otro personaje. Me quedo con la segunda. No me convence demasiado, pero cumplo con la consigna. Borro todo lo anterior y empiezo. Siento las zapatillas muy mojadas, mejor me pongo unas ojotas. Ahora sí, empiezo:

“Es una noche oscura y espesa. La luna lucha con los negros nubarrones que presagian nuevamente chaparrones. Una fina silueta se desplaza demarcada por las luces del boliche de la otra cuadra. Camina rápido, ágil y silenciosa. Cruza la calle intentando pisar los adoquines que sobresalen del encharcado pavimento. Llega, sube el cordón y se detiene. Es una mujer joven, lleva sus cabellos recogidos. Una capa cubre su espalda, bajo la cual oculta un bolso pequeño. Un fuerte viento comienza a soplar agitando el humilde vestidito de percal gris que cubre su figura hasta las rodillas, dejando ver sus finas piernas de gacela. Se acerca al buzón y se apoya en él. Mira hacia todos lados. Se nota en su joven rostro cierta preocupación y temor. Acomoda el bolso bajo su manta y retoma presurosa su camino”.

Me interpongo en su andar y la detengo. “Quien es usted”, grita sorprendida y aterrorizada de mi imprevista presencia “Soy el escritor, no se asuste”, intento calmarla. “Solo quiero que vuelva al buzón a esperar a su Romualdo”. Me mira sorprendida. “¿Quién es ese? No lo conozco, que..., ¿qué querés de mí, degenerado?” Aprieta fuerte su bolso y con un rápido movimiento me propina una fuerte cachetada y escapa corriendo. La veo huir desesperada. Cuando llega a la otra esquina, vuelve su mirada atrás, cruza la calle y se pierde en la oscuridad de la noche.

Otra vez lo mismo. La chica podría estar huyendo porque robó el bolso, o quizás huya de quien la quiere robar, o tal vez esté apurada porque se viene el aguacero, ¡qué sé yo!, habría varias historias. Pero siempre sin el buzón. Me voy a la otra, con la viejita. ¡Como me duele la nariz!

“Es una noche oscura y espesa. La luna lucha con los negros nubarrones que presagian nuevamente chaparrones”. No, mejor no, pobre vieja, le voy a cambiar el escenario.

“Es una placida mañana de otoño. Una suave brisa agita la hojarasca que cubre con su manto dorado las tibias veredas del barrio. Ella salió, como todas las mañanas, a transitar sus calles, con andar lento y penoso. Apoyando su enjuto cuerpo en el bastón de caña, camina con la vista perdida en sus pasos cortos y ensimismada en sus tristes recuerdos. Un batón de franela azul arropa su escueta figura de mujer anciana. Un pañuelo gris cubre sus blancos cabellos, dejando apenas ver un rostro curtido por los años y sus vivencias. Lleva, apretado entre los dedos de su mano descarnada, un papel, ¿una carta? Se pueden ver algunos trazos, algunas letras, frases quizás. Dirige sus lánguidos pasos hacia la esquina. Cuando arriba, jadeante se apoya en el buzón, que amable y cómplice le da sustento. Toma un respiro, levanta la vista. Espera que el carretón de la basura pase rechinando sus ruedas en los adoquines de la calle, e intenta cruzar. Con paso lento y firme atraviesa el desparejo empedrado y se dirige a la verdulería de la otra esquina. Despliega el papel y pregunta por el precio de los tomates”.

Me acerco a ella, trato de explicarle sobre la carta a su hija o nietita, esa que se fue y de la que nunca supo más nada. Intento contarle acerca de la necesidad de saber de ella. Me mira con esos ojos opacos, sin expresión y esboza una sonrisa. “Soy soltera”, me dice.

Soy un fracaso, no puedo manejar a mis personajes. Tendré que olvidarme de escribir o quizás cambiar de tema. ¡Ya sé! Le voy a decir a la profe que yo le entendí “un bozal” y le llevo un cuentito basado en alguna historia con mi perro Chiche.

Sí, voy a hacer eso. Con Chiche no voy a tener problemas.

(Seud.: Annette M.)

Giramundo

El peón blanco avanza dos casilleros. Sabe que va a morir. Como todos, pero lo ignoramos, lo dejamos en segundo plano. El peón probablemente muera más rápido que muchos. Sin dudas más pronto que el rey. Del otro lado un peón negro avanza y se aproxima. Quizá antes de morir el peón blanco tenga la osadía, la dicha de comerse al otro, de destruirlo antes de partir.

La atención se desvía de ellos. Un caballo blanco salta los tres casilleros que se le permiten. En Humahuaca el tiempo se detiene. O quizá en el hostel Giramundo, ya que llueve y en el colorido bar suena Charly García.

La escurridiza reina negra sale de su zona de confort al mundo trazando una diagonal. Se sabe más útil que el rey pero menos trascendente. El brasilero de rulos tiene cara de saber lo que está haciendo y el argentino intenta pensar en qué es lo que está tramando aquel.

Tras dos minutos Rubén mueve un peón con su pulgar e índice que parecen de porcelana como las piezas. Con este movimiento el juego está asegurado, se prolonga por tiempo indefinido y João se entera que su rival no es un principiante. Ha comenzado el juego. Los rivales se provocaron, se tantearon y queda mucho por delante. Todo gracias a un peón.

El argentino se levanta suavemente y sin decir nada se aleja hacia la cocina, enciende el fuego y busca entre la alacena. El brasilero no deja de mirar el tablero. Sabe que Rubén hará el mate, pero no tiene idea qué hará con su caballo.

Son dos voluntarios del hostel que ya cumplieron su turno mañanero y ahora juegan, como todas las tardes hace diez días. Un hombre a su izquierda

fantasea ser Rodolfo Walsh, aunque a aquel le gustaba participar del juego. Afuera sigue lloviendo y las gotas sobre las chapas armonizan con la melodía de Sui Géneris.

El argentino se distrae observando a una sueca que recorta un papel, sentada en una esquina. Alguien ingresa e inmediatamente pide la contraseña del wifi. João libera al fin su torre blanca. Hace ya varios turnos que cambió su postura: la estratégica y corporal. Ahora cedió el ataque a su rival y se dedica a defender mientras se rasca su clavícula. No se deja amarrar por su esencia futbolística y empieza a pensar que no hay mejor ataque que una buena defensa. Se siente capaz de dar vuelta la tortilla.

Un catalán la da vuelta, literalmente, en la cocina. La cebolla y las papas fritas aromatizan el bar del hostel. Rubén se ceba un mate y mueve su alfil sin repensar demasiado. Su rostro se percibe más relajado, sus piernas se estiraron. Lo mira al brasilero, que no le devuelve la atención.

Un perro empapado ingresa al hostel y es recibido con las caricias de una italiana. En una pared lateral se anuncia un show musical para esta noche. La sueca se sienta al lado de los jugadores y enseguida se pone a dibujar. Un par de frases trilladas sobre viajes cuelga en cuadros vívidos, ocupando una pequeña porción de las paredes con murales de arte abstracto: elefantes, soles, buitres abigarrados, olas de mar y rostros serios como el del brasilero, que con mucho temple se toma sus rulos y juega con ellos dando giros.

Los reyes permanecen inmutables, se mueven poco y son protegidos por la multitud de peones. Las dos torres blancas cayeron en manos de la caballería argentina, sacrificada también en dicho duelo. João lamenta la pérdida de sus torres y estilo directo; el argentino se fastidia por la ausencia de sus caballos, su rebeldía y sorpresa. El duelo entra en una meseta, quizá por esa tendencia a pensar en pérdidas. Ambos relojean a sus peones disponibles y fantasean con que lleguen a la última meta.

El tablero se ha despoblado tanto como el bar del hostel. La mayoría salió a recorrer el pueblo tras el cese de la lluvia; unos pocos emigraron en un tour hacia la serranía de *Hornocal* en busca de colores que no hallarán debido a la inesperada nevada. Los dos jugadores adelantan sus culos en el asiento y asoman sus caras al tablero como si quisieran comerse las piezas. Un hombre parado aguarda como el buitre de la pared; esperando ansioso la derrota ajena. No tiene preferencia, desea que cualquiera trastabilie y regale a su rey para poder sentarse a jugar.

Hay más mates que jaques, más silencios que movimientos. La dibujante trazó con su lápiz el rostro victorioso de João, adelantando un posible final. Argumentos tiene: la reina argentina fue sustraída tras un descuido.

El brasileiro sabe que está cerca de ganar la batalla pese a que el rival tiene más piezas y uno de sus peones se acerca poco a poco a la cumbre, al último casillero, para así ser reemplazado por algo de más valor; sacrificado para recuperar a la reina argentina.

El público se renueva con el paso del tiempo. Las piezas ya son propias, Rubén es siempre negras, João siempre blancas. Éste toma mate, el otro fala um pouco. La piel del argentino se ve más reseca, curtida. Una pequeña entrada se vislumbra antes de los largos rizos del brasileiro. Rubén se rasca la desprolija y canosa barba, João limpia sus lentes empañados por el calor del termo. Charly García suena en el parlante: «*El mundo no muestra nada a unos ojos sin mirada*».

El argentino acomoda las piezas, el brasileiro pide otro tema de Charly y mira a los nuevos huéspedes. Mejor uno de Paulinho Moska, responde Rubén. El jaque mate se demora como el paso de las horas. El sol se alza sobre las chapas y cañas del hostel de Humahuaca. El mundo sigue girando.

(Seud.: msreyero)

Cuidadora

Se va a romper, la silla que carga Yolanda en su espalda por más de quince años. Es una adaptación de un taburete de comedor al que se le pusieron pretales de cuero, como las enjalmas. Sube a Augusto, lo amarra, se lo carga y empieza a bajar los escalones del barrio que llevan y alejan de su casita de madera en lo alto. La bajada es peligrosa porque teme caer rodando loma abajo con su hijo a cuestas, la subida es pesada porque Augusto desde hace años pesa más, son sus huesos, es su quietud total la que lo hace empujar todo el peso de su humanidad en la espalda de Yolanda. Ya debería ser un joven alto y erguido, solo es un niño acostado. Era una niña aun cuando nació de sus piernas tras dos días de agonía en contracciones demoníacas en las que se va y se viene de bajos mundos. El castigo de conocer el infierno que solo le es dado a las mujeres en los dolores de parto. Fueron dos días con sus noches donde la niña Yolanda, sin un doliente, iba y venía como en un columpio del parque que la iba llevando de infierno en infierno alucinando con que ya había muerto, todo acababa para felicidad suya y ella soltaba la responsabilidad que la vida le obligó a asumir. Para su pesar, aunque vio a Dios y al diablo juntos en esos dos días, no murió. Ahora menos se morirá, debe cuidar de Augusto, si ella no está, que será la vida de esa criatura, de ese bebé eterno que Dios le mandó.

Sola, con los dolores vivos empezó a darle cuidados a su pequeño hijo al que amó unos días después, no de inmediato. Su olor, sus pequeños ojos mirando al techo y a ella, a ella y al techo. Lo sacaba al solecito por las mañanas, le quitaba la ropita, que no era de bebé, y dejaba que se le calentaran las piernitas blancas, los bracitos frágiles, le daba besos y lo olía, le hablaba bonito. Cada día que pasaba el amor se colaba por las grietas de las tablas, la sorprendía mirándolo dormir, tan perfecto, venido del cielo y ella reía, le sonreía, no veía la hora de jugar, de verlo dar sus primeros pasos, decir palabritas y te amos que ella ya practicaba y que le salían del corazón. Un amor así, ya a los tres meses de Augusto, no había sentido antes. El rancho era del tío de Yolanda y abuelo de Augusto, la dejarían quedar ahí y le darían de comer hasta que el bebé tuviera

seis meses, ya luego debía buscar a dónde ir, y lo cumplieron. Por eso las horas se le iban en cariños, inmensos, de no creer. Seguía sacándolo al sol, puntual, entusiasta, convencida de la perfección de su bebé. Los vecinos empezaron a hablar, las mujeres a preguntar, llegaron los de salud, los llevaron en un carro bien abajo al hospital donde nació. Que no caminaría nunca, que no sacaría los ojos del infinito -pero ella sabía que también la miraba a ella- y que tampoco lo escucharía hablar.

Yolanda sube las escaleras una por una con Augusto a cuestas después de llevarlo a su terapia semanal. Ve los escalones que faltan como los años que ojalá pueda vivir, porque si ella no está, no habrá quien lo cuide. Le tambalean las piernas y la profecía se cumple, las correas de la silla no dan más. Augusto cae rodando los tantos escalones que ella conquistó esa tarde. Corre loma abajo tras él, escalón por escalón, Augusto se rompió varios huesos, no grita, se queja a su modo que ella entiende. Lo llevan al hospital, le curan los huesos rotos, ella lo sube alzado, la silla se volvió leña para la estufa. Pesa más, cada vez más. Las horas de recuperación se pasan lento, incluso más que la vida pendiente. Volvió a recibirle de comer, la mira fijo y ella le habla. Augusto la escucha atento. Se acuesta en su brazo, canta las canciones de siempre. Inventa historias, la de la Cenicienta donde una mujer que permanecía encerrada en casa un día va a bailar. Un hada madrina le da un vestido pegado al cuerpo, medias veladas de malla y tacones de plataforma alta. Suelta su pelo, lo deja liso con una plancha, se maquilla los ojos de azul oscuro con un delineado de gata negro que se sale de la colita del ojo. Se pone brillo en todas partes. Sale, va a bailar a las discotecas del centro, baila salsa con muchos, todos quieren sacarla. Le gusta uno apuesto, alto, de pelo abundante, blanco y ojos negros. Hablan, bailan y se dan un beso. Ella regresa a casa en carro, no sube escaleras, tiene transporte puerta a puerta y duerme tranquila hasta la tarde del día siguiente cuando se levanta, encuentra un desayuno caliente para ella. Huevos, mantequilla, pan y café con leche. Golpean a la puerta, ella abre y es el hombre de aquella noche. Sonríe, es más apuesto que antes, ella lo invita a pasar a desayunar con ella. Hay comida para todos, él se sirve solo, come solo y también sonríe. La puerta se abre, entra Augusto, el

apuesto Augusto con sus ojos profundos, su sonrisa y con una voz fuerte saluda al hombre. Toma el desayuno de la olla sin fin, se sirve solo, come solo y sonríe. Le cuenta a mamá cómo estuvo la universidad. Y así, con esa imagen de los tres sentados a la mesa compartiendo, Yolanda se queda dormida recostada en el brazo de Augusto quien no se duerme aún, tiene los ojos llorosos fijos en el techo.

(Seud.: Rita Freiheit)

La vida en blanco y negro

Una certeza: la forma en que nos vestimos habla de nosotros, de la personalidad de cada uno porque, al fin y al cabo, es la primera impresión la que cuenta y vale. Entonces esta mañana doy inicio al ritual de todos los días: la esmerada y detallista dedicación de vestirme con propiedad. La ceremonia se inicia calzándome unos pantalones ajustados y rectos, con el dobladillo corto para mostrar mis medias de un blanco impoluto. Descarto la chomba Fred Perry blanca y opto por la camisa Ben Sherman gris con sus respectivos tirantes negros. Y nada mejor para acompañar una Ben Sherman que un corbatín que le haga juego. Como el día se presenta agradable, prescindo de los borceguíes Dr. Martens y elijo Zapatos de cuero blanco y negro que combinan con el resto de mi vestimenta. A modo de precaución por si el día desmejora cuelgo de mi brazo el saco Harrington de tres botones y con cuadros blancos y negros. Finalmente empotro el sombrero Trilby en mi calva cabeza y cubro mis ojos gracias a los anteojos de sol Ray—Ban.

No bien salgo a la calle con los papeles de los trámites, advierto el notable contraste con la vestimenta de la gente de mi misma generación. Es como transitar —en el mundo del cine— por una película muda de Chaplin o por un noticiero cualquiera de la televisión local. Los otros jóvenes, sin embargo, me estudian de reojo como si fuera un ser de otro planeta. “No entiendo: si siempre me visto a la moda”, pienso mientras observo mi saco y corbata finita, los zapatos creepers, siempre de blanco y negro; es decir, adaptado a las tendencias del

momento, o, al menos, así es como visten en Londres de la mano de Madness o TheSpecials.

En cambio, los jóvenes argentinos visten de manera abyecta: pantalones anchos estilo “patas de elefante” y camisas con estampados floreales, una idiotez de la declinante música disco que hería la vista.

Tomo el colectivo luego de una breve espera. Hace calor en el último mes del último año de la década, las ventanillas están cerradas y en cada parada suben más personas. Gente sudorosa, abatida, envuelta con sus propios desencantos y apenas sostenidas por una fugaz ilusión de libertad.

Efectivamente: una de las sorpresas acontecidas luego de cuatro años de ausencia fue comprobar que el país estaba bajo la órbita de un gobierno militar. Mejor dicho: luego de cuatro años viviendo en Inglaterra hui de Londres para regresar a mi patria. “Una dictadura sudamericana no es muy diferente a una monarquía parlamentaria que allana tu casa sin orden judicial”, pienso de pie, tomado del pasamano mientras el vehículo se va llenando en la siguiente parada.

Una mujer anodina me clava la mirada y no despego sus ojos de mí durante todo el trayecto.

Decidí que era demasiado fea para darle importancia y distraje mi mirada en otra mujer de no más de veinte años. Estábamos tan cerca uno del otro que no pude ignorar la fragancia de sus piernas largas, un aroma a fruta madura de su fina y contorneada cintura, además de un rostro agradable. Pasaron dos o tres paradas y ella seguía con la mirada perdida en el ajetreo de la calle. Y, a falta de un nombre, decidí bautizarla como “la chica de mis sueños”

De pronto se subieron dos militares portando sendas armas, ordenaron al chofer detener el colectivo, un efectivo intercepto la puerta de salida y el otro, en voz alta, pidió los documentos a todos.

En ese instante ocurrieron un par de cosas. La primera fue que un soldado recorrió el ómnibus de punta a punta, pero no recolecto y reviso todos los

documentos por igual, sino que hizo una clasificación selectiva, tomando a algunos y omitiendo a otros. Yo forme parte de los ciudadanos cuyo DNI no fue requisado. Al mismo tiempo un melenudo de aspecto desalineado que iba en otro asiento sale corriendo raudamente del ómnibus al grito de “Hijos de puta, no me van a agarrar”.

Bajan de manera brusca los dos militares detrás de él, uno de ellos dispara y a la media cuadra el melenudo cae ultimado.

Pasada la conmoción por el suceso, media hora después el bus prosigue su trayecto como si nada hubiera sucedido.

A todo esto, me siento extrañamente desasociado. Me duele la cabeza. Es el calor, pero también algo más. Algo sórdido y desquiciado, al punto de preguntarme si estaba enloqueciendo.

Presagio que estoy predestinado para la impunidad.

Sí, se trata de eso, claro que se trata de eso.

Y en el momento en que la impunidad se presentara, la reconocería al instante. Estoy muy seguro de ello.

Veo bajar a la chica de mis sueños en la siguiente parada, decido bajar yo también y esta decisión hace aumentar mi emoción en grado sumo; siento un leve temblor en mis manos y en mis rodillas, mi boca se seca. “Mi impunidad está por llegar”, pienso y acelero la marcha para alcanzarla...

(Seud.: Rebeldebuey)

A las cinco

...y entonces se acurrucó en el piso y mintiéndose a sí mismo, fingió estar quedándose dormido.

Lo único que deseaba ahora era hacer lo mismo que cuando tenía siete años: escapar de los gritos, de los ruidos y del dolor en la mandíbula por apretar tanto los dientes. Ignorar la vergüenza que le causaba despertar en su propia orina. Olvidar la soledad en las fiestitas organizadas por la escuela, sabiendo que mamá no podría acudir, apresada por la terrible enfermedad. Un extraño mal que le magullaba el cuerpo, y le transformaba la voz en un susurro, los ojos oscuros en lagunas brillantes, siempre a punto de derramarse. Una madre de llantos silenciosos y escondidos, con mirada de animal herido y esa felicidad que duraba en la casa solo hasta las cinco. Después de eso, solo el silencio, roto a veces por los gritos.

En la escuela tampoco se sentía contento. Sus compañeros siempre estaban rumoreando a sus espaldas, una verdad que él no comprendía: "Miren, parece un cadáver con ojos hinchados", decían a su pasar, mientras algunos reían a carcajadas por sus pantalones descosidos y sus zapatillas rotas.

Se sentía solo en un mundo que parecía mirarlo sin ver, de forma burlona, ignorando el dolor y el miedo que a él le inundaba el cuerpo...

"¡Hasta cuando!" gritaba en sus adentros, mientras sufría la felicidad arrendada, y ella, su madre, empequeñecida, intentaba lavar a manos un par de medias blancas, con la mirada fija en el agua, que se le escurría de las manos tanto como la libertad... esa libertad que duraba solo hasta las cinco. Acentuando en su cara el cansancio y los años, decía: "vivimos en un barrio tan chico". Y sí, el barrio era demasiado chico, y las paredes esqueléticas y los ojos entrometidos. Pero sin preocuparse por la curiosidad de los vecinos, él soñaba... pero no lo hacía con la heroica batalla contra un monstruo imaginario. Él planeaba una venganza real, tan real como el monstruo que atravesaba la puerta de la casa, cada tarde a las cinco.

Venganza que saboreaba ni bien lo veía llegar. "Algún día..." se juraba y tragaba en silencio, con lágrimas saladas, observando desde un rincón a su monstruo, sucio y oloroso, derramado en el sillón, aborrecible, balbuceando con una botella de alcohol entre sus gordas manos "no se llora maricón, las maricas lloran"

Por eso no se asustó una tarde, cuando descubrió una escopeta escondida en un cajón, como una negra serpiente dormida, que en cualquier momento puede despertar y matar.

Y mientras las noches se hacían más ruidosas, violentas y coléricas, él se tapaba los oídos, acurrucado en su cama y lloraba en silencio, se sorbía la nariz, hasta que el llanto vencía y se quedaba dormido. Todas las noches la misma historia...pero hoy, que los gritos eran como vidrios mutilándole la piel, se acordó de la serpiente, y la pensó como su amiga. Sonrió y respiró profundo. No quiso dudar ni titubear, solo sonrió y una sensación de alivio le invadió el cuerpo entero. Un sombrío augurio recorría el aire. Esa noche sería por fin libre o esclavo para siempre.

Se levantó de la cama apoyando los pies de manera silenciosa en el suelo de madera, y dando pequeños pasos se dirigió al cajón de la serpiente. La tomó con sus dos manos dispuesto a liberarse y liberar a su madre que ahora, en este mismo instante se la oía gritar "¡No, por favor no!" Caminó siguiendo la ruta del llanto, dispuesto a todo, pero inesperadamente algo lo hizo detener: una explosión, y los gritos de su madre silenciados abruptamente. Se quedó allí, petrificado, con el corazón latiendo en todos los espacios del cuerpo y los oídos atontados, tratando de oír por sobre su agitada respiración. Repitió una y mil veces el sonido en su cabeza, no queriendo creer lo que sabía que había sucedido.

La realidad invadió sus pensamientos con la rapidez de un rayo y el miedo sacudió en su pecho. Las manos le temblaban y las lágrimas que brotaban como cataratas le empañaban los ojos. No había más tiempo, había llegado el momento. Pero en ese preciso instante, el piso de madera crujió bajo unos pasos que no eran los suyos, era un gemido que estaba cada vez más cerca de la puerta que lo separaba de la escena. Se mordió fuerte los labios y la boca se le llenó de sangre.

Vio como el picaporte se doblaba y escuchó el chillido de la puerta que se abría... el corazón galopaba adentro de su pecho. Era ahora o nunca, era él o el monstruo... cara a cara, frente a frente.
Y ahí sucedió. Un ruido sordo y seco, un estallido, una explosión. El final.

...y entonces se acurrucó en el piso y mintiéndose a sí mismo, fingió estar quedándose dormido.

(Seud.: Cronopia)

Stolen Sighs

Londres 1940.

Era como si el mundo entero se hubiera apagado por completo.

Sobre aquel terreno desierto que días atrás contenía la vida de centenares de habitantes, ahora únicamente reinaba un silencio inquietante y abrumador. Los rastros de ceniza que aún flotaban en la atmósfera, eran el único rastro que evidenciaba la existencia de aquel fuego devastador que, tan solo horas atrás, había arrasado con todo a su paso, y que fue ocasionado por el impacto de las bombas nazis contra los hogares de los civiles.

Y eso solo podía significar una cosa: Que la guerra finalmente había cobrado su inevitable deuda de sangre, y que lamentablemente en ese lugar, no había dejado sobrevivientes que pudieran recordarla.

¿O sí?

Porque atrapado bajo los escombros que las explosiones habían traído consigo, yacía el cuerpo de un soldado inconsciente, un corazón palpitante que se aferraba a la vida.

Jason presentaba heridas en diversas partes del cuerpo, y aunque tenía el rostro cubierto de hollín, todavía se alcanzaban a notar algunas magulladuras cubiertas de sangre seca. Sin embargo, el daño más grave lo sufría su brazo izquierdo que permanecía aprisionado por un montículo de madera pesada, y eso era lo suficientemente riesgoso para condenar su vida.

Pero entonces, como si se tratara de un sueño vívido e irreal, los lejanos ladridos de un canino se escucharon a la distancia, y de alguna manera incomprensible, aquello logró devolverle el aliento de vida a Jason.

Apenas había recobrado el sentido cuando, de repente, los últimos recuerdos de los trágicos hechos lo golpearon con la fuerza y rapidez de una bala. Entre ellos, el sonido ensordecedor que emitió la granada que estalló a escasos metros desde su posición como soldado de evacuación.

La punzada de pánico que le recorrió el cuerpo entumecido al encontrarse atrapado, lo instó a pedir ayuda sin importar si solo era un animal el que quedaba del otro lado.

—¡HAY ALGUIEN AQUÍ! —gritó Jason, su voz rasposa—. ¡POR FAVOR, NO TE VAYAS! —suplicó.

Silencio.

Y aunque solo fueron segundos, Jason los sintió como si hubiesen sido horas.

—¿Eres tú, Jason? —interrogó una voz familiar a lo lejos.

¿Acaso podía ser posible?

—¿¡Jeffrey!? —Silencio. Y luego oyó el sonido de unos pasos acercándose con prisa. La adrenalina se le subió a la cabeza —¡NO PUEDO SALIR! Mi brazo... ¡ESTÁ ATASCADO!

—¡Te sacaré de ahí, JJ—respondió la otra voz, mucha más cercana que antes — ¡Aguarda un poco más!

Y solo la mención de ese apodo lo confirmó todo.

Era Jeffrey, su hermano, no cabía dudas.

Era Jeffrey, la única persona que le quedaba en el mundo, y en ese momento, también un sobreviviente.

No pasó mucho hasta que el bloque pesado frente a sus ojos de pronto fue volcado, aterrizando hacia delante con un ruido sordo. La luz del exterior que ingresó con fuerza y sin previo aviso, lo cegó un poco más de lo esperado.

—¡JASON!

En cuestión de segundos, aquella oscura silueta fue ganando color hasta que los pequeños detalles de su uniforme raído y del pequeño par de chapas metálicas que pendían de su cuello se volvieron nítidos para Jason.

Entonces, aquello lo removió lo suficiente como para hacerlo caer en cuenta que no hacía ni dos años que ambos habían sido reclutados por las fuerzas terrestres por medio de un telegrama que llegó en el pleno de una noche invernal de diciembre, tergiversando sus vidas para siempre con esa honorable labor que consistía, en esencia, en cumplir con el deber de servir a su nación aunque estuviera por encima de sus propias vidas.

Deber.

¿Podía alguien ser considerado egoísta por desear vivir un mañana más antes que morir por un país que estaba destinado a olvidarte?

De todos modos, nada de eso importaba ahora.

Lo único que importaba era que su hermano estaba bien, estaba vivo.

Y que había regresado por él a pesar de todo.

—¡POR DIOS, JEFF! ¡ESTÁS VIVO! ¿ESTÁS HERIDO? ¡HOMBRE, DI ALGO! — Jason habló de manera tan rápida que las palabras terminaron atropellándose entre sí sin pausa alguna.

—¿Te golpeaste muy fuerte la cabeza? Demonios, Jason, las preguntas pueden esperar. ¡TAN SÓLO MIRA TU BRAZO! Vamos, voy a ayudarte—le reprendió su hermano.

Como si se tratara de una ironía sin sentido, el solo recuerdo bastó para que el ardor lacerante en su antebrazo y el dolor en todas sus extremidades resurgieran con tal fuerza que lo obligaron a soltar un par de palabrotas.

—¿Con qué piensas hacerlo? —preguntó Jason, con la mente nublada por el dolor—. Se necesita de mucha fuerza para levantar los escombros, y tú no eres precisamente alguien fuerte y...

—No digas tonterías —le cortó Jeffrey, afirmando con ambas manos un pedazo de fierro torcido que había traído desde el exterior —. Vivirás, — continuó, encajando el objeto en un lugar específico por detrás de la roca para crear una especie de palanca —pero no voy a mentirte: Esto va a dolerte mucho.

Y sin más tiempo de por medio, de un solo tirón, el espacio entre el antebrazo de Jason y el montículo pesado que lo aprisionaba, fue lo suficientemente ancho para que el lastimado soldado tuviera la oportunidad de arrastrarlo hasta un lugar seguro.

Unas cuantas palabrotas más, y luego fue el turno de que la sangre caliente empezara a brotar de los cortes en respuesta al dolor.

—Pues tenías razón, dolió como el infierno. De hecho, estoy comenzando a creer que perderé el brazo.—dijo Jason, haciendo una mueca exagerada.

Tras haberle ayudado a incorporarse, Jeffrey sonrió a medias y negó con la cabeza.

—El infierno siempre será más horrible que cualquier otra cosa, así que siéntete afortunado de seguir con vida *JJ* —le aseguró Jeff mientras le hacía un vendaje en el brazo con la chaqueta de su uniforme—. Es hora de salir de aquí.

[...]

El lugar exacto en el que estaba Jason cuando el estallido de aquella granada lo alcanzó, fue a unos metros de un taller de artesanías, cargando con la más pura impotencia en las venas que se le marcaban contra la piel de sus puños apretados.

Los dueños eran una pareja con hijos que habían preferido concebir la muerte de manera tranquila en aquel escenario que llamaban hogar, en lugar de intentar huir de algo que, en esos momentos, estaba en todas partes.

Ellos tuvieron razón, pensó.

Porque bajo ese cielo ceniciento de tonos melancólicos, ahora él se abría paso entre los estragos de una ciudad fantasma y de suspiros robados.

Aún pensaba en ello cuando, una vez más, un ladrido lo trajo de vuelta.

Bajó la mirada y sus ojos se toparon con el pelaje claro de un perro que meneaba la cola con parsimonia.

—¿Lo rescataste o te rescató a ti? —bromeó Jason, intentando aligerar un poco el ambiente, acariciando al animal con el brazo bueno.

Era increíble que aún estuviera con vida.

—Es hembra, y me la encontré de camino. Pero no estaba sola... —contó Jeffrey, tosiendo un par de veces—su dueño la protegió con su vida.

—¿Cómo me encontraste? Tu base está bastante lejos de aquí... —preguntó Jason, intentando cambiar de tema con una mirada triste mientras veía como la perrita se perdía en el camino. Con los labios curtidos por la falta de líquidos en horas, apretó los dientes antes de preguntar —¿Qué fue lo que sucedió, Jeff?

Bajando la vista hacia el suelo, Jeffrey se aclaró la garganta.

—Estaba junto a otros civiles cuando mi base fue bombardeada —comenzó diciendo, con voz apagada—. Fuimos pocos los que salimos ilesos. Sin embargo, cuando ya nos habíamos alejado lo suficiente, nos topamos con una barrera de fuego que fue imposible de atravesar sin arriesgar la vida. La mayoría entró en pánico y otros... lo intentaron. Ahí perdimos a la mitad del grupo, y solo dos soldados quedamos a cargo. Así que cuando por fin los pusimos a salvo, no tardé en salir a buscar más sobrevivientes.

De entre tantas cosas malas, aquello hizo que los ojos de Jason se iluminaran de esperanza.

—¿Son muchos? ¿Y dónde están los demás? —preguntó.

—Nuestra intención era dirigirnos al sur y llegar a la base más cercana cuanto antes— continuó —. Sin embargo, en el camino nos encontramos con unos soldados que nos guiaron a un refugio más seguro en el sótano de un templo. Había un solo médico y muchos heridos, pero fue de mucha ayuda. Los bombardeos cesaron después de... unas horas —hizo una pausa para toser un poco—El fuego perduró todo el día, pero al caer la noche, afortunadamente, la lluvia pudo apaciguarlo un poco.

Mientras hablaba, su hermano se desvió del camino por un sendero sinuoso y cubierto de hollín, el cual podía haber pertenecido a un parque comunitario en el pasado.

—¿Qué tan lejos queda el refugio? —preguntó Jason, casi tropezándose con los restos desperdigados de alguna construcción cercana hecha pedazos.

Estaba mareado, y su cabeza a punto de explotar.

Sentía que todo él estaba revuelto por dentro, como si sus huesos se hubiesen ablandado y ahora sus órganos chocaran contra ellos cada que se movía al caminar. También debía de tener fiebre o alguna infección, porque incluso las plantas de sus pies quemaban como si estuviera caminando descalzo sobre un manto de fuego sin sus desgastadas botas militares.

Y entonces, su estómago rugió con tanta fuerza que llegó hasta los oídos de Jeffrey.

—Tenemos un pequeño almacén de agua y comida en el templo. Está... racionada entre las treinta y dos personas que se encuentran bajo su techo. Suponemos que aguantará hasta que las unidades de rescate lleguen en dos días, pero... —se detuvo, viendo a lo lejos la capilla sobresaliente del templo—Te contaré cuando lleguemos. Ya no falta nada.

Jason elevó la vista. Se encontraba en una zona de casonas dispersadas dónde los destrozos eran menores a comparación del resto de la ciudad.

Minutos más tarde, entraron por el recibidor, y después de doblar por un par de pasillos, Jeffrey se detuvo en las escaleras que se dirigían hacia el sótano. Con un gesto, le señaló el peldaño a la izquierda de Jason.

—¿Qué pasa?—preguntó Jason, confundido por la acción repentina.

Jeffrey volvió a toser con un poco más de fuerza.

—Pienso que lo mejor será que primero hable con el resto del grupo —dijo, y Jason notó algo extraño en el tono de su voz —Anoche... llegaron un par de sobrevivientes, pidiendo ayuda. Los acogimos, como debíamos hacer, pero había algo que no me gustaba de ellos. Y sus vestimentas, eran extrañas, y... actuaban de un modo bastante conservador—entonces, bajó la mirada hasta el suelo de

mármol —. Por desgracia, tuve razón al pensar mal de ellos. Causaron problemas que afectaron a todos en el grupo, pero ya se marcharon, aunque... los que están aquí aún continúan asustados, por lo que desconfían de todo y de todos —dijo.

—Oye, ¿Estás bien? No has parado de toser desde que me encontraste. ¿Acaso estás enfermo?—dijo, notando que Jeffrey había tosido entrecortadamente mientras hablaba.

—No es nada de lo que preocuparse. He estado demasiado expuesto al humo durante estos días, pero ya estaré bien.

Siempre fue así.

Preocupándose más por el bienestar de otros y restándole importancia a su propia vida a pesar de que las circunstancias fuesen desfavorables para él. Jason suspiró, y antes de que su hermano pudiese marcharse, lo detuvo de la manga de su uniforme.

—Gracias por regresar por mí, Jeff, de verdad. —dijo con sinceridad.

—Te prometí que iría a buscarte, y le prometí a nuestros padres que te cuidaría. ¿Ya lo olvidaste? —aseguró, revolviéndole el cabello.

Entonces, el vago recuerdo que Jason tenía sobre ellos, de repente brilló en su memoria. Brilló junto al fuego y las brasas que consumieron cada parte de la casita en la que, en algún universo alterno, habrían vivido unas vacaciones memorables junto a esa gran chimenea que lo ocasionó todo.

¿Por qué el tiempo era tan injusto y tan impredecible con las vidas ajenas?

¿Cómo era posible que, como si no hubiera sido suficiente, unos niños huérfanos tuvieran que crecer en un orfanato del que jamás serían adoptados?

Pero no había una respuesta para eso.

No mientras la muerte, bajo el disfraz de un injusto destino, mantuviera intacta su ambición de llevarse primero a las personas más buenas.

—¿Cómo es que nunca has roto una promesa? ¿Cómo le haces? —quiso saber Jason, chasqueando la lengua con duda.

—Es simple, solo procuro ser fiel a cuatro palabras: Pase lo que pase.

¿Recuerdas JJ? Ya te lo había dicho.

Lo recordaba, porque eso mismo le dijo cuando le prometió llamarlo para siempre por ese apodo que le encantaba de niño. Y sonrió, como el pequeño niño travieso de nueve años que fue antes de que lo perdiera todo, en ese entonces dónde su hermano le daba el gusto de ser JJ, el capitán de un barco pirata, y él, solo Jeff, el loro tuerto.

Así que lo dejó ir.

Y sin querer, lo hizo para siempre.

Porque Jason esperó, y esperó. Pero nunca nadie volvió a por él.

¿Por qué tarda tanto?

Confundido, se puso en pie, y descendió por las escaleras con la intención de buscar respuestas por sí mismo. Al final, fue recibido por un par de puertas gruesas de madera con cadenas oxidadas que colgaban de sus manijas redondas.

Y entonces, las abrió.

Y el arrepentimiento fue inmediato tras ello, aplastándolo sin piedad.

Los acontecimientos que residían en aquella espantosa escena, causaron que su estómago diera un vuelco doloroso. Alcanzó a dar un sólo paso y luego se desplomó sobre sus rodillas lastimadas; ahogando un grito de dolor y de la más pura impotencia.

Nada de eso podía ser cierto, simplemente no podía. Todo parecía demasiado irreal, como si estuviera atravesando los peores momentos de una pesadilla horrible, de aquellas que dejan cicatrices.

Porque ahí, frente a él, alrededor de treinta y cinco cadáveres cubrían los suelos sagrados del salón, dispersados a lo largo del lugar. Entre ellos, el cuerpo de su hermano Jeffrey era uno de los más cercanos. Pero no estaba solo; estaba rodeando a un pequeño perro en sus brazos. Y a unos metros de ellos, un par de contenedores vacíos de gas mostaza contaban una triste historia.

Fue por eso que a Jason no le costó nada maquinar las escenas en su cabeza, empezando por aquellas personas de vestimentas extrañas de las que Jeffrey desconfiaba, siendo los responsables de encerrarlos en el salón con cadenas para que el gas mostaza hiciera su trabajo.

Por el mal olor, supo que los cuerpos llevaban horas en ese estado.

Sin embargo, unas preguntas que jamás serían respondidas por nadie, comenzaron a rondar por su cabeza.

¿Qué era lo que sus propios ojos habían visto, entonces?

¿Con quién demonios había conversado durante tanto tiempo?

De repente, esa extraña tos constante de Jeffrey, resonó en su dolida consciencia.

Y entonces aquellas cuatro palabras le destrozaron el alma.

Pase lo que pase, recordó.

(Seud.: Ally)

Hogar

No me acuerdo si fue antes o después... No, fue después. Lo que no me acuerdo es después de qué.

Algo así decía Mundstock. Qué tipo gracioso. Siempre me pareció el mejor de los cinco. Me hacía reír un montón. Ahora ya no porque yo sí me acuerdo después de qué fue. Fue después de que te decidieras a irte.

Desde entonces ya no puedo disfrutar a Les Luthiers como antes. Habíamos comprado la colección de DVDs completa. Pero no toda junta y no original. Eso le hubiera sacado magia. No. La fuimos comprando en los puestos de la feria. De cualquier feria que nos cruzáramos.

Tuvimos el tino de no seguir una lista, de no hacerlo ordenado, de no hacerlo un ritual. Cada tanto, cuando nuestros paseos –esos paseos que sólo dos personas amándose pueden dar– nos acercaban a esos puestos tan ilegales como imprescindibles, comprábamos uno.

Nos apurábamos entonces por volver a casa y poner las cervezas en el freezer y pedir algo rico para cenar y Mundstock decía que no se acordaba después de qué y nos reíamos y nos amábamos y ahora ya no estás acá.

Y siempre hay un día después. No importa si es una relación que se rompe de golpe. Por un engaño, una palabra de más, una tragedia impensada. No importa tampoco si es de esas que se van apagando, como en fade, hasta desaparecer. Siempre hay un día después.

Un día ya no estás. Tengo que seguir solo. Solo yo y el gato.

Repetir la rutina. Sin risas. Sin motivo. Repetir. Sin importar el día. Rutina. Repetir.

Levantarme, lavarme los dientes, cambiarme, desayunar, irme a trabajar. El gato que jode para que le dé de comer. Volver de trabajar, picar algo, bañarme,

cambiarme. Y el gato que jode que lo acaricie un poco. Cenar, ver algo en Netflix, irme a dormir. Y el gato que jode para que le haga un lugar en la cama.

Lunes. No como otro lunes. No como otros lunes. Este lunes aprendo lo que nos salva la vida.

Me levanto, me lavo los dientes, me cambio, desayuno, me voy a trabajar. El gato me jode para que le dé de comer. Llego de trabajar. Pico algo, me baño, me cambio. El gato no volvió y es viernes. Dejo la ventana abierta. Ceno, veo Netflix, miro de reojo el pote de comida lleno, me voy a dormir.

Me levanto, me lavo los dientes, reviso el pote de comida que sigue lleno y ya es sábado, me cambio desayuno, hago ruidos en el patio, dejo la ventana siempre abierta, me voy a trabajar pensando dónde estará este gato. Vuelvo de trabajar mirando los techos —y sí, también, las cunetas—. Me siento en el patio con el pote de comida. Me cambio, ceno. Salgo a la vereda, escudriño en la oscuridad. Me voy a dormir.

Domingo. Me levanto, no me lavo los dientes, la ventana está abierta pero el pote de comida sigue lleno, el gato no volvió. No tengo nada para hacer.

La casa es sólo una casa. Paredes, mesas, sillas, armarios, camas, teles. Y yo no sé qué hacer. No hay nada para hacer. No hay nadie para hacerlo. No hay nada ni nadie.

Pero ese lunes aprendo lo que nos salva la vida.

Algunos lugares cierran los fines de semana. Los talleres, las fábricas, las oficinas del estado, no sé. Hay lugares que cierran los fines de semana. Nosotros lo sabemos pero los gatos no.

Pero es lunes y está libre. Está libre y está hambriento y está sediento.

Empieza a caminar. Rápido. Está apurado y está sediento pero no se detiene a tomar el agua que corre mansa junto al cordón de la vereda. Está apurado y está hambriento pero no frena ni por un instante a romper la bolsa de basura que huele tan apetecible.

Vuelve. Entra por el patio, por la ventana siempre abierta. Sabe que ahora sí podrá saciar su hambre y su sed. Pero antes, él, que siempre fue tan callado, maulla a viva voz.

No maulla ni maulló nunca. Ni cuando era chiquito y no podía bajar del ropero. Un quilombo esa vez. Ella había salido, el gato que no se animaba a saltar, yo que no podía treparme. Y ni miau dijo. Tampoco cuando se le vacía el pote de comida. Todos los gatos te hacen un escándalo y sin embargo este no, nada. Pero hoy sí. Este lunes sí.

Es un maullido constante mientras se acerca a la puerta de la pieza. Estoy bien, volví, ya no te preocupes, dicen los maullidos. Quedate tranquilo, acá estoy.

Y entonces sí, ya puede comer y beber y vivir.

Me levanto y acudo a su llamado corriendo, agitado, riendo. Está ahí, el gato que siempre jode, está acá de nuevo, en esta casa... Y yo también con él como, bebo y vivo.

Aprendo ese lunes por la mañana cuanto nos salva la vida sentir que alguien es, que para alguien somos, hogar.

(Seud.: El Duro)

Ernesto

La vieja se muere. Se viene muriendo desde hace muchos años. Lenta, penosamente. Hundida en depresiones. Etiquetada y medicada según diagnósticos contradictorios. Pero ahora es para siempre. La pieza está casi a oscuras, las persianas no dejan entrar la luz de la tarde, apenas un puñado de rayas paralelas sobre la pared, la cama y los deudos. El televisor está apagado. El viejo, sentado a los pies de la cama, sostiene una tacita de café, ya vacía. El hijo mayor ocupa la silla del rincón como una bolsa de ropa sucia, apenas inclinado hacia el piso. La hija, de pie, apoyada sobre el placard viejo de madera ennegrecida, juega con algo que esconde en la mano. El hermano de la vieja mira desde lejos, desde la entrada de la pieza, sostiene la puerta como si esperara una señal para cerrarla. Los nietos fuman en el balcón, se pueden ver sus sombras y las de sus humos interrumpiendo de a ratos las líneas de luz que deja pasar la persiana, sus voces susurradas a veces parecen cánticos, y otras, el eco de una fiesta animada en un lugar y un tiempo ajeno.

A las tres en punto, brutal, suena el despertador. Todos los presentes dan un salto, menos la vieja que se muere. La charla de los nietos se detiene un instante, y enseguida vuelve a comenzar. El viejo da tres pasos hasta la mesita de luz y apaga el despertador. La hora de la novela, murmura. La telenovela que la vieja había estado mirando todos los días ese último año de agonía, durante las pocas horas que estaba despierta. El resto era dormir, con suerte soñar, los ojos apretándose de a ratos, gestos de dolor, o de recuerdos.

Los nietos entran a la pieza para despedirse y una atmósfera de olor a humo entra con ellos. Uno a uno, le dan un beso en la frente a la vieja, un beso en la mejilla a cada uno de los presentes, y se encaminan hacia la cocina silenciosa, hacia la puerta de salida, hacia la luz del día y de los días por venir. Y justo entonces, la vieja habla: Ernesto... Ernesto...

Hay sólo un florero sobre una mesa ratona con un ramo de flores blancas y rosadas. En la pared, un cuadro con un paisaje impreciso, montañas o sierras, una

casa a oscuras, colores ocres o deslucidos con los años. El viejo recuerda el cuadro y el paisaje de otros velatorios: el de los tíos, el de la vecina de enfrente, el de ese pobre chico de la moto, el de su prima.

El hijo mayor y la hija están sentados en el banco largo. La dueña de la casa de pastas del barrio está desplomada en el sillón individual, junto a la puerta de entrada, que dejaron algo abierta para hacer circular el aire, porque estaba un poco descompuesta por la pena, la hora de la noche y el encierro de la sala. Los ventiluces rectangulares de vidrio esmerilado también están entornados. Por momentos, se escuchan las voces de los nietos que charlan en voz baja en la vereda, y a veces la brisa suave de verano trae el olor acre del tabaco hasta la nariz del viejo, que chasquea la lengua, vuelve a su pensamientos y continua caminando desde una punta a la otra, arrastrando los pies, asomándose a la salita del ataúd cada vez que pasa frente a la entrada.

El hermano de la vieja se suena la nariz a cada rato con un pañuelo de tela, que dobla y desdobra, pliega y despliega, mientras habla en voz baja con el dueño de la funeraria, amigo de la infancia y ex compañero de la fábrica de colchones en los años de juventud, antes de heredar el negocio familiar, que muy pronto heredará su propio hijo.

Apenas pasada la medianoche, llegan las hermanas del viejo tomadas del brazo, apoyándose la una en la otra, secundadas por la hija de una de ellas, que todavía tiene las llaves del auto en la mano, y cruza una mirada con el hijo mayor del viejo, mirada que enseguida ambos esconden y bajan al piso. El viejo extiende mecánicamente su brazo como para darles la mano y clava los dedos en las costillas de una de sus hermanas mientras la otra, la más joven, le da un beso en la mejilla áspera, sin soltarse de su hermana mayor, que trastabilla, se agarra del brazo extendido del viejo y, sin siquiera preguntarle cómo está, arremete con un “¿tenés idea de quién era Ernesto?”. Porque ya se había enterado de las últimas palabras de su cuñada, y, al igual que todo el resto de la familia, se había pasado la tarde y la noche cuchicheando, hojeando álbunes de fotos blanco y negro, llamando por teléfono a primas y primos segundos y terceros, a las pocas amistades que quedaban, y nadie, pero nadie, recordaba a ningún Ernesto.

A la una de la mañana en punto, como decía el cartel pegado con cinta scotch en la pizarra de la administración, por razones de seguridad, se cierran las puertas, se apagan las luces, los deudos se van a descansar y el ataúd se queda solo en la salita hasta las 8, hora del último adiós. Los hijos acompañan al viejo hasta la casa; seis cuadras de luminarias parpadeantes, sombras sospechosas y pozos al acecho. El viejo trata de recordar la última vez que había caminado por el barrio a esas horas y le parece que fue en el velatorio de Doña Elvira, la madre del muchacho del puesto de diarios, que había resultado ser una prima muy lejana por parte de su padre, hija de un tío segundo que había perdido un ojo en una guerra europea. Tío Tuerto, murmura el viejo, pero los hijos no lo entienden, porque es lo primero que dice en muchas horas y la voz apenas le sale. La hija le hace una caricia en la espalda. El hijo mayor lo mira con compasión. Pobre viejo, piensa, enterarse ahora.

La fila de cuatro autos negros se detiene en el semáforo. El viejo, en el primer automóvil detrás del que lleva el ataúd, mira la esquina decrepita, el caserón tapiado, las paredes con yuyos. Se recuerda pasando en bicicleta muchas veces, camino a la estación, pero no está seguro si había un almacén o una mercería. Siente la mano de su hija que acaba de apoyarse sobre la suya y se sobresalta. Ahora el cortejo se detiene frente al Club, la vieja fue una de las primeras socias, ayudó muchas veces en la cocina cuando había eventos y organizó algunas kermeses. Unos chicos vestidos para jugar al fútbol, sentados en los escalones de entrada, miran con curiosidad la caravana. Más arriba, de pie, junto a los portones abiertos y la pizarra con las actividades del mes, dos hombres muy mayores y una mujer un poco más joven se santiguan y buscan la mirada del viejo en el auto, la encuentran, y afirman pesadamente con la cabeza a modo de saludo. El viejo responde igual. Después buscan la mirada del hermano de la vieja, en el segundo auto, que no los ve porque se está sonando la nariz, y entonces buscan los ojos de las hermanas del viejo, en el mismo auto, y ahora sí repiten el procedimiento, que también es imitado por las mujeres, y la hermana mayor agrega un saludo

breve con la mano, porque tiene más confianza, y además fue ella la que ayer les avisó y, de paso, les preguntó si recordaban a algún Ernesto, pero no conocían a ninguno. O, mejor dicho, habían conocido a uno, pero como cuarenta años atrás, y ya entonces era muy viejo. Además, vivía del otro lado de las vías, en el oeste, y cruzaba sólo para cobrar la jubilación en el Banco de la calle comercial.

La entrada principal del Cementerio Municipal está cerrada por pavimentación y mantenimiento de la fachada, así que el cortejo rodea el paredón hasta el portón de atrás. Los muros siguen tan descascarados, cubiertos de grafitis y pintadas políticas como la última vez. El viejo cree que fue el entierro del primo hermano por parte de su madre, famoso en su tiempo por las habilidades de bailarín, que desplegaba en aquellos carnavales en el salón de los Bomberos Voluntarios.

El hijo va mirando los carteles pegados en el paredón, uno está al revés. Nota que un candidato a concejal se llama Ernesto, pero la foto sonriente es de un hombre muy joven, el ojo izquierdo más cerrado que el derecho, la corbata un poco corrida del centro de la camisa y los dientes demasiado blancos.

La hija aún tiene su mano apoyada en la del viejo, percibe los huesos debajo de la piel. Su mirada está fija en el auto de adelante, el que lleva el ataúd. Trata de recordar la historia del camión en el barro que su padre le contara tantas veces. Habían salido un domingo todos en el camión que le habían prestado en la empresa de transporte donde trabajaba. Llevaban comida, vino, guitarras y hasta un violín. Ella estaba hermosa y algo distante, como siempre. A veces se distraía, se quedaba así, mirando una nube, por ejemplo, por un buen rato. ¿A dónde te fuiste, che?, le preguntaban las amigas, y todos se reían, porque todavía era una broma, y en esa época nadie pensaba en sombras o en demencias: eran muy jóvenes, era domingo, brillaba el sol de enero y se iban a pasar el día al río.

Él era fuerte, de pocas palabras pero educado, sabía manejar el camión, y ayer, por primera vez, había hablado con ella. Justo cuando faltaba poco para llegar a la costa, el camión se quedó en el barro, las ruedas giraban inútiles y la huella se hacía cada vez más honda. Los hombres se bajaron ruidosamente y las mujeres saltaron desde la caja del camión con la comida bien envuelta en mantas

floreadas, las botellas de vino en canastas y los vestidos blancos y holgados. Ella también saltó, pero apenas tocó el suelo, se resbaló y cayó de lleno en el barro. Él corrió para ayudarla, pero con tanta mala suerte que también resbaló y cayó sobre ella. Las risas intencionadas les fueron indiferentes; los dos, hundidos en el barro, se encontraron con una mirada que venía desde el futuro. Uno de los amigos dirigió la empresa de poner palos y ramas debajo de la rueda atascada y, finalmente, logró sacar el camión de la huella. Fue el héroe de la jornada. ¿No se llamaba Ernesto, ese hombre?, se pregunta la hija del viejo, pero cómo estar segura. La historia del camión en el barro seguía atascada en el comienzo del siglo, y ahí se iba a quedar.

Alguien cambió las sábanas. Alguien barrió, abrió las persianas para ventilar y después las cerró. El viejo está sentado al borde de la cama vacía. Las líneas finas y ardientes del sol de la tarde le marcan el pecho. Un día y ya está. Veinticuatro horas y terminó todo. El hijo y la hija lo habían acompañado hasta la casa, después del cortejo y el cementerio, caminaron a paso lento desde la funeraria, esquivando las veredas levantadas por las raíces de los plátanos. La hija no quería dejarlo solo en la casa, pero el hijo, en un aparte, con la excusa de comprar pastillas en el quiosco, le dijo que lo dejara, pobre viejo, que no le insistiera, si quería quedarse solo, que lo hiciera, tenía el derecho a elaborar el duelo a su manera, además de lo del tal Ernesto, vaya a saber cómo le había pegado, es tan callado, siempre fue tan callado, tan metido para adentro.

La mirada del viejo recorre la pieza en penumbras. El viejo placard, el cuadrito con la foto de los dos en el Cristo Redentor, las estampitas y un par de fotos de carnet debajo del vidrio de la mesita de luz, la silla con una blusa colgada en el respaldo, y el ronroneo monótono del motor de la heladera que llega desde la cocina.

De golpe, el ring del despertador. La hora de la novela que miraba la vieja, su última conexión con el mundo. El viejo desactiva la alarma para siempre, pero enciende el televisor. Un cartel anuncia “último episodio”. La vieja se lo va a perder, tantos meses mezclando las tramas retorcidas con sus propios vaivenes de conciencia, y ahora no va a poder ver cómo termina, nunca va a saber si las

confabulaciones quedan al descubierto, o si el amor es capaz de triunfar ante el engaño, o si los vínculos resisten el embate del poder.

El viejo mira el capítulo entero sin entender nada, sin saber quién es quién, ni por qué llegaron hasta ahí. Pero quiere ver el final, como si se lo debiera a la vieja, como si fuera su propia despedida, la última, la definitiva, ahora sí.

Después de la última tanda publicitaria, la protagonista está a punto de ser vencida por su larga y dolorosa enfermedad. Yace en la cama señorial, rodeada por aquellos que la quisieron y la detestaron. Recorre con la mirada esos rostros conocidos, ve tristeza y piedad, pero también maldad y conveniencia. Lo único que no ve es el único rostro que quisiera ver: el de su amor, su amor verdadero, el que había muerto en una batalla lejana, el que le había prometido volver y no había cumplido. Justo antes de morir, con una voz quebrada, la mujer lo llama en vano.

Ernesto... Ernesto...

(Seud.: Cristóbal de Heredia)

Concierto

Primero atravesás la puerta giratoria del hotel con aire ejecutivo, de autosuficiencia. Por única vez no te resulta sobreactuado, ajeno, como si fuera parte de tu equipaje o un accesorio de tu semblante. Es tuyo y es real, lo cual equivale a decir que sos vos. Esa verdad te envuelve. Caminas con altivez, imantado hacia el sector donde los ascensores bajan y suben perpetuamente, cargando un maletín forrado en cuero negro. Te hace parecer el hombre importante que todo el mundo, excepto vos, cree que sos.

Antes te permitís un pequeño gesto de humanidad. Te acercás a unos metros de la recepción y le dedicás al conserje una media sonrisa, guiñando un ojo detrás de tus lentes oscuros. Es tu manera de agradecerle la discreción que

guardo la última semana de tu alojamiento. Te devuelve un movimiento de cabeza reverencial que significa tanto respeto como sumisión. O complicidad.

Ese hombre casi calvo, algo esmirriado, de unos cincuenta y cinco, sesenta años, observa tu figura desde atrás mientras te alejás hacia los ascensores. La iluminación del hotel, la distribución y el contraste de ventanas nunca revela si es de día, de noche o el mundo colapsó allá afuera. Un reflector cenital derrama sobre tu traje negro un nimbo acrílico de luz que lo hace brillar. Una aureola fluorescente custodia tu trayectoria.

Triunfal, absoluto, tu dedo índice pulsa el botón rojo que se enciende. Al instante escuchás nítido el sonido de poleas trabajar en los huecos del ascensor. Te sigue ese fino dulzor del perfume caro que tus hijos te regalaron dos meses atrás para tu último cumpleaños.

El trayecto en soledad hacia tu habitación, aunque breve, te regala varios segundos. Los invertís en fantasear: una mujer esbelta, más joven que vos, sube en el piso siguiente y coquetea con la mirada. Tu olor a hombre exitoso colándose por su olfato la impulsa a retocarse el pelo con ansiedad. Tu diafragma se contrae de deseo. Se miran y retiran la mirada simultáneamente a través del espejo. Percibís su respiración pesada, exhalando las ganas de arrancarte la ropa. Estas a punto de hablarle cuando un pitido tenue disuelve la escena. Arriba en números rojos sobre un tablero de bronce titila el número 16 mientras se abre la puerta doble y encarás el pasillo alfombrado. El ascensor continúa su curso, y en él, la mujer imaginaria se alisa el vestido, recuperando el pulso.

Una marcha sorda guía los pasos que tus zapatos italianos coordinan rumbo a la última puerta, emplazada hacia el ala derecha del piso. Es la única puerta que no posee sistema de sensor digital. Te lo ofrecieron como una ventaja de la tecnología adornada con argumentos de seguridad. Lo rechazaste de manera cortés. Pediste una puerta común, con llave doble y pasador. La misma que ahora tenés enfrente.

La cámara de seguridad ubicada en un ángulo del pasillo registra la lentitud con que una figura masculina, pixelada, sustrae un manojo de llaves del bolsillo interior de su saco. En un instante gira hacia las puertas laterales. Cuando retoma el ángulo anterior, el hombre ya está adentro. Aunque la cámara no lo tome, cierra con llave doble. Cruza el pasador.

Por un momento te gana la ansiedad. Antes que la duda se instale, jugás la carta segura. Buscás en la mesa de luz el paquete de cigarrillos conservado como martillo de emergencia. Sentado en la cama, acercás el cenicero y lo prendés. El humo entra en tus pulmones como un ejército invasor y devolvés el ataque con una tos seca, olvidada por años. La ansiedad se disipa como el humo que sube en volutas grises hasta fundirse contra el techo esmaltado.

Unos minutos después prendés otro. Al quitarte el saco y los zapatos sentís como tu cuerpo recobra vida. La tensión en los músculos te produce un pinchazo placentero. Más relajado, vas al mueble multiuso debajo del televisor y encendés el parlante conectado a tu celular. Después de buscar y dar *play* a la quinta sinfonía de Beethoven vas a subir apenas el volumen.

Cerrás los ojos. Te sentís un vidrio al que la música astilla sin romper.

Del ensueño te saca la curiosidad y vas en busca del maletín apoyado contra el respaldo del sillón individual. Extraés del interior el paquete envuelto en plástico acolchonado. Retirás la placa de titanio atornillada sobre madera lacarada que enmarca un nombre, un apellido y dos fechas. Te resulta tan extraño, de repente. Lo lees varias veces, como si un error lógico se infiltrara en esos datos. La dejás sobre la cama y te alejás para verla en otro plano. Letras y números que adivinás eternamente bajo la lluvia y el sol.

Beethoven suena en loop. Finaliza el compás y comienza de nuevo. En cada vuelta subís un poco más el volumen. Eufórico, servís un whisky doble de la coctelera, sin hielo. Te quema la garganta, el esófago, la mente. Tus manos se mueven dirigiendo una batuta ficticia mientras la orquesta toca sin tregua esas

notas inmortales. La obra de un genio. Admiras la grandeza. Pensás en el tiempo.

La música alta te impide escuchar el teléfono del hotel. Vibra sobre la cómoda y emite luces azules en un radio pequeño que tampoco ves porque tus ojos permanecen cerrados, observando la pericia con la que tus músicos fantasmas interpretan y ejecutan. A tus espaldas un auditorio internacional de gala sigue hipnotizado cada uno de tus movimientos. Los infinitos palcos como ojos clavados en tu silueta, que se balancea en la cornisa del escenario dando giros y reveses.

El teléfono sigue sonando. La placa de titanio sobre la cama refulge con tus manotazos al aire mientras el whisky se derrama sobre la alfombra y la ceniza del cigarrillo cae inerte en el azar de la habitación.

En el fragor de la orquesta ya nada importa y sabes que todo lo que pudiste haber sido ya no serás.

Cuando el conserje se acerca junto al personal de seguridad del hotel con la tarjeta universal en mano (dispuesto a interrumpir tu concierto del cual ya se quejaron en recepción todos los huéspedes del piso) y se encuentra con una cerradura tradicional, el escalofrío lo atraviesa desde la cabeza hasta los pies porque presiente que es demasiado tarde.

Subís el último decibel de volumen y la sinfonía se torna ensordecedora, mientras el conserje grita en vano tú nombre, golpeado la puerta. Ningún sonido del exterior penetra tu habitación. Otro cigarrillo. Otro whisky. Figuras de humo se dibujan solas en el aire saturado.

La seguridad del hotel intenta forzar la cerradura, trata de derribar la puerta. Si pudieran espiarte, verían como te acercás al ventanal, descorrés las cortinas y salís al balcón. La tarde de la ciudad te pega en la cara y te despabila. No recordás haberte sentido tan vivo jamás.

Afuera, tus vecinos de piso salen de sus habitaciones. Asomados al pasillo, temerosos, preguntan qué pasa. El conserje habla con la policía. Una mezcla de miedo y culpa lo disminuye aun más dentro de su traje antiguo. Se ve desinflado y opaco. Insiste en gritar tu nombre por encima del volumen infinito de la música que ahora suena en todo el pasillo, quizá en todo el hotel.

Observás la ciudad, los edificios, las luces. Te reís como si algo te causara mucha gracia, como si un chiste mudo contado por años finalmente diera con su remate. Inclinado sobre la baranda, partido por la tos, retomás el control de la batuta y tocas otra vez para todo ese público que se amontona ahí afuera.

El conserje grita una vez más, con desesperación, con furia. Grita tu nombre y golpea la puerta hasta lastimarse los nudillos. La placa sobre la cama brilla. Parece contestarle desde el silencio absurdo de las cosas.

En éxtasis total, más allá del tiempo y el amor, te sentás en la baranda del balcón, tus pies colgando en el abismo. Un viento no muy fuerte podría sacudir tu borrachera y hacerte caer. Lo sabes, jugás con esa opción. No escribiste la quinta sinfonía ni sos dueño de un hotel. No pisaste la luna, no conoces el espacio. Tus nietos no sabrán tu nombre.

El último cigarrillo del paquete aguarda en tu bolsillo. Te gritan desde otros edificios, gesticulan, te iluminan. Son voces huecas, consumidas por el aturdimiento. La realidad entera acopla. Solo un giro de cuerdas, viento y madera toca tu alma.

Retirás del paquete el cigarrillo como si sacaras un pájaro de una jaula. El cielo tardío de la ciudad se dismantela en un show de nubes pasajeras que anuncian el fin de la claridad. En su relevo, tras una estela de azules, la oscuridad aflora. Tambaleás sobre la baranda, en equilibrio inestable. Te aferrás con ambas manos, procurando no aplastar el cigarrillo. Luego lo atenazás entre los labios y haciendo carpa, lo prendés.

Entonces exhalas parte del humo que aspiraste. Te das cuenta que es imposible que el humo que entra sea el mismo que el que sale. Recorrés con la mente tantos años de humo acumulado, pegado a tus paredes internas, formando una capa indeleble de cenizas.

Y mientras la policía derriba finalmente la puerta de tu habitación, vos mirás hacia abajo y descubrís como en una epifanía, el único secreto que nadie ha podido contar, porque todos los suicidas se lo han llevado consigo.

Ahora vos también sabes.

Ninguno, ni siquiera el más desesperado, se arroja al vacío. Todos, absolutamente todos, se arrojan al aire.

(Seud.: Federico Magrotti)

Todas ellas

Había pensado tantas veces en suicidarse que hoy la sola idea ya lo aburría. Muy lejos de darle impresión y hasta un terror insufrible, como le ocurría al principio, dedicar tiempo a imaginar ahora la escena de una muerte autoinfligida le resultaba por demás tedioso.

Quizás era consciente de que nunca lo haría por más que las circunstancias lo invitaran, una vez más, a contemplar esa posibilidad.

Antes era distinto. Muy distinto. Tan distinto que el desarrollo de esa manera de acabar con su vida lo obsesionaba. Llegaba a pensar durante horas las formas de llevarla a cabo, haciendo hincapié en las más rápidas y menos dolorosas.

Se detenía también, durante largos minutos, a imaginar cómo tomarían la noticia sus padres, sus hermanos, sus amigos, aquellos que en algún momento lo fueron y por distintas razones ya no lo eran, sus conocidos y, sobre todo, ella. O ellas.

Todas ellas. Las que alguna vez lo merecieron, las que nunca merecieron a alguien como él ya sea por las pocas virtudes que tímidamente podía ostentar o por sus grandes, inmensos e innumerables defectos.

Las que lo dejaron, las que lo engañaron; las que dejó y engañó. Aquellas de las que se acordaba, aquellas de las que no. Aquellas que aún se acordaban de él, aquellas que hacía años ni lo registraban y también esas otras que siempre hicieron y harán un gran esfuerzo por no recordarlo. Esas cuyas ausencias aún duelen y las que nunca le produjeron la más mínima angustia.

¿Existirá alguna a la que aún le duele su ausencia? ¿Existirá hoy en el mundo alguna mujer capaz de sentir angustia por no estar cerca de él? ¿Qué pensarían ellas? ¿Qué pensarían todas ellas si una mañana se despertaran con la noticia de su muerte y que esa muerte fue buscada y concretada por él mismo? ¿Se sorprenderían?

Antes era distinto. Muy distinto. Incluso imaginaba la culpa que alguno de sus allegados podría sentir al enterarse de que una persona como él, tan bien vista por su entorno más cercano, optara por morir de una manera tan horrible. ¿Sentirían culpa? ¿Se habrían lamentado por no visitarlo un poco más seguido, por no comunicarse un poco más con él, por no abrazarlo un poco más, por no preguntarle, de cuando en cuando, si se sentía bien o si necesitaba ayuda?

Esta última posibilidad le parecía extrañamente atractiva. Admitía sin mayores complejos que sí, que le gustaría saber qué pasaría si un día, imprevistamente, él decidiera suicidarse. ¿Pero cómo podría saberlo?

Recordó que, cuando era un adolescente, un vecino de su barriada, un poco más grande que él, lo había hecho. Había elegido una forma tan espantosa y tan poco práctica de quitarse la vida que hasta no hace mucho ese recuerdo era comentado por los habitantes del lugar y todos coincidían en esa misma pregunta: “¿Cómo pudo elegir esa manera?”.

En este caso, no había causado tanta impresión la decisión de suicidarse como el método utilizado, tan espeluznante y que, lejos de garantizarle una muerte rápida, dejó en evidencia un largo e inútil sufrimiento.

Sin embargo, la consternación generada por esa noticia en sus amigos y amigas, le hicieron sentir un dejo de envidia por el malogrado veinteañero suicida. Desde ese momento y ante cualquier episodio adverso que le tocara vivir en las décadas siguientes, aparecía ese recuerdo como una opción, como una salida, como una muy buena manera de terminar con un momento de trágica zozobra. Y, claro, como una manera inmejorable de ganar una gran notoriedad durante algunos días, aunque, por supuesto, él nunca se enteraría cuán intensa sería esa funesta fama tan cargada de interrogantes y morbosidad.

Pero, como ya fue señalado, hoy todo era distinto. ¿Quería vivir? Tampoco podía afirmar eso de manera categórica. Simplemente, quería transitar sus días sin ser víctima de esas inseguridades que, desde siempre, lo seguían a donde fuera.

Estaba cansado de enojarse consigo mismo. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué tenía una imagen tan lastimosa de su persona? ¿Por qué lo avergonzaba cada paso que daba? ¿Por qué se sentía visto, señalado, criticado por cuanta persona se le cruzara en el camino? ¿Por qué no podía creer en que él era un poco más que ese muchacho débil y temeroso? ¿Por qué no aceptaba, de buena manera, algunos de los elogios que con mucha frecuencia recibía sobre su persona o su capacidad de trabajo? ¿Por qué reconocía enteramente las críticas y desconfiaba, implacable, de los cumplidos recibidos? ¿Por qué era tan cruel con su propia persona?

Nunca tuvo (y estaba seguro de que ya no tendría) ninguna respuesta para todas esas preguntas. Pero estaba harto de hacérselas todos días y todas las noches durante tantos años.

De modo que pensó que ya era momento de cambiar, de dejar de ser de esa manera que tanto daño le hacía. O por lo menos intentarlo. Ya no habría locas

ideas suicidas, ni autocompasión, ni miedo. Sobre todo, quería eso, dejar de tener miedo.

Y claro que lo intentó. Se propuso, día a día, hacer ese esfuerzo. Comenzó por dejar de fumar, vicio que arrastraba desde su primera adolescencia y nunca entendió por qué, un día, decidió llevarse un cigarrillo a la boca. ¿Fue para parecer importante? ¿Más hombre quizás? ¿Para impresionar a las chicas? Nunca lo supo. Siguió con anotarse en un gimnasio y luego con comer sano.

Con el correr de las semanas, ya no extrañaba el pucho, respiraba mejor, se sentía más ágil gracias al ejercicio y más liviano a la hora de dormir a causa de la dieta saludable que su nutricionista, una joven bonita y llena de vigor, le detallaba en cada una de sus visitas.

Se relacionó mejor con las personas, tanto con aquellas ya conocidas como con las que recién conocía. Además, se vio más atractivo y, aunque quiso, no pudo recordar cuándo fue la última vez que había experimentado algo parecido. De hecho, se sentía muy bien observado por cuanta dama se le cruzara en el camino.

Se sentía muy bien y, por primera vez en su vida, pensó que podía lograrlo. Que podía salir, de una vez y para siempre, de ese lugar de terror que solía quitarle el aire.

No obstante, cuando menos lo quiso, algo apareció. Vino tan de golpe que se asustó. Allí estaba, no sólo dentro de su casa, sino muy cerca de él, visitándolo otra vez. Al principio, no pudo definir con certeza qué era, pero, como siempre ocurre cuando la vista debe acostumbrarse a un ambiente oscuro y de a poco se comienza a apreciar de mejor manera los objetos y las personas que lo rodean, lo vio. Primero débilmente y luego tan nítidamente que sintió pavor. Allí estaba otra vez, enorme, frente de sí. “Mierda”, pensó y comenzó a retroceder sin dejar de observar esa presencia ensombrecida que lo llenaba de pánico.

Decidió resistir. Optó por no mirar. Se quedó sentado, quieto, intentó respirar pausadamente. Buscó pensar en algo lindo, en lo bien que había logrado sentirse

durante las últimas semanas, en las chicas que, cada vez más, demostraban interés en conocerlo, también en el sol de la mañana y en el aroma del café de la tarde que le recordaba a la casa de sus abuelos.

Se propuso no decaer, apretó los dientes, podía vencerlo, esa enormidad siniestra que tenía frente de sí no iba a volver a molestarlo nunca más. Se paró de golpe. Volvió a mirarlo fijamente y quiso avanzar. Pero no pudo hacerlo, las piernas no le respondieron. Fue sintiéndose más débil ante eso que veía, eso que se le venía encima y le susurraba al oído frases de espanto.

Sintió un fuerte dolor justo en el pecho, su corazón acelerado, sus manos temblorosas empapadas de sudor y mucha dificultad para respirar. Se maldijo con fuerza. “¡Mierda!”, gritó en medio de una desesperación creciente que, minutos después y de manera gradual, fue transformándose en una resignación aguda, punzante hasta el dolor más intenso.

Sus brazos también perdieron movilidad y, cuando menos lo imaginó, cuando menos lo esperaba, ese miedo del que tanto había querido escapar y que tanto hizo para lograr sacarlo de su vida, estaba allí, invadiéndolo y abrazándolo hasta casi dejarlo sin aire. Comprendió que nunca se había ido y que el sólo hecho de pensar en la posibilidad de que alguna vez se fuera, le pareció ridículo.

Cayó de espaldas al piso y allí quedó. Sintió lástima de sí mismo, como muchas veces la había sentido. Y aquella vieja idea que erróneamente había creído ya obsoleta reapareció con más fuerza que nunca. Ya no era una obsesión, era mucho más. Lenta pero indefectiblemente, comenzó a planear nuevamente todo: Las maneras de llevarlo a cabo, haciendo hincapié en las más rápidas y menos dolorosas. También, una vez más, imaginó cómo tomarían la noticia sus padres, sus hermanos, sus amigos, aquellos que lo fueron y ya no lo eran, sus conocidos y, sobre todo, ella. O ellas. Todas ellas.

(Seud.: Anto Gre)

Al aire

Graciela se acerca al micrófono. Antes de abrir la boca, carraspea. Mira a la consola, más precisamente a su dedo, apoyado sobre uno de los botones sin iluminar, y pulsa. La luz se enciende, la música irrumpe. Ella fija la vista en el libro que está en el espacio entre la mesa de mezcla y el monitor; para mantenerlo abierto en la página 18, le puso encima los otros tres que trajo para leer al aire —«La vida en que sueñas», «Una corteza de Paraíso», «El árbol de palabras»—; es una suerte que el ejemplar tenga apenas unas treinta hojas más. No contaba con que el operador faltaría a su debut en esta radio. Ella le dijo a la directora que no se preocupara, que haría el programa igual, que ella sabía operar, pero es la primera vez que está frente a esa consola y hace diez años que no se sienta ante un micrófono. Es una suerte, también, que esté fresca la noche, porque de otro modo estaría sudando irremediablemente. Sube con la yema del índice uno de los pots. Aspira. Habla.

—Ahora voy a leerles un poema de una autora que publica por primera vez.

Su voz ha cambiado con el transcurrir del tiempo: es más grave ahora que hace una década; también su respiración varió y su decir se volvió más pausado. Y, desde que empezó el programa, veinte minutos atrás, logró la extraña paradoja de sonar más frágil y más segura a la vez.

Algo le roza un talón. Se sobresalta. Mira hacia abajo: una gata de pelaje tricolor —naranja, blanco y gris oscuro— se frota contra su pantorrilla. Graciela sonríe; mientras continúa hablando al aire, baja una mano y le pasa tres dedos sobre el lomo a modo de caricia.

—Ella se llama Antonia Bossu y su libro se titula «Una esquirola de fe en la noche oscura».

La gata refriega una vez más la cabeza contra Graciela y después se aleja rumbo a la puerta de acceso al pasillo.

—Los poemas de este libro no llevan título. Son apenas treinta y seis. El que elegí dice:

*Cuánto de eso que habla al mar
es
en sí
una migaja
la estela del desecho de otro desconcierto
el severo artilugio con que se arman
los días sin voz y las palabras
que mordimos en cada marea
la tristeza
la ausencia
el eco hueco
del corazón roído por la sal
y el viento intempestivo
la piedra que reemplaza su latido
por la resaca
que con su espuma mancha
la arena del silencio
y pide que le hablemos
con los ojos
cerrados para ver
cuánto de eso estremece
tanto y mucho.*

Al leer, Graciela hace una leve pausa después de cada verso. A medida que se acerca al final, las pausas se hacen levemente más largas, no tanto para crear un efecto sino porque algo en el poema la ha conmovido subrepticamente, a punto tal que alcanza el último verso con la voz quebrada.

Sorprendida, aunque atenta, sube la música de inmediato y sale del aire. Siente la vista borrosa. Busca un paquete de pañuelos en la cartera, pero no tiene ninguno. Alcanza a clicar para que suene la pista que había elegido —«A Flower Is Not A Flower»—, se pone de pie y corre al baño; una vez allí, arranca un

pañó de papel higiénico y se sopla la nariz; luego toma otro y se seca las lágrimas que, ahora se da cuenta, estuvo derramando desde que abandonó la cabina.

Sale del baño y se detiene frente a la ventana que da a la playa: el cielo está impecablemente estrellado, la luna se refleja radiante sobre el agua que hoy está calma. Sin quitar la vista del paisaje, se pregunta qué pudo pasarle para que semejante ánimo la asaltara. Diez años, se responde. Y en esa década, la muerte del padre y del marido. Debe haber sido eso, seguro. Lo sorprendente es que en su casa leyó ese poema varias veces antes de seleccionarlo y nunca la emocionó. ¿Habrá sido la acción de leerlo en voz alta?

De regreso a la silla, descubre que la gata se acostó en el asiento. Al entrar a la cabina, el animal alza la cabeza para observarla; tiene unos ojos hermosos, piensa Graciela. Cuando está por acariciarle la cabeza, escucha un ruido en la planta inferior de la radio. ¿Quién puede ser a esta hora?

Baja la escalera, pero no ve a nadie. Avanza con cautela. La ventana de la izquierda está abierta. Antes de cerrarla, mira a la calle: dos autos estacionados y un perro que mete el hocico en un agujero, que seguramente él hizo, al costado de una bolsa de basura que cuelga de un canasto de metal. Va hasta la puerta de entrada y se cerciora de que esté puesta la traba.

Al voltear para volver al estudio, la sobresalta la figura que está detenida en el descanso de la escalera: un tipo de unos cincuenta años, de barba entrecana y anteojos de montura negra, que viste una campera azul, jeans y lleva un panamá blanco en la cabeza.

—¿Usted es quien leyó el poema? —le pregunta sin saludar, pero con una sonrisa.

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró? —le grita ella retrocediendo unos pasos.

—Acá yo no importo —contesta— sino usted. ¿Leyó ese poema o no?

El miedo paraliza a Graciela, que no se anima a moverse.

—Sí, fui yo —titubea.

—¿Qué tiene contra los oyentes? Así no va a durar mucho al aire.

El hombre se lo dice sin dejar de sonreír, lo cual la desconcierta y, curiosamente, también la sosiega.

—¿No le gustó el poema? —le pregunta ella con tono vacilante.

—No, sinceramente —contesta él—, pero subamos, porque se le va a terminar el tema y se va a hacer un bache. Y ahí sí va a estar en problemas.

Sin darle la oportunidad de detenerlo ni tiempo para protestar, el hombre sube hasta el estudio. Graciela quiere llamar a la policía, pero dejó el celular junto a la consola. Sube con temor, no sabe qué hacer: nunca le pasó algo así en todos sus años de radio —lo peor fue la madre alcohólica de quien fuera su jefa hace ya muchos, muchos años atrás, que la llamaba todo el tiempo para protestar o pedirle canciones mientras ella estaba al aire—. En el estudio, el hombre aguarda por ella. La gata le maúlla, pero el pelaje indica que no está alterada: espera que él la acaricie.

—¿Usted es de la radio? —le pregunta ella, sin animarse a saludarlo con un beso o un apretón de mano.

—Es una manera de decir. En cambio, usted, que es *de radio* —imposta la voz con un ademán burlón para subrayar la diferencia—, nunca antes había trabajado en esta.

—Es cierto —le dice y se percata de que el tema musical va a terminar enseguida—. Espere, por favor, que mando la tanda.

Graciela se abalanza sobre la computadora y velozmente mete en el Opera la tanda publicitaria para que empiece tras el separador del programa. Presiona los botones de la consola sin tomar asiento, atendiendo a los movimientos del hombre por el rabillo del ojo.

—Ahora sí. Tenemos cinco minutos —toma el móvil, simulando chequear algo, y digita el 911, sin pulsar para efectuar la llamada, pero teniéndolo al alcance de la mano—. Me decía que no le había gustado el poema.

—Sí —responde él, sin perder la sonrisa—, pero quédese tranquila que no voy a maltratarla por eso, no va a ser necesario llamar a la policía, no soy tan crítico.

Él suelta una carcajada y ella se ruboriza; la risa le recuerda a Papá Noel e intensifica el escalofrío que le recorre la espalda. Mira a la gata que sigue maullándole al tipo.

—¿De quién dijo que es el poema? —pregunta él con curiosidad.

Graciela mira al libro como si le hiciera falta recordar el nombre de la autora:

—Antonia Bossu.

—Antonia Bossu —repite él, como si paladeara el nombre, y parece forzar la memoria por un rato—. Ojalá sea fanática de Willa Cather. Eso la redimiría un poco.

—¿Redimirla de qué? —pregunta intrigada.

—Del robo, estimada, del robo. Porque ese poema es mío.

A Graciela se le escapa la carcajada. Él también se ríe.

—¿Usted quién es?

—Me llamo Marcelo, pero eso no importa. Mire, ese poema lo mandé a un concurso hace doce años. Y lo peor es que ganó —añade, mientras mueve la cabeza con un gesto de incredulidad—. Fue el último concurso en el que obtuve un premio, así que sé bien de qué le hablo.

Ella lo estudia con desconfianza. Deja el celular junto al monitor y se acerca a la computadora.

—¿Recuerda el nombre del concurso?

—Una persona suspicaz —señala, divertido—. Por supuesto: tercer certamen nacional de poesía Annemarie d'Erz.

Graciela abre el buscador y se dispone a teclear. Él le deletrea el nombre.

—El concurso era medio lamentable, pero debo confesarle que necesitaba el dinero —hace una pausa para reflexionar—. Como siempre. Era ése o el famoso Goldentwice Jatap, aquel que promovía la temible Lucy Frastagliato —pronuncia el apellido con dificultad y hace una pausa para reflexionar—, que era un poco mejor, es cierto, pero daban menos plata.

Mientras él habla, en la notebook el buscador carga y muestra los resultados. Son solo tres, pero certifican lo que el hombre dice. Graciela no sale de su asombro.

—Pero, ¿cómo es posible...?

—No se indigne. Todo es posible en un mundo donde los egos se empujan entre sí como si no hubiera suficiente espacio para cada uno de ellos.

El hombre se ha quitado el panamá y se pasa la mano por la cabeza. Ella lo mira y advierte que es calvo, aunque es evidente que se rasura a los costados. Le pregunta:

—¿Qué quiere que haga?

Él se alza de hombros.

—No mucho. Usted parece una buena persona, además de sensible. Contacte a esa chica. Debe haber sido prejurado del concurso y, cuando supo que nadie iba a decirle nada, se birló el poema. Tal vez escriba bien, no lo sé. Pero es probable que haya otros en su libro que también sean afanos. No está bueno eso, aunque quizás ella esté buena.

El hombre se ríe: parece festejar su ocurrencia genuinamente. Ella sigue pasmada, ni siquiera lo reprende por ese chiste al que no dudaría de calificar como “machirulo”.

—Y una vez que dé con la tal Antonia —prosigue él—, díglele que esas cosas no se hacen. Invítela a hacer una antología de poetas muertos, en todo caso. Eso sería más honrado. Y más honesto. Es más: sería un lindo gesto, valga la rima.

Ella suelta una carcajada y le dice:

—¡Que usted no haya ganado un concurso en doce años no significa que esté muerto!

Él le sonríe con ternura; luego mira a la gata que espera expectante una caricia suya.

—La gata se llama Luna, ¿sabe? Hágale unos mimos por mí. Siempre me cayó muy bien. Espero que ella entienda que no la puedo tocar, lamentablemente.

Graciela lo mira sin entender. El se devuelve el panamá a la cabeza.

—Si pudiera tocarla, señora, no estaría acá protestando porque alguien se robó un poema de cuarta, sino acariciando las manos, la cara o la cabeza de mis hijos, ¿no le parece? Eso sería infinitamente más hermoso y más feliz, se lo aseguro.

Y esas son sus últimas palabras antes de esfumarse.

(Seud.: Jorobado)

El Santo de la Espada

Todos los miércoles almorzaba con su abuela. La nona, como él le decía: una viejita coqueta, de ojos vivaces y sonrisa tierna, que caminaba encorvada y despacio.

Cada encuentro se convertía en una fiesta de anécdotas y recuerdos. Entre los dos había cierta complicidad: se notaba por la manera de mirarse. Él escuchaba fascinado como la abuela revivía momentos que hacían que los ojitos le brillaran de una manera especial. A pesar de la impecable memoria de la nona, él pensaba que, a veces, las historias, más allá de ser pasajes reales de la vida de ella, también tenían el agregado de su imaginación senil. Pero era tanto el disfrute, que nunca le cuestionó nada.

Después de almorzar se pusieron a ver fotos, como siempre: ella sonriendo el día de su comunión, en la escuela: con el delantal blanco impecable, las trenzas, el portafolios.

Los ojos de la nona se detuvieron en la del día que la premiaron, allá por el año 1957. Su rostro cambió, dejó de sonreír, su mirada se entristeció y perdió ese brillo vivaz de un rato atrás.

Él comprendió que algún recuerdo gris le había nublado el corazón. Casi era la hora de irse. No preguntó nada para no incomodarla; la abrazó fuerte para que olvidara esa pena latente. Esperó que los ojos de la abuela brillaran, que volviera a sonreír. Entonces, con un beso la despidió hasta el siguiente encuentro.

— ¿Me vas a hacer la tarta de ricota para la próxima? —dijo en un intento por distraerla.

—Sí, andá tranquilo. Si me acuerdo, te la hago. —contestó y cerró la puerta con llave.

Él se alejó caminando. Todavía era temprano y la tarde se prestaba para pasear por la calle Corrientes. Él amaba esa calle. Por todo. Por los teatros, los carteles luminosos, la gente apurada. Sí, por la gente apurada también. Cada vez que se cruzaba un transeúnte iniciaba un juego imaginario tratando de adivinar la causa de su urgencia, de inventar un sinfín de situaciones para ese personaje momentáneo.

Pero las librerías de usados eran palabras mayores: se habían convertido en su pasión.

Allí pasaba horas mirando, buscando, leyendo. El tiempo se detenía. Podía cruzarse con el más ansioso, apurado, frenético porteño que no iba a distraer su atención. El mundo de los libros es una ventana al conocimiento decía, ávido lector de cualquier tema. Su obsesión eran los libros de historia usados; según él, uno se internaba en una historia dentro de la historia.

Hurgaba en esas librerías, buscaba ese libro que le impactara en cada uno de los sentidos. Su técnica consistía en un protocolo organizado: se enfocaba en un tema en particular y agotaba todos los recursos hasta encontrar algo que fuera de su agrado. Tenía un criterio propio de clasificación: libros muy usados, menos usados, poco usados pero muy deteriorados. Todos escondían una historia dentro de la historia, por un motivo u otro y en cada incursión de búsqueda que hacía, encontraba algo que le atrajera de manera particular.

El hallazgo más insólito había sido uno que tenía subrayadas sólo unas líneas de algunas páginas. Se tomó el trabajo de unirlos y encontró que escondían un mensaje oculto, una declaración de amor. Entonces adentro de la *Historia de Atenas* como se titulaba, encontró esa historia. Una historia de amor qué vaya uno a saber cómo habrá terminado.

Ese miércoles entró pero sin intención de comprar, sólo miraba, buscando sin buscar. El local no era grande pero con la cantidad de libros apilados en los diferentes exhibidores se veía diminuto, como una especie de pasillo ancho, cuyas paredes estaban escondidas detrás de estanterías que las cubrían por completo.

En el centro una enorme mesa larga y ancha donde se amontonaban los libros catalogados según precio o tema. De cada lado, un pasillo por donde apenas si podían caminar dos personas. Recorrió el primer tramo sin dificultad, no había mucha gente.

Llegó al final, giró y la mochila que llevaba adosada a la espalda golpeó una montaña de ejemplares. Dio la vuelta y su mirada se encontró con una edición, usada, de *El Santo de la Espada* de Ricardo Rojas. Recordó que ya lo tenía en su biblioteca, no lo quiso, lo acomodó como pudo en un hueco de la pila que había quedado en pie pero no entraba, intentó de varias maneras pero no, no se quedaba en su lugar, lo deslizó suavemente por un pequeño espacio tratando de sostener con la otra mano los ejemplares que estaban por encima. Listo, se dijo, pero alguien lo empujó para pasar y otra vez golpeo con algo, se dio vuelta y de nuevo, *El Santo de la Espada* lo estaba mirando. ¿Podría ser? ¿El libro tenía vida? ¿O será que en esa librería habitaba un duende juguetón que le estaba tomando el pelo? Un poco alterado por la situación pero manteniendo la compostura intentó acomodarlo otra vez y otro cliente se acercó y le dijo: Llévelo, parece que es la única forma de acomodarlo. Pero, ¡Ya tengo un ejemplar del Santo de la Espada! ¡No quiero uno más! Pero éste está en muy buen estado y tiene sus años. Si fuera coleccionista yo lo llevaría. Se volvió intentó mirarlo con otros ojos no había caso: Prefería usar el dinero en otra cosa. Terminó de acomodarlo y quiso excusarse pero la persona que le había hablado no estaba, no se lo veía por ningún lado. ¿A dónde se había ido?, no había nadie, ¿de dónde había venido? Algo místico se impuso en él. Se fue con el libro directo a la caja.

Llegó a su casa, preparó el mate, se sacó los zapatos y se calzó unas pantuflas. Se acomodó en su rincón de lectura. Después del episodio extraño de la librería ya nada le asombraría, pensó: – Capaz que abro el paquete y ni siquiera hay un libro adentro, ¿qué otra cosa extraña podría pasarle? La impaciencia le hizo romper el papel del envoltorio. Lo olió. Lo sostuvo como pesándolo. Revisó la encuadernación, comprobó que estaba en muy buen estado como le había presagiado el extraño cliente.

Hizo todo lo posible por olvidar el incidente y disfrutar de su compra.

Continuó con el ritual, pensando de quién habría sido el libro y por qué lo habría comprado en su momento.

La primera hoja un tanto rígida por el paso del tiempo y la mala calidad del papel mostraba la carilla inicial con los datos del título, el autor, la editorial. La segunda hacía mención a la edición, dónde se había impreso y el año.

Recién en la tercera se encontró con una dedicatoria: la historia dentro de la historia. A medida que veía mentalmente cada una de las palabras, escritas con esa caligrafía de antaño de trazos perfectos, completamente legibles, que ni siquiera el tiempo pudo dañar, fue como si abriera una ventana y el aire fresco ingresara trayendo esa quietud después de la tormenta: sintió paz, como si se hubiera cerrado un ciclo, como un reencuentro después de mucha angustia, no pudo evitar llorar.

Premio otorgado por la Asociación Cooperadora a la alumna Inés Gómez de 1er. Año 1ra. División por obtener el más alto promedio en el curso escolar.

Buenos Aires, 24 de Mayo de 1957

El miércoles siguiente, como siempre, fue a almorzar con la abuela. Tocó timbre. Mientras esperaba, un utilitario, ploteado con el logo del supermercado, estacionó en la misma vereda. El conductor le gritó mientras bajaba:

– ¡Buen Día! ¿La señora Inés Gómez?

– ¡Sí, es acá, es mi abuela! –Yo le recibo– contestó, y apretó fuerte contra su pecho el libro que la nona había extraviado hacía más de sesenta años.

(Seud.: Marian Arlés)